EL ÚLTIMO EDÉN

ALGUNAS DE LAS PÁGINAS MÁS BELLAS DELPARQUE NATURAL DE CAZORLA, SEGURA Y LAS VILLAS

Bajo las Aguas del pantano del Tranco

INDICE

La niña Mary
Los soldados y las cartas
Montilla y el Pequeño Ruiseñor
El perfume
Escuela en el Carrascal
Maestra y alumna
Costumbres en la Vega
Las luminarias
Juegos de mozos
Baile en Fuente de la Higuera
Boda de la más guapa
Música en la Vega
La Semana Santa
Los ancianos
Vega y huertas
La laguna
Picacho de Monte Agudo
Palomas y bañistas
Comidas de mi tierra
La Navidad
Desde el Soto a Hornos
Recuerdos de Hornos
Tres rosas Blancas
Premio fin de curso
Las gemelicas
El paralítico
La hermosa Capitana
El tío del Pequeño Ruiseñor
El camino que vuelve
Promesa a la Virgen
Muerte por las espaldas
Barrenos y crecida del río
Amor con amor se paga
¿Cómo arreglar el mundo?
Historia del primer incendio
Las vacas y la Mijera
La mariposa rota
Después de la guerra
Conversaciones en la Vega
Abuelo y nieta
La casica de papá
Guarina de la casa
El reloj del sol
La abuela
La estrellica de oro
La madre
Párrocos de Hornos
Las cartillas de racionamiento
La última vez
Arrancando del Soto
El Sueño
Cuento de la abuela
La princesa despreciada -1
El secreto de la princesa -2
La fanega de trigo -3
Años después
Notas finales

DEDICATORIA

A la memoria de mi marido que con tanta paciencia me escuchaba cuando le hablaba de mi tierra. A mis hijos y nietos que a través de mis relatos han empezado a quererla y a mis difuntos que toda su vida mantuvieron vivo su recuerdo y se fueron al cielo con el dolor de haberla perdido. María

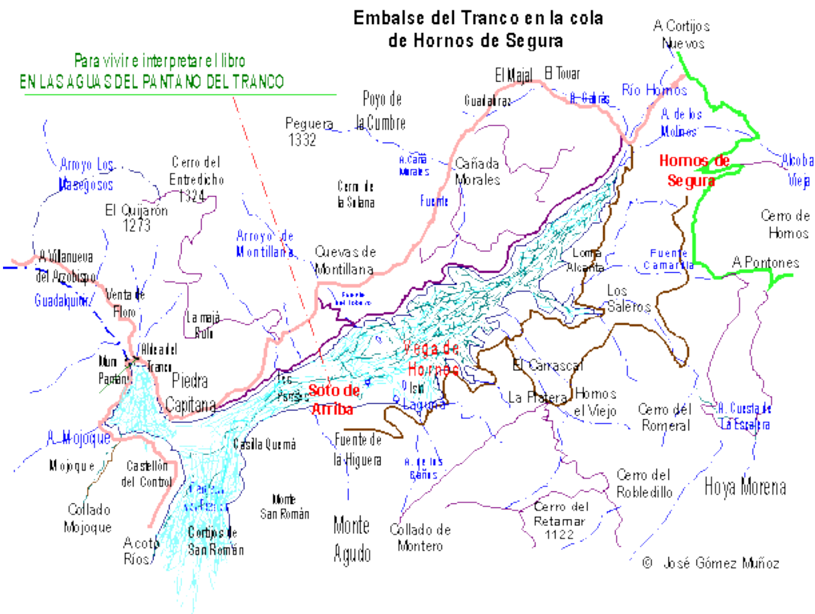
PROLOGO

Hay muchas maneras de escribir y recordar la historia y una sencilla, puede ser la de este librito y así lo ha hecho María que a lo largo de unas pocas horas a su lado, he compartido los recuerdos de los lugares y seres ausentes que por encima de todo, son bellos. De ella, admira el cariño con que trata a las cosas y personas que vieron sus ojos y su sincera humildad antes las verdades rotundas y su vivencia religiosa y su amor tremendo. Gracias María, por este rato que, aunque son heridas que sangran, más se parecen a un trozo de cielo, porque tú sí has comprendido ya que cuando la tierra y los humanos niegan el consuelo, en el corazón puro, siempre quedan perlas que nadie ni nada rompen ni roban porque son de valor eterno y de ellas tú, ya llevas el mejor puñado dentro.

Antonio Castillo S. J.   Hornos 1997

El Señor cuenta el número de las estrellas y a cada una le pone su nombre.

LA NIÑA MARY Y EL SOTO DE ARRIBA



Ella se llama María de la Cruz y nació en el año treinta de este siglo. Ahora vive en Ubeda y la otra tarde estuve en su casa. Las aguas del gran Pantano del Tranco, en los primeros kilómetros del río Guadalquivir, cubrieron y sepultaron para siempre su mundo que, además, fue y sigue siendo su paraíso y así lo dice: **“Detén tu mirada hermano y ponte despacio a leer, las aguas de este pantano, sepultaron un vergel”.** Sobre el plano que los ingenieros de la Confederación levantaron para expropiarle el cortijo, desde tiempos inmemoriales en la Vega del pueblo de Hornos de Segura,

porque las aguas del pantano iban a cubrir, me indicó y me dijo lo siguiente:

- Mi abuelo, fue arrendatario del cortijo de Los Parrales. Allí nació mi padre. Era un rincón bonito el de aquel cortijo bajo el abrigo de la pared rocosa. Todo lleno de pinos, la casa, el corral, las higueras, los nogales, la era, la cascada, la oscuridad de la covacha, los enebros, las sabinas, todo aquello parecía un auténtico belén a lo grande. Hasta la situación: en mitad de la ladera, justo donde el cortado de las rocas forman un gran escalón y mirando al oriente. Ni en sueño podría quedar más bello. Además, para llenarlo de un encanto todavía más especial, a los pies de ese magnífico belén, quedaba el Valle. Desde Los Parrales, en las tierras del valle se fue fijando mi abuelo. Y aunque en Los Parrales nació mi padre, en los terrenos que por el valle, mi abuelo fue comprando, poco a poco construyó el cortijo del Soto de Arriba.

El primer cortijo fue todo junto. En él vivieron mis abuelos con sus hijos. Ellos fueron los que levantaron el Soto. Los fundadores, se podría decir. Luego se hicieron partes. Un trozo para cada uno de los cuatro hijos. Las cuatro familias que acogió el Soto que yo conocí. Al tío Ramón Muñoz Ortega, que era el mayor, le correspondió ésta parte. Al segundo de los hijos, Daniel, le cupo en suerte, la parte del centro. José, que era el tercero, se llevó el trozo que da al muro del pantano del

Tranco. Y al cuarto, mi padre, que era el menor de los hermanos y se llamaba Felipe, le tocó la sección que mira al pueblo de Hornos.

El trozo que, de la casa de mi tío Ramón, baja hacia el río y que estamos viendo en este plano, lo edificó él después. Fue la cuadra y luego los graneros y el pajar. En la puerta del cortijo que queda en el centro mirando a Fuente de la Higuera, estaba el horno y un rellano que dejó mi abuelo para los arrieros cuando llegaban con sus bestias. Si se paraban y llovía o hacía calor, en este porche se refugiaban ellos y sus mulos.

- ¿Por dónde pasaba el camino real?
- Por la misma puerta. Bajando de Hornos hacia el Tranco, el río Hornos quedaba a la derecha. A la izquierda del cauce estaba mi casa y las huertas. Por la puerta del cortijo, el camino real. Pasaba luego por la misma puerta del Soto de Abajo y por el cortijo del Tío Hilario. Cuando corría el río Guadalquivir por los llanos de San Román, allí se juntaba con el río nuestro y entonces aquello se le llamaba “Las Juntas de los ríos”. Al río Guadalquivir, nosotros, que sabíamos que su nombre era Guadalquivir, le llamábamos “Río Grande”. Y al nuestro, Arío Chico”, que era el río Hornos.

Mi cortijo estaba en el lecho del Valle. Y a un lado, a la derecha del río, se alzaba Montillana, La Cueva, Los Parrales...

Y a la izquierda, la Fuente de la Higuera, La Canalica, Los Baños, La Laguna... Pero da la casualidad de que mi cortijo se encontraba en un punto estratégico. Que mi abuelo no fue tonto cuando lo hizo en aquella llanura. Desde mi cortijo se veía: La Fuente de la Higuera y La Canalica. Los Baños no se divisaban pero estaban muy cerquita. Nada más con asomarse a los cortijos, se podían comunicar. Luego mi madre, claro, yo soy su hija, no tiene valor lo que diga pero mi madre tenía una formación muy especial. Si digo que muy buena persona, no me lo van a valorar pero es la verdad: tenía una formación cristiana y humana muy alta.

- ¿Y la acequia que se ve en el plano?
- Claro, la que bajaba del río Hornos. Venía de una presa que habían hecho, aproximadamente a la altura de la "Loma Alcanta". Por el cortijo de Gaspar que era el que estaba más cerca del río. El del Maestro Matías, se encontraba más a la derecha, algo retirado del cauce. Por aquel rincón hicieron una acequia con lo que nosotros llamábamos un "cas", que era una acequia grande de agua. Y aquello bajaba por toda la Vega, dándole riego a las tierras. Pasaba, pues esta era mi casa y a dos o tres metros por detrás de mi casa, iba la reguera hasta llegar a lo hondo del valle. Los pobladores del valle se ponían de acuerdo para regar las huertas por horas.

El Soto de Abajo regaba con esa agua también y ya todo

esas tierras del fondo de la Vega. Todo, todo de riego. ¡Pero aquello era el paraíso! Todo de riego y árboles frutales de todas clases. Aquello era una maravilla. Muy importante será el pantano, no lo discuto. Yo no entiendo de eso y digo que quien lo hizo, supo lo que hacía y de alguna manera pues valdría la pena que lo hicieran, sino el Estado no se hubiera gastado el dinero que se gastó. Pero no han valorado lo que se perdió en la Vega. Lo mejor de Hornos. Aquello no se valoró. Se le ha dado valor al pantano y no lo discuto pero nunca se ha preocupado nadie de pensar: Y lo que se perdió allí para hacer el pantano, ¿Cuánto valía?

- ¿Cuántas familias había en la Vega?
- ¡Muchas! Y luego como se vivía en mi tierra. ¡Qué manera tan bonito de vida! No he vuelto yo a vivir de esa manera, nunca más. A lo mejor digo alguna tontería, porque yo no sé expresarme bien ¡eh! Yo hablo como sé, a la buena de Dios. Aquí, pues, no es que esté mal, no. Son costumbres distintas. Señora fulana, señor fulano. Por la Vega eso de señora o señores, no. Allí era la hermana fulana o el hermano fulano. Luego, había una unión...

Las tierras del Carrascal y la Platera eran muy interesantes también. El Carrascal se llama así porque era una zona donde había muchas carrascas y robles. Encinas, que nosotros le decíamos carrascas. Aquello producía mucha bellota que por lo

que decíamos antes, eso para los cerdos, era fabuloso. Un buen pienso para los animales. También por allí y a lo largo de todas las laderas que rodean mi Vega, crecían muchas coscojas. Eso da una bellota amarga que se la comen muy bien las ovejas, los cerdos y las cabras. Todos los ganados se comen la bellota coscoja. No estoy segura si las vacas se las comían, de esto no estoy segura porque como nosotros no teníamos vacas, pues yo de esto no estoy muy al corriente. Los marranos también se alimentaban con gipia, orujo, que esto es lo que queda de la aceituna después de extraerle el aceite.

O sea, que en las tierras que ahora cubren las aguas, había de todo menos periodismo y televisión. Yo creo que estas vivencias, cuando nos vemos tristes, nos sirven hasta de consuelo. Porque decimos: “Bueno, ahora sufro por este problema, por esto, por aquello pero y lo que yo viví entonces ¿quién me lo quita?”

Aquello era muy bonito. ¡Qué lastima! Para llorar. Ya te decía: lo que más valor tenía era el regadío. Mis abuelos hicieron el cortijo en aquel lugar por eso, por el regadío tan bueno. Como es que había tanta agua por todos lados. Y agua buena. En cualquier sitio se arrodillaba uno, se lavaba las manos y bebía agua fresquita y buena. En Montillana había una fuente que le decían ALa Fuente del Tobazo”, que era famosa por el caudal que soltaba y la calidad del agua.

Siempre fresquita.

Mis hermanos, cuando daban de mano de trillar por la tarde en el verano, cogían las Aaguaeras”, una cosa de esparto que hacían con cuatro huecos y la ponían encima de las bestias para llevar los cántaros, e iban a por una carga de agua. Pa cada casa y familia, un cántaro. Otro día le tocaba a otro. Por Montillana también había otra fuente que le decían “Fuente Mala”. Luego estaba el arroyo de la Teja, el arroyo de la Fuente de la Higuera, un pedazo de tierra que había enfrente de mi Soto que le decíamos “El Canalizo”. Había unos fresnos allí de miedo. Si es que hablando de árboles es perderse. ¡Qué lástima! Es que era todo muy agradable.

LOS SOLDADOS Y LAS CARTAS

Por la puerta del cortijo pasaba el camino real y por él, el correo, que se llamaba Eusebio. Bajaba en una mula a llevar las cartas a Bujaraiza. Cuando llegó la guerra, de todos los cortijos se fueron Soldados al frente, que se los llevaron y a mi hermano se lo llevaron también junto con el hijo de mi tío Ramón. De aquí salieron dos soldados. Uno mi hermano y otro mi primo. Mi hermano volvió. Mi primo no volvió nunca. Pues mi madre estaba en comunicación con las mujeres de la Fuente de la Higuera, con las de La Canalica, con las de La Laguna. Pasaba Eusebio el correo, “María Josefa, toma, las cartas de tal sitio”. Mi madre sabía escribir y mi abuela. Yo muy poquito

pero para entenderme con los soldados, sabía.

En mi casa se juntaban las mujeres de Fuente de la Higuera, las de La Canalica, que tenían cuatro hijos en la guerra, Concepción la de La Laguna, que tenía también otros tres hijos en la guerra. Todas allí. "María Josefa, escríbeme las cartas". "Anda, si no puedes tú que me las escriba tu niña Mary". Y yo, que era chiquitilla y escribía mal pero me entendían la letra, me ponía y a escribir cartas a los soldados.

Yo entonces no me daba cuenta pero ahora recuerdo que en aquel trozo de sierra, había mucho analfabetismo. En el Carrascal hubo escuela, en Cañá Morales, también pero en la Vega de Hornos, aquello estaba abandonado. No había nadie capaz de escribir y de leer una letra. El problema grave surgió entonces: cuando se fueron los soldados a la guerra. Nadie sabía leer una carta ni contestarla. Las madres llorando con las cartas en las manos. Ahora me doy cuenta que mi madre y mi abuela realizaron una gran tarea en este terreno. Porque ellas eran las que escribían y leían todas las cartas. Mi madre les decía: "No apuraros, que las cartas se leen y se contestan. No "apuraros". Pero sí os digo, que esto sirva de ejemplo para que veáis lo interesante que es aprender a leer y escribir".

Tampoco por aquellos días yo me daba cuenta que cada vez que nosotros escribíamos una carta a un soldado, nos

comunicábamos con muchos más. Los muchachos de aquella Vega mía casi ninguno, por no decir ninguno, sabía escribir. Por eso a ellos le escribían sus compañeros. A la Vega llegaban cartas, algunas con letras muy bonicas, que se notaban que eran de muchachos que sabían escribir bien. Pero llegaban otras cartas con letras como la mía. Letras pobreticas que también costaban mucho trabajo leerlas. A mí me decía siempre mi madre: "Haz la letra grandecica para que la puedan leer bien".

Escribíamos no con bolígrafos, que entonces no existían, sino con tintero y pluma. Eran unas plumas metálicas que se engastaban en un palillero de madera y mojábamos en tinteros con tintas y así escribíamos las cartas. Yo que no escribía muy bien y, además, echaba muchos borrones, te puedes imaginar cómo eran las cartas que salían de mis manos. Algunos chiquitillos, y eso que tenía mucho cuidado pero otros sí eran grandes de verdad. Y un día, se me volcó el tintero y se me manchó todo el papel. ¡Vaya borrón que salió en la carta! Aquello más que borrón parecía un mapa.

Estaba aquel día allí Eusebio el correo esperando a que terminara de escribir para llevarse la carta. Y yo al ver lo que me pasó, rompí a llorar. Me dio mucha pena ver que había manchado la carta. Era de la mujer del Maestro Parras, Francisca, la mujer que no sabía rezar el rosario y decía: "que

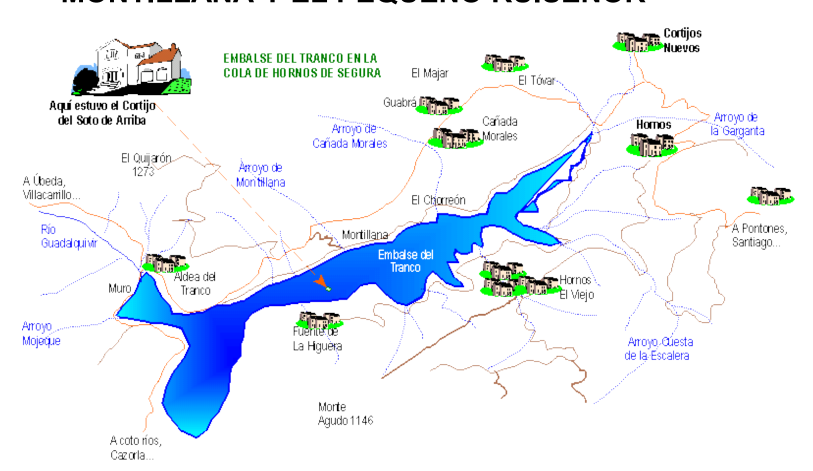
no les pase nada, que no les pase nada". Una mujer bondadosísima. Al ver que lloraba por la carta me abrazó, me besaba y me decía: "No llores, si la carta está así más bonica". ¡Ay que ver la bondad de la mujer que en vez de regañarme lo que hizo fue darme ánimo!

Entonces mi madre, para que Eusebio el correo no se entretuviera más, escribió una nota aparte diciendo: "Que perdones a la niña que es que se le ha volcado el tintero y no hemos podido escribir la carta de nuevo porque el correo está esperando. Pero es que es una niña que no tiene todavía siete años. Perdónala". Y cuando vino la contestación, decía: "Un beso muy grande para la niña de los borrones. Que siga escribiendo ella que le entendemos muy bien. Que no se apure por los borrones". Esa fue la contestación que venía. Y ahora me acuerdo yo y digo: "¡Cómo se hacían ellos cargo de que era una criaturica la que escribía las cartas".

Pero de aquel incidente del borrón en la carta salió algo bueno. A otro día, Eusebio me trajo una pluma nueva. No sé si la compraría en el estanco de Félix Hoyo o en la tienda de Pedro de la Gregoria que es donde vendían estas cosas. Pero aquel hombre tuvo el detalle de llevarme una pluma nueva y al dármela me dijo: "Toma hija mía, para que escribas las cartas a los soldados y te salgan sin borrones". Mira qué recuerdos tan bonitos me quedan de aquello.

Mi madre era muy previsora y llegó a pensar que con la escasez que se estaba produciendo de algunas cosas por causa de la guerra, era preciso prevenirse y se preocupó de que en la Vega nunca faltara papel, tinta y sellos para escribir a los soldados. Y algunas madres, cuando les escribían a sus hijos, dentro de la carta, metían sellos para que ellos pudieran contestar sin problemas. Esto lo hacían porque pensaban que podrían tener dificultades en encontrar este material.

MONTILLANA Y EL PEQUEÑO RUISEÑOR



Montillana lo conocía bien. En ese cortijo había una familia que se llamaba, él Baldomero y ella Petra que eran los padres del “Pequeño Ruiseñor”, de Joselito el cantante.

- ¿Estás segura de lo que me dices?

- Y tan segura. Yo no sé si nació en el cortijo de Montillana o en Beas pero si nació en Beas fue pequeñillo a Montillana o si

nació en Montillana fue pequeñillo a Beas pero ahí está la cosa. Tenía una hermana que se llamaba María y otra que se llamaba Sandalia. A su padre, que le decían de apodo "El Nano" y estaba en la guerra, su madre me llamaba para que yo le escribiera las cartas. Y le leía las que le escribía el marido.

- Pues ha sido para mí una sorpresa esto de Joselito. ¿Lo llegaste a conocer?
- Yo veía muchas criaturas chicas, porque era un matrimonio con muchos hijos. Allí había muchos niños pero ahora mismo no sabría decir cual de ellos era Joselito. Conocía más al padre y sobre todo a la madre porque le escribía las cartas y a su hermana María y Sandalia. Porque cuando me llamaba para escribir, también jugaba.

- Pues mira María, no hace muchos días, una tarde estuve yo en Cañada Morales y fui a casa de esa amiga tuya de infancia: María Antonia Lara Linares. Hablando con el marido, me dijo que sí: "El Pequeño Ruiseñor vivió en Montillana y también en la Hoya de la Sorda. Un cortijo ya en ruinas que se encuentra a dos paso de lo que hoy es el camping de Montillana".
- No pongo en duda lo que dicen unos y otros. Yo cuento sólo lo que vi y sé. Por cierto: en el cortijo de Montillana, me lo pasé muy bien con aquellos chiquillos.



- Yo quisiera decirte una cosa
- ¿Qué es?
- Hace unos años, una tarde, descubrimos por primera vez el cortijo de Montillana. Ante la presencia de las ruinas que esta casa es ahora y al sentir el contacto de las tierras que le rodean, del Valle que hoy cubren las aguas, hasta nosotros llegaba como un perfume muy agradable. Cuando aquella noche me quedé solo, recordando las tierras de esta Vega y lo que por la tarde había sentido, escribí unos renglones ¿Quieres que te los lea?
- Claro que quiero.
- Te digo que los escribí hace años y me surgieron del contacto con esta tierra. Lo redactado dice así:

El perfume de la sierra casi siempre es el mismo: pinos, mejorana, tomillo, romero y espliego además de aire limpio, olor a musgo y el de tierra mojada cuando llueve, como es el caso de hoy por las gotas finas que nos van cayendo. Pero es el caso que también hoy por aquí, además de todos estos aromas atrás mencionados, parece que huele a algo nuevo, a un perfume más hondo, más con sabor a añoranza o quizá a eternidad porque parece que muchas de aquellas cosas siguen aún por rincón con la misma fuerza y fragancia de aquellos días. Me quiero referir a esa pequeña historia latiendo aún por el lugar, en este cortijo en ruinas y la llanura que lo circunda.

Cuentan que de todas las escenas de aquel pasado, protagonizadas por la gente de este Valle, una de ellas era particularmente bella: la de la chiquilla pelirroja, de ojos claros y alma de cascadas. Vivía en el cortijo de abajo y era el gozo de todo el Valle por tanta alegría como en cualquier momento derramaba. Todos la conocían y todos la veían, a cualquier hora del día, corriendo y jugando por estas llanuras y como resultaba excelsamente bello aquel juego, lo realmente emocionante era cuando el trigo estaba ya crecido.

La chiquilla pelirroja se iba por los trigales y su gozo, su gran gozo, porque aquello estallaba como una cascada de alegría, era correr ladera abajo, por la llanura y por el barranco, atravesando el trigal. Abría sus brazos, se ponía a correr al

tiempo que exhalaba su alegría por la boca en forma de risas y de voces y todo el Valle se llenaba de asombro. Dicen que los mayores hasta le regañaban por el destrozo de sementeras que siempre liaba pero en el fondo a los mayores siempre les gustaba aquel derroche de belleza casi celestial. Recuerdan ellos, como una de las cosas más hermosas en sus vidas, este correr de la chiquilla a través de los trigos y con los brazos abiertos como si tratara de coger un puñado grande del viento que llenaba el valle y besarlo junto a otro buen trozo del cielo azul que siempre coronaba las cumbres.

Hoy a nosotros, se nos encoge el alma respirar este aire tan cargado de aquel perfume donde todo parece anunciar que, a pesar del tiempo, casi nada ha muerto. Una alegría como la de aquella niña no puede ser sino un trozo de eternidad que en un momento dado, rozó con brevedad estos llanos dejando un perfume que no se extingue nunca.

- ¿Pues sabes lo que te digo?

- ¿Qué me dices?

- Que tu escrito parece un sueño de hoy fundamentado sobre una realidad de aquellos tiempos.

ESCUELA EN EL CARRASCAL

- Y cuando aquello de las cartas ¿surgió tu colegio?

- ¡Ay mi colegio! La temporadilla que estaba en Hornos, si era un mes, pues un mes que iba a la escuela. Luego mis padres

sentían nostalgia, “ay mi nena”, y me llevaban otra vez al cortijo. Y ya perdía la escuela.



Magdalena Salas Lorente
1.º Educ. Primaria

Tema:
“La Escuela”

Sé un poquito leer gracia a mi abuela materna, que era de Lorca, que sí tenía una gran formación. Escribía y leía y por eso estuvo de maestra municipal en Hornos. Ella fue la que

enseñó a mis hermanos y a mí. Cuando me bajaban al cortijo, en La Laguna, hubo un maestro, que no era titulado ni tampoco era el Maestro Matías, sino el Maestro Benito. Una hija del Maestro Matías que se llamaba doña Eugenia, tuvo escuela en el Carrascal.

Pero el Maestro Benito era un señor mayor, muy bondadoso y muy bonachón que sólo sabía eso: leer y escribir y las cuatro reglas. Con él me mandaba mi padre a la escuela. Pagaban un duro al mes y si tenía veinte niños, con arreglo a los niños que había comía en cada casa. Si había dos niños, pues iba dos días a comer a esa casa y así hasta que se les acababan los niños y las casas y luego, vuelta otra vez a la rueda. Pero yo que era malísima con las matemáticas, el Maestro Benito me pegaba unos coscorrones que todavía me acuerdo. ¡Ay qué lástima! Cuando iba a comer a mi casa le decía mi madre: "Maestro Benito, ¿cómo va la niña?". "Muy bien de todo pero con los números no puede". Le decía él. ¡Ay qué lástima! Contar del Soto... corta fue mi vida en él pero tan intensa y de tantos recuerdos...

Fue en la época de los soldados y la guerra, cuando el Maestro Benito tuvo su éxito. Empezaron a acudir los muchachos empujados por los padres. Y las muchachas acudían más a mi abuela. Entonces fue cuando me mandaron al maestro Benito a ver si me podía meter las matemáticas en

la cabeza. Cuando mis padres vieron que era inútil, me llevaron al Carrascal a doña Eugenia. Una maestra buenísima y bondadosa. Buscó ella la manera para que me entraran los números. Como era escuela mixta, me sentó en un banco junto a un muchacho del Carrascal que era un fenómeno con los números pero no había quién le hiciera aprender a leer. Y yo era todo lo contrario.

Acepté aquello como la cosa más natural. Pa mí decía: "El sabe números y yo no pero yo sé leer y él no". Cuando me ponían las cuentas delante sólo me acordaba de Eufrasina, la que tocaba el acordeón porque era la ilusión de mi vida: la música. Un día, este muchacho, como se puso celoso porque no encajó bien eso de que nos pusieran juntos, en el recreo me esperó. Me acechó escondido detrás de una carrasca y empezó a pegarme puñetazos en la cara. Me hizo sangrar las narices y la boca y gracias a mi prima Virginia, la que siempre me protegía y hasta de pequeña me mecía en la cuna, que acudió y me salvó. Nos llevó a la maestra y le explicó lo que había pasado.

Entonces el muchacho dijo que me había tomado aquel odio porque le daba rabia ver que yo sabía leer y el no. Doña Eugenia le dijo: "Pero mira como ella, que no sabe números, no te ha hecho a ti nada. No se siente celosa. ¿Por qué le pegas tú?" A la maestra le pesó mucho habernos puestos juntos y lo

convenció a él de que si yo era buena para una cosa, él lo era para otra. Que no debía tenerme rabia por aquello. Pero yo le tomé tanto miedo que ya no fui más a la escuela del Carrascal. A partir de entonces, no tuve más maestra que mi abuela. De ella heredé el amor a las letras, a las flores, a todo lo bello de la naturaleza y de mi padre había heredado, la voz y el amor a la música. Por eso tenía yo tanto interés en la música que tocaba Eufrasina con su acordeón.

Y te digo esto de mi abuela, para ir entrando en ese recuerdo tan bonito y repleto que tengo de ella. Poco a poco ya te iré contando para que te empapes de sus bellezas humanas y espirituales. Porque entre otras muchas cosas, mi abuela tenía una virtud que hasta hace muy poco no he llegado a comprender. Y era la virtud de sembrar palabras de consuelo en las personas y ejemplos de amor en sus hechos para hacer un poco más feliz las vidas de aquellos con los que convivía y se rozaba. Y esto hasta lo materializaba sembrando en el cortijo de mi Soto, todas aquellas plantas que se encontraba por el campo.

Estos son dones que da Dios. Cualquier tallo de planta que se encontrara donde fuera, lo plantaba y le agarraba. Y con aquello y otras cosas, mi abuela parecía que transmitía vida, lo mismo a las personas que a las plantas. Y en el roble que te conté que estaban las parras de las uvas, que aquel roble lo

partió un rayo, en la sombra de aquel roble y aquel huerto, tenía mi abuela un jardín que era la admiración de todo el mundo. Todos los que iban por el camino, se paraban y una de las cosas que siempre hacían, era ver el jardín de mi abuela. Todo cultivado por ella y con sus propias manos. Cualquier planta que ella pusiera en la tierra, le agarraba y daba sus flores. Hasta para esto tenía ella una gracia especial recibida de Dios.

Cada día, conforme va pasando el tiempo y voy envejeciendo, estoy valorando más las cosas que mi abuela me enseñaba. Yo entonces no le daba importancia porque me parecía que no las tenía pero ahora veo que sí lo son. Por ejemplo: la manera que tenía mi abuela de inculcarme buenos modales y costumbres, le salía de la forma más sencilla. Con lo poquito que había al alcance.

De las hortalizas me decía: “Si coges un tomate y tienes que partir la mitad, haz dos partes y procura que una sea más grande que la otra. Y a la amiga con quién partas ese tomate, dale siempre la parte mayor. O si posees tres caramelos y tienes que compartirlo con tu amiga, dale dos a ella y uno para ti. Y siempre, cuando des algo, procura que lo mejor sea para el otro”.

También me decía que al empezar a comer en la mesa,

nunca fuera yo la primera. Que siempre esperara a que empezaran los mayores. “Si estamos comiendo todos el mismo plato y por tu lado sale algo que te gusta, cógelo y se lo das a la persona que tengas cerca”. Estas cosas así que yo entonces no le daba importancia y ahora que me doy cuenta, me digo pero Dios mío ¿cuánto valía mi abuela?

MAESTRA Y ALUMNA

Recuerdo también cuando mi abuela Asunción enseñaba a leer a las muchachas de la Vega. A ella acudió María Antonia Lara Linares, del Soto de Abajo. Y le dijo: “Maestra, que yo quiero aprender a leer y escribir”. Tenía novio y no podía comunicarse con él. Mi abuela le contestó: “Pues hija mía, me parece muy bien. Venga, estoy a tu disposición. Cuando quieras empezamos”. La muchacha le preguntó: “Hermana Asunción ¿qué me va a cobrar usted?” Le respondió mi abuela: “Lo que importa es que aprendas. Cuando hayas aprendío, entonces yo te diré lo que me tienes que dar”.

Pues ella que tenía verdadero interés, subió todos los días, “ende” el Soto de Abajo al Soto del Arriba que era mi casa, a tomar lecciones con mi abuela. ¡Y aprendió! Ya cuando supo manejarse bien de leer y escribir, que era lo que quería, entonces le dijo: “Maestra, yo creo que para mi apaño, ya sé”. “Bueno, lo que tú quieras. ¿Tú ya te sientes capaz de leer una

carta, de contestarla... que es lo que quieres?" Dice: "Sí señora. Pero ahora a ver lo que le tengo que pagar que me dijo que cuando aprendiera me lo diría". Mi abuela le contestó: "Mira, María Antonia, has sío buena alumna, has puesto interés, te has portado muy bien, has sío obediente, estás contenta porque has logrado lo que querías. Así que si tú estás satisfecha, yo también y ya estoy pagá".

Aquella muchacha, como no sabía de qué manera demostrarle a mi abuela su gratitud, hizo un ponche en el Soto de Abajo. Un ponche: un huevo batido con vino y azúcar. Y cogió un ramo de flores de un lilo que tenía sembrado en el Soto de Abajo, subió desde su cortijo hasta el Soto de Arriba, con el vaso del ponche en una mano y el ramo de flores en la otra. Cuando llegó le dijo a mi abuela: "Maestra, tómese usted este ponche y para usted estas flores". Al ver mi abuela el detalle, la abrazó. Porque a mi abuela le hizo mucha gracia que aquella muchacha le demostrara su agradecimiento con semejante detalle: un ponche y un ramo de flores cogido de los árboles de la Vega. Eso era mucho más importante que el dinero. Y por eso ella entendió que aquello tan sencillo era una verdadera prueba de amor. María Antonia Lara Linares, hoy vive en Cañá Morales. Creo que vive todavía. Me gustaría mucho verla porque era una excelente persona.

- Pues espera un poco, que tengo una noticia que darte.

- ¿Qué noticia?
- Este otoño pasado, como la sequía fue tan grande, el pantano bajó mucho. Junto a las ruinas del mismo cortijo del Soto del Arriba, estuve yo una tarde con un pastor que se llama Isidro y vive en Cañada Morales. Me habló también de María Antonia y eso hizo que unos días después, fuera yo expresamente a Cañada Morales. Pregunté por ella y me dijeron donde vive. Una casa muy humilde y sencilla, pegando a la carretera. Le dije que quería charlar un rato con ella a ver si me contaba cosas de esta Vega tuya y me llevé una sorpresa.
- ¿Qué te pasó?
- María Antonia no me podía oír. Tiene ya más de ochenta años y como el tiempo, lentamente a cada uno, poco a poco nos vas desmoronando, a ella se le ha roto hasta el oído. Está sorda. No oye. Me dio mucha alegría conocerla y a la vez mucha pena porque no pude comunicarme con ella ni siquiera para decirle que ya la quería un poco a pesar de no haberla visto nunca. ¿Qué me dices?
- Que es natural. Han pasado los años y aunque la imagen que de ella tengo es de cuando era muchacha en aquella Vega, comprendo que las cosas ahora ya pueden ser como tú dices.

Pero yo de Cañada Morales también tengo algunos recuerdos bonitos. Por mis tiempos en esta aldea había una mujer que era un tesoro. Se llamaba Sofía. Y sin haber estudiado, sólo la cultura que va dando el roce con las cosas y

la naturaleza, aquella mujer tenía una gran habilidad para poner las inyecciones. Se puede decir que era toda una gran enfermera. No científica pero le había dado Dios una gracia y una maña natural que era tan habilidosa como la mejor enfermera del mundo. Se puede decir que era la enfermera de toda Cañada Morales.

También recuerdo con mucho cariño a una señora que se llamaba Isidra. La hermana Isidra. Yo iba allí con frecuencia porque la mujer de mi hermano era de Cañá Morales. Pues me cogía esta señora, cuando era invierno, me acercaba a la lumbre para calentarme y algunas veces tanto me calentaba que aunque me callaba por vergüenza un día le dije al oído: "Hermana Isidra, que me quemó". Entonces la hermana Isidra me cogió y empezó a darme besos diciendo: "¡Ay hija mía, que lástima!" Pero era una bondad extraordinaria la que tenía esta mujer. Es que es empezar y no acabar de aquella tierra tan bendita que yo tengo metida en lo más puro de mi corazón.

COSTUMBRES EN LA VEGA



Mi madre instauró allí, entre otras cosas, una bonita costumbre: comunicarse unos con otro aunque vivieran lejos. Se ponía alguien malo, si era de noche, se encendía un farol y lo colgaban en un sitio donde se viera desde todos los otros cortijos. Se asomaba alguien a la calle y miraban. “¡Ay! Un farol en la Fuente de la Higuera. Algo pasa. ¡Vamos a ver qué pasa!” Que era en La Canalica. “Hay una luz en La Canalica. Ya estamos allí”. En cuanto se ponía alguien malo en aquella Vega, nunca estaba solo. Se juntaban todos de todos los cortijos. Quien se ponía malo nunca le faltaba asistencia. Y para eso si se moría. Se cerraban los otros cortijos y todo el mundo con la familia del difunto.

En la Canalica vivía una mujer que se llamaba Francisca. Él se llamaba Isidro y le decían de apodo el Maestro Parras.

Tenía cuatro hijos varones y dos hijas. Los cuatro varones se le fueron a la guerra. Yo le subía las cartas. Otras veces, viendo que no iba, bajaba ella. Y me acuerdo que mi abuela, cuando terminaba de escribir las cartas de los soldados, decía: “Ahora vamos a rezar el rosario”.

Y esta mujer no sabía rezar el rosario. Pero su corazón, ella lo tenía puesto en Dios. Cuando mi abuela decía “Dios te salve María...” como no sabía contestar: “Santa María...” decía: “que no le pase ná a mi Juan a mi Modesto a mi Antonio y a mi Manuel”. Luego en la letanía, cuando se decía: “Ora pro nobis...”, como era antes, ella: “que no les pase ná, que no les pase ná...” Aquello, vamos, emocionante de oírla. Pues no les pasó nada. Cuando terminó la guerra, volvieron sus cuatro hijos. Los cuatro y a ninguno le pasó nada. Que dos viven todavía en la Canalica: Juan y Manuel.

Cuando la hermana Francisca, rezaba el rosario con mi abuela y decía lo que ya te acabo de contar, nombrando a todos sus hijos, una mujer vecina, no del Soto nuestro sino de otro sitio que iban allí como siempre a que se le escribiera las cartas, se sonrió. No mucho pero sí porque le hacía gracia cómo rezaba aquella mujer. Y entonces mi abuela, le hizo señas para que no se fuera cuando ya iban a despedirse. La llamó con mucho tacto y sin que nadie se enterara, le digo: “Mira, no te sonrías más cuando veas a la hermana Francisca

como reza. Porque ella no sabe rezar de otra manera pero su corazón está en Dios y yo creo que Él escucha su oración porque es sincera y limpia. Ella reza como puede y si no sabe decir Dios te Salve María, sí la está invocando con toda la sinceridad del mundo, aunque sea a su manera, para que cuide de sus hijos y yo creo la Virgen la va a escuchar". Y la escuchó porque a ninguno de sus hijos les pasó nada.

Allí a lo que se le tenía también mucha devoción era a la cruz. El día tres de mayo, casi en tos los cortijos, hacían una cruz y organizaban fiestas. La cruz de mayo era muy famosa por el lugar. Y luego la fiesta del pueblo, la patrona, Nuestra Señora de la Asunción y San Roque.

Yo conozco a mucha gente de la zona porque iba siempre de la mano de mi madre. Mi madre, donde había un enfermo, no se le escapaba ir a visitarlo y estarse con él. Conocí a más gente por eso y por las cartas de los soldados. Las cartas de todos los soldados iban a mi casa. Las contestaciones las dejaban en mi casa también. De mi cortijo, Eusebio el correo, las recogía y dejaba las que venían para los vecinos de aquellos cortijos.

El cortijo del Soto de Arriba, tal vez esto suene a un poco de euforia pero es que tenía una popularidad... que en fin, otros cortijos a lo mejor siendo más bonitos, no la tenían. Por eso:

por el punto estratégico, por pasar el camino real por la puerta, por ser mi madre como era y por la comunicación que había. El Soto de abajo estaba casi en la misma situación pero no era lo mismo. Se encontraba cerca pero de otra manera para poderse comunicar.

- ¿Era más pequeño el Soto de Abajo?
- No me acuerdo bien pero me parece que sí. Había dos viviendas. Claro que podían haber sido dos viviendas grandes. En el Soto de Abajo vivía Modesto Lara y Amalia Linares, era la mujer de Modesto y María Josefa Linares, la mujer de Isidro. Que le decían de apodo "viborica". Porque cuando era pequeño, guardando el ganado, vio una víbora y él no sabía lo que era. Y las cosas de las criaturas: se descalzó el pie y se lo acercó. "Anda viborica, a qué no me picas. Pica, pica, viborica". Llegaron las personas mayores. "¿Pero hombre que estás haciendo?". El angelico no sabía ni lo que estaba haciendo. Lo quitaron de allí y no le hizo nada la víbora. ¡Ay que ver...! Parece que el ángel de la guarda lo salvó.

Luego, también un hijo de esta familia, que se llamaba Juan, se casó y se llevó la mujer a vivir al Soto de Abajo. Una hija de Modesto se casó con un primo hermano mío, que se llamaba Manuel y se fue al Soto de Arriba, a vivir. Luego, enfrente del cortijo que fundó mi abuelo Andrés, al otro lado del camino real, se hicieron otras dos viviendas. En ellas vivía una hija de mi tío

Ramón que se llamaba Adolfina y un hijo también de mi tío Ramón que se llamaba Manuel, que se casó con una hija de Modesto. Vivían enfrente del Soto del Arriba. ¡Eso es! Dos viviendas que había en ese sitio y que se hicieron después. Pero que formaban parte del Soto del Arriba, separadas sólo por el camino real y la era.

Las costumbres de los novios de Hornos de Segura y en todos aquellos cortijos que, por sus alrededores, yo conocí, eran distintas a las cosas de ahora. Allí los novios hablaban dentro de las casas. Primero el novio hablaba con los padres y pedía permiso y a partir de estos momentos, entraba a la casa a visitar a la novia. Jamás hablaban a solas. Siempre estaba la madre sentada al lado de la pareja o si daban un paseo, la madre nunca los perdía de vista. Otras veces si había una hermana, mayor o menor, salía con la muchacha pero siempre cerquita de la casa y nunca la pareja hablaba a solas.

Yo me acuerdo cuando veía a Pepa, la hija de Inocente Sola, que ya lo he dicho, se ponía arriba en el balcón y él abajo y así hablaban. Y de noche, a horas muy tempranico, entraba el novio a la casa, se sentaban un rato, hablaban de sus cosillas, si era en invierno, alrededor de la lumbre y si era en verano, al fresquito pero siempre los dos con la vigilancia de la madre o de la hermana.

Cuando las muchachas iban al baile, siempre era acompañadas de su madre o de la abuela o de su tía. Si se juntaban, por ejemplo, dos primas que iban al baile, pues yendo una madre de alguna, se hacía cargo de todas pero ya te digo: siempre con la vigilancia de personas mayores. Nunca iban las muchachas solas a los bailes. Así era como en aquellos tiempos se vivían los noviazgos hasta que se casaban y ya se iban a su casa propia.

Pero era muy general la costumbre y, esto a veces sucede todavía, cuando se casaban, unas veces se quedaban a vivir en casa de los padres de uno y otras veces, en la casa de los padres del otro. Se estaban un tiempo determinado o según las posibilidades que tuvieran o la necesidad que tuvieran los padres de los hijos o al contrario. Y luego, poco a poco, se iban independizando, construyendo, muchas veces, la nueva casa pegada a las que ya existían.

De los médicos en la Vega y por aquellos tiempos te digo que las cosas no eran como ahora. En Hornos sí había pero el pobre actuaba con los pocos medios de aquellos tiempos. Pero el problema grande era cuando las mujeres daban a luz. Por allí cerca de la Vega, el único médico que había, que era un gran portento en ese sentido, era don Mariano, que vivía en Pontones. El apellido no lo recuerdo porque yo lo vi solamente una vez montado en su caballo o yegua de color rojo oscuro con la careta blanca y era en invierno. Llevaba un sombrero

puesto y una pelliza. Había ido por allí a asistir a alguna mujer que había grave de parto.

Este hombre salvó muchas vidas en las mujeres que daban a luz. En esto, este médico era un portento y también oí decir que era muy querido por todo el mundo porque era muy humanitario. Cuando lo llamaban nunca ofrecía reparo. A cualquier hora estaba dispuesto a ir montado en la yegua, el mulo o el burro e iba a las chozas de los pastores, a los cortijos, con nieve, lloviendo y como se presentara. Y cuando llegaba a las casas humildes y veía las necesidades de la gente, me contaron a mí que muchas veces en lugar de cobrar por sus servicios lo que hacía era darles lo que podía. Era una gran personas y un gran médico y vivía en Pontones.

LAS LUMINARIAS

- Y de las luminarias ¿qué me dices?

- En la fiesta de la Inmaculada, las mocicas y los mocicos, que le decíamos nosotros, íbamos a por romero. Hacían unos haces de romero que se los cargaban a las espaldas y no podían con ellos. Mis primas Ramona Muñoz Lara y Virginia Franco Manzanares, se echaban a cuestas unos haces casi tan grandes como ellas. Y mis primas, Ramona, parecía una rosa blanca y Virginia una rosa encarnada, envueltas de romero porque las dos eran muy guapas. Y las niñas así más pequeñas como yo, de tallicos tiernos, nos hacían los mayores

unos hacecicos de romero y acuestas... con nuestro romero. ¡Armábamos allí unas acinas de romero...! Y en la era, que estaba al lado de arriba del camino real, el cortijo de mi Soto, el camino real por medio y por encima la era, encendíamos unas hogueras que daba miedo. “Viva la Inmaculada Concepción”. Y jugando a la rueda en torno a la luminaria. Tos a coro: “¡Viva!”. Cogíamos otro brazado de romero, a la hoguera.

Luego, la segunda luminaria se hacía, por Santa Lucía. Cuando echábamos el romero al fuego: “Santa Lucía bendita, que nos guardes la vista”. Y venga bailar alrededor de la hoguera. La otra, en Navidad. Con las zambombas y con los almireces, cantando aguilandos. Todo en la era. Si estaba lloviendo, nos juntábamos en casa de mi tío Ramón o en mi casa y echábamos una lumbre grandísima de troncos gordos, que leña había de sobra y allí nos juntábamos a comernos las tortas, los mantecados caseros, higos pasaos, nueces almendras... lo que daba el terreno. La siguiente luminaria se hacía el día de los inocentes. Una más, para año nuevo, el día de los reyes, otra para la Candelaria.

Y el día de San Antón, que era el patrón de los animales, con troncos de árboles rajaos, los ponían así. Luego otro más chico y otro más chico hasta construir un castillo. Ponían mesas y artilugios para irse subiendo los hombres y unos a otros se iban dando los leños hasta que hacían los castillos como torres e

iban subiendo para riba, para riba. Cuando ya no alcanzaban a poner con las manos, se subían un hombre encima de los hombros de otro y seguía poniendo. En los cortijos había como competencia. A ver el cortijo que hacía el castillo más alto. Por la noche se le pegaba fuego.

El que se le había puesto una vaca mala y San Antón se la había curado, “Yo ofrezco una arroba de vino”. Allí estaba con su arroba de vino. Otro llevaba nueces, higos, otro sacaba chorizo, morcilla y la bota que va y viene. “San Antón bendito, que no me malpara la marrana”. Cuando ya se ponía todo hecho ascuas se hundía el castillo y quedaba en la era un montón de brasa. Mientras podían aguantar, junto a la lumbre estaba todo el mundo. Mi padre tocaba la guitarra muy bien y todos los del cortijo bailando. El “suelto”, que es lo que se bailaba en el Valle. Las jotas serranas y el suelto alrededor del castillo de San Antón. Fíjate, sin cines, sin televisión ni radio, que convivencia más humana y bonita. Nadie se enfadaba.

- ¿Y lo del saco de nueces?
- Fue una de aquellas noches de San Antón. Mientras estaban los mayores en la era con su bota, alrededor de las ascuas y gritando: “Viva San Antón...” Como no nos daban vino, todos los niños y las niñas nos metimos en casa de mi tío Ramón en busca del saco de nueces y decíamos: “No nos dais vino, ya nos buscaremos otra cosa”. Nos metimos donde guardaba mi

tío el saco grande de nueces. Lo rompimos y los chiquillos nos comimos la mitad de las nueces. Al otro día se encontraron las cáscaras. Los autores de aquella travesura fuimos, mi prima Francisca, compañera inseparable de juegos, los nietos de mi tío, todos los otros primos y yo.

JUEGOS DE MOZOS Y MOZAS

La juventud también tenía su diversión. Entre el Soto de Arriba y el Soto de Abajo, había como hemos dicho, un vado del río. Una llanura pequeña pero lo suficientemente espaciosa para que los muchachos en ella ejercitaran sus dotes deportivas. El juego que había, le decían el juego de los bolos. A la llanura, le llamaban la Abolea". Los bolos eran unas bolas de madera, no sé, a lo mejor te lo ha explicado alguien antes.

- He oído hablar pero poca cosa.

- Unos bolos que eran aproximadamente del tamaño de un balón de reglamento. Quizá un poquito más pequeños. Todo de madera maciza. Tenía unas hendiduras exactamente para introducir los cuatro dedos por abajo y el purgar por arriba. Como haciendo un asa. Y a cierta distancia, ya no entendía yo el juego, ponían lo que ellos llamaban mingos. Era una cosa así de alta, unos pinetes así de altos de madera, más anchos de abajo y estrechicos de arriba. Lo hacían ellos mismos. Los muchachos fabricaban sus mingos y sus bolos. Los ponían a cierta distancia todos en fila. Marcaban la raya. Ellos tenían sus reglamentos de juego. Pillaban carrera y con el bolo en la

mano, al llegar a la raya, buuuuun... Salía zumbando el bolón y el que más mingos de esos derribaba, ese ganaba el juego.

En la llanura se juntaban mozos de la Fuente de la Higuera, de la Canalica, de la Laguna, del Baño, de Cañá Morales, acudían también, de los Parrales. De todos aquellos cortijos. Es que no sé por qué, si porque estaba precisamente a orilla del camino real, mi Soto era muy popular. Muy pasajero, de todo el mundo pasar por la puerta, el Soto era muy popular. Allí se juntaban todos los mozos a jugar a los bolos. Y a ambos lados del camino, los viejos y los chiquillos, mirando a los muchachos compitiendo con sus bolos.

Y las muchachas también tenían su deporte. Bailar cuando hacían baile en los cortijos. Luego, en los árboles que había, que gracias a Dios eran muchos, en los que tenían ramas muy fuertes y muy macizas, una soga que fuera gorda, la enganchaban en una rama. La ataban debajo. Ponían una almohadica o algo para que no se clavara la soga y aquello era un columpio. Un mecigol. Eso eran las muchachas. Sobre todo lo hacían el día de Santa Quiteria, el día veintidós de mayo, que es cuando se hacían los hornazos. El día de Santa Quiteria.

Las muchachas meciéndose, venga. Me acuerdo que con unos cinturones se ataban la ropa, así a las rodillas, para que

al tomar fuerza el columpio, no se le levantara la ropa. Y los muchachos acudían cuando estaban las muchachas meciéndose, venga. Nosotras a mecernos. Cogían la soga, buuuun... pero ellas se ataban bien el cinturón para que no se le levantara la ropa. Esas eran las diversiones que había entonces por la Vega. Pero todo tan inocente y tan bonico... que me río yo que hoy una discoteca, tenga más gozo que eso. Porque aquello era inocente y alegre.

EL BAILE EN LA FUENTE DE LA HIGUERA

Mira, lo de la Fuente de la Higuera lo tengo yo muy andado y conocido, porque como ya te he contado, todas las cartas de aquellas familias, iban a mi casa. Unas veces subía yo a llevárselas y otras veces bajan ellas. Así que me acuerdo todavía de las muchas personas bondadosas que allí había. Todas las familias eran muy buenas personas y también me quisieron mucho.

Y me acuerdo, después de terminada la guerra que como ya te decía había tanta alegría, un año, la hermana Ramona "La Corta", vistió una cruz. La cruz que antes te decía era tan celebrada en mayo. Allí se juntaron todas las mocicas de la Vega. Fueron a tocar, de músicos, los hijos de Pascual. El que tocaba el violín se llamaba Amador y el otro, que tocaba la guitarra, no me acuerdo cómo se llamaba. Y también fue la Eufrasina, la Eufrasina, mi ídolo del acordeón. Yo me la comía

con la vista cuando tocaba Eufrasina el acordeón.

Me pegué una “panzá” de bailar muy grande pero bailé menos que otras, porque casi todo el rato me lo pasé detrás de la Eufrasina y me la comía a ella y al acordeón con la vista. ¡Pero qué bien tocaba aquella mujer! Y allí las mocicas bailando por un lado y las chiquillas por otro. Pero allí me fijaba yo en las mocicas mayores y las miraba y decía: ¡Pero que guapas son estas mujeres!” Todas peinaicas para atrás. Se marcaban ellas una ondicas como podían, con unas horquillas pero nada más. Y, sin embargo ¡qué guapas eran todas de verdad! Si empiezo a darte nombres no termino nunca. Puedo darte algunos y como me voy a olvidar de otros, sin querer las voy a ofender y por eso es mejor no dar ningún nombre de aquellas mocicas tan guapas de mi Vega de Hornos.

Ya te digo ¡qué guapas eran todas y qué día nos pasamos aquel tres de mayo en la Fuente de la Higuera! Eso a mí no se me olvidará nunca. Como tampoco se me olvidará un hecho muy curioso que aquel día ocurrió: la hermana Ramona La Corta, que en su casa fue la fiesta, era muy graciosa. Además de muy buena persona, era muy simpática y la gracia le salía a chorros. Y llevaba la ropa larga, como todas las mujeres de su época. Con mucho vuelo, vestidica de negro, con su pañuelo negro rodeaico en la cabeza, como lo llevaban las mujeres de edad y la ropa larga.

Ella, tan feliz se sentía aquel día, que se puso a bailar nada menos que un vals. Sola en medio de todas las mocicas. Empezó a dar vueltas y la hermosa ropa amplia que llevaba, tomó vuelo y aire y aquello fue lo más precioso de la fiesta. Con todo lo guapas que estaban las muchachas, ver a la hermana Ramona bailar aquel día, en medio de las otras mocicas, era lo más digno y emocionante que nunca he visto yo en mi vida. Aquello fue digno de haberse grabado en la televisión, que cosas menos importantes se hacen ahora y tienen gracia. Fue... vamos, de risa y de emoción, ella tan sola con la ropa tomando vuelo y todas las mocicas rodeándola y llenas de alegría. Te lo digo en serio: fue una preciosidad.

- ¿Además del vals, qué otras piezas se bailaban entonces?
- Unas veces, los muchachos y las muchachas, bailaban agarrados pero con mucha decencia. Era a ratos. En unos momentos se bailaba unas cosas y en otros, otras. También hacían parejas y entonces se bailaba lo que nosotros conocíamos como "el suelto". Y como allí no tenían castañuelas, hacían los sones con los dedos, así: deslizando con fuerza el dedo pulgar sobre el dedo del corazón, producían un chasquido y todos llevaban el mismo ritmo con la música y les salía tan bonico aquel baile que aquello era una delicia verlos. Los chiquillos, que no sabíamos, nos apartábamos o hacíamos nuestros corrillos particulares y a nuestra manera,

nos poníamos a imitar a los mayores. A nuestra manera, allí dábamos saltos como podíamos. La jota serrana y el suelto. Ya te digo: la gente serrana de aquel tiempo, todos los mayores y los jóvenes, sabían bailar la jota. Unas piezas preciosas y más todavía por aquella gracia y soltura que mis paisanos de la Vega, tenían.

Pero ya que estamos hablando de las cosas bellas en las personas de mi tierra, quiero contarte algo de los hombres, porque se lo merecen. Cuando los veías en el campo, iban con sus ropas remendaicas de su trabajo labrando la tierra, cuidando a los animales, segando o trillando o si era en invierno, en la aceituna, dependía del trabajo que estuvieran haciendo pero siempre con sus ropas de faena.

Pero luego también tenían sus ropas bonitas y muy dignas y cuando se las ponían y se arreglaban los domingos porque iban a los bailes, siempre se les veía vestidos muy limpios y con mucha dignidad. Y lo mismo que te decía de las muchachas, te digo de los mozos: eran muy guapos también. No solamente las mocicas sino que en mi tierra había mozos que quitaban el sentío de guapos y gallardos. Y aunque el analfabetismo allí era inevitable, esto no era causa para que ellos, los hombres de mi tierra, fueran todos unos caballeros. Te voy a contar un rasgo de ellos.

Los baños que había de aguas medicinales, eran para los enfermos pero en aquellos cortijos de la Vega no había ni cuartos de baño como ahora sí en todas las casas de las ciudades y los pueblos ni tampoco duchas ni lavabos para el aseo personal. Y entonces ¿qué más playas y qué más duchas necesitábamos que nuestros ríos? Con el agua tan clara que tenían y lo perfumada que siempre bajaba desde aquellas cumbres de romeros y robles milenarios, entre los grandes calares del pico Yelmo. Porque ese monte pétreo que guarda a mi pueblo de Hornos por el lado de donde sale el sol, fue y lo será eternamente, la noble cumbre hermana que recogía las aguas de todas las lluvias y todas las nieves, para devolverlas por los manantiales que alimentaban a nuestro bello río de la Vega.

Y por esto quiero decirte que en aquel río nuestro había sitios señalados donde se bañaban los hombres y otros sitios donde nos bañábamos las mujeres y las niñas. Ellos siempre se bañaban en lugares de aguas más profundas. En mi Soto, se bañaban los hombres en un remanso y charco grande que le decían El Potro. Por eso allí había tan buenos nadadores, porque ellos siempre buscaban sitios donde hubiera mucha agua y profundidad para aprender a nadar. Y algunos se bajaban al río Grande para aprender a nadar bien y a bañarse.

Y desde que nace el río Hornos hasta su desembocadura en

el Guadalquivir, que iba atravesando toda la Vega, cada uno se iba bañando en el distrito de las tierras de su cortijo. Pero los hombres tenían su sitio señalado y nosotras las mujeres, el nuestro que era donde había menos agua y corríamos menos peligro.

Pero había una ley en la Vega, que nadie la había puesto ni escrito nunca sino que surgía del pudor de cada una de aquellas personas y ellos mismos se la imponían y era que jamás un hombre se acercaba a los sitios donde sabía que había mujeres bañándose. Eso es ser caballeros. Si un hombre hubiera sorprendido a otro hombre vigilando o acechando o mirando a las mujeres cuando se bañaban, los mismos hombres de la Vega se lo hubieran impedido. Porque allí las que se bañaban eran sus mujeres, sus hijas, sus hermanas, sus nietas, sus primas. Y a ningún hombre le hubiera gustado que otro hombre hubiera hecho aquello porque no era propio de los hombres de mi Vega. Por lo menos en el sitio de la Vega donde yo viví. El sitio donde se bañaban las mujeres era respetado y ni los mayores, ni los niños ni nadie se acercaba allí mientras ellas estuvieran en sus nados y gozando de las aguas purísimas que nos traía el hermano río de Hornos desde las majestuosas cumbres del pico Yelmo.

Y como el otro día me preguntabas, ahora te voy a decir cómo se las arreglaban, en aquella Vega mía, los hombres

para afeitarse. No era tampoco ningún problema. Para mi padre y mis hermanos, mi madre usaba un utensilio que tenía la forma del sombrero del Quijote. Que tiene una hendidura en el ala del sombrero. Bueno, pues ese era el hueco donde ponían el cuello. Esto te lo digo porque cuando veo en los libros el sombrero del Quijote, me digo: “Anda, si parece la vacía que tenía mi padre para afeitarse.

Con aquella vacía llena de agua calentica, lo enjabonaba mi madre y lo afeitaba con su navaja barbera que se la regaló mi tío Daniel. Otra tenía mi hermano Cesáreo. Y mi hermano Ángel, como era un chavalillo que todavía no tenía barba, pues no tenía su navaja para afeitarse. Recuerdo que cuando a él le empezó a salir la barba, decía: “¡Ay! Que yo no tengo navaja de afeitar. ¿Con qué me voy a cortar esta barba mía?” Y entonces empezó afeitarse con la de mi hermano Cesáreo. Cuando mi hermano Cesáreo se fue a la guerra, pues mi hermano Ángel siguió afeitándose con la misma navaja y cuando volvió mi hermano de la guerra, ya trajo esas maquinillas nuevas, individuales que hay con cuchillas de afeitar y ellos dos se siguieron afeitando así y mi padre, continuó con su navaja.

Pero de afeitar en mi casa se guardaban como oro en paño. Ellos tenían una especie de correa para darle y suavizarles el filo a fin de que cortaran bien. Y mi madre era, pues una gran

barbera afeitando a mi padre. Para cortarse el pelo, ya iban al pueblo de Hornos. Así como en mi casa, los hombres de la Vega, casi todos tenían sus navajas para afeitarse. Esto era lo que había y las mujeres, agua y jabón y sol y por eso estaban todas tan guapas.

Allí rizarse el pelo, fue después de la guerra que empezó aquella moda de las permanentes pero pasó mucho tiempo antes de que se rizaran el pelo con las permanentes. Pero antes, era su pelo natural que ellas misma se marcaban sus hondas. No creas que las mujeres de mi Vega también eran buenas peluqueras. Se marcaban sus hondas con sus horquillas y se hacían peinados muchos más bonitos de lo que ahora mismo se pueden imaginar. Y las mayores, su moño y su trenza. ¡Ay! Una boda te voy a contar.

BODA DE LA MUCHACHA GUAPA

Que todo esto es verdad ¡eh! Te lo cuanto a lo bruto, como yo sé pero que todo esto es verdad. En el Soto de Abajo, había unas muchachas muy guapas. La belleza natural de las mujeres de la Vega, y no por presumir de nada, era exquisita. Sin maquillajes, sin peluquerías, sin nada artificial. Na más que belleza tal como la da Dios. El aire puro, el agua limpia y el sol que da Dios gratuitamente a todo el mundo. Yo no sé sí es porque aquello venía de raza, de aquel terreno, o lo daba el

clima, el caso es que las mujeres eran bellísimas. Entre ellas algunas de mi familia: mis primas Virginia, Virtudes, Ramona Manzanares y Francisca, incluso mi misma madre. Yo creo que a una hija no le está prohibido decir esto de su madre siempre que sea verdad: me contaban las mujeres mayores que mi madre había sido una de las muchachas más bonica, más recatá y mejor considerá de toda la Vega.

La hermana Amalia y el hermano Modesto tuvieron cuatro hijas. Una estaba casá, Carlota, con un primo mío. Modesta se casó con uno que le decían Miguel el "Señorito" que vivía en Cañada Morales. Y tenía otras dos hijas solteras: María Antonia y María Josefa. Muy guapas estas dos. Y el hermano Isidro y la hermana María Josefa, tenían otras dos hijas. Una se llamaba Isabel y otra se llamaba Modesta. Que me parece... de esto no estoy muy segura, que uno de los hijos de Matías del Chorreón, estuvo rondando a la Modesta. Yo, como chiquitilla que era entonces, lo veía que de vez en cuando echaba un vistazo por el rincón. Y por eso se comentaba que andaba detrás de la Modesta. Que era muy guapa, por cierto.

Pues esta Isabel, era una moza hermosa, hermosa de verdad y, además, buena. Se casó con uno de "Guabrás" que se llamaba Leocadio. Allí las bodas eran muy pintorescas también. Los sacerdotes muy respetaos. La ceremonia religiosa era en el pueblo y luego la celebración en los cortijos. Y

algunas veces, bajaba el sacerdote con todos los ornamentos y en la casa misma se celebraba la ceremonia religiosa. El convite, luego en el cortijo. La ceremonia de esta boda, fue en Guabrás. Pero la boda fue grande. La muchacha era muy aprecia en toda la Vega. El novio tenía posibilidades económicas. La familia de ella, también.

Fue recién terminá la guerra, que había mucha alegría. Mucha alegría. Todo el mundo estaba muy contento. A los que le habían matado a alguno de la familia, pues no. Pero los que habían tenido hijos en la guerra, como pasó en mi casa que desde que se fue mi hermano yo no veía a mi madre nada más que llorar y pendiente de Eusebio el correo a ver si llegaba carta, y luego venir su hijo de la guerra, pues en mi casa había una alegría enorme. Y eso pasaba en todas las casas donde habían vuelto los soldados sin pasarles nada. Estaba, pues eso: recién terminá la guerra. Luego te contaré algo muy bonito que también ocurrió por aquellas fechas. Ahora vamos con la boda.

Iba a casarse esta pareja y pasaron, todos los acompañantes, por lo menos esta boda que la vi yo con mis propios ojos, por la puerta de mi Soto. Toda la comitiva de acompañantes, invitaos, pasaron todos al Soto a recoger a la novia. A sacarla del cortijo todo el acompañamiento. Y pasaban con mulos pero enjaezaos con colchas, con sábanas, con

encajes. Todo muy vistoso. Iban las parejas, montás cada una en su mulo. Los matrimonios, los hermanos. Mi hermano Angel estuvo en la boda y llevó de pareja a mi prima Virginia, hija de mi tía Francisca.

Me acuerdo que una colcha de ganchillo que había hecho mi madre de soltera, la puso encima de la albarda. Le pusieron madroños en las cabezás a los mulos, cintas de colores. En fin, que adornaban los mulos, mulas, caballos y todo eso, que iban en la comitiva, los adornaban tanto como las mismas personas. Llegaron al Soto. La novia estaba esperándolos y tenían un mulo especial, adornado todo con sábanas blancas y a ella, en una silleta que había entonces para ponerla encima del aparejo, la sentaron.

Cuando pasaba por la puerta de mi casa, mi madre tenía un canastillo con hojas de rosas que había deshojado y se las echó encima a la novia. Y pasaba Isabel ¡más guapa... ay qué guapa! Y pasó a Guabrás. Allí fue la ceremonia. Allí los casó el cura. El cura se llamaba don Pedro Morales. Que como entonces recién terminá la guerra había escasez de sacerdotes por las cosas que habían pasado, atendía a Segura y a Hornos con todas sus aldeas y cortijos.

La boda fue aquel día y al día siguiente se celebraba también. Se llamaba la tornaboda. Pero aquella fue una boda

soná en toda la Vega. La muchacha era muy quería de todo el mundo y se lo merecía todo. A mí me dejó un recuerdo muy bonito. Ver yo tan chiquilla pasar tanta caballería con colchas, con cintas de colores, abajo, al Soto, a por la novia. Y esa boda de Isabel, se me quedó a mí impresa. Así, parecida a esta, eran entonces todas las bodas en aquellos cortijos de la Vega de Hornos.

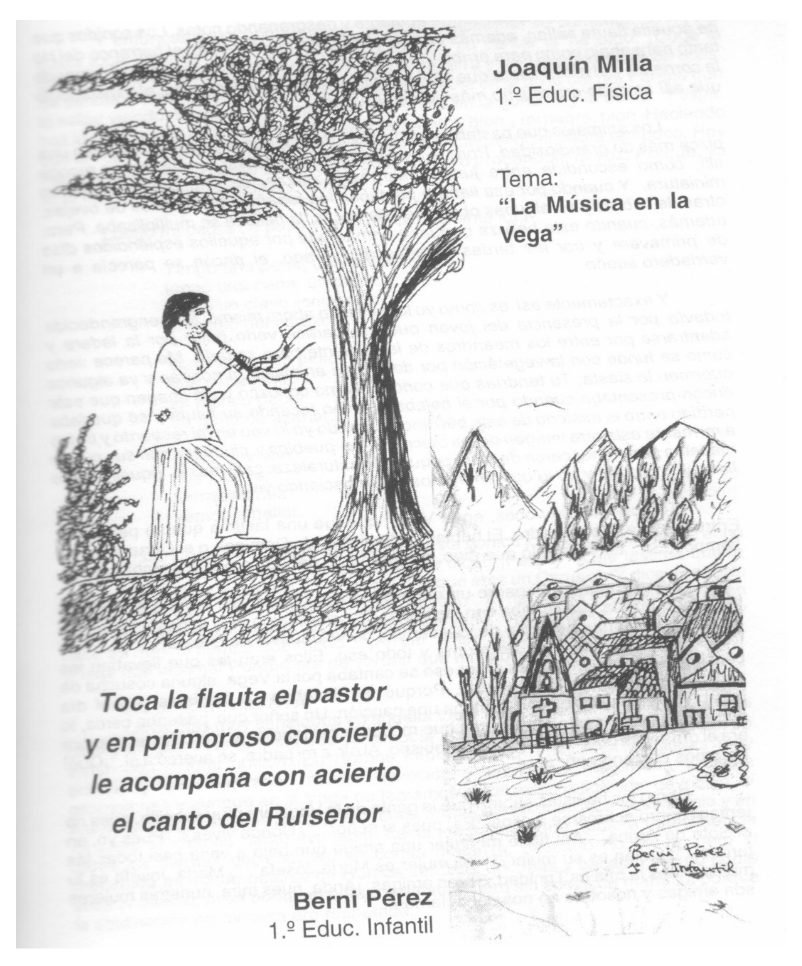
LA MUSICA EN LA VEGA

Me acuerdo mucho de una señora que había en la Platera que se llamaba Eufrasina, no sé si vivirá todavía, que tocaba el acordeón como los ángeles. En los tiempos de hoy, esa mujer hubiera sido una concertista de miedo. A esta gran acordeonista, casi siempre la acompañaba con la guitarra, su marido José Molina. Otros también que le decían los hijos del Pascual que tocaban uno el violín y otro la guitarra y Francisco Fuentes, que tocaba muy bien el laúd y la guitarra. Eran los músicos de las bodas y de todas las fiestas.

- ¿Y las flautas?

- Pues como no había las cosas que hay ahora de radios, televisión, cine... los pastores se hacían flautas de cañas. Y de los carrizos del río. Yo misma hacía algunas para mí. Porque yo también tocaba mi flauta y mis primas y mis primos. En la siesta, se juntaban los pastores a sestear en los álamos que había alrededor y en las orillas del río.

Grupos de ocho o diez zagalones de doce a catorce años. Allí hacían ellos, lo que podíamos llamar ahora, sus conciertos. Cada uno con una



–

– flauta y aquello era digno de oír. ¡Qué lástima no haber tenido un aparato de estos de grabar y haberlo recogido! Porque ellos hacían hasta sus composiciones musicales. Había algunos que tenían buen oído. Cada flauta sonaba de una manera. Y mientras sonaba el concierto de los

pastores con sus flautas, los ruiseñores cantando en los álamos. ¡Qué bonito era aquello!

Recuerdo yo un hermoso rincón verde, un trozo de la curva del río por donde los animales pastaban tan gustosamente, y a un joven pastor que siempre andaba por aquel rincón. Era aquello una maravilla verlo desde la ladera de enfrente. Recuerdo yo como primero el joven cogía su flauta, hecha de caña y por él mismo y desde el lado norte bajaba senda adelante y desgranando notas. Los sonidos que de aquella flauta salían, además de embelesar el alma, llenaban el barranco del río tanto para abajo como para arriba y al mezclarse aquellas melodías con el rumor de la corriente y el movimiento que el vientecillo imprimía a las plantas, el espectáculo que allí se daba era mucho más que maravilloso.

Los animales que pastaban por la orilla del río, aún le daban al conjunto una pizca más de grandiosidad. Porque eso era otra: la pequeña llanura que se recoge allí, como escondida entre juncos, sargas y zarzas, es otro paraíso más en miniatura. Y cuando por esa llanura pastaban los rebaños, unas veces de ovejas, otras de cabras y en algunas ocasiones de vacas, la belleza se multiplicaba. Pero, además, cuando esta belleza quedaba enmarcada por aquellos espléndidos días de primavera y por las tardes doradas del verano, el rincón se parecía a un verdadero sueño.

Y exactamente así es como yo lo recuerdo ahora mismo. Más engrandecido todavía por la presencia del joven que me parece verlo bajar por la ladera y adentrarse por entre los meandros de la corriente para saltarla. Me parece verlo como se funde con la vegetación por donde los animales ramonean y ya algunos duermen la siesta. Tú tendrías que conocer como conozco yo la imagen que este rincón presentaba cuando por él bajaba el joven tocando su flauta y se quedaba perdido entre el misterio de este barranco. Cuando yo lo veo en mi recuerdo y traigo a mi mente esta otra imagen de los balcones, en pueblos y ciudades con sus cuatro macetas para tener cerca de sí un poquito de naturaleza, casi me río. Aquello era lo lindo y lo natural y no lo que ahora nos están haciendo vivir.
También había voces, en la Vega, que fue una lástima que se perdieran. Entre ellas, las de mi padre. El hubiera sido el Plácido Domingo o el Caruso de sus tiempos. Sí... es verdad lo que digo, es verdad. El flamenco no se le daba bien.

¡Mira! Estando mi padre un día regando su huertecilla, porque él tenía un trocico de huerta que lindaba con los baños, le ocurrió algo muy curioso. Entonces a los baños iba mucha gente de Villacarrillo, de Villanueva, de Orcera, de Beas, de todos sitios. Gente delicá de reuma y todo eso. Ellos eran los que llevaban las canciones por aquellos sitios y por eso se cantaba por la Vega, alguna cosucha de canciones modernas

que venían. Porque las llevaban los bañistas. Aquel día regaba mi padre su huerta y cantaba una canción. Un señor que paseaba cerca, lo oyó. Yo te he comentado ya antes que mi padre cantaba muy bien. Aquel hombre era el organista de Villanueva del Arzobispo. Al oír a mi padre, se acercó a él. “¡Qué! Estamos cantando por aquí”.

Como los bañistas sabían que la gente de la Vega era muy sencilla, pues no tenían reparo acercarse a ellos. “Ea, pues sí señor”. “¿Dónde vives?” “Pues yo, en el Soto de Arriba”. “Ahí tiene mi mujer una amiga que baja a verla casi todas las tardes”. “¿Quién es su mujer?” “Mi mujer es María Josefa”. “¿María Josefa es tu mujer? Pues la mía es Trinidad. Si son amigas. ¡Anda, pues mira, nuestras mujeres son amigas y nosotros no nos conocíamos”.

Y entonces bajó con su mujer al Soto. Hablando, se comentó: “A mí me gusta tocar la guitarra”. “¿Tú tocas la guitarra? Yo cantar te he oído. ¡Coge la guitarra y vente conmigo!” Mi padre cogió la guitarra y se fue y yo detrás de ellos. Se sentaron en el suelo debajo de un peral que había en la orilla del río. Parece que lo estoy viendo. El organista empezó a dar notas en la guitarra y le decía: “Felipe, haz lo que haga la guitarra “. Y empezaba la guitarra, blon y mi padre, blon. Haciendo con la voz. Yo entonces no sabía lo que estaba haciendo ni mi padre tampoco. Hoy me doy cuenta y mi padre

lo supo después. Estuvo probándole la voz. Porque, ya te lo he dicho, aquel señor era músico.

Luego mi padre se puso y le cantó la siguiente jota:

Tengo una pena, una pena,
tengo una pena, un dolor,
tengo un clavo remachao
en medio del corazón.

Que no hay un pintor
que sepa pintar,
en blanco papel
un ramo de azahar.

A la jota viene
a la jota va,
serranilla mía
vamos a bailar.

Y cuando terminó mi padre de cantar esta bonica jota, aquel hombre le echó la mano por el hombro muy emocionado y le dice: “¡Felipe! ¡Qué lástima que te pierdas aquí!” Dice mi padre: “¿Por qué?” “Porque eres un Caruso”. Y dice mi padre: “¿Y eso qué es?” “Es un cantante muy famoso”. Y mi padre creía que vivía en Villanueva y dice: “Si vive en el pueblo, voy a verlo”.

“No hombre, si era italiano y hace ya mucho tiempo que murió”. “¡Arrea!” Pero le comparó la voz con Caruso. ¡Fíjate qué lástima! Porque era de verdad que mi padre cantaba bien.

Y ahora que hablo de jotas, entre otras muchas que por aquella tierra mía se conocían, estaban las jotas que se cantaban de picailla cuando en la casa de la muchacha no querían al novio porque no les parecía bien. Esto puede pasar todavía. Entonces se cantaban estas jotas de picailla.

Jota: Ni tu padre ni tu madre
ni San Antonio bendito,
me pueden quitar a mí
que yo te quiera un poquito.

Estribillo: A los títeres tocan
yo te pago la entrá,
si tu madre se entera
¿qué dirá, qué dirá
qué tendrá que decir?
A los títeres tocan
y tenemos que ir.

Jota: Hornos y Cañá Morales
El Carrascal y la Platera
Montillana y los Parrales,

Cortijos Nuevos y Orcera.

Estribillo: ¡Ay, que sí que sí
ay que no que no,
que esta serranilla
me la llevo yo!
Me la llevo yo
me la he de llevar,
sino por la noche
por la madrugá.

Jota: ¿De qué le sirve a tu madre
machacar en hierro frío?
Si ha de tener en su casa
lo que tiene aborrecío.

Estribillo: A la jota viene
a la jota va,
Serranilla mía
vamos a bailar.

Jota: Puse el pie sobre una piedra
para apretarme una liga,
quien bien ata bien desata,
quien bien quiere tarde olvida.

Estribillo: Si te encuentro en la calle
me lo tienes que dar,
el tacón de la bota,
para taconear.

Jota: ¿Qué cuidado me da a mí
que tu madre no me quiera?
Estando el vino barato,
siempre voy a media leña.

Estribillo: ¡Ay, que sí que sí
ay que no que no,
que esta serranilla
me la llevo yo!
Me la llevo yo
me la he de llevar,
sino por la noche
por la madrugá.
Malagueña: voy con mi malagueña
siempre malagueñeando,
que por una malagueña,
vivo en el mundo penando.
Si me tuviera muriendo
Y sintiera una guitarra,
me levantaba corriendo
y malagueñas cantaba.

LA SEMANA SANTA

Otros días muy señalados en aquella Vega mía era la Semana Santa. En mi casa y en todas las familias que yo conocía por aquellos cortijos, estas fechas se vivían con mucha unción. En Hornos había también imágenes religiosas muy bonitas y que inspiraban mucha devoción y eran muy veneradas y había procesiones y aunque en la Vega no teníamos estos actos religiosos, devoción sí había mucha. El Jueves Santo y el Vienes Santo, allí se guardaba abstinencia y en mi casa, el Viernes Santo ayunaban hasta los pájaros que hubiera y abstinencia todos los viernes del año. No se comía matanza, pescado no había pero sí procuraba mi madre bajarse de Hornos sardinas encubás y bacalao y si no podía subir al pueblo, pues ponía un potaje o patatas pero sin cosas de matanza porque la abstinencia en mi casa ere respetada.

Y el miércoles de ceniza, siempre que se podía, tenían costumbre de ir al pueblo a la misa donde se impone la ceniza de “polvo eres y en polvo te convertirás”. Y el Jueves Santo, también a acompañar el Señor en el Sagrario. Había algunas personas que no subían pero esto siempre fue porque no podían porque estos días eran muy respetados. Hasta me acuerdo de una cancioncilla que cantaban por allí que decía:

Jueves Santo, Jueves Santo,
Jueves Santo al medio día,
había un labrador labrando
con sus mulas desuncías.

Tenían costumbre de cantar esto porque decían que el Jueves Santo se podía trabajar hasta el medio día pero que a partir de medio día, que ya aquello era sagrado y que no se debía trabajar y lo mismo que en la Navidad era la alegría y los villancicos, pues yo me acuerdo de oír cantar en mi casa, a mi padre, la pasión. Las siete palabras que pronunció el Señor en la cruz también se cantaba en mi casa.

Porque te recuerdo que mi padre cantaba tan bien que en Villacarrillo, antiguamente se cantaba la Pasión del Señor y a los concursantes que ganaban, le deban de premio un par de alpargates de aquellos que había con la suela de goma negra y la cara de lona blanca, atados con cinta blanca en los tobillos. Y fue mi padre un año sin saber siquiera que daban el premio. Sólo que como le gustaba mucho y sabía que allí se cantaba la Pasión, fue un año y estuvo cantando y luego lo llamaron para darle el premio. Y él ni siquiera lo espera ni sabía que se lo iban a dar. O sea, que fue concursante sin saber que iba a concursar y le dieron el premio por cantar la Pasión en Villacarrillo.

Viernes Santo qué dolor,
expiró crucificado
Cristo Nuestro Redentor,
Mas antes dijo angustiado
Siete palabras de amor:

La primera fue rogar
por sus propios enemigos.
¡Oh! Caridad singular
que los que fueron testigos
mucho les hizo admirar.

La segunda un ladrón hizo
su petición eficaz
y el Señor las satisfizo
diciéndole: tú hoy serás
conmigo en el Paraíso.

A su madre
la tercera palabra le dirigió
diciéndole que acogiera
por hijo a Juan y añadió
que él por madre la tuviera.

La cuarta a su Padre amado
dirige su acento pío
y el Hijo muy angustiado
dijo dos veces “Dios mío
¿por qué me has desamparado?”.

La quinta estando sediento

y encontrándose rendido,
dijo casi sin aliento: “Sed tengo”.
Y le fue servido,
hiel y vinagre, al momento.

La sexta habiendo acabado
y plenamente cumplido
todo lo profetizado,
dijo dos veces: “Dios mío,
ya está todo consumado”.

La séptima con fervor
su espíritu entregó en manos
de su padre, con amor
y de esta manera cristianos,
murió Nuestro Redentor.

Esto lo cantaba mi padre, mi madre y mi abuela pero cantado de verdad con una música apropiada y bella y se cantaba no por divertirse, sino como una manera de recordar la pasión del Señor.

Y también en Semana Santa, en la “bolea”, que así le decíamos porque allí jugaban los mozos a los bolos, en la explanada, como ya otras veces te he dicho, mi abuela, mi madre, mi tía Franciscas y todas las mujeres del Soto más las

que acudían de los cortijos del alrededor, a las tres de la tarde, se juntaban en la bolea y allí se rezaba el Vía Crucis. Dirigido siempre por mi abuela. Y cuando mi abuela no podía porque estaba en Hornos con mi abuelo, lo dirigía mi madre con su libro y el crucifijo que ya algunas veces te he enseñado que todavía conservamos en la familia como reliquia. Me acuerdo que de cuando en cuando, en las estaciones se cantaba una estrofa de las siete palabras. Y cuando llegaba el momento de las tres caídas del Señor, cuando tocaba rezar esa estación, se arrodillaban y besaban la tierra. La bendita tierra de mi pueblo de Hornos que es más que santa por esto y otras muchas razones.

Allí la Semana Santa era devota de verdad y de corazón hasta el extremo de que en el campo se rezaba y se vivían estas fiestas con el amor que les pertenece. Luego llegaba el Domingo de Resurrección y venía la alegría para todos los que poblábamos la Vega.

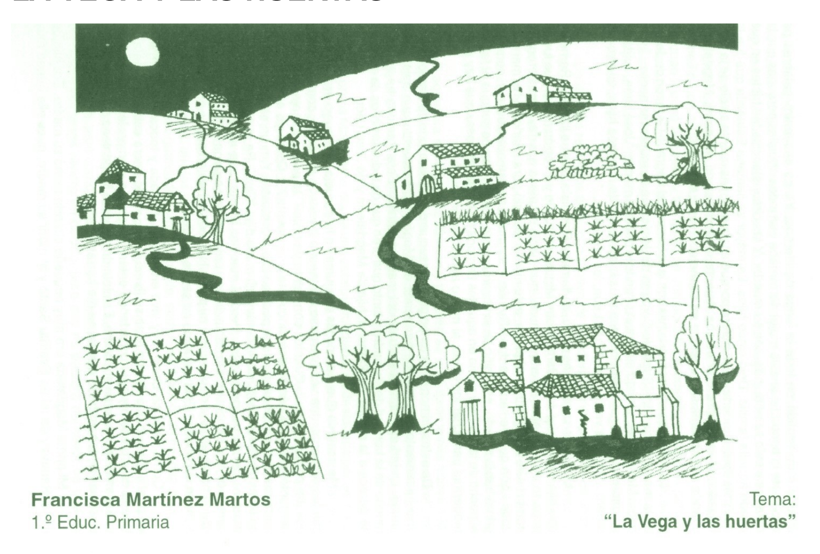
También en mi cortijo del Soto se hacía la consagración a la Virgen del Carmen todos los sábados y de noche a la luz del candil. Con un devocionario Carmelitano muy antiguo que había en mi casa. Por turnos, cada sábado lo leíamos uno de nosotros y según nos iba tocando mi abuela, mi madre, mi hermano Cesáreo, mi hermano Angel y yo, aunque chiquitilla, también leía cuando me tocaba. La devoción a la Virgen siempre estuvo muy enraizada en mi familia.

LOS ANCIANOS

Muy digno de tener en cuenta, la consideración que se le tenía a los ancianos. Eran muy respetaos. En la Vega, eso de los asilos y residencias de ancianos, no se conocía ni nadie hablaba de tal cosa. Los ancianos morían en sus casas, con sus hijos. El mejor sitio al lado de la lumbre en invierno, era pa la buelo. Lo más blandico y que menos trabajo costaba de masticar, era pa la buelo. Voces o palabras desagradables, no estaba permitido darles. Si alguno perdía el oído o se le disminuía la vista, pues en todas esas cosas, se asistían.

Y cuando los jóvenes hacían trato de alguna transacción de animales que vendían unos a otros, un mulo, una vaca o un pedazo de tierra, llamaban siempre a uno de los ancianos para que aviniera a las dos partes. “Vamos a por el hermano fulano, a ver lo que dice”. Pero no hacían de intermediarios como los de ahora, que median en los tratos y luego se llevan ellos una buena parte del dinero. Los ancianos serranos, lo que buscaban siempre era conformar a las dos partes, de la mejor manera posible, para que no perdiera ninguno y los dos quedaran contentos. Los ponían de acuerdo en lo que valía lo que iban a comprar o vender, de maneras de pago, de formas de pago. Al final siempre decían: “Lo que haya dicho el hermano fulano, eso es lo que se hace. Lo ha dicho así y eso es lo que hay que hacer”. Y lo que había dicho el anciano, siempre se respetaba. Es decir: el anciano se sentía útil en la familia y entre los vecinos.

LA VEGA Y LAS HUERTAS



- ¿En las tierras, además de huertas, también teníais animales?
- ¡Uy...! Eso había por todos sitios... eso le daba mucha alegría también a todo la Vega aquella. Por todos sitios había ganado y pastorcillos. Con ovejas, con cerdos, con cabras, vacas de labor... por todos sitios se oían los cencerros tolón, tolón. Las vacas del tío fulano, las vacas del hermano mengano. Eso por toda la Vega. Mi padre lo que tenía era mulos de labor, cerdos y muchas gallinas. Mi tío Ramón sí tenía vacas de labor.

¡Y Los Baños, los Baños eran muy populares! De este rincón tengo grandes recuerdos. Allí murió mi prima Magdalena, hija de mi tío Ramón y esposa de José León. Su muerte fue de parto, como tantas morían por aquellos tiempos en los cortijos

de la sierra. Era una persona de tan extraordinaria bondad que fue una muerte muy sentida en toda la Vega de Hornos. Yo no encuentro palabras pa explicarte la bondad que esta mujer derramaba con todas aquellas personas que la rozaban y esto se notó más, con su muerte. Y las circunstancias tan tristes en que quedó aquella familia. Dejó cinco hijos. La mayor se llamaba Estanisla que fue la que más lloró la muerte de su madre porque era la que más cuenta se dio de la gran tragedia. Y mi madre que estaba delante, cuando murió mi prima Magdalena, cuando ella contaba su muerte, a mí se me conmovía el corazón.

La madre agonizando y la hija con la estampa del Sagrado Corazón de Jesús en la mano y diciendo: “Sagrado Corazón de Jesús que se muere mi madre...” y mi prima Magdalena, cuando estaba expirando le decía al marido: “José León, cuida de mi padre que es muy viejecico, nuestros hijos, cuida de nuestros hijos, que yo me muero... así una vez y otra: “José León, los chiquillos...”

La mayor, como te he dicho, se llamaba Estanisla, otra se llamaba Ramona, otro hijo se llamaba José Ramón, otro Miguel, otro Julio y el recién nacío, que fue en el parto de este niño en el que murió, que nació en plena guerra, le pusieron por nombre Gil. Como murió mi prima, este niño lo recogió para criarlo un hermano de José León que se llamaba José Ramón

y su mujer se llamaba Lucía. Y como mi prima había muerto, este niño se lo llevaron pero el niño, parece ser que al faltarle el pecho de la madre y como en aquellos tiempos no había las cosas que hay ahora modernas para criar los niños, al mes o así de nacer, murió.

De estos primos míos tengo grandes recuerdos. Sobre todo de Ramona que vive juntamente con tos sus hermanos en Mogón y me acuerdo que asistíamos juntas, en la Laguna, a la escuela del maestro Benito. Esta Ramona ha heredao mucho de la bondad de su madre y tanto que creo que de todos los hijos, la que más se parece a la madre, es Ramona, hija de Magdalena y de José León

Me acuerdo que íbamos las dos juntas a la escuela y como yo era tan mala con los números, una vez nos puso el maestro haciendo así corro, como rueda, y nos iba preguntando: "¿Cuántos son veinte y veinte?" te pongo por ejemplo. Me preguntó a mí: "¿Cuántos son cincuenta y cincuenta?". Como yo es que pa los números era una zoqueta perdía, pues no sabía contestar. Y mi prima Ramona, hija de mi prima Magdalena, en voz muy bajica, me dijo: "Cien". Pa que contestara y el maestro Benito no me pegara. Pero el maestro Benito, que no era tonto, se dio cuenta de que mi prima me lo había dicho y entonces le pegaron a ella. Aquel día me di una hartá de llorar de ver que a mi prima Ramona le habían pegao

por ayudarme a mí en la escuela. Este recuerdo no se me olvida.

Como ya te he dicho, hoy vive en Mogón. Casada y todos sus hermanos viven allí. Sé que una de sus hijas se llama Luisa, y que ahora está en la Safa de Ubeda de profesora y por lo que tengo entendío, es una gran profesora y también una gran persona como su madre. Es nieta de mi prima Magdalena de la que tengo un recuerdo tan grabado que no se me borrará nunca.

Mi prima Magdalena era muy pequeña cuando murió su madre. Era hija de mi tío Ramón y de mi tía Espíritu Santo y al morir su madre, pues ella quedó muy pequeña. Quedaron tres varones y dos muchachas: una mi prima Adolfina, que tuvo más suerte porque vivió más años y le dio tiempo a criar a sus hijos y mi prima Magdalena que quedó muy pequeña también y mira luego qué trágica muerte tuvo.

Después de presenciar todo lo que presencié no se me ha olvidado a mí porque mi madre bien que me lo recordó. Estas dos primas mías pues vivían tabique por medio con mi madre. Al quedarse ellas sin madre, fue mi madre la que se preocupó mucho por ellas y las quiso de verdad. Ella le enseñó a hacer el pan, a lavar la ropa en el río, a hacer la comida y fue tanto el contacto que tuvo con ellas que la muerte de Magdalena, en mi

casa fue muy sentía y luego con el esturreo que se lió por lo del pantano, al irnos cada uno por su lado, siempre le quedó a mi madre el sentimiento de que no había vuelto a ver a Adolfina. Pero Magdalena, verás:

Un día nos reunimos aquí, con motivo de la muerte de un pariente de José León que murió en Úbeda y se llamaba Julián y hablando con José Ramón y recordando a su madre, me dijo: "Cuando se murió mi madre a nosotros nos cayó un rayo". En aquello comprendí yo que sí habían valorado ellos la falta de su madre y eso que el padre se portó bien con los hijos. Hizo caso del encargo, que en la hora de la muerte, le había dejado su mujer. José León hizo lo que pudo para que sus hijos estuvieran bien atendidos y se preocupó mucho de ellos. Pero la falta de su madre, ahí estuvo siempre.

Y aquel día me dijo José Ramón y también se lo oí decir varias veces a la familia: "¡Que qué lástima que no hubiera quedado ningún retrato de su madre!", mi prima Magdalena. Pues ahora, con mis recuerdos, voy a hacer un sencillo y puro retrato de ella y creo que es el único que va a quedar para la eternidad y que su memoria no se borre nunca.

Mi prima Magdalena era de una estatura mediana, no destacaba por ser muy alta ni por ser pequeña. Una estatura mediana muy bonica. Era rubia con el pelo muy largo, recogido

en un moño y era guapa. Tenía la piel blanca, la cara un poquito redonda pero sin llegar a ser redonda del todo. Tenía un óvalo un poquito redondo y muy bonica y era verdaderamente guapa. De una belleza muy dulce por lo suave. Y sobre todo era bondadosísima. De una humildad y un agrado que tenía para todo el mundo y una inocencia que cautivaba. Cuando se soltaba el pelo para peinarse parecía un manto de sol lo que le caía sobre las espaldas. Era tan querida por todo el mundo que cuando murió, les daban lástima enterrarla. Y cuando la destaparon en el cementerio para darle el último adiós, hubo una persona que tanto la quería, que sacó sus tijeras, que las llevaba en el bolsillo, unas tijerillas y le cortó un mechón de pelo rubio para guardarlo como recuerdo, como una reliquia de aquella mujer.

Sé el nombre de esta persona y te doy mi palabra de honor de que esto es cierto, lo que pasa es que no lo quiero decir por si acaso alguien se molesta de que yo, al cabo de tantos años, saque estas cosas tan íntimas. Que no desmerecen ni ofenden a nadie pero como yo no sé los sentimientos que pueden producir en cada cual, por esto tengo reparo en decirlo pero doy mi palabra de honor de que es verdad.

Cómo sería que su suegra le tomó verdadero cariño y sintió mucho su muerte. Cuando murió mi madre la amortajó con un vestido negro, acompañada de mi tía Francisca y de mi prima Adolfina, hermana de Magdalena y el pelo se lo peinó hacia

atrás como ella se peinaba siempre pero al llegar a la nuca, mi madre le partió el pelo en dos mitades y le echó un mechó por cada lado. Lástima de no haber tenido una máquina para haberle hecho una fotografía porque estaba para haber servido de modelo. Que yo cuando veo la película de Quo Vadis, al ver a la protagonista con ese pelo rubio, digo: “Como mi prima Magdalena”.

Murió a los treinta y seis años, en plena guerra civil, no estoy segura si el treinta y ocho o treinta y nueve. Poco antes de terminar la guerra pero que todavía estaba. Era muy piadosa y muy creyente. Cuando mi madre se ponía a rezar el rosario para que se terminara la guerra, ella asistía a rezar con mi madre. La enterraron a primeros de enero antes del día de los reyes, no sé si el cinco... si murió el cuatro de enero y la enterraron el día cinco o murió el cinco y la enterraron el seis pero en todo caso, antes del día de los reyes ya estaba enterrada a los treinta y seis años de edad, por una muerte de parto y en su mismo cortijo de la Vega de Hornos. En plena juventud se fue una de las flores más hermosas de la Vega de Hornos.

Y como sabes tú que te tengo dicho de las luminarias y los castillos, aquel año en ningún sitio se encendieron. Luego llegó la de San Antón y tan bonito era ver el resplandor de las hogueras en la noche de un sitio y otro. O sea, que se

iluminaba la Vega con las llamas de los castillos. Pues aquel año no se encendieron los castillos de San Antón, no se encendieron luminarias en la Vega en lo que quedaba de las fiestas de candelarias ni las otras que quedaban pendientes. Y me acuerdo que la noche de San Antón, mi tío Ramón y mi padre, se asomaron a la calle y dijeron: “No ha encendío nadie los castillos este año”. Y entonces mi madre les dijo: “Ramón, Felipe ¿es que todavía no os habéis dado cuenta de que la Vega entera está de luto?”.

Y fue verdad que cayó un manto de tristeza por toda la Vega que contagió a todo el mundo y parecía que se había muerto el familiar más querido de cada uno de los cortijos. ¡Lo llorada que fue la muerte de mi prima Magdalena!

Y como esta muerte, en aquella Vega y en la sierra entera, hubo muchas. Mi madre me contó, en varias ocasiones, que las mujeres cuando esperaban tener un niño, igual que preparaban la ropica para el bebé que naciera, al mismo tiempo, preparaban ellas su mortaja. Así que fíjate, las mujeres allí vivían por un lado la alegría del niño que iban a traer a este mundo y a la vez el dolor de su posible muerte. Sabían que en el trance, podían dejar un hijo vivo pero con la madre muerta.

Mi prima Adolfina, como ya te he dicho antes, era hermana de Magdalena. Tenía once años cuando murió su madre.

Magdalena era más pequeña y las dos se querían tanto que Adolfina sintió mucho la muerte de su hermana. Era natural porque estaban muy unidas por la falta de la madre. Cuando pasó lo que pasó con el pantano que todas las familias tuvimos que esturrearnos, pues mi prima Adolfina no sabíamos por dónde había girado, no sabíamos dónde paraban y yo creo que ellos tampoco sabían dónde parábamos nosotros, el caso es que mi madre ya muy mayor, muy viejecita, me preguntaba muchas veces: "¿Dónde está la Adolfina? Me voy a morir con las ganas de saber dónde ha ido a parar la niña que yo crié y que tanto quiero. Mira que me muero si ver a Adolfina. Con el tiempo que estuvimos juntas, que desde chiquitilla yo fui la que la crié. ¿Y no voy a saber de mi Adolfina antes de morir?".

La recordó mucho y después yo supe que ella había muerto y sus hijas, tres hijas que tiene, Paula y Magdalena que así le pusieron por mi prima, viven en Villacarrillo y otra hija menor, que yo no conocía y que se llama Pepa, vive en Villanueva del Arzobispo. Por una enfermedad que tiene, está sentada en una silla de ruedas y lo lleva con una resignación que esa mujer está ganando el cielo en su silla de ruedas. Pero mi madre murió con las ganas de saber a dónde había ido a parar Adolfina. En Villacarrillo también vive mi prima Amalia hija de mi primo Manuel.

El cortijo más entrañable también, para los bañistas, era el

Soto. Cuando llegaba la época en que acudían los bañistas, todos iban a por frutas al cortijo del Soto. Y no recuerdo yo que en mi casa se les cobrara nunca a nadie nada por aquella fruta. “Vamos a por uva”. “Dadnos tomates”. Si lo teníamos en abundancia y no íbamos a ningún sitio a venderlo, porque entonces ¿dónde se iba a vender? Nosotros no consumíamos ni tantas uvas, ni tantas cerezas ni tantos higos. Pues se les daba y no se les cobraba nada.

- Eso es otra cosa ¿vosotros ibais a la plaza del pueblo a hacer la compra?
- ¡Ni hablar! En la Vega lo único que no teníamos era pescado. El pan, mi madre lo amasaba y lo cocía en ese horno que se ve en los planos que levantaron los del pantano. Mi madre y todos las mujeres del alrededor. En cada cortijo había su horno. Criábamos cerdos y hacíamos matanza. De lo demás, ya te digo, se recogía de todo. Cereales, legumbres, hortalizas y frutas. Mi madre hacía conservas de todo. De los tomates, pimientos, cerezas, melocotones, peras, membrillos colgaos, melones, sandias. Los higos los pasaba. Ya te digo: el pescado era lo único que no teníamos.

A Hornos se iba, pues, al médico que era una buenísima persona pero poco científico. Para las cosillas así más leves. Cuando había algo más grave había que ir a Villanueva, a Beas, a Orcera, a La Puerta. Yo de pequeñilla, porque estaba

muy flacucha, me trajeron a Villanueva a un médico que se llamaba don Gabriel Tera. Todavía me acuerdo que era rubio. Le decían el médico rubio. Así nos íbamos arreglando. No éramos ricos, sin cuentas corrientes en los bancos pero teníamos todo lo que necesitábamos: salud, alegría, armonía entre toda la vecindad. Estábamos todos felices. Más que ahora. Cuando por cualquier cosa, ya te digo, había que ir al pueblo, entonces los cortijos: "Traedme un cadejo de hilo, un carrete para la máquina". Esas cosillas así de encargos de unos a otros y ya está.

Estas necesidades también se solucionaban con facilidad con los vendedores ambulantes que allí y, en aquellos tiempos, les llamábamos recoveros. A quien más recuerdo es a Teodora, que este era su nombre pero se le conocía más por el sobre nombre de la Rita. Esta señora era la que más clientela tenía porque de carácter era muy agradable. Recuerdo que siempre iba muy aseada y vestía de negro porque era viuda.

Las mercancías que vendía eran hilos, agujas, alfileres, cintas, dedales, encajes y muchas cosas más que siempre hacían falta en aquellas casas y no las producía la tierra. Al cambio de esta mercancía ella se llevaba los corvos de su cabalgadura llenos de productos que sí abundaban en la Vega como huevos, gallinas y otras cosas que luego vendía en otros sitios.

Recuerdo que esta señora vivía en Guabrás y también llevaba telas que eran muy precisas porque la ropa había que coserla en las casas. Por allí no existía la venta de ropa confeccionada pero las mujeres eran muy habilidosas para este menester y la gran maestra en este arte era mi tía Francisca Manzanares.

- Las familias tenían también sus máquinas de coser y eso ¿Verdad?
- Yo tengo todavía la de mi madre. Y la máquina de la matanza que en toda la Vega aquella no había otra que la de mi madre. Se ponían por turnos para hacer la matanza en los cortijos para irse sirviendo de la máquina de un sitio a otro. Y esta tía Francisca mía, la que le mataron el marido, esa era la sastra y la modista de toda la Vega. La guisandera de todas las bodas. La que ponía las inyecciones, porque su marido, el segundo que fue mi tío Santos, estuvo mucho tiempo malo y el médico le enseñó a poner las inyecciones. Y al Chorreón precisamente, iba mi tía mucho a trabajar. Esta familia del Chorreón era muy buena gente. La apreciaban mucho. La hermana Quica, le decían. En toda la Vega era muy querida por su trabajo, siempre sencillo, como era todo nuestro trabajo por allí pero siempre empapado en amor porque nacía del corazón. Mi tía era muy buena persona y destacaba por su bondad para con todo el mundo y, además, cantaba como los ángeles. En esto

de cantar, se les parecían un poco, sus hijas Tomasa y Asunción.

- Estando todavía en el Soto ¿qué oías tú de Bujaraiza?
- Yo Bujaraiza no llegué a conocerla, ahora de oídas, sí. El cortijo del Tío Hilario sí lo conocía yo. Quedaba a la derecha del camino real y a la izquierda del río. O sea, que estaba entre el río y el camino real. Siguiendo para abajo, era la hondonailla que había y luego la cuesta para subir al paso del Tranco, por donde la vereda avanzaba tallada en la pura roca. En otra ocasión y cuando tú quieras te hablo de ese paso del Tranco, que mis padres y hermanos sí cruzaron varias veces para ir a Villanueva del Arzobispo.

Algo más arriba de la junta de los ríos y a la izquierda, estaba el cortijo de Casilla Quemá. Allí vivía un matrimonio que se llamaba, él Miguel Galandín y ella Natividad. Eran cortijeros, arrendatarios. Los verdaderos propietarios eran de Cortijos Nuevos. Me acuerdo de ver aquella familia que bajaban a pasar algunas temporadas en el cortijo. Y me acuerdo de todos. Me parece que el apellido era Tenedor. Creo que había un muchacho entre ellos que se llamaba Saturnino. Pero a quien más recuerdo de todos, era a una muchacha que se llamaba Gema. Era mayor que yo pero jovencilla.

Y había otro cortijo más abajo, que en este caso es más

arriba porque ya vamos subiendo por el río Grande, que seguro sería San Román. La Venta del Horcajo se lo oía yo nombrar a mi padre y a mi madre, que estaba ya cerca de donde hoy se encuentra el muro del pantano.

- Porque de pequeña ¿tú saliste mucho de tu cortijo del Soto?

- A Hornos me iba algunas temporás con mis abuelos maternos, porque mis abuelos por parte de mi padre, no llegué a conocerlos. Pero todos los cortijos más distantes esos ya no me los conocía. Mis hermanos, sí. Y mis padres. Yo, lo más cerquita.

LA LAGUNA

- Y de la Laguna ¿qué sabes?

- Yo no sé si te habrá dicho alguien que de los bañistas que venían, en una ocasión se presentó un nadador muy famoso. Y dice: "Voy a atravesar las aguas de la Laguna". Esto lo contaba mi padre. No sé quién, le dijo: "No se atreva usted a atravesar el ojo de la Laguna, que una vez a una vaca le picó la mosca, salió corriendo, se tiró y no se ha vuelto a ver. Eso le tenemos miedo nosotros. No se atreva usted". "Pues sí me voy a atrever". "Pues si se lanza usted, por lo menos deje que lo atemos".

Lo ataron a una soga larga, bien fuerte y le dijeron: "No se suelte por nada del mundo". Y menos mal que hizo caso. Cuando iba por en medio de la Laguna empezó a sacar los

brazos, indicando que tiraran de él. Tiraron. Salió asustado. Dice: "Que quede esto en la memoria de tos, que nunca se atreva nadie a cruzar la Laguna. Porque al llegar al centro, hay como un remolino hacia abajo, que chupa. Eso no hay quien lo atraviese". Ya nunca más intentó nadie meterse en las aguas de la Laguna.

EL PICACHO DE MONTE AGUDO

- ¿Qué era lo del picacho de Monte Agudo?
- Es un gran monte que se ve desde toda la Vega y desde Hornos. El nombre suyo es Monte Agudo pero en mi tierra, siempre se le ha llamado "Picacho de Monte Agudo". Decían que en esa cumbre había enterrado un tesoro. El Maestro Parras se iba de su casa, se le perdía a la familia y se iba y se liaba a excavar. No sé cuanto trabajaría el pobre hombre. En cuanto lo echaban de menos, ya sabían dónde estaba. "Onde está Padre". Ya sabía dónde tenían que ir a buscarlo. En el picacho de Monte Agudo, sacó de piedras y de escombros, él sabrá, pobretico, las galerías que hizo por el monte buscando el tesoro. Se le metió en la cabeza de que en el cerro había un tesoro enterrado y ya se quedó aquello de, "El tesoro del Maestro Parras, en el Picacho de Monte Agudo".

Cuando se terminó la guerra, una vez subí yo a Monte Agudo. Toda la vecindad nuestra organizamos como una romería pero de acción de gracias al Señor porque se había

terminado la guerra. Desde la puerta de mi Soto, subimos a pie rezando, hasta lo alto de Monte Agudo. Nos sentamos encima de la cumbre, estuvimos descansando, comiendo nuestros bocadillos y ¡ay lo que rezaron aquellas mujeres...! Pero es que las chiquillas teníamos que estar rezando también. Cuando nos hartábamos, nos escurríamos por un lado y nos poníamos a bailar. Y las mujeres mayores, reza que te reza. Dando gracias a Dios porque se había terminado la guerra.

LAS PALOMAS Y EL BAÑISTA

- ¿Y las palomas de tu hermano?

- ¡Ay las palomas! Mi hermano el mayor tenía un capricho muy grande por las palomas. Le gustaban mucho. Le pidió permiso a mi padre. "Padre, deme usted un apartaico en la cámara para tener yo mi palomar". Y mi padre se lo dio. Poco a poco, yendo reservando las crías, que él tenía cuidado de que no se le perdieran, pues que formó un palomar pero bastante grande. ¡Una bandá de palomas que cruzaba el cielo de la Vega! Ya sabía todo el mundo que aquellas eran las palomas de Cesáreo.

Nadie tenía escopetas ni de plomo ni de caza. Ni una escopeta en toda la Vega. Pues las palomas eran una delicia. Una banda que iba para riba y para bajo surcando la llanura y ala, al anochecer, al Soto. Y vinieron a los baños de la Laguna, digo yo vinieron como si estuviera todavía en el Soto, fueron

unas familias de Villanueva. Unos milicianos, que entonces se les llamaban así. Aquellos sí llevaban escopetas. Y una tarde, empezaron a pegarle tiros a las palomas de mi hermano. ¡Le hicieron una matanza en las palomas...! Empezaron a llegar palomas heridas a mi casa y volando se caían muertas antes de alcanzar la tabla que tenían en la entrada al palomar. Aquello daba pena. Otras se cayeron en el camino. No pudieron llegar a mi casa.

Mi padre y mi madre cuando vieron la matanza, se morían de tristeza. Se habían oído tiros. “¿Quién da tiros aquí? Si aquí no estamos acostumbraos a oír tiros de nadie”. Se preguntaba mi padre. Cuando empezaron a llegar palomas heridas, mi padre y mi madre: “¿Quién ha hecho esto a las palomas?” Y ya de pronto cayeron en la cuenta: “¡Los tiros que se han oído! ¿Pero quién pega tiros aquí?” Y ya sacaron la conclusión: “Los bañistas. Los que hay en los baños”.

Cogió mi padre las palomas muertas. Subió a los baños. Y había allí uno que le decían “El Nisio”, no sé si era su nombre o su apodo. “¿Quién ha hecho esto con las palomas?” Preguntó mi padre. “Ha sido el Nisio”. Le dijo José León, que era el hijo de Estanislá, la dueña de los baños. “El Nisio es el que le ha estado tirando a las palomas”. “¿Dónde está el Nisio?” Preguntó mi padre. “Aquí dentro estoy”. Contestó él. “Pues sal con la escopeta, valiente. Lo mismo que le has tirao a las

palomas, tírame a mí, hombre. Mira, yo no traigo escopeta ni traigo arma ninguna.

Pero en vez de dar los tiros a palomas inocentes, ved a exponer tú el pecho como lo está exponiendo mi hijo en una guerra, en la que va a perder la vida, sin ganar nada. Ve tú allí a exponer la vida. Y no dediques los tiros a matar palomas que no te han hecho nada". A estas palabras, el Nisio no contestó. Mi padre empezó a tirar palomas por sus pies. "Ves, aquí las tienes. ¿Estás ya contento?" No le replicó ni una palabra. Ya no pegó más tiros. Pero le hizo una matanza de palomas a mi hermano, que válgame Dios.

Mi padre y mi madre cada día esmerándose en las palomas para que no les pasara nada para cuando volviera mi hermano de la guerra. Me metía yo en el palomar. Cogía los pichones. Le daba de comer con mi boca. Se me subían a la cabeza, a los hombros, a todos lados. Cuando salía a la calle, con perdón pero siempre estaba llena de excrementos de las palomas. ¡Qué lástima! ¡Qué recuerdos, de verdad!

COMIDAS DE MI TIERRA EN AQUELLOS TIEMPOS

Yo me acuerdo mucho de todo lo de mi tierra y entre ello, las comidas que teníamos allí. Comidas buenísimas y to se hacía na más que ajustándonos a lo que criábamos en nuestra tierra. Porque ya te he dicho antes, que allí no teníamos plaza pero

teníamos lo que criábamos. El pescao no se conocía ni estas cosas modernas de mortadela ni chope y to esto no lo teníamos pero sí los embutidos de las matanzas que hacíamos nosotros y lo que nos producía la tierra. La plaza la teníamos en la misma tierra. La casa se llenaba de los productos recogidos directamente de la tierra. Lo que se conservaba en estado natural, así se guardaba y lo que se iba a echar a perder, mi madre lo hacía conservas y al baño maría, tapao lo conservaba y luego iba destapando botes de aquellos, según se necesitaba.

El pan lo amasaba mi madre y me acuerdo mucho de una cosa muy curiosa que aquí, pues oigo yo muchas veces y propaganda que van repartiendo de la pizza. Y una vez comí yo de eso que me trajeron mis hijos y me vino a la memoria, porque estaba buena y me gustó pero dije: “madre mía pero si esto es lo que hacía mi madre en el Soto y nosotros no le decíamos pizza”.

Cuando amasaba mi madre, cogía un trozo de masa y lo extendía y lo ponía muy delgadico, después cogía otro trozo y también extendido lo dejaba igual de delgadito y grande y encima de uno de los redondos de masa, ponía ella un guisao que nosotros allí le llamábamos “fritao”. Que se componía de tomate frito, pimientos fritos, calabacilla tierna frita y otras veces el pimiento y el tomate solo, algunas veces con chorizo

picaillo y otras veces con trocicos de lomo y a esto le decíamos nosotros fritao. Lo extendía encima de la masa, después ponía la otra torta de pan que era compañera e igual de grande, por encima y por los bordes le iba haciendo así un dobladillo uniendo las masas pa que no se abriera. Aquello lo cocía en el horno con el pan y cuando lo sacaba, estaba delicioso. Y cuando yo veo las pizzas que hacen ahora, digo: “sí, muy buenas pero si las de mi madre estaban mejor”.

Otras veces lo hacía con garbanzos. Extendía la masa así como te he dicho y le metía garbanzos y la torta de pan encima y al cocerse el pan, se cocían también los garbanzos y luego al partirla salía el pan con los garbanzos cocidos dentro y aquello estaba buenísimo. Cada vez que amasaba mi madre, en cuanto salía aquello del horno, ya estábamos todos los chiquillos alrededor para que nos repartiera los trozos de aquel exquisito manjar. Y luego aquellas costillas en adobo, aquellos lomos, aquel jamón...

Mi madre, las costillas de los cerdos, las hacía trozos y las echaba en adobo y cuando estaban los días que ella creía oportuno, las sacaba, las freía y las echaba en aceite y luego de allí las iba sacando, le quitaba la pringue y las calentaba y aquello servía para echar las meriendas cuando salíamos al campo. Con el lomo de los cerdos hacía igual. Una morcilla que hacía mi madre allí que era muy propio de la tierra aquella que

se llamaba “güeña”. Era morcilla pero que no se le echaba cebolla.

La morcilla güeña, aunque era morcilla también y era de color negro igual que la otra y había que embutirla y cocerla, no se le echaba arroz ni cebolla. Era solamente la carne del cerdo que salía más llena de sangre que se picaba aparte para esta clase de morcilla. Y de la sangre, una cosa que hay que le dicen la madeja, que sale un poquito cuajadilla, eso era lo que le echaban. Y cuando mi madre le ponía las especias me acuerdo que entre las cosas que no le echaba era orégano que a la otra morcilla de cebolla, se le echaba. A esta morcilla le decíamos güeña y nos gustaba muchísimo.

Sin plaza ni na, pues qué más que aquellas fiambreras, aquellas merenderas de costillas que echaba mi madre, de lomo, de chorizos, de morcilla güeña, de salchichones que también hacía mi madre ¿Pa qué queríamos la plaza? Si teníamos nosotros el mercado dentro de nuestra casa. No teníamos grandezas pero si recogíamos de to... Dinero a lo mejor no había. Hasta que se vendían los marranos en la feria de La Puerta, pues no había dineros y con aquellas dos pesetas que daban por los marranos, se cubrían las otras necesidades, como ya te he dicho antes y se dejaban cuatro pesetas en la casa por si alguno nos poníamos malo o alguna otra necesidad urgente. Pero dineros en las casas no solía

haber mucho, por lo menos en la mía. Ahora, de comida, nunca faltó. Ni pa nosotros ni pa quien fuera a nuestra casa que lo necesitara.

Hacía mi madre unos cocidos, que ahora yo daría cualquier cosa por tener el estómago como entonces para comerme un cocido como aquellos. Echaba los garbanzos en remojo de noche con sal. Al otro día los estrujaba muy bien pa que el pellejo se le fuera rompiendo un poquito y salieran más tiernos. Les echaba un trozo de hueso del espinazo del cerdo o un trozo de la paleta del cerdo o del jamón cuando ya al jamón se le había ido quitando toa la magra y quedaba el hueso sólo, pues trozos de ese hueso. Un trozo de tocino y al final, ya antes de apartarlos, le echaba un trozo de morcilla porque si la echaba al principio y estaba hirviendo todo el día con los garbanzos, se deshacía.

Le echaba patatas, habicholilllas, otras veces nabos porque a mis hermanos les gustaban mucho pero como a mí no me gustaban es cuando me engañaban de ese modo que te contaba. Y esas comidas pues mucho más sanas que las de ahora y exquisitas.

El cocido lo ponía mi madre por la mañana y si era para el medio día, lo ponía más temprano y lo cuidaba mucho para que no pararan de hervir los garbanzos porque si se paraban de

hervir en medio de la cocción después, aunque rompieran a hervir otra vez, ya no salían tiernos. Era con un puchero de asas, de esos que había entonces con una cosa que se le ponía detrás que se le decía el “Morillo” pa que el puchero no se volviera hacia atrás y se derramara. Y todo el día había que estar pendiente de la lumbrecica pa que el puchero no parara de hervir. Y cuando había que añadirle agua, con otro pucherico que se ponía al lado también en las brasas para que el agua estuviera caliente para que al añadirle al puchero no parara de hervir porque si se le añadía agua fría, dejaba de hervir y los garbanzos se endurecían.

Y así salían unos garbanzos ternísimos que eran criaos por nosotros allí. El tiempo que el puchero estaba hirviendo, dependía mucho. Había garbanzos que salían de calidad más tiernos y otros eran más durillos y estos últimos había que tenerlos más rato hirviendo. Esto dependía de la calidad de los garbanzos. Algunas veces el terreno daba garbanzos más tiernos. Cuando hacía mi madre la prueba de los primeros garbanzos que se recogía de la cosecha, decía: “Este año han salido más tiernos”.

Otras veces hacía la primera prueba y decía: “Este año los garbanzos nos han salido durillos. El pedazo fulano de tal no es bueno para los garbanzos”. No se sabía si era por la tierra o porque el tiempo les había venido distinto el caso es que unos años los garbanzos salían más blandicos y otros, menos.

Las comidas allí, verás: allí no era un vaso de leche o unas tostadas como ahora. Eran unas migas de pan o de harina de maíz, que aquí le dicen maíz pero allí le decíamos panizo. Migas de harina de panizo o migas de harina de trigo o migas de trozos de pan. Y otras veces, gachamiga. Se hacían también con harina de trigo y era una masa blandica como si fuera gacha pero antes se habían frito unas patatas cortadas en rodajas, un poquito gordas y se freían las patatas y luego, a la masa hecha con agua, harina y sal y se le revolvían esas patatas. En la sartén con aceite, se echaban y se hacía como una torta que se iba cociendo lentamente, dándole vueltas con mucho cuidado.

Mi madre movía la sartén y hacía así, bun arriba y le daba la vuelta a la gachamiga con un arte que aquello había que verlo. Y muchas veces nos juntábamos alrededor de mi madre a ver la habilidad que tenía dándole la vuelta a la gachamiga sin derramarse nunca. Salía la torta pa= riba zumbando por los aires y la recogía intacta otra vez sin derramarse una pizca. Y algunas veces, cuando hago yo tortilla de patatas aquí, dicen mis hijos y mis nietos: “¡qué vicio tiene la abuela para darle la vuelta a la tortilla de patatas!” Y yo me río y les digo: “Esto viene de la sierra”. Pero no la vuelvo con un plato, yo hago así con la sartén y la vuelvo pa riba igual que mi madre y no se me rama. Algunas vececillas también pero no se lo digo a mis hijos

pa que no se rían de mí.

Estos eran los almuerzos por las mañanas o un ajo harina o ajo de pan. El ajo de harina era “friyendo” unos casquitos de patatas, unos trocitos chicos hechos cuadrillos de tocino, pimiento, un ajico machacao con un comino, pimiento molío o pimiento colorao frito y luego se machacaba y daba color y tomate. Se freía to eso y se ponía a punto de sal y cuando estaba ya el caldo, se llenaba la sartén de caldo según la cantidad de ajo harina que se quisiera hacer.

Después cogía mi madre un puñado de harina y con la cuchara en la sartén empezaba así a dar vueltas con la mano derecha y con la izquierda echando harina hasta que se ponía de espeso como ella quería. Aquello hervía y se cocía la harina y al mismo tiempo todos los otros productos. Mi madre lo probaba y cuando veía que las patatas ya estaban cocidas y el tocino también, lo apartaba, lo dejaba que se enfriara un poquito y en este proceso, el ajo de harina, criaba por encima como una nata, una tela que mis hermanos se pirraban por llevarse aquella tela. En broma en broma pero el uno por aquí y el otro por allá, tos querían llevarse la tela que se formaba encima del ajo de harina. Y es que aquello estaba riquísimo. Esto era por las mañanas.

Al medio día pues era el puchero que unas veces era cocido

como decimos aquí ahora y otras veces era un potaje. Y esto sí era como en esta tierra. Patatas en caldo con trocillos de chorizo o trocillos de morcilla blanca que se hacía en nuestra tierra que era con carne cocida pero no le echaban ni pimiento molido ni colorantes ni arroz ni sangre. Sólo era carne de aves que se mataban, pavos o pollos, trocicos de tocino tierno también y trocicos de jamón y con esta carne cocía se hacía la morcilla blanca. Fíjate qué cosas tan buenas se hacían en la sierra sin fábricas de embutidos y sin na. Pues esto eran las patatas en caldo.

Otras veces se hacía una comida muy curiosa que aquí le dicen “mayonesa” pero allí se hacía de otra manera. Era sin huevo. Me acuerdo que mi abuela en el almirez y mi madre, machacaban una cabeza de ajos muy bien machacá y sal. Y después con la “panilla” del aceite, la panilla es una medía que había allí del aceite que le decíamos panilla, le iba echando gotica a gotica y con la mano en el almirez moviendo muy despacio y gotica a gotica. Aquello iba creciendo y se iba haciendo una pasta hasta que mi abuela hacía así con la mano en el almirez, lo soltaba aquello y hacía mi abuela así con la mano y se quedaba el almirez pegado y no se caía.

Entonces mi madre, cuando hacía esta masa que te digo, cocía patatas, las lavaba antes y le quitaba la tierra y sin pelar las cocías. Cuando ya estaban a punto, las pelaba, las abría y

les extendía toda esta pasta que hemos dicho, que le decíamos ajo atao, se lo extendía por encima a las patatas y esto eran las cenas por la noche, en el verano que cenábamos en la puerta del cortijo al fresquito. Esto era otra comida que se hacía mucho allí.

Otra noche eran las patatas fritas. Y unas veces se hacían solas y otras veces con huevos o le machacaba mi madre un ajillo y unas gotillas de vinagre, a las patatas cuando se habían frito y estaban buenísimas. Otra comida de aquella tierra mía y que está riquísima son los andrajos que los hacía mi madre de vez en cuando. Todas estas comidas así tan sencillas.

Los huevos pues también se hacían tortillas o huevos duros. Las carnes eran cuando había reses, pues en las fiestas o para añadirle a los chorizos en las matanzas que se mataba un choto o dos. Dependía del poder de las familias. Cuando iban al pueblo, algunas veces se compraban sardinas encubás o bacalao. Otro ajo hacía mi madre que era ajo de patatas, que le decían. Que era igual que se hacía el ajo harina sólo que se hacía con patatas cocidas y machacadas. Que venía a ser como los purés de patatas que hacen ahora. Otras veces le decíamos ajo de pan, que en ve de echarle harina al ajo, se le echaba pan. Porque mi madre antes la molla de pan la migaba y la hacía como a lo que ahora le dicen pan rallado. Y entonces en vez de echarle harina le echaba pan rallado y salía el ajo

como si hubiera sido harina pero no lo era. Y aquel ajo estaba muy bueno con pepinos. Un bocado al pepino y otro el ajo de harina.

También nos gustaba mucho una comida que le decíamos ajo de pringue que se hacía en las matanzas y el principal ingrediente era el hígado del cerdo cocido y machacado después. Se hacía en la sartén y estaba buenísimo.

Con los pepinos se hacían los gazpachos, que se hacían entonces allí en los veranos y con miel. El pepino abierto por la mitad, le echábamos miel y estaba buenísimo. Y comidas caseras de estas, pues buenísimas todas, lo que pasa es que ahora hay otras costumbres y los estómagos tampoco están ya para comer aquellas comidas, que eran muy sanas pero para estómagos fuertes también. Las personas trabajaban en el campo y necesitaban comidas con mucha fuerza. Un vasico de leche, sí, también porque cabras siembre había y las vacas de la leche pero un vaso de leche, eso para un hombre que trabaja en el campo, no era suficiente alimento. Había que llevar comidas fuertes.

Las cabalazas, que aquí le dicen carruécanos, allí le decíamos calabazas. Mi madre cada vez que amasaba metía en el horno una calabaza en una lata de las que ponen los mantecaos a cocer y ella ponía la calabaza encima de la lata,

la metía en el horno y salía la calabaza que... ¡y eso sí que está rico! ¿Te acuerdas cuando el Padre Antonio Castillo decía: "qué buena está la calabaza asá?". Pues mi madre cada vez que amasaba asaba una calabaza. También asaba en el horno boniatos que los criábamos allí en nuestra tierra. Boniatos que aquí le dicen batatas.

Cuando se iba a la aceituna mi madre también hacía calabaza frita. Otra comida fuerte que se comía mucho a sopas. Pinchando con la navaja las sopas de pan se metía en la calabaza o en el fritao o en lo que lleváramos y así salía la sopa llena de aquel rico alimento. Cada uno comíamos con nuestra navaja. Yo todavía conservo una navajilla que me compraron mis hermanos siendo chiquitilla y recuerdo que cuando me llevaban ellos al campo me ponía loca de contenta pinchando con mi navajilla chica mi sopa y mojando en la merendera.

Ahora lavamos con detergentes y allí esto no lo teníamos. En aquellos tiempos y en mi tierra se lavaba con jabón casero hecho en la casa y por mi madre. Yo no sé la tasa que se le echaba, por descuidá, por tontorrona, porque pude haber aprendido tanto de mi madre que en aquellos años míos no le hacía caso... y no pude aprender la cantidad que se echaba de una cosa y otra pero con los turbios del aceite mi madre hacía jabón. Y sí me acuerdo que lo hacía cocío en un caldero. Y

sacaba pa to el año. Lo metía en un saco y de allí iba sacando trozos a lo largo del año. Con aquello se lavaba la ropa y agua que, gracias a Dios, sí había de sobra en aquella Vega mía.

Y pa blanquear la ropa allí no había lejía ni cosas de esas. Ceniza no se le echaba. Lo que pasa es que había quién tenía costumbre de que las cenizas de la lumbre, sobre todo si era de leña de carrasca que era la mejor, la usaba como lejía. Juntaban mucha ceniza y la echaban en agua, la dejaban reposar y luego, el agua que quedaba encima, la colaban por un trapo y ese agua era un líquido que tenía mucho poder de limpieza. Podría compararse a la lejía moderna de ahora pero eso era muy fuerte y destrozaba mucho la ropa. Se usaba más bien cuando se quería quitar el tizne de los pucheros de la lumbre, el hollín que se le decía, pues se le daba con un poquito de lejía de esa y con estropajo pero para la ropa aquello era muy fuerte y la quemaba y era lástima.

Para blanquear la ropa lo que hacíamos ere tenderla sobre la hierba bien extendida y bien enjabonada para que le diera el sol y se regaba de vez en cuando. A esto le decíamos “solear la ropa” y se quedaba muy blanca, mejor que con la lejía, claro que también había que frotarla y trabajarla a fondo con las manos, puestas de rodillas en el río o en el arroyo y en una losa de piedra o de madera hecha a propósito.

Después de seca y repasada se planchaba con planchas de hierro que se calentaban en la lumbre y también había otras planchas de hierro que estaban huecas por dentro. Estas eran más grandes, se llenaba el hueco interior de ascuas y se cerraba con una tapadera que tenía la plancha y una cosa parecía a un pasador para abrirla y cerrarla. También tenía una chimenea como respiradero para que las ascuas no se apagaran pero pesaba mucho y sólo se utilizaba cuando había que planchar mucha ropa. Allí, como no había electricidad no se conocían las planchas eléctricas.

¡Si hubieras visto la gracia que me hacía cuando iba yo con mi madre a donde teníamos las patatas sembrá! Allí no se le echaba nada más que el estiércol que producían los animales y por eso aquellas patatas daban un gusto que te resucitaban. Llegábamos a las patatas y con un escavillo chiquitillo que tenía mi madre pa eso, excavaba la mata de la patata por un lado y de las patatas más gordas que ya estaban para poderlas gastar, cogía las que necesitaba, le dejaba las más chicas, envolvía la mata otra vez e iba y excavaba en otra mata y la misma operación y de este modo la mata seguía en pie, las patatas chicas seguían creciendo y ya había cogido la primera cosecha. ¡Mira! Coger las patatas de la mata e ir derecha a guisarlas. ¡Mira qué patatas! Así estaban de buenas. De patatas había dos cosechas. Unas le decían patatas tempranas y otras le decían patatas tardías.

Allí se criaban unas habichuelas que daba gusto verlas. Había dos clases: las morunas y las otras. Las ponía a secar a mi madre y cuando yo era chica, le ayudaba a enristrarlas. Me sentaba y con una aguja e hilo bramante íbamos pinchando vainas y haciendo ristras de habichuelas. Y se secaban con la cáscara. Y luego, pues cuando quería mi madre poner un potaje de eso, cogía la cantidad que quería, las iba cortando y lo mismo que los garbanzos, las echaba en remojo la noche de antes.

Pero había que saber cogerla porque si no se cogían en su punto, luego hacían estopa al comerlas y no estaban buenas. Había que cogerlas en su punto de tiernas para que luego cuando se echaban en remojo y se ponía un potaje de estos, estuvieran tiernas también y estaban lo mismo que recién cogidas de la mata.

Luego estaban las otras habichuelas, las que allí le decíamos blancas porque las morunas tenían pintas. Y las blancas, sí se esperaba a que se "escascarillaran" y luego se guardaban el grano blanco de donde mi madre sacaba potajes de garbanzos y habichuelas o sólo habichuelas que estaban pa chupase los dedos. Arroz con habichuelas pero to, de lo que se recogía de la tierra. Mi madre cada día cambiaba de comida sin necesitar nada que no se hubiera criado allí en la tierra. Los pimientos

también se enristraban y luego se utilizaban en las comidas, fritos con las migas, en las meriendas de las aceitunas, revueltos con chorizo, tocino, morcilla, lomo, costilla...

La manteca que sobraba de las morcillas, mi madre la derretía y le echaba membrillos pelaos hechos rodajas y así la manteca sacaba el gusto del membrillo. Un saborcillo especial que estaba delicioso y la guardaba en ollas. Y los trocillos de manteca fritos, los chicharrones, antes que se terminaran de quemar los apartaba con una poquita manteca y aquello le llamábamos chicharrones. Se habían frito también con los trozos del membrillo y con aquello hacía mi madre unas tortas que quitaba el sentío.

Tortas de manteca con chicharrones de estos. Recién salidas del horno estaban riquísimas y cuando luego pasaban algunos días que ya estaban frías y algo duras, pues alrededor de la lumbre las ponía mi madre para que se calentaran y otra vez nos la comíamos tiernas. Sobre todo en las fiestas de Navidad. ¡Venga comernos las tortas de Navidad! Ponía mi madre una tanda de tortas alrededor de la lumbre que aquello sólo verlo daba gloria. Se calentaban y se ponían tiernecicas.

Y mantecados. ¡Qué mantecaos hacía mi madre! Tenía unas latas y unos moldes que hasta recuerdo que uno tenía forma de estrella, otro de corazón, otro haciendo... ¿cómo es eso que

tiene en vez de cuatro esquina, seis? De todos esos moldes de diferentes dibujos tenía mi madre y con harina especial, hacia unos mantecados que estaban riquísimos. La harina era del trigo que se llamaba candeal. Y siempre se sembraba un pedazo de trigo a cosa hecha pa esto. Para tener harina para el ajo de harina, para los mantecaos.... esta harina era mejor para estas cosas de dulces. También se hacía y, estaba muy bueno, el arroz con leche.

Flores de lis también hacía mi madre y en Semana Santa hacía panetes que eran huevos batidos con azúcar, cáscaras de naranjas, matalauva y canela y con aquello y leche y la harina candeal hacía la masa que la iba echando a la sartén. Y sacaba los panetes de Semana Santa. Luego hacía mi madre aparte otro caldo con canela, azúcar... algo parecido a la mistela pero sin alcohol y se echaban los panetes en aquel caldo dulce y esto era una cosa que estaba riquísima.

En la cocina de mi casa había una cosa que le decíamos “el mozo”, que era una tabla que tenía tres tablas de apoyo, abajo en el suelo, y era de seis o siete centímetros de ancho pero de una tabla fuerte. Tenía varios agujeros y aquello servía para meter por allí el rabo de la sartén y apoyarla para que no se cayera. Y otros tenían trébedes que ese mozo iba incluido de hierro en las mismas trébedes. Y las que eran redondas y no tenían este apoyo para la sartén, se le ponía el de madera que

te he dicho. Otras sartenes tenían patas y estas no necesitaban ni trébedes ni mozo.

La gamella se utilizaba para echarle la comida a los marranos. Era un tronco de pino con un hueco hecho por dentro y así a los lados tenía unos salientes para poderlas coger en peso. Había otras que se le decía gamellón y era una gamella así, más pequeña con las misma asideras a los lados y era para echarle a un marrano solo y esto se solía utilizar para los marranos que se ponían a engordar. Los gamellones grandes eran para comer todos los marranos. Unos para los marranos grandes y otros para los lechoncillos.

EN HORNOS Y EN LA VEGA

Es una cosa muy profunda que ahora se toma como juerga pero allí no se vivía así. Los días anteriores a la Navidad se venían diciendo en el pueblo unas misas que le decían “las jornaditas”. Eran unas misas que se hacían recordando el viaje que hicieron San José y la Virgen desde Nazaret a Belén cuando fueron a empadronarse. Recuerdo que mi abuela tenía un libro que le decían “El libro de las Jornaditas”. Y cada día tocaba una conmemoración de cuando iban hacia Belén, cuando se paraban a descansar... en fin, recordando ese viaje a empadronarse a Belén.

Y en la iglesia también se hacían las misas de las Jornaditas y cantaban ya los villancicos que iban los del coro a cantar, las canciones de las Jornadicas antes de irse a la aceituna. Pero luego claro, si no llovía, tenían que irse a las aceitunas. Y ya cuando venían de las aceitunas, unos días antes las mujeres, los mantecados los tenían hechos, las tortas de manteca y to eso, lo tenían preparado de antes y cuando al caer el día llegaban las personas de mi pueblo del campo de recoger las aceitunas, pues se juntaban las familias, se comían la cena o lo que hubieran preparado.

Lo normal era una buena cazuela, digo cazuela porque esto era lo que decíamos en nuestra tierra, de lomo, de costillas, de chorizo... Todo lo mejorcico de la matanza. Una buena cazuela de aquello y después hacían una ensalá que se le echaba agua, azúcar, un poquito de vino blanco y allí desgranaban una graná y echaban granás, granos de uvas, un melón que estuviera bien dulce que lo probaban cuando lo abrían y lo hacían trocicos en cuadradicos lo mismo que los dados y de todo aquello hacían una ensalá, como de postre, esto que ahora dicen por aquí una macedonia.

Allí no le decíamos macedonia sino la ensalá de Nochebuena y también se hacía otra cosa parecida, con vino, agua, azúcar y melocotones que le decíamos cuerva. Y aquello estaba riquísimo pero a nosotros los niños nos daban muy

poquito porque tenía vino y lo que más nos daban era de lo del contenido que tenía de frutas pero con muy poco caldo y estaba buenísimo y esto era de postre. Y ya después venían las tortas de manteca, los mantecados, los borrachuelos, todo hecho en las casas y luego venía la preparación para acudir a la misa del gallo pero antes de esto, mi padre con la guitarra, con zambombas, con dos tapaderas de aquellas de cocina como platillos, chin, chin, chin, tocando y cantando “aguilandos”.

Todavía me acuerdo de los “aguilandos” que se cantaban por aquellos tiempos en mi tierra. En mi familia se cantaba uno que decía:

Dicen que es más blanco el Niño
que el vellón de mi cordero,
más rubio que el canelo
y más dulce que la miel.
Dicen que tanto vale
Porque es hijo del Dios vivo
y tanto dicen que vale
que nadie puede decirlo.

Se dejó a las ovejas para ir a Belén
que el cielo las guarde,
que el cielo las guarde,

que las guarda bien.

Vamos a Belén pastores
con tambores y timbales
con tambores y timbales y timbales,
a cantarle gloria al Niño
al Niño que tanto vale,
al Niño que tanto vale, tanto vale.

Vámonos pronto que no se hiele
que si se hiela bien que nos pierde
Vámonos pronto que no se hiele
que si se hiela bien que nos pierde.

Esto lo cantaba mi madre y mi abuela cantaba otro también. Voy a cantarlo pero es que ya no puedo porque me ahogo y a pesar de mi deseo, ni mucho menos lo canto yo con aquella voz y sentimiento que le ponía mi abuela. Dice así:

A Belén a ver el Niño
va cantando una gitana,
con las tocas al desaire
y las mantillas terciadas.

Cuando llega a la cueva
y San José que salío:

“No hay que despertar el Niño
que hace poco se durmió.

Lo ha dormido una doncella,
mucho más bella que el sol,
sus cabellos son de oro
sus mejillas de arrebol”.

Es mucho más largo pero es que ya no me acuerdo de más porque hace tanto tiempo que no lo canto ni lo oigo cantar que se me olvidan las cosas. ¡Fíjate tú lo bonito que esto era! Otro que cantaba mi padre, con su guitarra, que parecía un ángel, porque ya te he dicho que él tenía una gran voz, decía:

Esta noche es Noche Buena
y no es noche de dormir,
que está la Virgen de parto
y está a punto de parir.

Ha de parir un niñito
blanco, rubio y sonrosado
que lo quiere el Padre Dios,
para guardar su ganado.

¡Ay! Qué tomillito
¡Ay! Qué tomillar,

¡Ay! Qué tomillito
duro de arrancar.

A la mar me voy
de la mar me vengo,
con una “jumera”
que me voy cayendo.

Esto era haciendo mención a lo que se bebía. Y ya te digo: la Navidad allí en aquella tierra mía, al menos la que yo conocí, era familiar, llena de gracia y alegría entre las personas conocidas y sana como los mismos aires que llenan y perfuman los montes que rodean la Vega.

Allí todo el mundo se hacía su zambomba. De la vejiga de la orina de los cerdos cuando los mataban para la matanza me hacían a mí una zambomba. Le decíamos la botija. Aquello mi madre me lo iba estirando y con un carrizo de los que cogíamos en el río y un puchero o una lata vieja me hacía una zambomba. A mí y a todos los chiquillos y las personas mayores, zambombas grandes.

Mi tío Daniel, el que te he dicho que era hermano de mi padre y que también te he dicho que quiso ser religioso Dominico y no pudo. Estuvo en el convento de Almagro, en la provincia de Ciudad Real pero a consecuencias de la ropa

interior que tenía que se lo imponían las reglas de la orden, que era una tela gruesa y basta, se le cubrió todo el cuerpo de eccema y tuvo que salirse. Pero él toda su vida la siguió viviendo como si hubiera sido verdadero religioso con su profesión. De él son esos libros del Año Cristiano que te he enseñado. Regalos de mi tío Daniel.

Pues a mi tío Daniel, cuando era niño para reírse las mujeres pero una broma inocente, le enseñaron un aguilando y le dijeron que fuera al cuartel de la Guardia Civil a tocar la zambomba y cantarlo. Y cuando luego yo se lo oía contar es que me moría de risa. Llegó mi tío Daniel con la zambomba y empezó a cantar:

El aguilando te pido
y si no me lo quieres dar,
quiera Dios que te se seque
La tripa del cagalar.

Y él, en vez de decir cagalar, no se acordó bien de lo que tenía que decir y dijo: “Quiera Dios que te se seque la tripa del cagalón”. Dice: “Salieron los Guardias Civiles allí y las mujeres:” “Chiquillo ¿quién te ha enseñado eso?” Dice: “Me entraron pa dentro y me inflaron de mantecaos y yo decía: no quiero más que me pongo malo”.

Allí lo que hacían también mucho por estas fechas era la mistela que a mi madre le salía muy buena pero yo no sé cómo se hacía. Era una bebida muy clásica de Hornos y se hacía mucho en la Navidad.

Pues acabada la cena y estos cantos y alegrías que te he dicho, lo que se hacía era esperar la misa del gallo. ¡Que vaya Misa del Gallo la de Hornos de Segura, vaya Misa del Gallo! Y las de Orcera, el tiempo que estuvimos en ese cortijillo, también había un coro que era digno se oírse. Pero en Hornos las Misas del Gallo, eran famosas. Acudían de todos aquellos cortijos y de todas aquellas aldeas la gente a la Misa del Gallo.

Y cuando se salía de la misa, allí eso de juergas descontroladas y borracheras, ni se conocía. Todo era ¡Viva el Niño Jesús! Y luminarias por las calles con romero. ¡Viva la Virgen Santísima! ¡Viva San José! ¡Viva el Niño Jesús! Esto era la Nochebuena de Hornos y de los cortijos.

Nosotros en el Soto nos juntábamos la familia entera. Unas veces se bajaban mis abuelos. Otras veces no se bajaban y se quedaban con mi tío y los mantecados y las tortas de manteca y la mistela y unas lumbres grandes y cuando yo les preguntaba ellos me decían que aquellas lumbres tenían que ser así de grandes porque el Niño tenía frío y necesitaba calentarse. “Que esta noche nace el Niño y hace mucho frío”.

¡Venga leña y venga todos allí alrededor para que el Niño se calentara y no tuviera frío! Esto y otras muchas cosas que ya no caben en este librico, eran las Nochebuenas en mi pueblo de Hornos y en mi Vega del Soto.

La noche del veinticuatro era como te he contado pero el día veinticinco también era un día muy especial. Y como tanta devoción se le tenía allí a estas fiestas, que era de verdad, pues el veinticinco, aunque hiciera un buen día de sol, nadie salía a coger aceitunas. Se dedican a celebrar el nacimiento del Niño Jesús. Entonces aquel día, la costumbre de la comida, por la mañana otra vez las tortas, los mantecados... y a medio día, pues en todas las casas, bueno en las que podían, pues lo que se mataba era un gallo. Donde tenían pavos, mataban un pavo pero en mi casa no había pavos. Yo te cuento lo que veía en mi casa y pavos allí, yo no recuerdo haber visto nada más que en el Chorreón que sí había pavos reales.

Pero en mi cortijo, lo que había eran gallinas. ¡Que tenía mi madre una maná de gallinas, que válgame Dios! Porque es que ella tenía costumbre de todas las “lluecas” que se le quedaban, las echaba a “engorar” los huevos. A los veintiún día salían los pollos y había unas bandás de pollos allí con las lluecas cloc, cloc y los pollos detrás de las madres pío, pío, que daba miedo. Pues eso es lo que había allí y esto es lo que teníamos.

Y lo de la moñona era una gallina que tenía un manojo de plumas en la cabeza en forma de moño y por eso le decíamos moñonas. Había una que desde que era chiquitilla, se acostumbró a que yo le diera de comer en mi mano. Corría detrás de mí y aunque mi madre les echara de comer, ella siempre se venía a mi lado para que le diera yo en mano. Esta era mi gallina moñona con la cual me pasaba las horas jugando y también con mi gata mansa.

En todos los cortijos había un gallo que era como el despertador. En mi cortijo teníamos un despertador muy antiguo pero no lo poníamos casi nunca porque nos gustaba más el canto del gallo para despertarse y era puntual. Lo mismo que te decía que hubiera sido digno de grabar los conciertos de los pastores con sus flautas y los ruiseñores cantando, también lo hubiera sido grabar el canto de estos gallos a media noche y al amanecer en toda la Vega de Hornos. Sin un ruido de tractor ni de coche ni de moto ni de na. Solamente el susurro de si corría viento, los árboles o los pájaros al despuntar el día y de madrugada, los cantos de los gallos que algunas veces se oían de un cortijo a otro porque había algunos gallos que tenían una garganta prodigiosa. Y eran los que despertaban, por lo menos en mi casa.

Cuando tenían que ir a trabajar lejos, se ponían de acuerdo, al segundo canto del gallo o al tercer canto del gallo que solía

ser siempre al amanecer. El gallo no se descuidaba, era mejor que un reloj. Al primer canto del gallo se despertaban y el gallo seguía cantando hasta que conseguía despertarlos a todos y le echaban el pienso a los mulos. Al segundo canto del gallo, otro pienso a los mulos y el otro canto era al amanecer que ya, cuando le echaban nuevamente pienso a los mulos, empezaban ellos a levantarse y a disponerse y a ponerse la ropa de trabajo para irse a trabajar al campo.

Y eran despertadores que no fallaban. Por eso te decía que hubiera sido digno de grabar, en la madrugá, el canto de todos los gallos de la Vega de Hornos. En cada cortijo su gallo madrugador para que la gente se fuera a su trabajo y nunca fallaban. Hasta incluso cuando empezaron las obras del Tranco, los que se colocaron a trabajar en el pantano y no tenían reloj, se guiaban por el canto del gallo para despertarse y irse al trabajo y nunca llegaban tarde.

Entonces estos gallos siempre se respetaban y no se eliminaban hasta que no salía otro de las crías nuevas que fuera mejor pero siempre se procuraba conservar el mejor. De los otros, pues ya se iban matando en los días así más señalados como en Navidad o alguna cosa que se celebrara en la casa. Pero los gallos despertadores siempre eran muy respetados. Cualquiera que se recuerde de este detalle sabrá que los gallos allí eran muy importantes porque eran los que

despertaban y nunca fallaban.

Pero en aquella Vega mía, por las noches, quitando el canto de estos gallos despertadores, los otros sonidos que se oían eran el croar de las ranas que en primavera y en verano no paraban en toda la noche, el canto de los grillos, los sonidos de algún mochuelo, el tolón de algún cencerro al moverse las vacas y ya el rumor del agua corriendo por la acequia y el viento moviendo las hojas de los álamos. Con el canto de los gallos, y cuando la primavera estaba en todo su esplendor, la dulce música que tanto me gusta y nunca olvido: la de mis ruiseñores. Al amanecer y al caer las tardes, siempre desgranaban sus alegres trinos y aquello era como la señal de que Dios estaba allí junto a nosotros y dando vida a la naturaleza entera.

Y te digo, para aclarar las cosas, que aunque el día de Navidad, teníamos la costumbre de matar un buen gallo para la comida del medio día, también en mi pueblo y en aquella Vega había familias más necesitadas y a estas familias, entre todos les dábamos lo que en mi tierra llamamos “aguilando”. Que no era dinero sino morcillas, tocino, mantecados, tortas, unos garbanzos... cosas para que comieran aquellos días y tampoco les faltara a ellos. Y a esto le decíamos “aguilando”, en nuestra tierra.

La fiesta de los reyes magos allí, era una fiesta muy inocente. Yo era ya muy mayorcia cuando todavía creía que eran los reyes los que echaban los juguetes por la chimenea y los que se encargaban de mantenerme la ilusión eran mis abuelos. Entonces por la noche poníamos nuestras alpargaticas en la chimenea, nos acostábamos pronto porque decían que si no nos dormíamos los reyes no pasaban y mi abuelo hasta me hacía creer que volaban con los camellos, que andaban por los tejados y que estaban muy bien informados de si nos habíamos portado bien o mal.

Y entonces nos echaban algún juguetico. Siempre en mi casa el que se preocupaba de los reyes, sobre todo era mi abuelo que para esto era muy ilusionante. Ya te digo, algún juguetico de madera o de cartón, una cacerolica de cocina chiquitilla, una pandereta también pequñica que la confeccionaba él mismo porque el abuelo era muy modoso y también a veces, pues una naranja juntica con aquello o una onza de chocolate, unos caramelos, unos alpargaticos... estas cosicas así pero nos ilusionaban mucho levantarnos por la mañana temprano y salir corriendo en busca de nuestros alpargates a ver lo que habían dejado los reyes.

Estos regalos que se ven ahora, entonces no lo había. Yo me acuerdo que una vez tuve una muñeca de cartón y aquella me duró para toda mi infancia.

Por los días de Navidad era cuando se recogían las aceitunas, que por aquellos tiempos todo era también a brazo. Sin artilugios de maquinarias ni nada como parece que ahora sí van a inventar. Si lo hay ahora ni lo sé ni lo conozco, yo entonces lo que conocía era todo varear, los hombres con los mantones y las mujeres en el suelo recogiendo las que quedaban.

Y para limpiar las aceitunas ponían el mantón en una posición que ellos sabían cómo tenía que ser de manera que fueran cogiendo las aceitunas enfrente del montón. La que se cogía de los mantones vareá, la iban echando en un mantón porque la que se cogía del suelo, ya iba limpia pero las que caían de las olivas derribadas con las varas, pues siempre iban tallos de olivas y para no llevarlas con aquellos tallos porque había que llevarlas limpias, iban ya todos los días provistos de un recipiente que era una palangana, en nuestra tierra le decíamos zafa, vieja o que ya no sirviera.

Llenaban la zafa de aceitunas y lo mismo que se aventaba el trigo en las eras, puede decirse que se aventaban también las aceitunas. Lo hacían las personas jóvenes que tenían fuerza. En mi casa lo hacían mis hermanos. Llenaban la zafa de aceitunas y el mantón lo tenían ya puesto en un sitio donde pudieran recogerlo. Miraban para ver de dónde venía el aire y

cuando lo averiguaban, se ponían en posición y tiraban las aceitunas y el aire se llevaba los tallos y la aceituna caían limpias en el mantón que habían preparado y los tallos se iban fueran, con el aire que pasaba. Y ya la recogían limpias y de allí las envasaban en los capachos de pleita, que era lo que había entonces.

El cribón era un artilugio rectangular con dos patas delanteras bajas y dos patas de atrás más altas con el fin de que se quedara así, inclinado. En la parte de arriba había como un cajón con los alambres cruzados. Arriba se quedaban los tallos y las aceitunas pasaban por los agujeros de la criba y caían a una espuerta que se ponía debajo donde se recogían limpias. Pero antes de que se conociera el cribón la limpieza de la aceituna se hacía como ya te he dicho: aventándola.

Los mismos hombres, mi padre y mis hermanos, hacían la pleita, después mi padre cosía los capachos. Ahora aquí son sacos, no sé allí lo que será pero entonces eran capachos hechos en la casa. Y las meriendas en las aceitunas, pues eso ya te lo he contado. Unas comidas pero fuertes, fuertes que yo ahora no me las puedo comer. Pan casero, cosas de matanza, fritao con tajadas de longaniza, chorizo o morcilla y de fruta, pues granadas, membrillos, un melón, un buen racimo de uvas.

Que las uvas mi madre, con hilo bramante, las ataba a un

lado y a otro y hacía como una romana, colgaba el hilo de las uvas en las puntas del techo en la cámara y allí se conservaban. Luego, no tenía nada más que coger un racimo o dos y echarlos para la merienda en los olivares y a comer uvas frescas como si estuvieran recién cogidas de los parrales.

En aquella hermosa Vega mía, como en todas las partes del mundo, las personas también tenían sus accidentes y se ponían malos. Pero allí, para casi todas las enfermedades, teníamos nuestros remedios naturales que casi siempre eran plantas criadas en la tierra que pisábamos y nos rodeaba. A modo de ejemplo te digo algunas para que tú veas, una ves más, el mundo tan completo que era aquel rincón precioso de mi Vega amada.

Las higueras abundaban mucho en mi vega. De chiquitilla tenía yo unas verrugas en la mano izquierda y justo en el dedo del corazón y en el dedo anular. Menudas pero muchas. Un día, una mujer de Orcera me dijo: “¿Por qué no te quitas esas verrugas?” Y yo le pregunté: “¿Y con qué?” Y entonces ella me dijo: “Con una hoja de higuera. Cuando está verde y tiene todos sus higos sin madurar, arranca una hoja y ese líquido blanquecino que suelta, te lo flotas bien en las verrugas. Pero muchos días sin interrupción. Lo mismo da que sea la hoja o un higo verde”. Y yo le hice caso a la mujer y durante todo el verano lo estuve haciendo sin descansar un solo día y las

verrugas se me fueron secando y achicando y se me cayeron. Yo no sé si a otra persona le podrá dar resultado. A mí me dio y de esta manera se me quitaron para siempre las verrugas y sin dolor ninguno.

El árnica es una hierba que mi madre conocía muy bien y aquello servía para curar las partes doloridas del cuerpo. Si los hombres en el campo y el trabajo se daban algún golpe, o si alguien tenía dolores en las articulaciones y se le producía una torcedura, entonces mi madre cocía el árnica. Con el agua caliente ponía compresas en la parte dolorida y la hierba la machacaba y hacía como un emplasto y la aplicaba a la parte dolorida y con aquello encontraban un gran remedio.

La hierba de la sangre era una planta que mi madre conocía muy bien y la recolectaba. Cuando había erupciones en el cuerpo, que salían granillos chicos, esto que decimos ahora salpullio, pues hervía tallos de esta hierba, nos la daba en infusiones y con aquella agua frotaba las partes donde estaba el salpullio y se curaba y desaparecía.

Sanalotó, era una planta que tenía otro nombre que ahora no recuerdo pero allí en la Vega se quedó con el de sanalotó por las propiedades curativas que tenía. La trajo mi abuela de su tierra Lorquina, de Lorca. Crecía hasta la altura de un geranio grande. Tenía las hojas ovaladas. En las quemaduras y

en las heridas era donde más se usaba. Tenía como una telilla, mucho más fina que un papel de fumar. Mi abuela siempre nos tenía dicho a todos que nunca pincharan en las ampollas de las quemaduras. Ella sabría por qué lo haría.

Cuando había una quemadura a las hojas de sanalotó le quitaban ese pellejito que te he dicho y echaba un olor agradable al tiempo que soltaba un líquido suave. Las hojas la iban aplicando encima de la quemadura e iba secando la ampolla y la quemadura también y algunas veces no quedaba ni señal.

Era muy buena también para las heridas pero en estos casos, antes de poner la hoja de sanalotó, cuando se cortaba algún segador o se hacía alguna herida, mi madre, lo primero que hacía era atar con una cinta y formaba lo que ahora decimos torniquete. Lavaba muy bien la herida con agua y jabón casero y después la taponaba con sal gorda. Y allí se hacía como una pasta dura y la sangre se cortaba. Era como un tapón. Cuando se había cortado la sangre, con agua y muy suavemente, iba deshaciendo la sal y despegándola de la herida. Cuando caía toda la sal, la herida había parado de sangrar y entonces aplicaba la hoja de sanalotó y la vendaba con vendas que ella tenía siempre preparada de las sábanas viejas.

En mi casa mi madre siempre tenía vendas de estas sábanas viejas que eran de la misma anchura de las vendas de ahora y tan limpicas y suaves como la misma seda.

El eucalipto se usaba para curar los catarros. Mi madre cocía eucalipto en una olla grande y cuando estaba el agua hirviendo nos ponía la olla delante, nos echaba una manta por encima de aquellas de cuadros de la sierra y teníamos que estar respirando aquello hasta que nos hacía sudar. Esto lo hacía varias noches seguidas y con aquel sudor nos acostaba y nos tapaba bien y en pocos días empezábamos a notar que respirábamos mejor y que el catarro se nos iba. Estaba demostrado, en aquella Vega mía, que aquel remedio era buenísimo para la respiración.

El poleo y la mejorana eran muy eficaces para los cólicos y los dolores de vientre. La manzanilla también pero esta planta las conoce todo el mundo.

La tinturria y el orobal eran dos plantas silvestres que conocía mi madre. Las cocía y había que tomarlas en infusiones por la mañana en ayunas. Estaba amargo como la hiel. Con estas plantas se combatían las fiebres del paludismo. Si las fiebres no cedían y eran muy fuertes, había que recurrir a la quinina. Pero si no eran fiebres fuertes, la tinturria, las contenía.

Cuando había ronqueras, con agua tibia y una cucharaica de miel, nos ponían a hacer gárgaras y aquello sí era agradable porque la miel sí estaba buena y por eso a veces nos los tragábamos. Pero suavizaba la garganta y mejoraba la ronquera. Y aunque no salía con mucha frecuencia, sí alguna vez que otra a las personas les salía una cosa que se llama herpes. Para curar esta dolencia se usaba la tinta y yo no sé qué propiedad tenía pero secaba la erupción y la enfermedad cedía poco a poco.

EL CAMINO DESDE EL SOTO A HORNOS

Salimos de la puerta de mi casa: el camino real que pasa, como te he dicho, por la misma puerta. Camino arriba, hacia Hornos, el río a la izquierda. Se pasa por toda la Vega: huertas, arroyos que bajan de la derecha y van a unirse al río Hornos. A la derecha queda el Cortijo de Marcelino, más adelante, también queda a la derecha el cortijo Moreno. Seguimos y a todo esto, este paraíso que tantas veces te he comentado: huertas, árboles frutales, pájaros y flores a un lado y otro del camino. Una delicia. A la derecha, más adelante, se queda el cortijo del Maestro Matías. Seguimos camino arriba y más huertas a la izquierda y ya también algunas a la derecha. Nos acercamos al cortijo del la “Loma Alcanta” donde vivía el hermano Joaquín con sus dos hijos. Uno se llamaba Santos y otro Juan José. El hermano Joaquín de la Loma Alcanta tenía

una hija también que se llamaba Dolores, estaba casada con José el Molinero y murió de parto. Todos estos recuerdos también los tengo.



Inmaculada Nieto Herrera
1.º Educ. Infantil

Tema:
"El camino desde Soto a Hornos"

Se quedaba a la derecha la Loma Alcanta, a la izquierda del río y al otro lado, en la ladera de una colina, estaba el cortijo del Gaspar. Un poquito más arriba se extendía una pequeña llanura y por allí corría, no sé si el río de Hornos o el arroyo de los Saleros, que en esto estoy en duda y como no estoy segura, así lo expongo. Pero fuera el río o el arroyo, por allí había que pasar. Se extendía hacia un vado muy grande y había unas piedras, rocas naturales y como no existía puente, saltando de una a otra se cruzaba la corriente. Y el camino real se extendía hacia la derecha trazando una curva, pasaba por el salero de abajo, después el salero de arriba y trazando un recodo venía a unirse con esto que te voy a decir ahora.

A partir de este cruce de río o arroyo se alzaba una cuesta muy empinada que se le decía “el Vallejo”. Por allí se trazaba un atajo para no dar una curva tan grande siguiendo el camino real. Muy cuesta arriba, un poquito pedregoso, más bien una vereilla de cabras, lo habían hecho para adelantar camino. Para no dar aquel rodeo tan grande que había que trazar por los saleros. Ya por allí no había casas. Era todo cuesta arriba, bastante pendiente y llegamos a un cortijo que se llama el cortijo del Leonardo. No era una casa antigua. Yo me acuerdo que al pasar por allí veía todavía por el lugar materiales de construcción. Piedras y cosas. Allí, en el cortijo del Leonardo se juntaba esta vereda de atajo que nosotros cogíamos para adelantar terreno y el camino real de verdad que había trazado un recodo por los saleros y volvía. Desde aquí ya uno solo hacia Hornos.

Algunas de las veces que yo subía por el camino de las Celaillas era para ir a un cortijo muy famoso en Hornos que se llamaba, no me acuerdo si Ontonares o Antanares. El dueño se llamaba don José María Bañón y en este cortijo había muchas colmenas. Este hombre tenía por allí muchas propiedades. Y me acuerdo de ir con mis primas y con mi abuela a por miel. Porque allí vendían una miel riquísima. Yo creo que no he probado después otra miel tan buena como aquella. No sé después qué ha pasado con ese cortijo porque ya no he oído hablar más ni de la miel porque decían “Miel de Ontonares” y

era famosa, ni del cortijo.

Subimos y llegando a Hornos se queda a la izquierda, el molino de Ignacio Avilés y ya tenemos el pueblo a dos pasos. Las torres se ven desde mucho antes pero conforme se va uno acercando el pueblo se presenta con toda su hermosura y grandeza. Yo ahora, sólo recordarlo, me emociono. Cuando me contaban mis abuelos y mis padres, los cuentos de castillos de irás y no volverás, princesas encantadas, en mis recuerdos el pueblo de Hornos ahora se me presenta como uno de aquellos castillos de los cuentos. Pero no es una princesa lo que se guarda en ese dulce pueblo mío de Hornos, es una reina gloriosa: la patrona de mi pueblo, Nuestra Señora de la Asunción. Es mi Virgen Santísima la que guarda las torres del pueblo de Hornos.

Echad campanas al vuelo
porque triunfante y gloriosa,
inmaculada y hermosa,
sale la reina del cielo
en solemne procesión
de cánticos y oraciones,
Vítores y aclamaciones
que salen del corazón,
pero... nadie se equivoque,
que a la Virgen nadie ofenda

porque a esta divina prenda,
la va escolta San Roque.

El camino allí hace otro recodo y sale un nuevo atajo. A la izquierda subiendo un repecho con otro atajo que desemboca en la Puerta Nueva. Casi en el mismo punto donde termina el camino real, sólo que éste dibuja una curva y nosotros a pie tomábamos el atajo. Para las bestias, el camino real iba por la derecha. También a la derecha de este camino quedaba el calvario, que es donde ahora han construido esos miradores, hoteles, bares o lo que sean, nuevos. Queda también a la derecha el Molino de aceite de don Francisco Blanco y ya se llega a la Puerta Nueva. Ya estamos en Hornos, ya estamos en mi pueblo con el pensamiento. Solamente con el pensamiento, con mi corazón y el amor que dentro de mi alma brota hacia este pueblo que tan profundo llevo en mí. Sólo con el pensamiento ya me encuentro en mi pueblo de Hornos porque en la realidad yo no estoy allí aunque sea lo que más anhelo en mi vida.

Este es el camino real desde el Soto de arriba hasta Hornos. Pero nos queda lo más noble, lo más puro, lo más grande: las calles, las personas y sus casas. A la entrada a la derecha, el cementerio. Por encima del cementerio había eras. Allí tomaba yo el sol con mi abuelo. Nos salíamos los dos a tomar el sol y mientras estaba en su compañía gozando del aire y el azul del

cielo, me contaba cantidad de cuentos e historias de su tierra. Miraba al cementerio y decía: “Virgen mía de las Huertas, aquí he venido yo a morir”. Por encima de las eras, se alzaba el castillo. Y entrando por la Puerta Nueva, ya el pueblo. La carretera va derecha a la Rueda. Estando en la Rueda, a la izquierda, la iglesia. Mi bendita iglesia de Hornos.

Todo aquello ya está muy cambiado pero en aquel tiempo, al entrar había un callejón con una plazoleta y allí estaba la fragua de Inocente Sola. Seguía el callejón y daba a la carretera. Por la derecha queda la carretera y a la izquierda de la carretera, está o estaba la puerta de Félix Vivo, su esposa Eugenia ayudó mucho a los pobres y seguidamente, la casa de Inocente Sola y su Esposa Josefa que también era una familia muy buena y la fragua de la familia Sola, daba al otro lado, a la plazoleta y a continuación el cuartel de la Guardia Civil. Enfrente del cuartel, a la derecha había una pequeña explanada, muy pequeña. De allí salía: a la parte de arriba, la Calle de las Parras, a la parte de abajo, la Calle de los Adanes. En la calle de las Parras era donde vivía mi tío Cesáreo, mi tía Mariana y mis primos y tampoco olvido a los que vivían en aquella calle: El Currito y Pretola y Lorenzo el Rizao y su familia y a todos los demás, aunque algunos ya hayan muerto pero los recuerdo con cariño. A las espaldas de esta calle está el castillo y el adarve.

Mi tío Cesáreo Manzanares Donvidau fue un hombre de corazón generoso y de una honradez bien demostrada que en sus tiempos no se comprendió pero yo estoy segura que Dios nunca se equivoca y Él sí lo comprendería cuando llegara a su presencia. Creo que Jesucristo le diría algo semejante a esto: "No te aflijas más, a mí tampoco me comprendieron. Levanta, pues, tu rostro al cielo. Mira que yo y todos los que tuvieron grandes tribulaciones en el mundo, ahora se gozan y están consolados y para siempre descansan en paz permaneciendo conmigo sin fin, en el Reino de mi Padre". Mi tía Mariana era una mujer hermosa y ha muerto de edad avanzada después de una vejez tranquila que tal vez le concedió el Señor en compensación por las durezas que vivió. Mis primos viven en Madrid y todos están situados muy dignamente y tengo la inmensa alegría de poder decir que merecen ser considerados entre las personas más buenas de Hornos.

Luego está esa calle que le dicen ahora, la calle de En medio. En la primera casa de la calle de En medio, a la derecha, vivió una temporada el médico. Después puso allí el comercio Paco Lozano. A la izquierda quedaba la posada de Pablo Espinar y Francisca. Unas personas entrañables con las que mi familia guardó siempre una amistad excelente. Siguiendo por la calle de En medio, a la derecha hay una pequeña explanada y allí estaba el horno, en tiempos de la guerra. En la esquina vivió don Saturnino Galdón. Seguimos y

nos encontramos un sitio que le dicen las Cuatro Esquinas. Calle abajo y desembocamos en una plazoleta que hay allí que es donde se encuentra la Puerta de la Villa.

Entrando por la Puerta de la Villa nos encontramos un callejón que gira hacia la derecha que es el barrio Perché. Desde esa plazoleta, girando ya hacia el frente, hay otra calle larga donde a la derecha queda la Casa de Narcisa, su marido Paco el Grueso, unas hijas que tenía Narcisa encantadoras. De allí seguimos, pasamos por la puerta de don Francisco Blanco, a la izquierda queda el callejón donde vivía Eusebio el correo y desembocamos otra vez en la Rueda.

Pero por cualquier sitio donde te asomes no ves nada más que maravillas. En otros pueblos verás palacios, muchas grandezas pero en mi pueblo de Hornos, la grandeza es la sencillez. La pequeñez es la grandeza más excelsa que tenemos allí. De mi pueblo recuerdo muchísimas personas. Yo sé que ya nadie se acordará de mí porque fui una niña insignificante pero yo me acuerdo de Pepa la Buñolera. Me acuerdo de Leopoldo el Sastre, de Pajarito, de don Antonio Leal, que fue un talento más de mi pueblo, un gran médico. Los hermanos Ríos. Tomás Ríos, un gran científico y su hermano Miguel Ríos, un gran militar. Los posaderos, personas fabulosas, las hijas de Paco Lozano, Isabelita, Eulalia, Angelita. Todas joyas admirables de mi pueblo. Carlota la panadera

donde compraba mi abuela el pan. Tenía unas hijas hermosísimas y llenas de bondad: Carmen y Matilde y Dionisia y otras más.

Mi abuela me había enseñado que yo siempre que llamara a una casa, mi primer saludo fuera una Ave María Purísima. Y aquella señora, como ya sabía que al entrar yo siempre decía Ave María, cuando me veía me sonreía y antes de que a mí me diera tiempo a pronunciar una palabra, ella me contestaba: “Sin pecado concebida”. ¡Carlota, qué buena persona y cuanto me acuerdo de ella! Allí vive también María Josefa Lara Linares del Soto de Abajo. ¡Ay madre mía si yo pudiera verla! ¡Si fuera a Hornos no me vendría sin verla! Pero yo creo que si me encontrara cara a cara con ella, aunque no me conociera, del abrazo que le diera se me llenaría el alma de gozo. Ha sido mucho el cariño, mucho el roce que nos hemos tenido. Una vecindad que más que vecindad era hermandad lo que teníamos allí. Era amor serrano de verdad lo que en los cortijos del Soto se respiraba y tanto o más en mi pueblo.

Felipa Vivo, gran amiga mía. Desde la casa de mi abuela y ella desde su balcón jugábamos a la pelota. Ella me la tiraba hacia abajo y yo se la tiraba hacia arriba. Un día la pelota me dio en un ojo y se me hinchó pero yo no quise decirle nada para que no se enfadara conmigo. Fue si querer. Pepa la Buñolera vivía cerca de mi casa. Recuerdo que despachaba los

churros por la ventana. Era la única churrería que había en el pueblo. Tenía una hija mayor que se llamaba Lola, hermosa como un sol y tenía otra menor que se llamaba Amalia y un hijo pequeño que se llamaba Juan. Ella lo llamaba siempre Juanico y dos gemelos. Pepa la Buñolera era hija de Juanillones y de la hermana Segunda y después de enviudar dos veces, se casó con un molinero que le decían el "Salao" y era el padre de una familia que también le decían "Los Salaos", yo los recuerdo muy bien.

Con gran cariño se me viene ahora a la memoria la imagen de Soledad. Era tía de mi tía Mariana. La conocí ya mayor y viuda. Sólo tenía un hijo que se llamaba Pablo. De esta señora me contaban mi madre y mi abuela, que de joven, había sido una mujer de espléndida hermosura. Su hijo Pablo, un hombre Cabal donde quepan los hombres cabales. Y una flor entre las flores delicadas de mi pueblo: Estrellita Gámez. No creo que nunca haya habido un nombre tan mejor escogido para una persona, que el suyo para ella.

Estrella, porque lo es de verdad. Hija de don Eustaquio Gámez, un hombre entero de arriba abajo. Su madre, gran señora pero en este momento no recuerdo su nombre. Sí recuerdo a su hermana Amelia, a su hermano Raúl y sobre todo a Estrellita. Por mucho que yo te quiera explicar como era esta señora, no encuentro palabras. Era de una belleza

exquisita, fina y rubia, semejante a los rayos del sol de los amaneceres de mi tierra. Era la dulzura personificada. Solamente verla, ya inspiraba simpatía, gracia, encanto y bondad. Una de las personas más deliciosas que yo he conocido en mi vida.

Hasta recuerdo que un día me dejó prendada con una de aquellas olas de encanto que siempre iba derramando. Eran las fiestas del pueblo y yo estaba con mi prima Ramona. Andábamos paseando en la Rueda. Estrellita Gámez iba paseando con otras muchachas amigas suyas. Por detrás, se acercó Pablo el de Soledad, con mucha delicadeza y le dijo: "¡Estre...!" La muchacha volvió la cabeza envuelta en un remolino de gracia y le contestó: "¡Lla!". Y aquello fue un momento de tanta belleza y los dos se hablaron con tanta dulzura que mi prima Ramona y yo, que estábamos cerca, dijimos: "Estos dos se casan". Porque vamos, se miraron con tanto amor que aquello era una escena más propia de un sueño bello que de una realidad terrenal. Todavía no eran novios; después lo fueron. Y para que sepas las cosas bien, Pablo, el esposo de Estrellita Gámez y padre del Alcalde actual del pueblo de Hornos, también fue alcalde en este pueblo mío. Y a fe mía que los fue muy dignamente.

Por mi prima Ramona, pasado el tiempo, supe que se habían casado. Creo que han tenido varios hijos pero yo la que

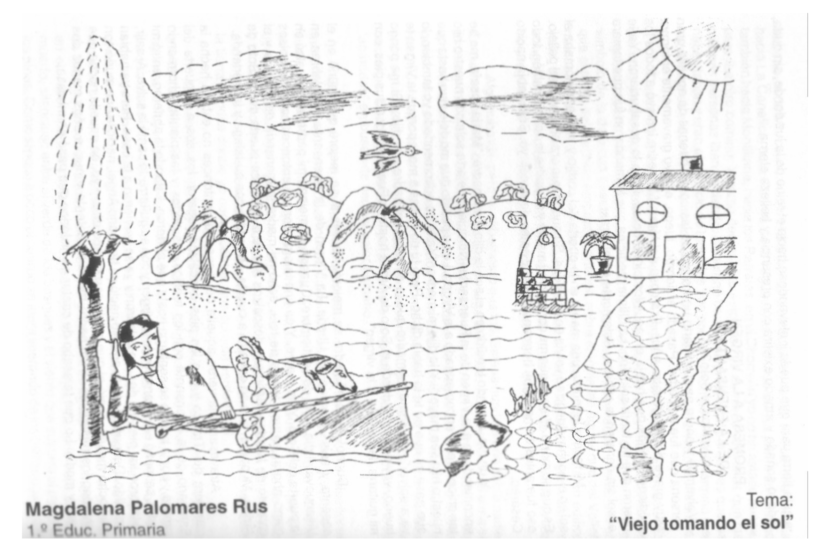
conozco bien, es a Marisol. La conocí muy niña y ya era toda una muñeca de tan bella y encantadora. Sé que han tenido más hijos pero ya a los otros no los conozco. Cuando vivía allí mi tía siempre iba a visitarla. Un día que estuve en Hornos, de las pocas veces que he ido, vi a Soledad, ya muy mayor. Todavía conservaba su lucidez mental. Seguía siendo la misma persona hermosa de siempre y, además, tenía un rosario en la mano que lo apretaba con mucho cariño. Y en un ratillo que estuvimos las tres solas, Soledad nos empezó a ponderar, no ponderar porque cuando lo que se dice es verdad, no cabe otra realidad que exactamente eso, la verdad, las virtudes de su nuera Estrellita. Que ya es algo grandioso que una suegra comente las virtudes de su nuera como Soledad comentaba las de Estrella. Las tres coincidimos en que ciertamente lo que allí se estuvo hablando, era exactamente lo que Estrella se mecería.

Con tanto cariño recuerdo yo a todas estas personas que de ahí, el amor que siento por mi pueblo, sea tan grande y tan fuerte. Hace un tiempo supe que Pablo había muerto. Traté de ponerme en contacto con Estrella para darle el pésame. Pero me contestaron de Hornos diciendo que ella estaba en Sevilla con su hija Marisol. Ya te he dicho que a Marisol la conocía de pequeñica. Se ha hecho mayor, no sé qué estudios hizo, el caso que por lo menos en ese tiempo, estaba en Sevilla y Estrella con ella. Tengo aceptado que Estrella será mayor pero

el recuerdo que guardo de ella es tan agradable, que eso permanece conmigo siempre. Era una criatura de lo más delicioso que te puedes encontrar. Otra flor más de mi entrañable pueblo de Hornos. Era rubia y tenía una delicadeza en su cutis, en sus ojos y en su mirada que yo creo, como te he dicho al principio, que el nombre de Estrella le venía a su medida exacta.

Felipe el de la Posada, estaba casado con una parienta lejana de mi padre. Se llama Francisca y tenía dos hijas, una Angelita y otra Luisa. Muchas veces jugábamos juntas. Yo me acuerdo de todas esas cosas. La pena profunda que tengo es que intuyo que ni ellas se acordarán de mí ni tampoco en mi pueblo del alma saben ya quien soy. Las cosas cambian, el tiempo borra y las personas que llegan, olvidan y, sin embargo, la historia hay que recordarla y escribirla para que los pueblos crezcan y se hagan grandes. Mi pueblo y aquellas personas, han seguido allí en sus raíces y yo, en la nostalgia de la distancia y las vivencias de mi niñez, los tengo vivos. Con la frescura y a la belleza de los días más tiernos y los juegos más limpios. Me gustaría que alguien se acordara de mí pero yo creo que no. Me vine de mi tierra y mi pueblo muy pequeña pero ellos, todos y todo, sí viven en lo mejor de lo que yo soy. También me acuerdo mucho de una mujer que le decían “La Reina”.

RECUERDOS DE HORNOS


Magdalena Palomares Rus
1.º Educ. Primaria
Tema:
"Viejo tomando el sol"

- ¿Y qué más cosas me cuentas de tu pueblo?

- Tengo recuerdos agradables, muy profundos y muy vivos, de este pueblo mío: mis abuelos maternos, mis tíos por línea materna, Cesáreo y Mariana y sus hijos, mis primos. Cada vez que desde la Vega del Soto subía al pueblo, ellos eran mis compañeros de juegos. Tanto cariño me dieron, tan feliz me los pasé junto a ellos, que aún están vivos aquí dentro de mí. Yo siempre los llamé "Mis Primos de Hornos". Y hoy, a pesar de los años, las distancias y las aguas del pantano, en no sé qué región dulce, me parece oír sus nombres: Ramona, Teógenes, Francisco, Wladimiro, Sedilia y Maruja. Y desde no sé qué otra región bella, me parece oír el cascabeleo de sus alegres voces diciendo: "Prima, vamos al castillo. Queremos verte tirar tus aviones de papel, desde lo alto de esas torres de piedra".

Y allá que íbamos todos nosotros al castillo. Teógenes era el que me fabricaba, de periódicos viejos, los aviones de papel. Todos me rodeaban, yo era la niña mimada de ellos, y me llevaban al castillo. Disfrutaba cogiendo aquellos aviones que ellos me hacían y echarlos a volar desde aquellas alturas, del castillo mágico. Ellos sabían que aquello me gustaba y se desvivían para llevarme al castillo de mi pueblo para verme jugar con los aviones de papel. Nunca me he explicado yo, por qué fui una niña tan querida y mimada de todos. Si nunca hice nada por merecerlo. Me consideré una niña muy insignificante y hasta de salud endeble. ¿Por qué me quisieron tanto? ¿Por qué fue tan bella aquella tierra mía? ¿Por qué me arrebataron aquel trozo de paraíso que el Creador me regaló cuando me puso en este suelo?

Mi primo Bibiano, como te decía antes, no volvió nunca de la guerra. Era un mocetón alto, rubio y lleno de bondad. Parecía hermano gemelo de su hermana Magdalena, porque los dos eran igual de buenos e igual de grandes personas. Fue una lástima la muerte de este primo mío. También tengo un gran recuerdo de una mujer que vivía al lado de la casa de mi abuela. En la misma calle y con el nombre de Asunción como mi abuela. Aquella mujer también ¡qué buena era! Tenía un don, que era puro don de Dios porque aquella mujer no tenía estudios ningunos y, sin embargo, poseía una gracia especial para curar los huesos rotos y los que se descomponían.

Allí se ponían por cola de todos los cortijos cercanos y de otros pueblos. Todos acudían a la hermana Asunción. Ella tenía sus artilugios de gimnasia. Una maza con la que los ponía a hacer gimnasia con los pies, les cogía el brazo, se lo subía a la nuca... ¿y cómo se las apañaba? Que de pronto aquello hacía crac, y el hueso volvía a su sitio. Aquella mujer es que tenía una gracia especial sin ser médico. Era tan buena que por eso me gusta recordarla. No me acuerdo con claridad si era en la mano derecha o la izquierda, donde tenía un defecto en los dedos de la mano. Cuatro dedos separados, dos para un lado y dos para otro. Doy esta seña personal para ver si alguien en mi pueblo la recuerda.

De entre aquellos recuerdos tan bellos de mi pequeño rincón en Hornos, debo decir también que el pueblo dio hijos ilustres. Don Francisco Blanco que ejerció el cargo de Juez, en el pueblo y fue un modelo de caballero. Administró justicia con tal acierto y generosidad cristiana, que dejó una feliz memoria entre todos los vecinos juntamente con su esposa. El pueblo de hornos, aunque es chico, ha dado sacerdotes santos, monjas santas, médicos muy eficientes, maestros que han aportado su granito de arena a la cultura y hasta militares.

Otro de los recuerdos bonicos que tengo de mi pueblo, entre tantos y tantos como yo guardo, porque todos son bellos, se

encuentra el de mi pelota de trapo. Tengo la alegría de poder decir que a mí en mi tierra nunca me pasó nada malo. Mira: cuando yo me iba con mis abuelos al pueblo, en el rincón donde vivían ellos, hay una plazoleta muy chiquitilla, que si alguna vez fuéramos por Hornos, yo te llevaría allí. Enfrente de donde vivían mis abuelos había una fragua. La única que había en todo el pueblo. El padre se llamaba Inocente Sola, la esposa de este hombre se llamaba la hermana Josefa y tenía dos hijas que se llamaban Luisa y Pepa. Luisa estaba casada y Pepa tenía novio.

Cuando se ponía a hablar con él, se asomaba al balcón que daba a la plazoleta de la puerta de la fragua y el novio desde el suelo. Yo que los veía, observé que una vez Pepa le echaba un clavel al novio y de momento me acerqué para que me diera otro a mí. Estaba allí mi abuela y entonces me llamó. Le dije a mi abuela: “Madre Asunción, yo voy a que me dé Pepa claveles. Porque he visto que le ha dado claveles a ese mocico y por eso quiero que me dé a mí también”.

Pero yo tenía, además de eso, una pelota de trapo que me había hecho mi abuela. En esa pequeña placita me pasaba las horas jugando con mi pelota. Pegaba cada pelotazo por tos sitios que daba miedo. Algunas veces, se me escapaba y la pelota entraba por la puerta de la fragua. Allí estaba trabajando Inocente Sola con sus hijos. Uno se llamaba José, otro Antonio

que era gran amigo de mi hermano Cesáreo y el menor se llamaba Inocente. Cuando yo jugaba allí con la pelota, este muchacho, Inocente, era un zagalón muy amable y muy buena persona como tos sus hermanos y como sus padres.

Recuerdo que su hermana Josefa era otra belleza más de aquel pueblo mío de Hornos. De las muchachas más guapas que por aquellos días vivía en el pueblo. Inocente era lo que ahora llamamos "pelirrojo", allí le decían el rubio pero tenía el pelo del color del azafrán. Cuando a mí se me iba la pelota y caía dentro de la fragua, los otros se reían pero él se cabreaba, salía corriendo y decía: "¡Como te pille la pelota te la echo a la fragua que se queme". Es que ellos tenían allí la lumbre de la fragua y con un fuelle los veía yo, tan, tan, tan, tan, venga dar aire a la lumbre, donde ponían los hierros al rojo vivo para luego trabajarlos. "¡Cómo te pille la pelota te la quemo!" Me decía el pelirrojo cada vez que se me caía dentro.

Yo me acuerdo, que cuando una vez me dijo que me iba a quemar la pelota, le hice un guiño y le enseñé la lengua. Mi abuela que me vio, me regañó por aquello: "No hagas eso. No se le hace burla a las personas mayores". Le decía a mi abuela: "Es que me quiere quemar la pelota". Los hermanos mayores y el padre decían: "Deja la chiquilla, hombre. Son cosas de criaturas". Pero tanto una vez y otra me decía que me iba a quemar la pelota, que a mí me entró miedo pensando que

sería verdad. Así que a partir de aquel momento, cuando me ponía a jugar, ya tenía cuidado que la pelota no entrara a la fragua. A pesar de esto, algunas veces se me escapaba.

Pasó el tiempo y como mi abuelo murió, mi abuela ya se bajó al Soto a vivir con nosotros. También yo había crecido algo y como mi cuñá estaba mala, algunas temporadas me iba al Tranco a estarme en la casa de mi hermano que trabajaba en las obras del pantano y así asistía a mi cuñada. Un día que se celebraba la fiesta de la Virgen del Carmen, pues estaba yo allí con mi prima Ramona en una verbena que hicieron por la noche. Se juntó allí toda la juventud, y los mayores también y se formó un gran baile.

Se acercó este Inocente a sacarme a bailar. Lo conocí inmediatamente. También creía que él me había conocido. Se acercó y me dijo: “¿Quieres que bailemos?” Como lo conocía, pues inmediatamente le dije que sí. Bailamos y él muy cortés, muy amable, como toda la gente de mi tierra. Terminamos de bailar, yo me fui con mi prima y él se unió a otro muchacho. Pero estando al lado de mi prima no dejaba de observar que Inocente hablaba con el otro muchacho sin dejar de mirarme. Le dije a mi prima: “De mí están hablando. ¿Qué pasará?” Entonces nos acercamos las dos con disimulo, como paseándonos y oí que le estaba diciendo el otro muchacho: “Yo la sacaría a bailar pero es que no la conozco”. Y me miraban a

mí e Inocente muy bajico pero yo le oí, que le dijo: “Pues es muy simpática. Yo tampoco la conozco y la he sacado a bailar y me ha dicho que sí. Ya verás, la voy a sacar otra vez”.

Entonces fue y me sacó a bailar otra vez y de nuevo le dije que sí pero cuando íbamos bailando, le pregunté: “Inocente ¿es que no me has conocido?”. Y dijo él, muy sorprendido: “¡No!” “Pues yo sí te conozco a ti”. Le dije. “¿Tú cómo me conoces a mí?” Entonces le volví a preguntar otra vez: “Pero Inocente ¿de verdad no me has conocido?” “¡No, no, muchacha; no te he conocido!” Digo: “Pues yo soy la chiquilla que tiraba la pelota a la fragua y que una vez te enseñó la lengua porque tú me la querías quemar. Soy la nieta de la hermana Asunción y de Cesáreo, los viejecitos que vivían enfrente de tu fragua. Soy del Soto del Arriba, hermana de Cesáreo el capataz. ¡Me extraña que no me hayas conocía! Pero como yo a ti sí te he conocido, es por lo que he bailado contigo con tanto agrado. Porque eres Inocente Sola y porque te conozco. No creas que bailo con tanta facilidad con cualquiera. Lo que pasa es que yo sé quien eres tú”.

Un poco cortado, el muchacho me decía: “¡Ay, perdóname! Cómo he estado yo para no conocerte”. “Pues que han pasado los años y los dos hemos crecido. Ahora me alegro yo de haberte visto otra vez y de que entonces me quisieras quemar la pelota sin llegar a quemármela nunca. ¿Te acuerdas?” “Claro

que me acuerdo. Y te digo que estoy muy contento de haberte visto". Y aquí terminó esta historia. Luego supe que este muchacho fue novio de Pepa, la hija de Aracelis y Gil, del Carrascal. Es prima de Angel Robles y es la muchacha que te conté un día que tenía un dedo malo y le cortaron no sé si la primera o la segunda falange de un dedo. Fueron novios, este Inocente Sola y Pepa.

En Hornos, además, sucedieron anécdotas, curiosas, graciosas y entrañables. Mis padres me contaban, porque yo no lo llegué a conocer, que un vecino de Hornos, al único hijo que tenía, le llegó la hora de hacer el servicio militar. Y claro se fue a filas. Entonces reinaba en España, nuestro rey de feliz memoria, Alfonso XIII. Este padre no podía soportar la ausencia del hijo. Llorando sin parar y entonces ya, cogió la alforja, que era el instrumento de viaje que había en el pueblo, y con un poco de comida se fue andando nada más y nada menos que hasta Madrid. Andando. Se plantó en el palacio real y expuso, sencillamente que quería ver al rey. No le hacían caso. Lo tomaron por loco.

El se sentó en la puerta del palacio, a la distancia que les permitieron y cada vez que pasaba alguien cerca, le preguntaban: "¿Qué le pasa a usted?". "Que quiero ver al rey". Y venga. Y que quiero ver al rey. Ya alguien, se preocupó en serio por él. Le hizo llegar directamente al rey la noticia de lo

que pasaba. Don Alfonso XIII, que era, además de un gran rey una excelente persona, dio orden de que directamente lo llevaran a su presencia. Cuando lo pusieron delante del rey, se arrodilló. El rey le dijo: “No te arrodilles. Ponte de pie y dime qué es lo que quieres de mí. ¿Por qué quieres ver al rey? ¿Qué es lo que quieres de mí?”.

Le dijo que el único hijo que tenía, estaba en las filas del ejército. “Su majestad tendrá muchos soldados pero un servidor sólo tiene un hijo. Déjeme usted que me lo lleve a mi casa”. Don Alfonso dice: “¿Tanta pena tiene usted, hombre, porque esté su hijo sirviéndome a mí?”. “Noooo. Yo no tengo pena porque sirva a su majestad. La pena que tengo es porque está lejos de mí. Pero lo que podemos hacer es que yo me vengo también al ejército para estar cerca de mi hijo. Lo que no puedo es vivir sin él”. Entonces, dio el rey orden que inmediatamente buscaran al muchacho. Lo buscaron enseguida y el rey, de su puño y letra, le dio la licencia y un documento, para que el padre y el muchacho, a su regreso a Hornos, por donde pernotara, por las posadas que pasara, por donde fuera, que lo sirvieran de todo lo que necesitaran a cuenta de la corona. Y le dijo: “Cuando lleguen ustedes a su pueblo, entreguen este documento a las autoridades de Hornos”.

Cogió a su hijo, le besó los pies al rey, se despidió de él. Se vinieron los dos con sus alforjicas otra vez y cuando llegaban a

una posada y presentaba el papel del rey, los posaderos se desvivían haciéndoles reverencias. Sirviéndoles la comida, la mejor cama, lo mejor de todo. Así hicieron el viaje de regreso. En Hornos, sólo se sabía que el hombre se había ido del pueblo pero nadie tenía noticias de dónde estaba. Cuando regresó con el hijo y el papel, ya se supo que había estado hablando con el rey.

En mi pequeño gran pueblo de Hornos vivió también una buenísima familia Lugardo Leal con su mujer Juliana y sus guapísimas hijas. Esta familia son personas buenísimas y de ellas tengo buenos recuerdos. Don Antonio Leal, el médico fue de esta familia y Lola es la esposa de Antonio Lozano que durante mucho tiempo fue alcalde de Hornos. La familia Lozano, también son personas dignas y honorables.

Entre tantas personas que recuerdo con especial cariño, no puedo olvidarme de unas, que precisamenten tiene hijos aquí en Úbeda. Estoy pensando y me refiero a Presentación Rodríguez y a su hermana María Rodríguez, hijas de José Ramón y de María que eran también de mi pueblo de Hornos. Personas buenísimas donde las haya.

Paquita es de esta misma familia y también viven en Úbeda y son amigas mías porque de verdad se lo merecen. Al padre me parecen que le decían José Peroba. Y Paquita, de esta familia,

vive aquí porque se casó con un señor del pueblo de Úbeda. Mi prima Maruja, me ha dicho muchas veces que Catalina, una hija de esta familia, era santa. Que con el tiempo se tienen que saber las virtudes de esta mujer. También me acuerdo de Roque.

Una hija de Paquita está casada con un sobrino mío y Nico y las otras muchachas, todas excelentes, también las conozco. Personas buenas donde las haya. Bueno, pues yo, no me puedo olvidar de todas estas personas de mi pueblo. Lo que pasa es que ahora mismo estoy hablando de ellas y dentro de un rato, me acuerdo de otras y así me va pasando.

TRES ROSAS BLANCAS

Ya te estoy diciendo que recuerdos de Hornos tengo muchísimos y todos bonitos. Uno más es el de una gran señora, doña Magdalena Marín, la esposa de don Francisco Blanco. Ya verás que cosas más hermosas me contaban a mí mi abuela y mi madre de esta señora. Era de Beas de Segura y don Francisco Blanco, la conoció y se enamoró de ella. Cuando iba a visitarla, ya próximo a casarse, no sé qué persona envidiosa del pueblo, celoso o celosa de ver que se la llevaba uno que era de Hornos, queriendo desacreditarla para que no se la llevara, le dijo: “¿Pero te vas a casar con Magdalena Marín?” Y dijo don Francisco: “¡Pues claro que sí!” Le

respondió aquella persona: “Pues te la llevas llena de hostias”. Esto se lo dijo porque oía misa con frecuencia y comulgaba.

Y entonces don Francisco Blanco, con el talento natural que tenía, le dijo: “¡Anda que bien, pues por eso la quiero yo!” Mira que mala es la envidia que aquella persona queriendo desprestigiarla, lo que hizo fue prodigarle la mayor alabanza. Y con razón, porque era cierto. Esta mujer era una más de las muchas personas santas de mi pueblo. Era una gran amiga de mi abuela Asunción y de mi madre. Con frecuencia pasaba a echarle de comer a unas gallinas en un molino de aceite que tenía, conforme se entra al pueblo de Hornos, a la izquierda. Entonces no había más edificios. Todos esos nuevos que ves, son construcciones de ahora. Entonces lo primero que había a la entrada del pueblo, a la izquierda, era el molino de aceite de don Francisco Blanco.

Magdalena tenía unas gallinas allí. Pasaba por la puerta de mi abuela a echarles de comer. Unas veces, al verme, me hacía con la cabeza así para indicarme que si me iba con ella. Otras veces era yo la que le preguntaba: “¿Me voy con usted?”. Yo estaba encantada de irme con ella porque aquella mujer es que transmitía una paz y un gozo, que era inexplicable. Era una gozada estar a su lado. Cuando yo pasaba por la Puerta Nueva, había una rayuela, de esas que se hacen la paticoja, con un tejo. Algunas veces me paraba a jugar a la rayuela y

cuando echaba a correr y la alcazaba, ella que siempre iba rezando el rosario, me decía: “Ya te has perdido un misterio”. Yo le decía: “Hermana Magdalena, si luego lo rezo otra vez con mi abuela”. Y se sonreía.

Y un día, de un rosal que tenía allí que era de rosas blancas, cogió dos rosas y me las dio. Yo con las dos rosas en la mano y ella mirándome de aquella manera que miraba tan llena de ternura y hablando en voz bajica, como para ella sola, dijo: “Tres rosas blancas”. Yo estuve a punto de decirle: “Hermana Magdalena, que no me ha dado usted nada más que dos”. Pero como mi abuela me tenía dicho que nunca contradijera a una persona mayor, me callé.

Y nos fuimos. Cuando pasamos por la puerta de mi abuela, yo me entré, le di las rosas a mi abuela y le dije: “Madre Asunción, la hermana Magdalena me ha dado dos rosas pero se ha equivocado porque ella ha dicho que me daba tres rosas blancas y no me ha dado nada más que dos. Yo me he callado y no le he dicho nada”. Entonces me dijo me abuela: “Hija mía, ella tiene razón, son tres rosas blancas. Pero tú ahora no lo entiendes. Ella ha dicho dos, que son las que te ha dado y la tercera que eres tú. A ti te ha comparado con otra rosa blanca. Tú ahora no lo entiendes. Luego cuando seas mayor, ya lo descubrirás”.

Se asomó mi abuela a la puerta de la calle y la miró, conforme iba ya caminando hacia su casa, se quedó fija en ella diciendo: “Eso es ella también, una rosa blanca”. Esta señora es la madre de la madre Magdalena Blanco Marín, que fue la que te dije que me hizo la diadema de la primera comunión. Pues otra cosa más de esta gran mujer. Tenía como norma no mentir nunca. Y otra norma suya era no ponerle nunca falta a nada. Fíjate qué treta se buscó para no caer en falta. Un día partieron un melón y no estaba muy bueno. Y le preguntaron: “¿Cómo está el melón?” Y claro, ella si decía que no estaba bueno, le ponía falta y si decía que estaba dulce, mentía, entonces contestó: “Esta fresquito”. Cuando lo probaron se dieron cuenta que el melón no estaba bueno pero ella no había dicho que estuviera bueno o malo. Dijo simplemente: “está fresquito”.

Hasta donde llega el recuerdo que conservo yo de esta señora, que una de las veces, de las poquitas veces que he tenido la suerte de volver a Hornos, busqué a Polonia, una hija. Sabía que tenía un retrato donde se ve el matrimonio. Don Francisco Blanco y su señora. Y le pedí a Polonia un favor. Ella no me conoció, por cierto pero yo le dije quien era y entonces sí me atendió. Le dije: “Polonia, le pido por favor, que me deje ver los retratos de su padre y de su madre”. Me subió al comedor y tuve el gran placer de estar contemplando los retratos de aquellas dos personas tan queridas en mi casa.

Guardo ese recuerdo de ellos porque se lo merecían.

Aquel domingo no tuve que pedir la llave de la iglesia porque había misa. Entré a oír misa y dio casualidad que caí con Polonia Blanco. Las dos casi juntas. Estaba llorando, porque como soy una llorona y no lo puedo remediar, pues yo de verme en mi iglesia de este pueblo mío de Hornos y rememorando todos mis recuerdos, pues ya estaba llorando. Mi pañuelo ya lo tenía tan mojado que Polonia se dio cuenta y me dio el suyo. Un pañuelo blanco con rayas verdes, que todavía conservo como recuerdo de ella. Me lo dio y cuando fui a devolvérselo me dijo: “Consérvalo como recuerdo mío. Yo rogaré por ti al Señor para que te consuele esa tristeza de sentirte lejos del pueblo tuyo que tanto quieres y tan hermosamente llevas en tu corazón. Cuando veas mi pañuelo, acuerdate de Hornos pero recuérdalo siempre con alegría y no llores tanto por él. Que te acuerdes de nosotros y tu pueblo, con alegría pero sin llorar”.

Pasado el tiempo, he sabido que Polonia ha muerto y entonces también he sentido que desde este querido pueblo mío de Hornos, ha volado otra santa más al cielo. De este pueblo mío, te podía contar cosas hermosas y no terminar nunca. ¡Cuánto y cuánto quiero yo a las personas que allí conocí y cuánto quiero yo a ese tan pequeño pero tan grande y hermoso pueblo de Hornos! En este pueblo viven todavía los

dos hermanos de Polonia: Luz Blanco Marín y Asdrubal Blanco Marín. Y precisamente, por estos días, me ha llegado la noticia de que Asdrubal, que era una buenísima persona, ha muerto.

Por Luz Blanco Marín, mi madre sintió una gran admiración. Es esposa de don Miguel Hoyo, que también pertenece a una buenísima familia de Hornos. La familia Hoyo. Él era hijo de Félix y de María Juliana. Los dos han ejercido la profesión de maestros, lo que ahora se llama profesores de E.G.B. o primaria y entonces se decía con la bellísima palabra de “maestro”, como en el Evangelio, al Señor. Los dos ejercían su profesión con gran dignidad y dedicación pero de esta señora, su verdadero nombre, aunque sólo la conocemos por Luz, es María de la Paz y de la Luz. No sé si Luz es antes o Paz pero de lo que sí estoy segura es que en el mismo nombre lleva incluido la paz y la luz. Y ahora te digo que son nombres que ni escogidos salen mejor y más adecuados para ella. Porque ella es eso: Paz y Luz.

Era una señora, yo la conocí cuando estaba en todo el esplendor de su juventud, muy hermosa y de un trato tan agradable y tan sencillo que era un encanto sólo estar al lado de ella. Y yo creo que esto lo había heredado de su madre: de Magdalena Marín, esposa de don Francisco Blanco. Vestía siempre muy elegante, siempre con ropa oscura pero yo creo que su mayor elegancia estribaba en su sencillez. Porque

siempre fue elegante pero nunca fue ostentosa.

Estuvo de maestra en Orcera y mira qué casualidad que por aquellas fechas coincidieron en este pueblo un gran cura: don José Sola Llavero y una gran maestra: doña Luz Blanco Marín. Ella llevaba sus niñas a misa, decía mis chiquillas. Y se percató de que las niñas no se enteraban de nada de la misa, porque como las misas antes se decían en latín, pues para seguir las lecturas y enterarse del Evangelio y demás, había que tener un misal. Mi madre y mi abuela lo tenían y cuando el sacerdote leía el Evangelio en latín, ellas lo leían en castellano y se enteraban. Pero quien no sabía leer o no tenía misal, pues no se enteraba de la misa. Y esta señora estaba preocupada porque las niñas "mis chiquillas", como decía, no se enteraban de la misa.

Y entonces, de acuerdo con el párroco, los dos tuvieron vista de águila, para darle a aquello solución. Así que ella se puso y con el misal en la mano, empezó a leer todas las lecturas en castellano. Siempre lo hacía en la misa primera, porque había dos misa, una muy temprano y otra más tarde. Y la gente del pueblo cuando se enteró que la maestra leía en voz alta en castellano, la misa de la primera hora, se llenaba de gente. Yo doy testimonio de que esto es verdad porque desde el cortijillo donde vivíamos de doña Rosario Olivares, que lo tenía mi padre arrendado, iba y asistía a misa y aunque era temprano,

nosotras madrugábamos para no perdérnosla.

No sé si alguien en Orcera todavía se acordará de oír a esta señora y de verla allí de maestra pero si alguien duda lo que estoy diciendo, de ello puede dar testimonio don José Sola Llavero, que como he dicho era el párroco de Orcera entonces y ahora es Capellán de la Capilla del Salvador de Ubeda. Fíjate a cuántos años de distancia doña Luz se dio cuanta que para enterarse de la misa había que decirla en el idioma que las personas podíamos entender. Y fíjate qué clase de maestra que se preocupaba de lo material y de lo espiritual de sus niñas. Por esto te decía al principio que bien merece el nombre que lleva: Luz y Paz.

P R E M I O FIN DE CURSO

De las muchas veces que por mi cortijo del Soto pasaba Eusebio el correo, en una ocasión venía llorando. Mi madre, a igual que todos los días, lo esperaba para recoger las cartas, al verlo le preguntó: “Eusebio ¿qué te pasa?” Eusebio le dijo: “María Josefa, ayer enterramos a mi mujer”. A mi madre le dio mucha pena porque este hombre había despertado una gran corriente de cariño entre todos los vecinos de los cortijos. Era una persona muy servicial y cumplidor de su trabajo. Le dijo que pasara al cortijo y como en aquellos tiempos no se tenía en las casas las cosas que se tiene hoy, mi madre le hizo una

infusión de las hierbas que en la sierra nosotros siempre recogíamos. Se tranquilizó y luego siguió con su trabajo rumbo a Bujaraiza.

Te he recordado esto de Eusebio el correo por lo que te voy a decir. Ya sabes que algunas temporaillas las pasaba en mi pueblo de Hornos con mi abuela Asunción. Aunque fueran pocos días, siempre que estaba en el pueblo, asistía a la escuela. Dio la casualidad que en esta ocasión me cogió allí el final del curso. Eusebio el correo tenía un hijo que se llamaba Cesáreo y dos hijas que la mayor, creo, se llamaba Catalina y la otra Presentación. Si tenía más hijos, no me acuerdo, yo sólo recuerdo estos tres. La menor, que ya he dicho, creo era Presentación, vestía de luto como su hermana mayor.

Presentación estaba en la misma escuela que yo, que era la única escuela que entonces había en Hornos para niñas. Vestía de negro y se le veía siempre muy triste. Muy metida en ella misma pero era una niña angelical. Destacaba por su dulzura y lo amable que era con las otras compañeras. Pero sufría mucho por la muerte de su madre y nadie, ni siquiera la misma profesora, se percató del dolor tan grande que tenía aquella niña por la muerte de su madre. Se descubrió por lo que te voy a contar.

El día de final de curso, la maestra había preparado una

banda de colores para premiar a la mejor niña del colegio. A la que por sus méritos y sus comportamientos, lo mereciera. Y la maestra la escogió a ella. Porque era no solamente aplicada sino de una conducta tan intachable, que no había otra niña en toda la escuela como ella. Pero cuando doña María, que así se llamaba la maestra, la llamó para colocarle la banda, la niña rompió a llorar llena de tristeza. La maestra enseguida: “Pero hija mía, ¿por qué lloras?” La niña, entre sollozos dijo: “Porque me acuerdo de mi madre. Y yo no quiero llevar nada de colores encima de la ropa negra. Se ha muerto y tengo luto por ella”.

Entonces la maestra comprendió el dolor de aquella niña y como pudo, trató de animarla. La cogió y le dijo: “No te preocupes Presentación. No te voy a obligar a que te pongas la banda de colores. Te la voy a doblar, la vas a coger en tu mano y en el recreo, tú juega con tus compañeras con tu banda cogida. Tú por esto no llores. Tu madre, desde el cielo te estará viendo y será feliz comprobando que tú aquí en la tierra has sido escogida entre todas las niñas para recibir este premio. Si lloras, ella sufrirá también. Ponte contenta y alégrate hoy con todas nosotras”.

Aquel día todas las niñas estuvimos jugando con ella. Todas queríamos consolarla y como no sabíamos qué podríamos hacer, la rodeábamos y la invitábamos a jugar. De esa muchacha, hasta hoy día, me ha quedado un recuerdo tan

dulce y bello, que nunca la he podido olvidar. ¿Y sabes lo que yo decía aquel día? Al verla a ella tan triste y vestida de luto, todo era repetir en mi corazón: “¡Dios mío, que mi madre no se muera nunca!” Y a partir de entonces, siempre le pedí yo mucho al Señor para que no se muriera mi madre. Sabía que se tenía que morir, lo mismo que también cualquier día me voy a morir porque somos mortales pero yo lo que pedía es que no se me muriera todavía.

Creo que el Señor me lo concedió. Mi madre murió muy mayor. Ahora y siempre daré gracia a Dios por que me la dejara tantos años sobre esta tierra, porque aquella niña, de jovencita tuvo el dolor de haber perdido la suya. ¡Fíjate qué recuerdos tengo de Hornos! Estas cosas no se pueden olvidar nunca.

Otro recuerdo de aquella escuela y la maestra es que un día, nos llevó a todas las niñas, de excursión al salero para que lo viéramos. Esto fue durante el tiempo de la guerra. Vimos como brotaba el agua, como se convertía en sal y ella nos iba explicando el proceso de como se iba cristalizando. Me acuerdo que vimos unas piletas, unas alberquillas y el agua iba entrando, clara que parecía agua corriente pero luego se convertía en sal. Ella nos lo explicaba pero yo no me acuerdo. Y había allí unas piletas que estaban llenas de sal y aquello estaba precioso de tanta sal blanca que parecía nieve.

Los hombres que trabajaban allí tenían unas herramientas que parecían legones y con estos utensilios la recogían y la amontonaban para irla sacando y vaciar las piletas para que se llenaran otra vez de agua y que se fuera haciendo sal. Aquella sal, luego la iban vendiendo y como por allí todo el mundo hacia su matanza, pues aquella sal se distribuía por todos sitios. Mucha gente iba a los saleros a por sal para salar los jamones, los embutidos y para el gasto de las casas. Los saleros de mi pueblo de Hornos eran los que abastecían de sal a todos los cortijos de aquellos contornos.

No sé en qué otro sitio habría algún salero más, porque yo no tengo noticias nada más que de las salinas de Hornos. Le decían el Salero de Arriba y el Salero de Abajo y yo estuve, entrando por el pueblo de Hornos y estuvimos en el salero de arriba.

Y recordando de mi pueblo te digo que la Fuente de la Alcoba Vieja, es uno de los sitios más bonitos y más pintorescos y de más antigüedad en el pueblo. Es un agua muy buena y, además, brota en un rincón precioso. Estaba, que yo no sé si estará todavía, bajando de Hornos hacia Cortijos Nuevos, a la derecha. Y yo creo que esto después lo han arreglado y han hecho allí como un sitio de recreo muy espacioso y muy bonico. Pero antes que no estaba el agua corriente en el pueblo, yo he ido a este rincón muchas veces

con mi abuela. Nos íbamos dando un paseo y al mismo tiempo nos subíamos agua para beber.

Como en el pueblo, ya te lo he dicho, entonces no había agua, al sitio que más se iba y la fuente más apreciada en Hornos, era la Fuente de la Alcoba Vieja. El agua potable entró al pueblo durante la guerra civil y una fuente la pusieron enfrente del cuartel de la Guardia Civil, la otra me parece que en la Rueda y la siguiente en la plaza de la Puerta de la Villa.

Hasta me acuerdo que para ir a la Alcoba Vieja, se pasaba por un punto donde crecían unos árboles que allí se le decían el árbol del paraíso. Echaba una flor que olía muy bien. Siempre que pasábamos mi abuela y yo o mi prima Ramona que nos íbamos a por agua, nos gustaba pararnos donde estaba el árbol para oler el aroma tan delicada que de él manaba.

Y la fuente estaba en un recodo hacia la derecha. Había una explanada pequeñita y enfrente mucho monte. Muchos pinos y mucha frescura. También, muchas personas del pueblo, iban a esta fuente a por agua con bestias. Nosotras casi siempre íbamos con nuestros porrones, que allí le decíamos porrones a lo que ahora se le llama botijos. Y para lavar, pues al lavadero de Camarilla o a la Alcoba Nueva que es el lavadero que se ve por la Puerta de la Villa. Al salir del pueblo por la Puerta de la

Villa, había un lavadero que se le decía la Alcoba Nueva. Tenía agua en abundancia pero creo que aquella agua no se bebía o por lo menos no era tan buena como la de la Alcoba Vieja. Para beber de verdad, siempre íbamos a la Fuente de la Alcoba Vieja y por gusto de recrearnos en aquel sitio tan bonito.

La Puerta de la Villa de Hornos de Segura, era la única puerta que había para entrar al pueblo. De tiempos remotos y creo que desde que existió el pueblo de Hornos. No había otra cosa para entrar y salir. Por eso verás que es una construcción antigua, al estilo del castillo. Al salir lo que se ven son rocas muy descarnadas por el tiempo, una cuesta por donde entraba y salía el correo a pie. Y lo que ahora se llama la Puerta Nueva, aquello fue abierto a base de barrenos, rompiendo la roca para tajar el camino y darle entrada y salida a la carretera.

Y ya que estamos por ese rincón de la tierra mía, te voy a decir que poco antes de entrar al pueblo, por la carretera que sube de Cortijos Nuevos, a la derecha y por el lado de abajo, se ven unos restos de paredes viejas. Aquello fue una fábrica de aceite que hicieron pero mucho después de la de don Francisco Blanco y la de don Ignacio Avilés. Aquello fue una fábrica de aceite que se hizo allí y algo pasó que no dio resultado. Ya no funcionará pero los restos que se ven en el lugar, son de esto que te digo.

Y de mi prima Ramona y la escuela de Hornos, tengo otro recuerdo que sirve para demostrar lo buena que ella siempre fue conmigo, generosa desde que nació hasta que se muera. Yo tenía un problema con la pluma que escribía. Esas plumas que ya te he dicho eran metálicas y se engastaban en un palillero. Pues se me abrió y yo que de por sí no tenía mucha habilidad para escribir y, además, era pequeña, empecé a tener problemas. Mi prima Ramona estaba en la misma escuela que yo, era mayor y mucho más hábil e inteligente y se daba cuenta que todos los días me castigaban en la escuela porque echaba borrones en los cuadernos.

Fue y le digo a mi abuela: “Madre Asunción, cómprele usted una pluma a la prima que la que tiene está abierta y echa borrones y ella los echa sin querer pero es que la pluma está mal”. Inmediatamente fue al estanco de Félix Hoyo, no había plumas, a la tienda de Pedro el de la Gregoria, tampoco había y ya no las había hasta que no las trajeran de Orcera. Y ya tenía que seguir con aquella.

Y entonces mi prima no sabía cómo quitarme el castigo porque veía que yo no tenía culpa sino que la pluma no valía. Y al entrar a la escuela me dijo: “Prima, cámbiame la pluma”. A mí me extrañó mucho y me dije: “¿Para qué quiere mi prima que le cambie la pluma si la mía no vale?”. Pero ella llevaba su

plan hecho. Se la cambié y me puse a escribir con la pluma de mi prima y aquel día no me salieron borrones. No me salió bien la escritura porque yo no escribía bien pero no me salieron borrones.

Cuando le enseñé el cuaderno a la maestra me dijo: "¡Qué bien, Mary Cruz, hoy no has echado borrones!". Y yo me callé. Como era siempre tan cortica y tan tímida, me callé pero cuando presentó mi prima Ramona su cuaderno le dijo: "¿Qué es esto Ramona Manzanares, tú borrones?". Y entonces ella con una sinceridad y una valentía, sin perder el respeto, le dijo: "Doña María, es que yo he escrito con la pluma de mi prima porque me duele el alma de ver que esta criaturica tan chica tiene que recibir un castigo todos los días por algo que ella no tiene culpa. Es la pluma que está rota y por eso al entrar hoy le he pedido que me la cambie y por eso ella hoy no tiene borrones en su cuaderno y sí los tengo yo. Esta criatura calla porque no tiene valor para hablar pero es que su pluma está mal":

La maestra se quedó pasmá de ver la valentía con que expuso el problema sin perderle el respeto y preocupándose por mí que era su prima y más chica que ella. Además siempre me sentía acomplejadilla porque era cortijera. Así era mi prima Ramona Manzanares, así es y así será hasta que se muera y también todos sus hermanos.

Es mi sierra de Segura, cantarina en sus cascadas, famosa por su hermosura, por sus montes y cañadas. Allí triscan los corderos, cuidados por sus pastores, mientras cantan los jilgueros y brillan al sol las flores. Las aguas son cristalinas, brotando de sus entrañas, mientras danzan bailarinas de los árboles las ramas. Soplando sube y ligero, el viento de la mañana, impregnado de romero, de lirios y mejorana. Es bravía y seductora, al buen trato agradecida, de día es cantaora, de noche niña dormida. Me dijo un arroyuelo, entre otras maravillas, que quiso elevarse al cielo, transformado en banderillas. Y pa que no falte nada, dispuso sus Creador que armonice la alborada, el canto del ruiseñor. Y el Yelmo majestuoso, consciente de su grandeza, le preguntó a un arrebol, ¿Quién corona mi cabeza? Y él contestó presuroso, "¡tienes por corona el sol!".

LAS GEMELICAS

En la Canalica, no era sólo el cortijo que se ve ahora. Al lado, juntamente con el que era también la Canalica, había otro cortijillo. Una casilla aparte donde vivía un hombre que se llamaba Santiago y le decían de apodo el "Chico". Su mujer se llamaba Victoria y como todas las personas de mi tierra, eran dos buenas personas. Tenían muchos niños y de ellos no me acuerdo mucho pero de las dos niñas gemelas, sí. Una se

llamaba Ascensión y la otra Vicenta. A la madre, le dio no sé qué enfermedad, tal vez ahora fuera meningitis o algo parecido. El caso que era una cosa que da mucho dolor de cabeza. La asistieron todas las vecinas de allí y entre ellas mi madre.

Como yo iba siempre con mi madre, pues la vi varias veces, sentaica en la cama y moviendo la cabeza deseperaica de dolor y así murió aquella buena mujer. Rodeaica de sus vecinas, de su marido que no se separaba de ella y de sus hijos pequeños. Todos en la cama llorando por su madre sin poder hacer nada para salvarla. De los niños pequeños ya he dicho que me acuerdo menos pero de las dos niñas, como si las estuviera viendo. Cuando subía con las cartas a la Canalica, en los rastrojos de aquellas cuestas, me las encontraba siempre detrás de unos cerdillos que tenían. Siempre iban las dos cogidas de la mano y llorando. Dando voces y diciendo “¡Madre, madre!”. Cuando me las encontraba así, pues yo lloraba también. Al verlas tan desconsoladas, muchas veces me iba a jugar con ellas pero era imposible, no tenían ganas de jugar. Eran chiquitillas como yo y por eso cuando les decía: “No lloréis tanto”, y ellas contestaban: “¡Ay si se hubiera muerto tu madre!”

Aquel hombre, ya desesperado de verse con tantas criaturas solo, llevó a su casa una mujer. Aconsejado por esas cosas que pasan entre los vecinos y era una mujer que nadie conocía

por aquellas tierras. Sé su nombre pero no quiero decirlo para no manchar las cosas que de mi tierra estamos contando. El nombre lo recuerdo perfectamente pero como fue una mujer que maltrató tanto a los niños, no me gusta decir quien fue. Aquello era una amargura ver a las pobres criaturicas llorando siempre por su madre y ella qué mal los trató. Luego se fue de allí y fue mejor que así sucediera.

De estas dos niñas guardo un recuerdo y un cariño muy grande. De una de ellas, Ascensión, tuve noticias que la adoptó una familia de Cañá Morales, una mujer muy buena que se llama Martina y no tenía hijos. De Vicenta, aunque siempre he estado con el deseo de saber de ella, nunca supe dónde fue a parar. Unos me dicen que la acogió una familia de Guabrás, otros dicen que se quedó también en Cañá Morales con otra familia, que se fue con una familia a Cañá Catena, no sé. La verdad es que fue una lástima que separaran a las dos hermanas gemelicas, tan guapas ellas y tan dulcemente delicadas. Toda mi vida me acordaré con qué pena lloraban aquellas dos niñas por su madre.

EL PARALITICO

Por mi gusto te nombraría a todos los habitantes del pueblo de Hornos, al menos los que vivían cuando yo estaba allí. Son parte de lo que soy y como los quiero y no los puedo olvidar, me salen si pretenderlo en cuanto un recuerdo se me viene a la

mente. Los que hayan nacido después, no los conozco pero los que existían entonces, día a día me acuden al pensamiento arropados por el cariño que a todos les tuve. Los que no nombro, no es porque se me hayan olvidado, es porque la lista se haría interminable. Mas un recuerdo pequeño y lleno del más profundo amor, sí quiero yo dejarlo aquí para Magdalena Escalera. Y otro trocito más de mi recuerdo lleno de cariño para un muchacho, que era entonces, amigo de mi hermano e hijo de la hermana Presentación. Perdió un brazo en un accidente desgraciado en el molino de aceite de don Francisco Blanco. Aquello lo sintió mucho mi hermano porque eran muy amigos.

La hermana Presentación, era una mujer muy buena que tenía una gran habilidad para asistir a las mujeres del pueblo cuando daban a luz y por esto y otras virtudes era una señora muy estimada, yo me acuerdo de ella y de sus hijas pero sobre todo, recuerdo a su hijo Ramón y a Gertrudis, su mujer. Fue una lástima que muriera ella tan joven y que a él le sucediera aquel desgraciado accidente donde perdió el brazo.

Hay otra historia pequeñita que te voy a contar ahora mismo. No tiene mucha importancia para la mayoría de las personas pero para mí sí tuvo mucha y para la persona en sí, también. Al lado de donde vivía Soledad, tenía su casa también Bastián el Sastre. A lado de estos vecinos vivían dos hermanas. Una se llamaba Maravillas, y era la modista del pueblo. Y hasta parece

que el nombre lo habían escogido para ella: tenía unas manos para coser que eran primores. La otra hermana se llamaba Angela. Esta señora, Angela, era viuda pero tenía un hijo. Mi hermano lo conocía bien. Lo conoció cuando este muchacho estaba sano, fuerte y corría por aquellas tan bonitas tierras, como todos los niños de su edad. Pero no sé qué fue lo que le pasó, qué enfermedad le dio o qué accidente tuvo, el caso es que se quedó paralítico. Sólo le quedó el sonido de la voz. Perdió toda la movilidad del cuerpo y el habla pero no perdió el entendimiento ni la razón, lo entendía todo. Sabía lo que decía pero no podía hablar. Sólo su madre lo entendía.

El muchacho se hizo mayor y en una butaca y la cama, muy bien atendido por su madre, pasaba sus días. No me acuerdo del nombre de este muchacho por más que me he estrujado la memoria. Lo que sí recuerdo es su apodo, cosa que me cuesta decir porque creo que está feo nombrar a las personas por estas señas. Además, siento como si esta manera de hablar de las personas no fuera correcta, aunque en este caso también creo que es preciso. Por el apodo quizá lo puedan recordar en el pueblo. Era un muchacho que cuando era chiquitillo, vio que una mujer mataba una gallina, seguramente para alimentar a algún enfermo y se dio cuenta que la desplumaba. Entonces él, como cosa de criatura, probó a hacer lo mismo. Cogió una gallina y empezó a arrancarle las plumas. Los otros chiquillos lo vieron y empezaron a decirle, no me acuerdo bien si “Pela

Gallinas” o “Mata Gallinas”. Una de las dos cosas era y hasta su muerto se le decían como apodo.

Yo no lo conocía porque como no salía a la calle, no me encontraba con él. Un día su madre se puso mala y mi abuela fue a visitarla y yo de la mano de mi abuela. El paralítico lo tenía su madre allí sentado en la butaca. Según nos contó su madre después, desde que le pasó aquello, cuando veía a los muchachos de su edad, lloraba. Cuando iban a visitarlo se ponía muy nervioso porque sufría de ver a sus compañeros sanos, corriendo y él que había estado como ellos, ya no podía moverse. La madre terminó por suplicarle a los niños que en vez de que fueran a buscarlo a la casa, que lo dejaran tranquilo porque sufría mucho.

¡Y qué cosas! Aquel día fui yo con mi abuela y como además de chiquitilla, de verdad del Señor, era muy flacucha, al verme tan insignificante, se sintió igualado a mí. Fue porque me vio que yo era poquita cosa como él. Y no sé cómo empezó a emitir sus sonidos con la intención de hablarme. La madre, al darse cuenta, empezó a interpretarlo. Me decía: “¿quién es esta niña?” Como ya te he dicho, la madre traducía sus sonidos. Mi abuela le decía: “Es mi nieta”. Y el muchacho preguntaba: “¿Por qué está tan flaca? Que coma más. ¿Es que está mala?”. Lo decía como podía, a su manera pero su madre lo entendía todo perfectamente. Hablaba con los labios, con

sonidos, con los ojos, con gestos. Mi abuela le decía: “Si ya la hemos llevado al médico. Es que esta niña es así. No podemos hacer ni que coma más ni que engorde un poco”.

Y entonces yo, que casi nunca hablaba cuando iba a los sitios con mi abuela, al ver que me decían que valía muy poquillo, queriendo presumir, me arranqué y dije: “¡Pero sé leer!” El muchacho miró a la madre y le dijo: “Que lea”. No sé si es que él quiso probarme o es que le hizo gracia que yo tan chipirusa, supiera leer. Mi abuela fue y me dijo: “Vete a casa y tráete el libro de Alborada”. Era un libro de poesía que había sido de mi hermano el mayor y a mí me gustaba mucho leer. Fui, me lo traje y empecé a leerle una poesía. ¡Y puso una cara de gozo! Le dijo a su madre: “Dile que venga y que me lea cuando ella quiera. Dile que me lea su libro”.

A partir de aquel día, cada vez que estaba en mi pueblo de Hornos, de vez en cuando me acordaba del paralítico, cogía mi libro debajo del brazo, me iba y le leía alguna cosa. Recuerdo que cuando me veía asomar se echaba a reír con una cara de satisfacción que aquello levantaba el ánimo a cualquiera. Llegaba, me sentaba a su lado, me ponía a leer y unas veces me atendía y otras veces se dormía. La madre me avisaba y me decía: “Se ha dormido, guarda el libro, ven otro día”.

Un día me dijo que si no sabía hacer otra cosa además de

leer. Entonces le contesté: “Yo sé también jugar a los “pipes”. Los pipes, te voy a explicar lo que es: un juego que se hacía en mi tierra. Las niñas de mi pueblo y de aquellos tiempos, jugábamos mucho al juego de los pipes y a la rayuela. Se juntaban chinicas algo redondicas para no hacernos daño en las manos. Seis, siete u ocho chinicas, según las niñas que nos reuníamos. Se ponía una china entre los dedos y al tiempo que cogías otra para tirarla al aire. Tenías que procurar que te diera tiempo para coger la que ya bajaba por el aire. Después se cogían dos y luego tres. La que más chinas cogía al tiempo que alargaba el juego, esa era la niña que ganaba. Siempre que una china de las que se lanzaba al aire no cayera al suelo.

Se juntaba el dedo índice y el anular, hundiendo el del corazón hacia dentro. Se cogían las chinas del suelo, se lanzaban al aire y había que recogerlas en ese hoyo que quedaba entre los dedos. La niña que más chinas podía juntar ahí sin que se le cayera la que lanzaba hacia arriba, esa era la que ganaba el juego. Yo, como tenía las manos muy chicas, casi siempre perdía recogía muy pocas pero me gustaba jugar mucho. Así que aquel muchacho, cuando yo le dije que sabía jugar a los pipes, me dijo: “Pues juega”. Saqué mi chinicas, que las llevaba en el bolsillo, me senté en el suelo y me puse a jugar a mis pipes y el muchacho al verme, se reía de gozo. Una risa limpia que le salía llena de sinceridad. Hasta se daba cuenta cuando perdía. Cuando se me caía la china al suelo,

siempre decía: “¡Has perdido, has perdido!”

Cuando yo me hartaba me iba pero él, cuando veía que me levantaba para irme, le decía a su madre: “dile que vuelva”. Así estaba las temporadas que vivía en Hornos. Luego me bajaba al cortijo y ya no iba a ver el paralítico. Cuando volvía me acordaba e iba a su casa y siempre estaba enfadado conmigo. Me reñía y me decía: “¿Por qué no has venido? ¿Es que te has enfadado conmigo?” Yo le decía: “No, es que he estado en el cortijo con mis padres”. Como ya lo sabía, a partir de estos momentos, cada vez que iba a verlo llevaba mis pipes y mi libro. Un libro era el que te he dicho de Alboradas, que era todo de poesías y otro se llamaba “deberes”, que era un libro antiguo que leíamos entonces los niños. Lo que en él se explicaba era educación para con las otras personas.

Cuando ya nos vinimos aquí, ya no supe más de aquel paralítico de mi pueblo. Seguro que moriría por la edad. No sé lo que pasó con aquel muchacho. Entonces no le daba importancia a aquello, creía que era yo la que lo estaba haciendo feliz a él, y ahora, cuando me veo en mi vejez, creo que era aquel muchacho el que dejó en mi alma un recuerdo vivo y bello. Con qué poca cosa era feliz él y con que poca cosa era feliz yo.

En mis recuerdos de Hornos también recojo la presencia de

dos niñas preciosas que se llamaban Paquita y Sofía. Eran hermanas. Muchas veces jugamos juntas en la rueda, a la pelota y todos aquellos juegos bonitos. Eran hermanas de don Fernando Casado Caballero que también estaba allí. Lo conocí siendo niño y luego en Ubeda. Ha sido un gran médico que ha ejercido su medicina con mucho éxito y con mucha caridad cristiana. De María la Cucharona, también me acuerdo. Esta mujer no tenía más fortuna que el pan que ganaba con sus propias manos. Pero era tan buena que todo el mundo la quería y por eso nunca le faltaba el trabajo. Siempre se iba a trabajar en las labores del campo. Los que poseían tierras y tenían que meter jornales, se la disputaban por llevársela a su tajo.

De tanto trabajar, María la Cucharona, tenía las manos llenas de callos. Yendo yo un día de la mano de mi abuela, nos encontramos con ella. Al verme dijo: “¡Qué niña tan guapa pero qué pequeñica! ¿De quién es?” Y mi abuela le contestó: “Es de mi hija María Josefa”. En aquel momento se descubrió que aquella mujer era muy amiga de mi madre. Cuando luego a mi madre yo le conté aquello, me comentó muchas cosas de aquella mujer. Pero de aquel día yo tengo un extraño y gran recuerdo. Cuando la mujer me acarició me arañaba con los callos de sus manos. Pero me acariciaba de verdad y lo sé porque en aquel mismo día descubrí yo que los niños tenemos un doble sentido por el cual descubrimos cuando las personas

mayores se porta bien con nosotros. Por lo menos a mí me pasaba eso. Tenía como un sexto sentido que me avisaba cuando las caricias son sinceras.

Por eso ahora digo que aquella mujer sí me acarició con cariño de verdad. Pero noté que cuando me cogía las manos, eran tan ásperas que arañaban. Cuando se fue le dije a mi abuela: “Madre Asunción, ¿Por qué las manos de María la Cucharona pincha?” Y entonces mi abuela me dijo: “Tiene las manos así de tanto trabajar pero las tiene muy limpias. Tú cuando seas mayor, si un día te ves las manos estropeadas, no te avergüences. Acuerdate de María la Cucharona. Ella tiene las manos llenas de callos pero limpias. Que las tuyas siempre sean como las de ella”. Yo no entendía lo que mi abuela me quería decir y por eso le dije: “Madre Asunción si yo las tengo limpias”. Ella me contestó: “Si, lo sé pero procura mantenerlas así durante toda la vida. Manos callosas pero limpias como los arroyos de nuestra tierra, valen más que todos los tesoros del mundo”.

LA HERMOSA CAPITANA

Y como éste, otros muchísimos recuerdos de allí. Se me viene a la mente, empujado por el cariño, a una parienta de mi padre que se llamaba Felipa, le decíamos la hermana Felipa. Había nacido el mismo día que mi padre, el día uno de mayo que entonces se celebraba en ese día la fiesta de San Felipe y

Santiago Apóstoles. Por ello a ella le pusieron Felipa y a mi padre Felipe. Y aquella mujer, cada vez que me cogía en el pueblo, me colmaba de besos al tiempo que exclamaba: "La hija de mi Felipe, la niña de mi primo Felipe". Pues yo de esta mujer me acuerdo con un cariño enorme. Me da pena pensar que ella también habrá muerto. Pero ahora caigo que ella, cuando en aquellos días me daba tantos besos, jamás podría imaginarse que pasado el tiempo yo la iba a recordar con tanto cariño. Es que me dieron mucho amor y eso es lo que rebosa en mí ahora, porque tuve la gran suerte de recibirlo de pequeña en mi tierra querida.

Hubo una persona muy humilde, muy sencilla en el pueblo, porque a veces, las personas sencillas prestan servicios importantes que es lo que pasaba con este hombre. Se llamaba Longino y era el sepulturero del pueblo de Hornos. Y, además, puedo decir que también era el noticiario. Porque allí no había eso del boletín oficial ni lo que hay ahora para publicar las noticias. Cuando la autoridad tenía que comunicar algún asunto al pueblo, llamaban a Longino y él hacía el papel de pregonero. Cuando la autoridad ordenaba alguna cosa o si alguien de fuera del pueblo entraba vendiendo mercancía interesante, siempre se oía la voz de Longino diciendo: "Se hace saber, a todo el pueblo de Hornos, por orden de tal y tal..." En fin, él era el que daba las noticias. Longino tenía su sitio estratégico donde se ponía a lanzar sus pregones y

cuando empezaba a hablar todo el pueblo se quedaba en silencio.

Tenía un hijo que se llamaba Bernardino. Tenía hijas también: una se llamaba Concha, otra Aracelis y la otra, me parece que se llamaba Catalina. Bueno pues este señor prestaba un servicio importante en el pueblo como sepulturero y también como pregonero. Era una persona tan sencilla y al mismo tiempo tan conocida para todos que más adelante te contaré un hecho que te vas a quedar maravillado. Es una lástima que estas historias, trozos importantísimos de la vida real de mi pueblo, queden en el olvido. Ahora te la contaré.

Es una historia hermosa que ocurrió en mi pueblo de Hornos y que por hacer ya tanto tiempo, no sé si alguien la recordará. Los jóvenes tal vez no estén informados, los que sean de mi edad es posible que la recuerden de haberlo oído a sus mayores y las personas de más edad que yo que todavía vivan en el pueblo puede que alguna la recuerde. Ruego a Dios que sea así para que alguien colabore y dé testimonio de que es verdad lo que a continuación voy a contar. Mi norma es decir la verdad. Todo lo que estoy contando de mi pueblo y la Vega de mi Soto es la pura verdad. ¿Por qué voy a mentir ahora? Es una historia preciosa que guardo dentro de mí entre el gran manojo de recuerdos que a lo largo de mi vida he conservado.

Un soldado, hijo del pueblo de Hornos, al hacer el servicio militar, lo destinaron a Cuba. Fue cuando aquello de la guerra de Cuba, que yo no lo conocí pero sí lo oí contar entre las cosas que se habla en las familias. Este hombre de Hornos contrajo matrimonio en Cuba con una señora viuda que tenía hijos. Y cuando termino la guerra, al venir a Hornos, se trajo su mujer y los hijos de su mujer. A esta señora en el pueblo se le llamaba “Mangá”. No sé si era un apodo o un diminutivo cariñoso de su nombre. Eso no lo sé, sólo la oía nombrar con el nombre de Mangá. Ella tenía unos parientes que eran huérfanos y no tenía más familiares que ella. Su marido, hijo del pueblo de Hornos, le habló de la paz y la belleza de este rincón. En Cuba parece que entonces había muchas revueltas. Estos parientes huérfanos eran: una muchacha que se llamaba María, un hermano que se llamaba Agustín y otro hermano que le decían Manané. Tampoco puedo precisar si era apodo, porque parece ser que se llamaba Sebastián.

Entonces estos muchachos huérfanos que no tenían más parientes que la señora Mangá, se vinieron con ella a España y dentro de España a Hornos de Segura, mi pueblo del alma. Pues esta María, como muchacha joven que era, hizo una gran amistad con mi madre. Tanta era la amistad que fue su madrina de boda, cuando mi madre se casó. La boda de mi madre se celebró en la misma iglesia de Hornos en el año 1913. Se querían como hermanas y por eso mi madre sí conocía bien su

historia. Agustín murió en Hornos, Manané me parece que también. María estaba prometida a un señor que era capitán de un barco, no sé si de guerra o mercante y por esto a ella se le identificaba como a “María la Capitana”. El caso es que allí llegaba la correspondencia de su prometido pero serio y formal. Un día ocurrió una desgracia, el barco naufragó y su capitán murió con él.

Cuando llegó la noticia a esta muchacha, contaba mi madre que era todo un mar de lágrimas. Tanto fue el dolor que sintió, que en aquel mismo momento hizo el propósito de que en adelante no amaría a nadie nada más que a Jesucristo. Desde siempre ella se había distinguido en el pueblo por su bondad y su devoción a la patrona del Hornos. Pero a partir de la muerte de su prometido, volcó todo su amor al Santísimo Sacramento y a la Virgen de la Asunción. Se contaba que por las mañanas, cuando por la calle se encontraba a alguien camino de la iglesia, no le dirigía la palabra. Pero tampoco le negaba el saludo. Saludaba con un gesto, con una sonrisa, con una inclinación de cabeza pero sin pronunciar palabra. Entraba a la iglesia y cuando oía misa, después de comulgar, ya saludaba a todo el mundo con palabras dulces. Siempre decía que sus primeras palabras del día eran para Jesús Sacramentado

La amistad de esta señora con mi madre fue desde solteras. Después de casada mi madre siguió siendo su amiga. Ella, en

cuanto se casó, se fue al cortijo del Soto pero como mis abuelos maternos vivían en el pueblo, mi hermano se pasaba muchas temporadas en Hornos y por eso fue monaguillo. Por eso mi hermano conocía también a esta señora. De los apellidos yo no me acuerdo. Ahora me pesa no haber puesto más atención a las cosas que ella me contaba. Lo que sí me acuerdo con toda claridad es que como había sido prometida del capitán del barco, ella se quedó ya con el nombre de María la Capitana. Por aquel nombre era con el que se le conocía en todo Hornos.

Todo el mundo la quería mucho en el pueblo. Su hermano Agustín le propuso volver a Cuba. Ella le dijo: “Si no tenemos allí a nadie. Mi prometido ha muerto y si nos encontramos tan bien aquí en esta tierra ¿Por qué nos vamos a ir? Yo prefiero quedarme en la paz de este pueblo antes de emprender un viaje hacia una tierra que a lo mejor no nos da lo que en esta sí encontramos”. Esto es lo que ella libre mente eligió: la paz y sencillez que se respira en mi pueblo. Ya había perdido la ilusión por casi todas las cosas de esta tierra. Sólo encontraba consuelo en su fe cristiana.

Mi madre contaba que era muy hermosa. Su color era moreno y en los rasgos de su cara se veía con claridad su procedencia cubana. El acento, al hablar, también era cubano aunque se le fue gastando un poco. Pues llegó el día, como a

todos nos tiene que llegar, que se hizo mayor. Se puso enferma y en la cama de su habitación comenzó a consumir los últimos momentos de su vida. Tenía un crucifijo en su dormitorio. No quería ponerlo en la cabecera de la cama porque decía que allí no lo veía. Por eso lo colgó en la pared de un lado porque así sólo tenía que volver la vista y verlo. “Si me lo ponéis en la cabecera no lo puedo ver”. Decía ella.

Parece que lo suyo fue una enfermedad larga que le hizo permanecer mucho tiempo en la cama sin poder moverse. Siempre estaba acostada del lado en que le quedaba el crucifijo. Cuando acudían las amigas y las vecinas, entre ella mi abuela Asunción por ser tan amiga de mi madre, trataban de volverla de posición. Las amigas le decían: “María, ¿por qué no quieres que te volvamos hacia el otro lado? Tienes que estar cansada siempre en la misma postura”. Invariablemente ella respondía diciendo: “Estoy bien así. Dejadme así”. Y un día, al cambiar la ropa de la cama, se dieron cuenta que en aquel lado tenía llagas. Es lo que le suele suceder a las personas mayores cuando están mucho tiempo acostadas. Pero a esta señora se le hicieron no solamente por ser mayor sino también por las horas que permanecía en la misma postura.

Y tanto le insistieron para que se volviera hacia el otro lado que se quejó diciendo: “No me volváis al otro lado. Tengo el crucifijo enfrente y si me ponéis en otra postura no podré verlo.

Tendré que echarle las espaldas al Señor y eso es lo que yo no quiero. El Señor a mí nunca me ha vuelto las espaldas y menos desde que vivo en este pueblo. Por eso yo no se la voy a volver ahora en los últimos días de mi vida. Nunca esperaba verme rodeada de personas tan buenas y en un pueblo que es el pórtico de la gloria. Es un bien que el Señor ha tenido la bondad de darme en esta tierra, sin que yo lo merezca y por eso me siento tan dichosa y agradecida. ¡Dejadme como estoy!". Entonces le propusieron cambiarle el crucifijo al otro lado. También dijo que no. Que la pared donde querían poner el crucifijo estaba muy oscura. "No da de lleno la luz de la ventana y por eso no lo veo bien. Dejádmelo donde está y dejad que mi cuerpo sufra porque mi alma se encuentra muy alegre".

Así fue como murió esta señora. Se le dio sepultura, como a todas las personas que morían, sepultura cristiana y listo. Un recuerdo muy grato que dejó, fue muy llorada en todo el pueblo, muy sentida pero como tantas veces suele suceder: otra persona más que ha muerto. La fecha en que ella murió me parece a mí que fue entre el año veinticinco al treinta. Las actas de su defunción deben estar en el registro de Hornos. Tengo interés en aclarar estos puntos porque como la historia es antigua, puede haber quedado en el olvido y se puede creer que no estoy diciendo la verdad. Yo soy Cristina y soy consciente de lo que es mentir y más todavía una mentira de

esta índole.

En el registro tiene que constar la residencia de este señora en el pueblo de Hornos, su procedencia cubana y su fallecimiento. El año exacto y el día de su fallecimiento no me acuerdo. Mi madre sí lo sabía pero yo no me acuerdo. Mi madre se casó el día treinta de agosto del año 1913. Como fue la madrina de mi madre en la boda, seguro que en el expediente de casamiento de mi madre puede constar que la madrina fue esta señora y un tío mío, hermano de mi padre: Daniel Muñoz Ortega. Yo creo que todo esto son pruebas que doy para que se vea que estoy diciendo la verdad.

Ya he dicho que después de la muerte, se sepultó aquella mujer en el viejo cementerio de Hornos y punto. Pero en plena guerra civil, un día, Longino que era el que trabajaba en el cementerio, se encontró con una desconcertante sorpresa. No sé si era porque estaba, como suele suceder en los cementerios, eliminando restos sepultados ya de cierto tiempo o no sé que otra cosa estuvo haciendo. El caso es que abrió la fosa donde aquella mujer había sido enterrada y se la encontró incorrupta. Según contó él después, estaba incorrupta, sin tener cara de muerta y, además, aunque la palabra sea fea, él dijo: “Que no estaba tiesa”. Sus articulaciones se movían como si hubiera estado viva. La expresión de la cara era muy bella y, además, desprendía un olor agradable.

Longino se fue asustado a su casa, cogió una sábana y con ella la cubrió. Al parecer la ropa que tenía sí se le deshacía al tocarla. Fue luego a dar cuenta pero todo en el mayor de los secretos porque Longino se asustó. Era el primer caso que se le presentaba a pesar de haber sido sepulturero de toda la vida. Como allí no había ya familiares que la reclamara ni nadie que se interesara por ella de una manera especial, le dieron órdenes a Longino para que la enterrara otra vez con todo respeto. Longino, ayudado según decía él por su hijo Bernadino, la cubrieron con la sábana y le dieron otra vez sepultura. Pero según decía él luego, cavó un hoyo mucho más profundo de lo que era habitual porque decía que le daba lástima que alguien la encontrara otra vez y le hicieran alguna cosa desagradable a aquel cadáver.

El cadáver estuvo desenterrado una noche en el cementerio de Hornos. Al otro día ya no estaba y se comentaba en el pueblo que alguien lo había raptado pero no fue cierto. El mantuvo aquello en el mayor secreto pero al mismo tiempo se lo comentó a los de su familia y por eso se empezó a saber en el pueblo. Mi abuela Asunción, que gracias a Dios puedo decir que fue una persona muy respetada en todo el pueblo y todo el mundo la tenía muy en cuenta para las cosas buenas, fue directamente a él y le digo: “Longino, dime la verdad ¿qué es esto que se comenta en el pueblo de María la Capitana?”

Entonces él le digo: “¡Ay hermana Asunción de mi alma! Cuando yo me la encontré así, qué susto me llevé. Yo que estoy acostumbrado a trabajar en las cosas del cementerio, yo que no he llorado nunca ni tampoco he rezado, al ver María la Capitana, lloré y recé. La ropa de la mortaja la tenía podrida pero intacta. Y yo temiendo que al tocarla se le vieran las carnes, fui a mi casa, cogí una sábana sin que me viera nadie y la cubrí. Y yo que no he llorado nunca, lloré y recé movido por aquella imagen tan dulce que encontré en el cuerpo de María la Capitana”:

Y mi abuela le dijo: “Pero hombre, esto no debías haberlo hecho tan en secreto. Esto se debía haber sabido”. Fue cuando él dijo: “Yo fui a dar cuenta”. Dar cuenta en mi pueblo significa denunciar el hecho a las autoridades. “Me dijeron que no convenía armar un revuelo en el pueblo. Que se enterrara otra vez y todo se dejara en secreto”. Esta es la historia de María la Capitana, una rosa cubana que vino a morir a mi pueblo de Hornos. Aun después de muerta su perfume se extendió por las laderas de este pueblo. En una fosa más profunda que las demás, quedó sepultada donde para siempre duerme el sueño de la eternidad. ¿Fue aquella mujer otra hija más, ilustre y santa de los muchos hijos nobles y buenos que el pueblo de Hornos ha dado?

EL TIO DEL PEQUEÑO RUISEÑOR

También me acuerdo mucho de un hombre de Cañá Morales que se llamaban José, le decíamos “Josico” y de apodo “Pocho”. Era tío del Joselito el cantante, al que le decíamos “El Pequeño Ruiseñor”. Era hermano de Petra, su madre. Este hombre era una persona de esas que las personas muy listas, llaman “tontas”. Porque son personas que cuando les golpean en una mejilla, en lugar de vengarse, lo que hacen es poner la otra. Y esto es lo que hacía Pocho, siempre poner la otra mejilla. Por esto decían que era un poco simplón y de tonto no tenía nada.

Cuando ya lo cabreaban demasiado sabía dar sus respuestas. Salidas que algunas veces sorprendía a muchos porque descubrían que aquel hombre era mucho más inteligente, sin parecerlo, que otros que lo parecían. Y lo que pasaba es que era un hombre bueno. Con nosotros, cuando estábamos en Orcera, estuvo trabajando. Y le tomamos un cariño muy grande porque era un hombre que de verdad era como un niño grande. Y él nos quería a nosotros mucho también. Ya cuando nos vinimos para Úbeda, él se quedó allí. Pero ya te digo que era muy querido por todo el mundo.

Esto que te voy a contar ocurrió cuando trabajaba con un señor de allí que le decían Félix Espinosa y de apodo le decíamos “El Gato”. Se le decía Félix el Gato. Este hombre

tenía varios hijos. Yo me acuerdo de uno que se llamaba Manuel. Otro se llamaba Adolfo y otro Ebelio.

Pues este José, Josico, estaba trabajando entonces en la casa de Félix Espinosa. Estaba en el campo, en los rastrojos. Como entonces todo se hacía a mano, segar, acarrear... el trabajo que él tenía allí, era guardar los cerdos. Yo no sé cuál de los hijos de Félix el Gato, o Adolfo o Manuel, uno de los dos fue el que le gastó la broma que te voy a decir. Porque le gastaban muchas bromas pero él siempre ponía buena cara a todo y no se enfadaba. Y aunque aquellas bromas no fueran con mala intención, algunas veces Pocho sufría. Pero disimulaba. No lo daba a entender. Todo lo aguantaba.

Y una de las bromas que le gastó fue que como dormían allí en el rastrojo, le decía: “Pocho, por la mañana cuando nos despertemos vamos a decir cada uno el sueño que hemos tenido. Y el que haya tenido el sueño más bonico, ese se va a comer toda la comida que nos traigan y el otro que se coma el pan solo”. Allí se le decía “engañifa”. Si llevaban chorizos, morcillas o tocino a todo esto se le decía engañifa. Y claro, como este hombre sabía leer y era más culto y Pocho era un hombre bueno, a la buena de Dios, pues a otro día, cuando empezaban a contar sueños, el otro decía: “Cuéntame tu sueño, Pocho”. Y Pocho que había soñado que tenía muchas ovejicas, otras veces le decía que una marrana había parido

muchos lechones... Él decía su sueño con arreglo a la vida que estaba viviendo.

Y como el otro tenía más cultura, pues le contaba cosas mucho más bonicas. “Yo he soñado que he ido volando por tal sitio...” Y siempre resultaba que el sueño que decía el patrón con el que él trabajaba, era el más bonico. Y de este modo el otro se comía todo lo que le llevaban de matanza y a Pocho le dejaba sólo el pan. Una broma un poco pesada, que tal vez no la hiciera con mala idea pero aquello no era noble.

Y Pocho callaba y así un día y otro hasta que un día este buen hombre se dijo para sí mismo: “¿Pero tan tonto crees que soy que no me doy cuenta de que me estás engañando? ¿Va a dar la casualidad de que todas las noches sueñes esas cosas tan bonicas que me cuentas? Pues te vas a enterar de que yo también sé responder a esta broma tuya. Ahora me toca a mí gastar unan buena broma”. Y por la noche, estando durmiendo el hijo de Félix el Gato, Pocho se levantó en silencio y la comida que le habían llevado aquella tarde, que eran peces fritos, fue y se comió todos los peces y dejó sólo el pan.

Y al otro día cuando el amo le dijo: “Venga, Pocho, vamos a contarnos los sueños”. Le dijo él: “Cuéntamelo hoy tú a mí primero”. Y le contó muchas maravillas que había soñado a lo largo de toda la noche. Y cuando terminó le dijo: “Ahora,

Josico, te toca a ti. ¿Qué has soñado esta noche?" y Pocho dijo: "Pues yo he soñado muy poquita cosa. Sólo que a media noche me levanté y como tenía hambre, me comí los peces". Cuando echó mano el otro y vio que era verdad que se había comido los peces, se dio cuenta que aquel hombre no era tan tonto porque le había dado una respuesta contundente a sus bromas pesadas.

Pasado el tiempo me enteré que este hombre, un día bañándose en el charco del pantano, se ahogó. Cuando lo supe me dio mucha lástima y me quedé en la duda pensando: "¿Llegó Josico a enterarse del triunfo de su sobrino, el Pequeño Ruiseñor?" No lo sé pero yo digo que aquel hombre bueno si hubiera conocido a su sobrino en el éxito y triunfo que tuvo, hubiera gozado muchísimo.

EL CAMINO QUE VUELVE

Ahora damos una vuelta por el pueblo. Las personas que no nombre, que no crean que las he olvidado ni muchísimo menos. A todos los quiero, a todos los recuerdo como recuerdo las calles, las casas y hasta el perfume del pueblo blanco sobre la roca. Con cada una de las personas de este rincón de ensueño, a mí me gustaría encontrarme un día, darles un abrazo, pararme con ellas y charlar de las cosas de nuestra tierra. Pero mientras tanto que ese día llega, si es que llega alguna vez, saco de mi memoria los nombres de los que ahora

mismo pasean por estos recuerdos míos: Juan Antonio Hoyo, los hermanos Miguel y Tomás Ríos, Julio Ojeda, sus hijas y sus hermanas Leónida, hija de Julio Ojeda, que fue compañera mía en el colegio, Paula la del Naranjo, Carlota la del Naranjo que hace poco he sabido que ha muerto, pobretica. Era una gran persona. Tuvo un novio que era un excelente muchacho y se llamaba Pepe. Era manchego, vivía en Cortijos Nuevos y lo mataron en la guerra. Aquello le llegó muy hondo a la muchacha y sufrió mucho. Luego tuvo suerte, se casó con uno de la familia de los Escaleras y fue un matrimonio muy feliz. Me he enterado de que han muerto los dos y lo siento muchísimo. Para ellos mi cariño todo entero y mi oración al Señor para que los tenga en su gloria.

De esta manera estaría hablando sin parar hasta construir una lista interminable.

- Pero espera un poco María porque aquí quiero yo hacer una aclaración.
- Tú dirás qué es lo que conviene hacer.
- No conviene hacer nada más que contar la verdad. Hace pocos días estuve en Hornos, tu querido pueblo. Se celebró allí lo que ahora dan en llamar “El Zoco”. Un encuentro de artesanos, productores y asociaciones de personas de la comarca que promueve el Ayuntamiento, el Centro de Iniciativas Turísticas, otras asociaciones y el Ceder de la Sierra de Segura. Para ver la primera versión de este primer

encuentro, fui por allí y cuando estaba recorriendo aquellas estrechas calles que pegan a la iglesia, la plaza que hay por delante de la iglesia y el mirador, de pronto me saluda una persona. ¿Sabes quién era?
- Ni me lo imagino.
- Pues una señora que se llama Reme, que es hija de Carlota y por lo tanto también hija de Antonio. Esta señora tiene ahora mismo a su hija María Aurora Sola, estudiando para maestra en el Colegio de la Safa de Ubeda ¿Y sabes lo que me dijo?
- Pues seguro te diría cosas bonitas de aquel pueblo mío, porque si ella es de allí, no puede hablar de otra manera.
- Ciertamente me dijo eso pero también me dijo que su padre Antonio, el marido de Carlota, no ha muerto todavía. Carlota sí ha muerto pero Antonio no. Que vive y en esos momentos, como iba paseando con él por entre la música de la banda y la algarabía de la gente que de muchos lugares habían acudido a ver este zoco, me lo presentó.

Antonio vive ahora mismo en los setenta y siete años y según me decía su hija Reme, posee una naturaleza fuerte como la de un roble serrano, que está muy bien, que tiene un hermano que se casó y tuvo que irse a Barcelona, que le gusta mucho venir a tu pueblo de Hornos y que también Remedios, aunque no te conoce, te manda un saludo. Que te dan las gracias por esta memoria tan grande que tienes para acordarte de tantas y tantas cosas buenas de ese pueblo tuyo y suyo y

que esperan que algún día vayas por allí. ¿Qué te parece?
- Me parece lo que ya te he dicho en otras ocasiones: que de vez en cuando noto como si Dios, al igual que andaba por entre los pucheros de Santa Teresa, también ahora anda por entre estas pequeñas cosas que estamos recordando de mi tierra, aquellas personas queridas mías y mi entrañable pueblo. Gracias le doy yo a la señora Remedios y le pido que me perdone pero es que hace mucho tiempo que no piso las calles de mi pueblo. ¿No te parece que sea normal que algunas verdades de las cosas de ahora recientes, no las tenga claras?
- Me parece que eso puede ser normal y creo que por ello nadie se va a enfadar. Así que aclarado este punto ¿Por dónde seguimos ahora?

- Vamos a volver. Desde mi pueblo querido de Hornos vamos a volver hacia el Tranco como si se tratara de recorrer el camino que tantas veces me traía a mi cortijo del Soto. ¡Qué pena me da, aunque sólo sea con el pensamiento, volver las espaldas a mi pueblo! Si todo fuera un sueño, un juego imaginario que al caer la tarde se desvaneciera y me volviera otra vez a la realidad de las calles de mi pueblo, no me importaría pero como es que lo he vivido, lo he sufrido en mis propias carnes a lo largo de muchos años, me duele. Un día, las circunstancias me obligaron a darle las espaldas a mi pueblo y por eso ahora, aunque sólo sea en la imaginación, me duele volver a salir de allí otra vez. ¡Qué duro cuando el cariño

es tan sincero y puro!

Bajamos por el mismo camino que tantas veces subí. A la izquierda nos queda el molino de don Francisco Blanco donde Ramón, el hijo de la hermana Presentación perdió el brazo. El camino real se abre pasando por los saleros pero nosotros nos vamos por este atajo atravesando aquellas colinas que le decían los Vallejos. Llegamos hasta la pasá de este arroyo. Haciendo memoria me acuerdo que una vez viniendo desde Cortijos Nuevos con mi hermano pasamos por un sitio que le decían río Hornos. Ahora sí estoy plenamente convencida de que el río Hornos pasaba por otro lado. Quedaba más a la izquierda del punto que yo cruzaba y creía era el río. Se trababa del arroyo de los Saleros. Pero era muy caudaloso y por eso más que arroyo, le diría río pequeño. Bajaba con mucha agua.

Desde allí, a la derecha y arriba, quedaba Cañá Morales. De esta aldea me acuerdo de grandes amigas que todavía quiero: las hermanas Modesta, Emerita y Elena. No hace falta apellidos, ellas ya saben de quien hablo. En esta aldea, Cañá Morales que también es tierra mía, había una familia que eran muy buenas personas. Esta madre de familia se llamaba Romualda Nieto. Una gran persona pero que estaba delicada del corazón. Cuando se llevaron su primer hijo a la guerra, empeoró de su enfermedad y murió. Su marido y sus hijos

quedaron en el más grande desamparo.

Bien recuerdo que tenía tres hijas y cuatro varones. Dos de ellos muy jóvenes y las muchachas todavía más jóvenes. La mayor de las tres hermanas se llamaba María. Sus apellidos completos eran Fernández Nieto. Era pequeñica de estatura pero bien proporcionada. La cara, si te fijabas en ella, no era una gran belleza pero agradaba mucho porque tenía una expresión muy dulce. Yo creo que aquello era el reflejo de lo que lleva en su alma. Al morir su madre, esta muchacha se puso al servicio de su familia. Fue madre de sus hermanos, fue hija y madre de su padre. A todos los asistió con tanto cariño que se puede decir que fue el paño de lágrimas de la familia entera. Desde que nació hasta que murió esa criatura fue un modelo de virtud, de bondad y de responsabilidad.

Hay que ver qué caprichos tiene a veces la naturaleza y la mano de Dios: en un cuerpo chiquitillo cabía un corazón inmenso. Porque grande fue y más grande lo será delante de Dios, María, la menudilla de cuerpo e inmensa de alma. Recuerdo que tenía los ojos hermosos, la nariz un poquillo respingada pero era bonica y por encima de todo, era buena. Por eso creo yo ahora que bien merece, María, pasar a la historia no sólo de Cañá Morales y mi pueblo de Hornos, sino del mundo entero. Corazones con tanta bondad como la de esta muchacha escasean en este suelo. La historia de María

Fernández Nieto la conozco bien porque una hermana suya, que se llama Encarnación, es la esposa de mi hermano mayor.

El cortijo del Maestro Matías a la izquierda y ya Vega abajo, a la derecha huertas, árboles, pájaros, flores, alegría. Alegría de mi tierra, la Vega que tan feliz me hizo siendo pequeña. Mientras bajamos, siempre al frente el simbólico, majestuoso y eternamente hermoso Picacho de Monte Agudo. El perfume inconfundible que brota de la Vega y las magníficas laderas repletas de bosques y arroyos saltarines. ¡Qué hermosa es mi tierra y que dulces las sensaciones que de mi tierra a todas horas manan! Llegamos al Soto de mi alma, la cuna donde nací. Siempre el río Hornos a la derecha y todo lleno de huertas. Una cosa es recorrer el camino con el pensamiento y otra realidad es andarlo y ver de un árbol a otro los pájaros volando y las mariposas de mata en mata. En cualquier sitio daban ganas de pararse y contemplar las maravillas que por allí bullían. En el cortijo de mi Soto querido ahora no quiero detenerme porque no me deja mi corazón pararme más. La pena me oprime la garganta y no la puedo resistir.

Seguimos hacia abajo como si viniéramos al muro que hoy sujetan las aguas que inundan mi trozo de cielo. Como si en un sueño pudiéramos andar por debajo de las aguas y seguir recorriendo el camino que por allí siempre fue. A la izquierda, en lo alto de la cuesta, la Canalica. Más abajo, también en la

cuesta, la Fuente de la Higuera. Pasa el camino real por la misma puerta del Soto de Abajo. Algo más adelante nos encontramos y hay que atravesar, un pequeño arroyuelo de agua muy buena que era el que bajaba de la Fuente de la Higuera. Sigue el camino bajando y empieza a deslizarse por la pendiente pero muy suavemente. Llegamos al cortijo del tío Hilario que nos queda un poquito a la derecha pero muy cerquita del camino real. Casi en la orilla. Bajando un poco más se llega al río y este sí era de verdad, el río Hornos.

Del camino real partían muchas veredas a derecha e izquierda. Pues como ya he dicho tantas veces, toda aquella Vega estaba llena de cortijos. A la izquierda partían los caminos vecinales que hacíamos los vecinos para comunicarnos unos con otros. Uno iba a cortijo del Maestro Matías, otro a la Loma Alcanta, otro al cortijo Moreno, al de Marcelino, hacia el Baño, hacia La Laguna, desde el Soto otra vereilla hacia La Canalica, para Fuente de la Higuera, al otro lado del río partía un camino también hacia Montillana, hacia los Parrales, en el Chorreón yo no he estado nunca pero iba otro camino. Y como decía, todo esto eran ya caminos vecinales que las mismas personas iban haciendo. Adquirían como una propiedad porque es que los necesitaban y eran el servicio de todos los que por allí vivíamos. Pero el camino real verdadero es el que he descrito yo hasta lo hondo del Valle donde nos encontramos.

Desde aquí, a la izquierda quedan los llanos de San Román. Se pasa el río por unas piedras porque también había allí pasaderas, que no puente y entonces se empieza a subir suavemente hacia el Tranco. Ya cuesta arriba, como si fuera el símbolo de la dolorosa cuesta que todos empezamos a subir aquel mismo día en que el muro del pantano empezó a retener, sobre el Valle las aguas que del Vallen manaban. A la izquierda, antes de llegar a las obras del pantano, había un edifico viejo, derrumbado que nunca pude yo saber qué era aquello. Sería algún ventorro antiguo o alguna casa de pastores, no lo sé. Allí había ruinas de un edificio. Yo le he preguntado a mi familia y nunca me supieron decir qué era.

Algo hubo allí pero no sabemos lo que fue. Estaba hundido y no había nadie. En cuanto dejamos atrás estas ruinas, se llega al Tranco. Aquí me paro, mi alma se asusta y mis ojos se cierran. No es igual para mí recorrer el camino desde el Soto a Hornos que desde el Soto al muro del pantano. La alegría del encuentro con mi pueblo, ahora se torna tristeza. Hornos fue la cuna de mis sueños más dulces y el rincón donde yo me encontré con las personas más queridas. La pared del pantano fue y sigue siendo el muro de las lamentaciones no sólo para mí sino para tantísimas personas. Donde se quebraron para siempre nuestras raíces y empezamos a ser “apátridas” en busca de tierra y calor humano.

Este es el muro que me privó de mi tierra, mi casa, mi Vega, mis ruiseñores, mis árboles y mis raíces. Del mundo dulce que en forma de paraíso y vestido de sueño acogió los juegos de mi infancia. El muro silencioso y frío que cerró las puertas al paraíso más bello que jamás haya existido en este suelo. Ya sé que él no tiene culpa. Es piedra y cemento, ya lo sé pero simboliza la mala suerte de tantas y tantas personas buenas que tuvieron que irse y quedarse sin tierra bajo los pies a lo largo ya de toda su existencia. Este muro es el que retiene el agua que hoy cubre la tierra bendita donde yo nací. ¡Contra, que lloro de verdad, ea!

Y María de la cruz, hoy ya con sus muchos años acuestas, lejos de la tierra que tanto quiere, tiene que dejar de hablar. La garganta se le hace un nudo y las lágrimas le fluyen por los ojos. Mueve la cabeza y llora de verdad, como ella dice, porque en este momento los recuerdos y las emociones de todo aquello que dejó sepultado bajo las aguas, le aprietan en el alma. No puede seguir hablando porque el recuerdo se le ha vuelto tristeza y los paisajes hermosos de su tierra se le vuelven mundos silenciosos para siempre ya desgajados de su ser. La lejanía, el destrozo de tanto, junto con los años que corren y la gran masa de aguas azules meciéndose en el Valle, tiñen de melancolía los paisajes de su niñez. Ya todo está sin vida, muerto, silencioso entre el verde de los bosques y el

viento que susurra al pasar por los pinos. Como si poco a poco el cuerpo se fuera liberando de los hilillos que le unen a esta tierra para que pueda ir elevándose hacia el reino de la luz donde, sin duda, todo lo soñado y amado existirá con presencia y belleza eterna.

PROMESA A LA VIRGEN DE LA FUENSANTA

-¿Volvemos al Soto?

- Volvemos y ahora para contarte un trocico de las cosas buenas de aquella gran persona que fue mi padre. Pasado el tiempo, luego, estuvo gravemente enfermo. Muy grave durante cuatro años. Era cosa del tórax. Mi madre lo llevó a todos los médicos buenos que había en aquellos alrededores. Pero lo desahuciaron. Ya le dijeron que no tenía solución. La última medicina que le mandaron fue que tomara el sol sin darle en la cabeza. Solamente en el tórax.

Mi madre le tendía una manta en la puerta del cortijo y mi padre tomaba el sol en el pecho y luego se volvía de espaldas. Se quedó que era el hueso y el pellejo. Es que se moría. Pero según me contaba mi madre y mi padre lo decía también, todo eso fue antes de nacer mi hermano Angel y antes de nacer yo. Sólo había nacido Cesáreo.

Y un día, estando tendido en el sol, le dijo a mi madre: “María Josefa, me he encomendado a la Virgen de la Fuensanta. No

quiero dejarte sola con nuestro hijo tan chico. Me he encomendado a la Virgen. Le he pedido que me deje vivo hasta que nuestro hijo sea mayor". Y le dijo mi madre: "Ya te he encomendado yo también, lo que pasa es que no te lo había dicho. Pero tú no te vas a morir porque la Virgen te va a salvar". Me contó mi madre que le contestó mi padre y le dijo: "Si me pongo bueno, voy descalzo desde el Soto de Arriba hasta la Fuensanta y a sus pies, con mi guitarra, le cantaré a la virgen".

¡Bueno! Pues mi padre se mejoró. Ya ves si se mejoró que murió en el sesenta y seis y murió en Ubeda. La Virgen de la Fuensanta la celebran en Villanueva el día ocho de septiembre. Cuando se mejoró, mi padre se descalzó en la puerta del Soto. Y mi madre. Y en una talega, porque entonces no había bolsos como ahora, en una talega de tela, echó mi madre la merienda de los dos y el calzado de los dos. Salieron descalzos desde la mismica puerta de mi Soto de Arriba. Mi padre, con su guitarra a cuesta. Mi madre con su talega y la merienda.

Atravesaron la verea aquella de rocas, que entonces no estaba hecha la carretera del Tranco y con los pies descalzos llegaron los dos a la puerta del Santuario de la Fuensanta con los tobillos, los dedos y las plantas chorreando sangre y por la puerta se sentaron hasta que abrieron. Cuando la abrieron, entró mi padre, se metió en el camerín de la Virgen y con su

guitarra le cantó la salve. Al salir, se lavaron los pies los dos, se calzaron y ya se volvieron a la casa. Pero ya habían cumplido. Después de todo aquello nació mi hermano Angel, nació la que murió con veintiocho meses, nació el que murió con quince días y yo, en aquella noche que cantaban los ruiseñores. Y mi padre murió de setenta y nueve años menos dos mese y medio. Lo que te acabo de contar es histórico que pasó en mi casa.

Y ahora recuerdo que mi padre, mi madre y mi abuelo, en sus ratos de conversaciones con nosotros y a modo de sentencias o consejos resumidos, nos contaban muchos refranes. Entre algunos de ellos, que ya no me acuerdo de todos, están los siguientes:

MI PADRE

Camino malo, no va a ninguna parte buena.
Peso justo en la romana, conserva la amistad sana.
Juerguistas y aventureros, en la vejez os espero.
Quien vende usada la bota, o sabe a la pez o está rota.
Cruzar el río y dar dinero, nunca lo hagas el primero.
Guarda el secreto al amigo y el tuyo quede contigo
Pastor que no vela, oveja que vuela.
Un candado para la bolsa y dos para la boca.
Quien alquila la vaca, agota la ubre.
De molinero cambiarás pero de maquila no escaparás.

Seguidilla: Todos los hortelanos
son patiabiertos,
para pisar las matas
de los pimientos.

MI MADRE:

Juego de manos, juego de villanos.
A buen hambre, no hay pan duro.
Si al prójimo quieres juzgar, ponte siempre en su lugar.
Si la mujer está en casa, estará a punto la masa.
Si buscas mujer hermosa, primero que sea hacendosa.
Siempre es mejor anotar, que esforzarse en recordar.
No hay mejor vecina, que tu cocina.
Cuidado con lo que hables a aquellos que con mentiras sacan verdades.

MI ABUELA:

Una lengua viperina, es odiosa y dañina.
Saca tu cruz a la calle, y verás otra más grande.
Quien mal vive, mal muere.
Quien mal anda, mal tropieza.
Quien niega al pobre la hogaza, a Jesucristo rechaza.
Caridad y amor, no quieren tambor.
Remienda tu sallo y pasarás tu año.

Por una uva no revienta un cesto.
Nunca exija hojas verdes
a un árbol que se ha secado,
ni recuerdes tus limosnas
al pobre que se la has dado.

Mi abuelo tenía mucha gracia y contaba cosas que te partías de risa. Estando en Hornos de Segura, una vez iba él por la calle dando su paseíllo. Había unas vecinas que estaban sentadas en la puerta de sus casas, tomando el sol y cosiendo. Por lo menos en los pueblos chicos, esto era muy normal en aquellos tiempos.

Mi abuelo pasó:

- Buenas tardes tengan ustedes.

Y ellas:

- Buenas tardes hermano Cesáreo.

Y a continuación lo llamaron diciéndole:

- ¡Maestro, maestro!

Porque de este modo era como por allí todo el mundo llamaba a mi abuelo. Se volvió y les preguntó:

- ¿Qué se les ocurre?

- Pues que ahora que le hemos visto nos gustaría que nos contara usted un chascarrillo o alguna otra historia para que nos riamos un poco.

Esto se lo decían por lo ocurrente que mi abuelo era. Y,

además, siempre respetuoso con las personas y las cosas que decía. Jamás hablaba mal de nadie ni lo dejaba en mal lugar. Y él les preguntó:
- ¿De verdad queréis que os cuente algo?
Y ellas:
- ¡Sí, sí maestro!

Y como él al pasar había oído que ellas estaban desplumando a alguien y tanto le insistieron que, mi abuelo fue y les dijo así:
- Veréis mujeres habladoras
sentadas en la puerta ajena,
murmuran de gentes buenas:
de doncellas, de casá,
de sacerdotes y seglar.
De todo se trata allí,
pero no reparan en sí
que tienen por qué callar.

Y las mujeres:
- ¡Ay maestro lo que nos dice usted!
Y mi abuelo:
- ¿No queríais que os dijera algo para reiros? Pues ya os lo he dicho.
Y así de ocurrente y gracioso era mi abuelo.

De entre las muchas cosas bonicas que aprendí de mi abuelo, recuerdo que él siempre estaba diciendo que: "Si quieres tener las puertas abiertas por donde vayas, nunca cierres las tuyas a quien lo necesite". Se complacía mucho cuando veía que alguien se cobijaba en el Soto, casas de mis padres.

MUERTE POR LAS ESPALDAS

De mi cortijo, lo mismo que de mi pueblo, también estaría hablando sin parar una vida entera. En él también pasó una cosa, que le dio triste nombradía al Soto de Arriba: un hermano de mi padre, José que le tocó esta vivienda, por una deuda de sesenta pesetas, que parece eso era una gran fortuna, por sesenta pesetas que le debían a él por una bestia que había vendido y no se la pagaban, un día, de buenas maneras, reclamó el dinero y lo asesinó. Le tiró una piedra desde lejos, cayó atontado del golpe de la piedra y entonces llegó por detrás y lo apuñaló por las espaldas.

- ¿Quién fue?

- Uno de un pueblo vecino a mi tío José. En el cortijo quedó la viuda, mi tía Francisca, viviendo con sus hijas. Dos hermanas que se casaron con dos hermanos. Felipe Muñoz Ortega se casó con María Josefa Manzanares Donvidau y José Muñoz Ortega se casó con Francisca Manzanares Donvidau. Y por

eso, al morir su padre, Asunción, se quedó de heredera. Asunción Muñoz Manzanares. Quedó un hermano suyo también, gemelo pero murió. ¿Te explico cómo murió el que asesinó a mi tío?
- Explícalo.

- Ya te dije que era de un pueblo cercano y parece ser que era tratante de ganado. Mi abuela, le dijo a mi tío: “No le pidas más el dinero a ese hombre que lo he visto mirarte con malos ojos”. Un día llegó a la casa y preguntó: “¿Y José?” “No está aquí, ha ido a Hornos”, le dijo mi abuela. Pero le notó en la mirá, algo extraño. Esa intuición de las madres, ese sexto sentido que avisa del peligro de los hijos. Llegó el hijo y le dijo: “Hijo mío, no le pidas más el dinero a ese hombre, que me ha preguntado por ti y le he visto una mirá extraña en los ojos. No le pidas más el dinero”. Entonces, dicen que dijo mi tío: “Pues bueno madre, el cortijo del Soto se ha hecho sin el dinero de ese hombre. Si no me lo paga, que le aproveche”. Y a los pocos días, lo mató.

Pero es que luego, el asesino, no sé cómo, los presos se enteraron de la manera que había matado a mi tío, y a él lo mataron los mismos presos. Se lo encontraron una mañana tapado con una manta y muerto. Por lo visto, lo habían machacado a golpes con objetos. Ellos sabrían cómo. Comentaron que había sido con calcetines llenos de tierra o de

arena de los patios. Eso lo dedujeron porque había restos de tierra y algún trocillo de calcetín. Per eso sacaron que lo habían matado así. O sea, que los mismos presos de la cárcel, lo ejecutaron.

Y cosas curiosas: el membrillar donde murió mi tío, poco tiempo después se secó. Crecía junto a una de las acequias que por detrás del cortijo, regaba la Vega. Unos árboles preciosos y llenos de vida. Pues poco tiempo después se secó. Hasta las mujeres cuando iban a tender la ropa en la “aliaga” que había en el morro donde se escondió el asesino, se retenían y no tendía nadie ropa en aquella mata.

Mi abuela, la pobrecica, era una excelente persona también y cuando le mataron al hijo que murió de aquella muerte tan desgracia y tan injusta, ella no pudo sobrevivir al dolor de la pérdida del hijo y poco tiempo después, murió. Mi abuelo le sobrevivió pero ya también roto y con sus muchos años a cuestas. Yo no lo pude conocer. Ahora eso sí. Saber que ellos fueron los que construyeron el Soto, los que le dieron vida a toda aquella zona, en fin, todo eso sí pero tengo la pena de que yo no los pude conocer.

Y ahora que estamos hablando de ellos, te digo que me hubiera gustado mucho haber tenido una fotografía de estos abuelos míos por parte de mi padre. Aunque no los llegué a

conocer porque murieron antes que yo naciera, como ellos fueron los fundadores del Soto, sí tengo muchos recuerdos de las muchas veces que en mi casa me hablaron de ellos y por eso te digo que como pueda, quiero hacer un retrato para que se sepa su personalidad.

Mi abuela Juana Antonia era una mujer pequeñica de estatura, menudilla, muy agraciada, sin llegar a ser guapa, era muy agraciada. Dicen que tenía una “Lupia”, en la cabeza, peinada como se peinaban entonces las mujeres que era con un moño atrás y la ropa larga. Mi abuelo era alto y muy forzudo, trabajador pero en inteligencia, le ganaba en mucho, mi abuela, porque ya te decía que no sabía ni leer ni escribir pero yo digo como decía ella “que a Dios no hay quien le ponga medidas”. Y esto quiere decir que cuando Él quiere derramar su gracia en una persona, pues lo hace y hecho se queda y en esto, mi abuela fue una persona muy agraciada de Dios porque le dio una inteligencia superior a muchas personas que hayan podido recibir cultura en colegios. Estos dos abuelos míos eran naturales de Hornos.

Cuando ya habían nacido los tres primeros hijos, Ramón, Daniel y José, mis abuelos se bajaron de Hornos a la Vega a trabajar a los cortijos. Mi padre nació en la Vega que por eso ya te digo que vino a este mundo en el Cortijo de Los Parrales pero mis abuelos, primero vivieron en San Román, unas casas

que también estaban en la misma orilla del río y en lo hondo de la Vega pero por el lado del Guadalquivir donde creo que hasta había ermita y que luego, casa, ermita y Vega, quedaron también sepultadas en lo más profundo del pantano. Frente a la aldea del Cerezuelo pero un poco más hacia el muro del pantano y en lo hondo, es donde estuvieron las casas de San Román. Creo que ahora este nombre lo lleva por allí uno de los montes ordenados.

Después se vinieron a Los Parrales y allí nació mi padre. Y ahora te quiero decir que de este cortijo, yo sí recuerdo que estuve pero muy poquitas veces. Los recuerdos que tengo de Los Parrales, son narrados por mis padres. A quien viviera allí, si estuvo malo alguna vez, seguro que mi madre fue a visitarlo. Ya te digo, que yo recuerdo que estuve alguna vez acompañándola a ella. Pero quien más recuerdos tenía de ese cortijo, fue mi padre porque ya te dije que nació y se crió en él. Cuando se mudaron al cortijo de Montillana, mi padre ere pequeñete pero lo suficiente grande como para que sus vivencias se quedaran por Los Parrales.

A él le gustaba, de vez en cuando, llevarnos dando un paseo al cortijo de Los Parrales precisamente porque la querencia de su niñez estaba por aquel rincón. Si me preguntas que qué palpita allí, pues imagínate, está muy fácil: mis abuelos que vivieron allí ¡cuánto trabajaron y cuánto sudaron en aquel lugar

para ir poquito a poco juntando, haciéndose su ahorricos honestamente para ir comprando luego sus pedacicos de tierra hasta que juntaron lo que llegaron a tener! En ese bonito rincón está claro que palpita toda la infancia de mi padre.

El cortijo aquel también era de don Ramón Olivares o puede que de su mujer, doña Carolina Parras. No estoy segura pero daba igual. Mis abuelos eran arrendatarios de aquellas olivas y las tenía tan bien cuidadas que daba gloria verlas. Una de las narraciones que mis padres me contaron nos remiten a un invierno de aquellos que fue durísimo. Cayeron muchas nieves y después llegaron los hielos. Aquel año se le helaron todas las olivas. Y me contaron mis padres que fue un año muy duro para todo el mundo de aquella Vega mía y te puedes imaginar cuanto más duro no sería para tantísimas personas que vivían en los cortijos de todas aquellas sierras que rodeaban mi Vega y las otras, más lejanas.

Desde Los Parrales se fueron a Montillana y allí sucedió una cosa que ahora sí quiero contarte por lo bonita y la gran carga de solera serrana que encierra pero antes te voy a decir cómo era aquella vivienda. Era un cortijo hermosísimo pero no llegaba a la categoría de aldea. Pues en la fachada principal que daba hacia lo que ahora es el pantano, en la puerta, la era para trillar las mieses y a la izquierda, en la pared del cortijo que da al lado del Chorreón, allí había un jardín que era una

gloria. Recuerdo que en aquel jardín crecían lilos, celindas, rosales de todas clases y muchas más flores que sería largo de contar.

Otras flores las sembraba doña Rosario con semillas, porque eran plantas de primavera. Muchas de ellas recuerdo que las sembraba el día de San José. Cuando mi madre y yo íbamos por allí, cada vez que era primavera, nos regalaba un manojo de rosas y de lilas que daba gusto. Ella sabía que me gustaban mucho las flores y por eso lo hacía. En la guerra, esta familia se fueron de allí y entonces fue cuando habitaron el cortijo otras familias, entre ellas, la que te dije del Pequeño Ruiseñor. Lo de mis abuelos fue muy anterior a esto y antes de construir ellos el Soto.

En las ruinas de ese hermoso cortijo, las cosas que por allí todavía perviven, los troncos desgajaos de aquellos grandiosos árboles, las ramas secas de los álamos, las paredes derruidas, en ese lilo que se niega morir, en los rosales que al final han terminado por asilvestrarse agarrándose a la tierra para seguir viviendo, tal vez entre esas ruinas y la explanada que es la era, si se escuchara con los oídos del alma y nos fuera posible percibir, se oiría con toda claridad, los primeros pasos, los primeros aleteos, las primeras notas musicales, los primeros cantos de un pequeño ruiseñor que después se escuchó en el mundo entero. Aquella garganta prodigiosa del "Pequeño

Ruiseñor", allí en el cortijo de Montillana y entre los lilos y rosales que se comen las tupidas zarzas, lanzó sus primeras melodías al viento. Me estoy refiriendo a Joselito, el cantante.

Y lo que ocurrió en el cortijo de Montillana, estando mis abuelos allí, fue lo que sigue: en el silencio de una noche de invierno muy lluvioso, en un atascadero de barro que había por detrás del cortijo, mi abuela sintió gritos de socorro y mi abuela que era muy perspicaz, enseguida los oyó. Salió como pudo y vio que había dos hombres atascados en el barrizal y los burros, que entonces pasaban por allí arrieros.

Fue y llamó a mi abuelo y con capachos, con serones tendiéndolos en el barro y con hachas cortando ramas de los árboles y echándolas al barro para que se agarraran aquellos hombres y pudieran salir con sus burros. A duras penas y en aquella noche de lluvia, les salvaron la vida porque estaban hundiéndose en el barro y los llevaron al cortijo, los lavó, les dio ropa, le arrimó troncos a la lumbre para que se calentaran y luego les dio de comer y les puso las cabeceras junto al fuego para que allí pasaran la noche y a todo esto mi abuela de barro hasta la cabeza con su falda negra y larga de entonces, remangada y sin parar de atender a aquellas criaturas que gracias a ella y mi a abuelo, se salvaron con sus burros.

Esta acción aquellos hombres nunca la olvidaron. Te cuento

esto para que veas cómo actuaba mi abuela. Pasado el tiempo uno de estos hombres entró en el cuerpo de “rondines” que eran los que iban por toda la sierra persiguiendo las siembras del tabaco verde, porque como ya sabes por aquellos tiempos no se vendía ni tabaco ni muchas otras cosas y las que llegaban a los cortijos, todo era de estraperlo.

Y entonces, este hombre que entró en el cuerpo de los rondines, tan agradecido les estuvo a mis abuelos por aquella acción humana del barro en la noche de invierno lluvioso, que siempre, cuando iba a salir la ronda por la sierra vigilando para cortar el tabaco, iba y le avisaba a mi abuelo y con mucho tacto le decía: “¿Andrés, verdad que usted no tiene tabaco sembrado en las tierras?”. Y mi abuelo: “¡Que va! Yo que voy a tener tabaco”. Y él: “Y si lo tuviera ¿verdad que ya lo tendría cortado y las tierras aradas?”. Y mi abuelo: “Pues claro que sí”. Y de esta manera aquellos hombres le decían a mi abuelo que la ronda iba a salir y que si tenía todavía el tabaco sembrado que lo cortara y arara las tierras.

Y esto era lo que mi abuelo hacía: cortaba el tabaco, lo ocultaba por el monte y cuando pasaban los rondines ya no tenía nada sembrado y entonces, toda la Vega entera estaba pendiente del momento en que mi abuelo cortaba el tabaco para cortarlos también ellos. Esto fue una digna manera de responder a la buena obra que mi abuela había hecho con

aquel hombre pero es que mi abuela veras:

Era tan inteligente que gracias a esta agudeza mental y al trabajo y al sudor de mi abuelo y sus hijos, juntaron la pequeña gran fortuna que tuvieron y con la cual compraron las tierras del Soto donde vivió mi familia y nací yo. Trabajando y con la guía de mi abuela.

Mi abuelo era un hombre muy fuerte, alto y corpulento y muy trabajador pero no tenía la inteligencia que mi abuela pero sí tenía una gran virtud. Porque hay hombres que se dan cuenta de la superioridad de sus mujeres en lo que a inteligencia se refiere y, sin embargo, su sentido de la hombría, les impide reconocerlo y lo bastante es que la mujer le diga por la derecha para que ellos se vayan por la izquierda para demostrar que son los que mandan. Pero mi abuelo tuvo la gran virtud de hacer caso de los consejos de su mujer y de las orientaciones que ella le daba.

Claro que ella tenía cuidado de no humillarlo nunca delante de nadie. Cuando le aconsejaba y le abría caminos siempre lo hacía en la intimidad de su casa y por esto mi abuelo jamás se sintió humillado por su mujer sino engrandecido y orgulloso de la gran persona que era mi abuela.

Pero ya te digo: ella fue allí la estrella que guió a aquella

familia que de la pobreza y de la nada, trabajando y sudando la tierra y con la inteligencia, llegaron a juntar una buena fortuna. Ellos fundaron el Soto y ella fue la que gobernó a la familia y por eso puedo decir ahora que cuando mi abuela murió, se apagó en la Vega la estrella que iluminaba a la familia Muñoz Ortega. De todos los hijos, el que más se pareció a ella fue mi tío Daniel Muñoz Ortega, hombre de gran inteligencia y de una memoria extraordinaria.

Y el último detalle antes de morir mi abuela fue que en cuanto se sintió enferma llamó a todos los vecinos y de esos préstamos que por entonces se hacían unos a otros, ajustó cuentas y a ninguno le dejó nada por pagar para que mi abuelo Andrés quedara en paz y este hecho dio lugar a un gran comentario por parte de una mujer vecina que la conocía y que dijo: “Hasta para morirse ha sido aguda” y esto en mi tierra quiere decir muy lista y muy inteligente.

Como sería de inteligente que don Ramón Olivares, que era abogado de profesión, un día cariñosamente le dijo: “Juana Antonia, Juana Antonia, que tú eres muy abogada”. Y ella, con mucha gracia y respeto le contestó: “¡Ay don Ramón! Pero usted es de riego y yo soy de secano”. Mi abuela tenía una salud muy delicada debido a una enfermedad que entonces se llamaba fatigas, todo lo contrario que mi abuelo. El nombre de mi abuelo era Andrés Muñoz García y el de mi abuela Juana

BARRENOS EN EL TRANCO Y EL ACCIDENTE DEL RÍO

- De la ayuda entre vosotros ¿Qué me dices?

- Cesáreo Muñoz Manzanares, del Soto de Arriba, que es mi hermano mayor, ya estaba en el Tranco trabajando en la cantera de martillero. Ponían las cargas de dinamita para arrancar las piedras para la construcción del muro. Cuando iban a estallar los barrenos, ya tenían las horas señaladas, ellos se iban con tiempo porque sino las mismas piedras, las mismas cargas de dinamita, los mataban.

Un día, cuando corrían ellos para esconderse, uno de los compañeros, se lesionó un pie y cayó al suelo. No podía seguir. Los otros sí y mi hermano entre ellos. Nadie se dio cuenta hasta que el otro empezó a pedir auxilio. Mi hermano volvió la cabeza y lo vio. Ya había explotado la dinamita y llovían las piedras de la cantera. Se volvió, debajo de la lluvia de piedras, lo cogió y notó que no podía andar. Se echaba mano al pie doliéndose. Como ya no pudo atravesar aquella avalancha de piedras, lo arrastró y se refugiaron en un hueco que hacía la roca. Como una cueva. Los dos aplastados y las piedras pasando por encima de ellos. Allí estuvo hasta que cayeron todas las piedras. Cuando paró aquello, lo cogió como

pudo, arrastrando por encima de los riscos que habían caído y le salvó la vida. Pero expuesto a la muerte él también. Aquel hombre se llamaba Francisco Punzano.

De mi hermano Cesáreo, cuando estuvo trabajando en el muro del pantano, tengo muchas cosas que contarte pero entre ellas, ahora te voy a hablar de una muy bonita. Cuando entró a trabajar en esa construcción, lo hizo de pinche y estuvo allí hasta que se terminó el Tranco que cuando Jesús Carreiras se fue al pantano del Pintao, provincia de Sevilla, a mi hermano lo dejaron de encargado general que fue el que terminó las obras. Y por eso él nos cuenta cantidad de cosas de sus vivencias de allí y de entre todas, me acuerdo de una muy graciosa.

Fue que siendo pinche y un día fue a por agua para darle a los hombres que lo querían mucho. Era muy obediente con el capataz y muy complaciente. Le gustaba mucho tener a todo el mundo contento. Y fue con la cuba del agua, el carrillo ese que tiene una sola rueda y sirve para muchas cosas y mi hermano lo usaba para transportar la cuba del agua y fue a Mojoque en busca del agua fresquita a una fuente que había allí, para darle a los obreros.

Y allí hay, no sé si existirá todavía pero entonces si existía, una higuera con higos blancos muy dulces y muy buenos. Y él pensó: “En lugar de llevarles agua, pues yo les llevo higos, que

coman higos que son muy buenos”. Y entonces se le ocurrió quitar el tapón a la cuba y en vez de llenarla de agua, fue y cogiendo higos y uno a uno tuvo la paciencia de irlos echando a la cuba para llenarla de higos. Se presentó con la cuba llena de higos y los hombres esperando el agua: “Cesáreo, ¿nos traes ya el agua fresquita?” y él: “¡Noooo! Os traigo otra cosa mejor. Os traigo higos muy buenos y muy dulces”.

Y a los hombres les hizo mucha gracia de ver las ocurrencias que había tenido el chiquillo, que tendría como unos catorce años, de llevarles higos en vez de agua y el capataz que estaba allí, que era Francisco Suárez, le dijo: “Pero hijo mío, ¿por dónde los has metido?”. Y le contestó mi hermano: “¡Por aquí!”. Señalando al agujero por donde se llenaba de agua la cuba y el capataz le volvió a preguntar: “¿Y ahora sacarlos, por dónde los sacamos?”.

Y tuvieron que quitarle no sé qué a la cuba para sacar los higos pero a los hombres les hizo mucha gracia, se rieron mucho y se comieron los higos. Luego mi hermano dio otro viaje y ya les trajo agua fresquita. A mi hermano Cesáreo en el Tranco lo conocía mucha gente y era muy estimado por los ingenieros y por los demás capataces y hasta por sus mismo obreros, cuando luego fue capataz de las obras. Cuando terminó la obra del Tranco, el último día que tuvieron allí un pequeño convite, los obreros a coro decían: “¡Viva nuestro

capataz!”. Y hasta lo cogieron y lo tiraron para arriba en forma de júbilo porque lo querían mucho.

Según me ha contado mi hermano, las obras del pantano se empezaron antes de entrar en España la República del 31 y el primer ingeniero fue don Rafael de la Vega. El primer encargado general se llamaba Francisco Suárez y los capataces primeros fueron: Amador Valcacer, Jesús Carreira, Barros, Portela y el capataz de los carpinteros era Pomares, Antonio Vázquez, Baltasar, otro llamado Jesús que no recuerdo su apellido. El segundo ingeniero fue don Antonio Martínez Muñoz y el último don Emiliano Ruiz Castejón. Segundo encargado general fue don Jesús Carreira y el último encargado general lo fue Cesáreo Muñoz Manzanares.

Hubo varios accidente graves de invalidez y muchos de relativa importancia, sin invalidez y dos mortales. La construcción del pantano se terminó en el año 1946. Los capataces de los últimos tiempos, a las órdenes de Cesáreo, fueron: Juan Sánchez Castro y otro Juan Sánchez que le decían Sánchez El Viejo para distinguirlo del primero y porque era mayor, Juan Antonio Heredia, Manolo Vega, Juan Antonio el de la Aldofina pero no mi prima y el único capataz de Hornos fue mi hermano Cesáreo. Los otros eran de otros pueblos.

Otro caso: en plena guerra. En los cortijos de la Vega del

Hornos, no había nada más que ancianos, mujeres y niños. Mi hermano Angel tenía entonces quince años. El mayor estaba en la guerra. Angel era el pequeño y tuvo que asumir todo el trabajo que hacía el mayor. Hubo una tormenta y le cogió a él trabajando al otro lado del río chico. El de Hornos porque el río Grande era el Guadalquivir. Llovió muchísimo y ya no pudo seguir arando con los mulos. Los desunció e iba a pasar el río y vio que ya era imposible. Había crecido mucho. Desde el Soto, desde mi casa, mi madre, mi prima y mi tía Francisca, diciéndole con la mano: “No pases, Angel, no pases”. El las había visto y también con la mano les contestaba diciendo: “Que no paso, madre, que no. Éntrese usted a la casa que no paso el río”.

Pero había un niño, hijo de Asunción Muñoz Manzanares, con cinco años de edad. El niño se llamaba José Toribio Muñoz. Al ver que su primo estaba al otro lado del río y que estaba solo, pensó: “A mi primo le pasa algo”. Salió corriendo porque se quería ir con él. Se subió a la viga que había de madera que era el único puente que teníamos para cruzar el río. Al verlo mi hermano desde el otro lado le decía: “José, no pases, no pases. Espérame que cuando baje el río ya cruzo yo. No pases”. Y el chiquillo llorando: “Angel que estás tú ahí solo”. “No te preocupes. Tú no pases”. Pero el chiquillo no le hizo caso o no lo oyó con los ruidos de los truenos y la corriente del río. Vino una tromba de agua, envolvió al chiquillo y lo tiró al

río.

Al verlo mi hermano, ni lo pensó. Se tiró de cabeza a la corriente. El chiquillo dando tumbos por la corriente del río entre el fango, maderas viejas, monte, rastrojos. Y envuelto en la corriente el chiquillo. Mi hermano, que por suerte era un buen nadador, luchando en las aguas detrás hasta que alcanzó al chiquillo. Lo cogió con el brazo izquierdo y con el derecho nadando tratando de arrimarse a la orilla pero el agua no lo dejaba. Río abajo iba mi hermano envuelto en la corriente y todos los del cortijo corriendo por la orilla intentando salvar a uno y a otro. Todos, chiquillos, viejos, mayores, todos nos agolpamos a la orilla del río. Lo mismo que iba mi hermano con el chiquillo en brazos río abajo, nosotros por la orilla, también río abajo.

Isidro Gómez, del Soto de abajo, el que le decían de apodo Viborica, cogió una vara de varear y se fue corriendo al río y le tendió la vara para que mi hermano se agarrara. Pero no pudo. El agua tenía mucha fuerza. En un recodo pronunciado que tenía el río, que le llamaban “El Potro”, contra la tierra los estrelló la corriente y en unas plantas que había en el rincón que le llamaban “Sargas”, pudo con el brazo derecho agarrarse y con el izquierdo levantó la cabeza del chiquillo para que respirara. Sujeto se quedó hasta que pasó el agua. Tos alrededor tratando a ver cómo lo podían sacar. Cuando lo

rescataron, parecían dos cadáveres. Llenos de barro rojo de esa Vega de Hornos. No se le veía nada más que los ojos. Y decía mi hermano: “No lloréis que el chiquillo está vivo”. Porque salió con el chiquillo en brazos. “No llores Asunción que al niño no le ha pasado nada”. Asunción era la madre. Y a mi madre: “Madre, no llore que no nos ha pasado nada”.

Este chiquillo, vive hoy en el Tranco. Si algún día vas por el lugar, pregunta por él. Ya es una persona mayor. Mi hermano, el que le salvó la vida, murió hace diez años. Fíjate qué cosas tan bonicas ocurrían en la Vega. Estas aventuras, hoy saldrían en las primeras páginas de los periódicos o los telediarios. Entonces entre nosotros se quedaba aquello, como lo más natural del mundo. No se le daba importancia porque es que aquello lo hacía cualquiera. Era la vida así. Como si los que vivíamos en el lugar hubiéramos tomado conciencia de que la Vega era nuestra tierra, nuestra vida, nuestro mundo y que nadie vivía agusto si no contaba con el otro. La Vega de Hornos era de verdad un paraíso. ¡Qué alegría y qué lástima aquella Vega nuestra hoy toda bajo las aguas del pantano!

Pues de mi hermano Cesáreo luego te contaré otras historias pero ahora quiero decirte que este hermano mío, antes de morir y por expreso deseo suyo, lo llevó su hija a despedirse de su tierra porque la quería ver una vez más antes de dormirse en el beso de Dios. Y cuando iban por el rincón del pedazo de

tierra, que antes había sido de nuestra propiedad donde hay unas olivas que él mismo las plantó y las crió, cogió un puñado de tierra, lo echó en una bolsica y le dijo a su hija: "Hija mía, cuando yo me muera, échame en la caja esta tierrecica que es del rincón donde nací, fui joven, tuve la felicidad y sigo teniendo mis raíces. No se te olvide y échame esta tierra mía en la caja para que cuando duerma el último y eterno sueño, tenga conmigo para poderla abrazar, la tierra de mi alma que tanto quiero y nunca he podido olvidar".

Este hermano mío, ya te digo, es mayor que yo, no hace mucho se durmió en el sueño que a lo largo de toda su vida ha soñado para despertar a la realidad que tanto ha anhelado, desde lo hondo de su alma. Y te digo esto porque una vez me confesó que en más de una ocasión, cuando dormía, soñaba que estaba oyendo los cencerros de las vacas, de las cabras y las ovejas de la Vega y que luego al despertase, sentía una gran desilusión porque caía en la cuenta que todo era puro sueño y no realidad y decía: "Válgame Dios! Tan agusto como yo estaba en mi sueño creyendo que de verdad me encontraba en mi tierra y me despierto y veo que no es verdad. ¿Por qué me habré despertado? Yo quisiera seguir soñando".

Ya te dije de él que estuvo en la guerra, obligado por su quinta, y por dos veces fue herido de las piernas. Y una de las veces que cayó herido, te voy a explicar cómo fue porque él

luego nos lo explicó. Decían que estaban en un cortijo grande o una aldea o algo así que había sido derribada por bombas o por cañonazos o por lo que fuera pero quedaban todavía paredes. Decía que la comida que le daban era comida fría porque no podían encender lumbres ya que el otro ejército estaba cerca y veía las llamas. Nos contó que estaban cuatro metíos en un sitio y por la paja que se veía allí, se notaba que era el pajar de aquellas casas.

Y estando abriendo una lata de mermelada y ya con la cuchara en la mano para empezar a comer, de pronto sintió que una mano en cada hombro, se le posaban y tiraban de él hacia atrás. Creyó que era algún compañero que se le había acercado y le gastaba una broma y le dijo: “Déjame hombre que vamos a comer” al irse hacia atrás las piernas se le subieron para el cuerpo y cayó boca arriba. Y dice que cuando volvió la cabeza no vio a nadie pero en aquel momento cayó un mortero, que yo no sé eso lo que es, las personas que entiendan de estas cosas de guerra lo sabrán. Pues cayó este artilugio exactamente en el mismo centro donde estaban los cuatro. Los otros tres compañeros murieron y él quedó herido en las piernas pero salvó la vida.

Cuando escribió diciendo que estaba en el hospital mi padre fue a verlo y mi madre y mi abuela le escribieron pidiéndole que les contara cómo había sido el accidente. Le decía mi abuela:

"Hijo mío, explícame con detalle cómo te ha pasado". Y entonces mi hermano se lo explicó todo. El día, que ya no me acuerdo, le explicó la hora y en el momento que había sido y al recibir la carta y leerla mi abuela se acordó y dijo: "¡Dios mío! Si exactamente a esa hora, aquí en el Soto de Arriba, estábamos rezando el rosario por él". Y así se lo comunicó en la carta de respuesta a la suya y le decía: "Hijo mío, en ese mismo momento que tú dices te pusieron las manos en los hombros y te tiraron hacia atrás, aquí en la Vega de Hornos, la familia entera estábamos rezando el rosario por ti y pidiéndole al cielo que te cuidara".

Desde aquel día y a lo largo de toda su vida él no se ha cansado de repetir que sintió las manos sobre los hombros y tirarlo para atrás. Hasta me contó a mí que se dio un golpe en la cabeza de la fuerza con que tiraron de él para atrás. Y desde aquel momento él y nosotros, hemos creído que lo suyo fue un milagro.

De la guerra, cuando volvió, nos contó muchas de aquellas fatigas y luchas que en las batallas había vivido. Entre otras cosas, decía que tuvo un compañero al que llegó a querer como hermano. Este amigo se llamaba Rufino Robles, hijo del hermano Matía Robles y de la hermana Lola. Una gran familia que vivía en otro cortijo de aquella Vega mía de Hornos y cuyo nombre es El Chorreón.

Al terminarse la guerra, se reintegró otra vez al trabajo que había tenido en la construcción del muro del Tranco. Entró de martillero, luego lo pusieron de capataz, que como te dije, fue el único capataz que hubo del pueblo de Hornos y más tarde fue capataz general hasta que se terminaron las obras del Tranco. El capataz general que había allí, que era don Jesús Carreira, lo trasladaron al pantano del pintao a Sevilla.

Cuando terminaron las obras del Pantano del Tranco, otra compañía que entró allí que me parece era de algo de electricidad pero no estoy segura aunque sí creo que se llamaba Benjamol o algo así. Le ofrecieron un contrato muy ventajoso porque como todo el mundo lo conocía y sabía de su valor como persona, quisieron quedarse con él pero decía: “Yo me hice hombre con la empresa donde empecé a trabajar de pinche y con ella quiero continuar”. Y entonces fue cuando ya al terminar la obra del Pantano del Tranco que te he contado hicieron una pequeña juerguecilla y los obreros se lo echaban por los hombros, se fue al Pantano del Pintao, en la provincia de Sevilla.

Allí siguió su trayectoria de nobleza y trabajo como lo había sido toda su vida. Y te voy a contar una anécdota muy graciosa para que entiendas mejor la semblanza de mi hermano. Por aquellos días, como ahora se ponen también, algunos llevaban

al trabajo gorros con dibujos y cosas. Y un día se presentó a mi abuela y le dijo: “Madre Asunción, bórdeme usted las letras que yo he escrito en este gorro”. Y recuerdo con toda claridad que las letras que mi abuela le bordó en aquel gorro para el trabajo, decían lo siguiente: “Justicia, paz y trabajo”. Esta fue la pintura que mi hermano dibujó en su gorro como un reflejo de lo que rotundamente él tenía grabado en su corazón.

Estando ya en el Pantano del Pintao, un día no sé qué trabajo estaban realizando los obreros y él hizo según sus costumbres. Cuando veías a los obreros en dificultades no se quedaba sólo en mandar sino que se ponía mano a la obra codo a codo con ellos. Y si alguno no sabía hacer una cosa, como él la había hecho antes, en vez de regañarle lo que hacía era ponerse a su lado y le decía: “Esto se hace así”. Y lo enseñaba. Y cuando había algo fuerte que hacer, era el primero en acercarse y ponerse a trabajar como un obrero más.

Y un día, no sé qué tuvieron que hacer con un motor que debían trasladar de un lado a otro. Sé lo que le pasó a mi hermano pero por qué se rompió aquel cable y todo eso, esto te lo hubiera podido explicar él pero yo sólo sé lo que le ocurrió. Era un motor de quinientos kilos, esto sí lo sé. Y estaba enganchado a un cable y al moverlo de un lado para otro hizo falta allí refuerzo y él no se lo pensó dos veces y se puso a

empujar. Con tan mala suerte que el cable se rompió y el motor de quinientos kilos, le cayó encima por el lado izquierdo. La pierna izquierda, se la aplastó.

Cuando los obreros vieron a su capataz herido, pusieron en marchas las sirenas avisando accidente grave, empezaron a pedir auxilio, acudieron corriendo, pararon todas las obras, lloraban como niños y entre todos le quitaron el motor de encima y cuando lo cogieron se lo llevaron corriendo al hospitalillo que tenían allí y le hicieron los primeros auxilios pero la pierna la tenía casi cortada. Un poco el golpe se lo quitaron unas botas altas que llevaba puestas que tal vez, sino, la pierna se hubiera quedado allí mismo debajo de aquel motor.

Y como se sangraba, avisaron a Sevilla y se lo llevaron corriendo y cuando llegaron ya estaba un médico esperando y con el quirófano preparado para hacer lo que pudieran por su pierna. Y cuando llegó y lo vio el medico, que se llamaba don Francisco Graciani, dijo: “Esto no es una pierna rota, esto es un amasijo de huesos”. Pero mi hermano, que estaba consciente, decía: “Por Dios, don Francisco, no me corte usted la pierna, que esto es cortarme la vida. No me corte usted la pierna que si yo quedo inútil para el trabajo, me muero porque mi vida es el trabajo. Haga usted lo que pueda por salvarme la pierna”.

Y aquel médico parece ser que era, además de buen

médico, buena persona y aquella noche cuando llegó no le cortó la pierna. Después de varias operaciones y de muchos sufrimientos de mi hermano del alma, al final conservó su pierna pero quedó inútil para el trabajo. Él intentó seguir y el ingeniero que se llamaba don Santiago, también le pidió siguiera con su cargo. Le decía: “Mira, a ver si puedes. Unos ratos de pie y otros ratos sentado, a ver si puedes seguir con tu trabajo”. Porque es que ellos no querían perder aquel hombre en su empresa y lo intentó pero no pudo.

Y por aquél accidente él perdió su trabajo y el mundo obrero perdió, puedo decir con orgullo, a un gran hombre y fue entre el 20 de junio de 1947, cuando tenía treinta años de edad. Y ya rematando te digo que con la misma dignidad que ha vivido este gran hermano mío, así ha muerto. Una enfermedad por dentro le ha ido minando las fuerzas y después de llevarlo con la gran valentía que ha llevado toda su vida los sin sabores y las luchas que el Señor ha querido poner en su camino, ha subido, como él decía, “el último peldaño de la escalera”.

Yo que soy su hermana pequeña y que lo quiero como siempre nos hemos querido todos los de la familia de aquel cortijo del Soto de Arriba, presencié su muerte y digo que con tremenda resignación y amor, y teniendo en el pecho el mismo crucifijo con el que todos los míos han muerto, así entregó su alma al Dios Supremo, Padre de todos los humanos. Con una

gran resignación y paz.

Como si el Señor en ese mismo momento le hubiera dicho: “Hijo mío, ven conmigo a mi reino a tomar posesión del gozo eterno que para ti tengo reservado porque tú y los tuyos, fuiste otro más de los elegidos de entre esos humildes cortijos en las tierras que aquel día quedaron sepultadas Bajo las Aguas del Pantano del Tranco. Ven a mi lado y toma posesión de mi reino porque cuando estuviste en la tierra, cada vez que me acerqué a ti y tuve hambre, me diste de comer, cuando tuve sed me diste de beber y cuando estuve triste, me consolaste”.

Una muerte tranquila, como si Dios le hubiera dado un beso y al sentir la dulzura de su fragancia, expiró. Sentado y con la cabeza inclinada hacia el pecho, como tantas veces él le había pedido la Virgen, morir en un dulce sueño. Rodeado de toda su familia, terminó tranquilamente como si todavía en ese momento estuviera dormido en el sueño que le transportaba a la Vega de nuestro Soto de Arriba. Y ahora aquí digo, para que quede constancia, que bien puede estar orgulloso mi querido pueblo de Hornos de que uno de sus humildes hijos, Cesáreo Muñoz Manzanares, después de haber sido desterrado de sus tierras y haber vivido toda su vida en el anonimato, hoy esté sentado entre los elegidos en la región de la eternidad porque siendo grande de corazón y alma, fue pequeño entre los pequeños.

Y claro que hoy me siento un poco más sola porque de la familia que aquel fatal día tuvimos que arrancarnos de la Vega, ya solo quedábamos él, su esposa y yo. Y como ha subido su último peldaño, hoy ya quedo más sola. La última raíz que sin tierra para germinar, vino de aquella Vega querida. Quedábamos los dos pero él ya se me ha ido también. A mí ya sólo me queda recordar lo que mi magullada alma quiera darme como alimento para mantener vivos los recuerdos de aquellas conversaciones que tuvimos siempre con nuestra tierra en los labios. Toda la vida recordando y añorando nuestra tierra.

Como sabes dejó el encargo de que en su sepultura le echaran aquel puñado de tierra que recogió en el viaje que hizo la última vez que estuvo por la Vega de Hornos. Se ha cumplido su voluntad. Su hija estuvo al cuidado de que no se le olvidara y cuando ya le daban sepultura, le echó el puñado de tierra dulce que fue cogida por él mismo de la que siempre será nuestra auténtica tierra. Donde hemos nacido y nos hemos criado y hemos respirado el aire limpio de las montañas y recorrimos, de manos de nuestra abuela y madre, los primeros pasos hacia el camino del cielo, eternidad y paraíso que soñamos semejante a nuestro rincón del Soto.

Se ha ido a la presencia de Dios, lejos de su tierra pero envuelto en tierra de su tierra. Su muerte ha sido el día cinco

de febrero de 1998 a las doce del día mientras en la Iglesia de los Padres Carmelitas rezaban el Ángelus y lo ofrecían por él. Una de las coronas que llegaron allí decía: “Has subido tu último peldaño con dignidad”.

Unos días después de su muerte, de mi prima Virginia, la que me mecía en la cuna cuando yo era pequeña y me cuidaba siempre que estaba en el cortijo del Soto, recibí una carta que decía lo que sigue:

“Ibiza, 15 de marzo de 1998. Querida prima: he recibido tu carta y me hago cargo de la situación tuya, pues a mí también me ha dado mucha pena la muerte de tu hermano Cesáreo. Que tú sabes el roce y el cariño que nos hemos tenido todos por ser los que más cerca hemos vivido en nuestra infancia. Que esos recuerdos son inolvidables. Bueno prima, dime cómo te encuentras tú porque también me acuerdo de dónde vives, con demasiadas escaleras para tus piernas. Pues yo ya estoy bastante mejorada, tanto del herpe como de la caída. A ver si Dios nos da fuerzas para podernos ver de nuevo. A Encarnación, a su hijo Felipe y Josefa también le he escrito con la misma fecha y de la prima Ramona Manzanares, te diré que estuve hablando con ella por teléfono y me dio muchísima alegría. De mi sobrina Francisca y su familia, te puedo decir que están bien, porque de vez en cuando nos llamamos.

También me dirás si vives sola en tu casa o tienes a alguno de tus hijos cerca. Yo sigo sola desde que murió Vicente pero los domingos siempre los paso con mis hijos. Un abrazo para tus hijos y el cariño de tu prima que te quiere: Virginia.

AMOR CON AMOR SE PAGA

Hasta ahora te he ido contando cosas de mi tierra y casi todas bonitas. Lo más desagradable fue la muerte de mi tío José, que ya sabes cómo murió. Pues allí éramos todos felices pero no creas que no surgían problemas, familiares, de índole económica y de otras cosas. Mas pon atención a lo que te digo: TODO LO IBA SOLUCIONANDO EL AMOR. Lo que te voy a contar a continuación pasó en mi casa, en el Soto de Arriba, en el seno de mi familia.

Recién venido mi hermano de la guerra, pues nosotros teníamos un par de mulos para labrar nuestras tierras. Y cuando vino mi hermano mi padre pensó, y también mi hermano que tenía muchas iniciativas, que había que comprar otra bestia. Así de este modo teníamos un par de mulos nuestros y otra bestia que nos podía hacer apaño “aparceando” con otro que tuviera una sola bestia también. Araban así por turnos. Pero entonces mi padre para eso precisaba un poquito de dinero, porque le faltaba. Nosotros en la casa criábamos cerdos y luego, en la feria de la Puerta, se vendían. Nos quedábamos con los que íbamos a matar, para el arreglo del

año y se dejaban también los que se destinaban para criar. Los otros se vendían. Con aquel dinero se atendían a otras necesidades, por ejemplo: ropa, calzado... en fin, esas cosas que siempre hay que atender en las casas.

Aquel año pues mi padre quería comprar otro mulo y nos faltaba un poco de dinero. Entonces mi tío Ramón, que vivía un tabique por medio con nosotros, mi hermano vio que nos podía ayudar un poco. Por eso fue y le dijo a mi padre: “Padre, ¿vamos a pedírselo al tío Ramón prestado?”. A mi padre le pareció bien. Fue mi padre y le dijo a mi tío: “Mira Ramón ¿nos puedes prestar un poco de dinero?” No me acuerdo la cantidad que era. Tal vez esta cantidad ahora pereciera pequeña pero en aquellos tiempos, a lo mejor era importante. Así que le dijo: “¿Me puedes prestar esta cantidad y en la feria de la Puerta, cuando vendamos los marranos, te la pago?” Y dijo mi tío: “Pues sí, no hay inconveniente”. Y entonces le dijo mi padre: “Para más seguridad, para más tranquilidad por si a mí me sucediera algo, vamos a hacer un recibo, un pagaré, le ponemos fecha para la feria de la Puerta y entonces te lo pago”. “Pues de acuerdo”, le contestó mi tío.

Se juntaron mi padre, mi hermano el mayor, Cesáreo y mi hermano el menor, Angel. Mi hermano mayor que era el que más cultura tenía y sabía bien redactar un recibo, fue el que estuvo redactando el escrito. Lo firmaron y mi tío sacó el dinero

y se lo dio a mi padre. Lo guardaba en la casa, creo recordar que en una bota de su hijo Bibiano, que fue el hijo que le mataron en la guerra. Se salieron de la casa y todos tan contentos. Pero no sé si aquel día o al siguiente, mi tío contó el dinero. Descubrió que le faltaba más dinero del que le había dado a mi padre. Entonces llamó a mi padre y le dijo: "Felipe, me falta dinero. Pregunta a los muchachos porque tal vez cuando estuve sacando el dinero para dártelo a ti, se me cayó al suelo y a lo mejor ellos lo cogieron". Mi padre le contestó diciendo: "Ramón, si se hubiera caído el dinero, mis hijos lo hubieran recogido y te lo hubieran dado. Yo no vi que se te cayera ningún dinero pero si hubiera sido así, tengo la plena seguridad que mis hijos no se lo guardan. Te lo hubieran entregado".

Pero mi tío, no se sabe por qué, se empecinó en que habían sido mis hermanos. Aquello cayó en mi casa como una bomba. Peor que si nos hubiera pasado una gran desgracia personal. En mi casa siempre se ha tenido gran estima por la honradez personal y por eso aquello venía a herirnos en lo que más nos dolía. Me acuerdo de mi madre llorando delante de una imagen de Sagrado Corazón de Jesús que había en la puerta de mi cuarto. Cruzaba las manos y no hacía nada más que decir: "Señor, Tú me has quitado la pena del hijo perdido que tenía en la guerra, no permitas que ahora los vea deshonrados".

Y mi tío se empecinó de tal manera que ya amenazó hasta con llamar a la Guardia Civil. Y entonces mi hermano decía: "¿Para esto he venido yo de la guerra? Mas me valía haber muerto en el frente con honra que venir a vivir a mi tierra deshonrado. Pero padre ¿cómo consiente usted que su hermano desconfíe de nosotros?" Mi hermano el menor, como era más chiquitillo, no tenía más salida que decir: "Pues yo no he sido, yo no he sido. Y Cesáreo tampoco. Nosotros no hemos sido". Pero mi hermano Cesáreo ya tenía otra responsabilidad y aquello para él era como si le faltara la vida. Mi madre igual. Y mi padre indignado con su hermano.

Entonces le dijo mi padre: "Mira Ramón, llama a la Guardia Civil, llama a quien quieras. Tú conoces a mis hijos. Pero si viene la Guardia Civil aquí, si le pegan a mis hijos, tienen que pegarle a todos los que vivimos en el Soto. Porque el ladrón puede ser quien menos te figures tú. Cualquiera de los que vivimos aquí, puede haber sido el ladrón. ¿Por qué tienen que ser mis hijos?" Por estas palabras, como él tenía a sus hijos allí y a sus nietos, se contuvo un poco de llamar a la Guardia Civil.

Te voy a decir ahora que mi tío tenía una señora que le ayudaba en las cosas de la casa. El nombre me lo cayo, te lo diré luego en privado, porque no me gusta hacer comentarios no agradables de las personas. Ella murió pero todavía pueden vivir algunos de su familia. A pesar de lo que luego te diré, era

una mujer muy bondadosa. Yo recuerdo de ella que era muy amable y que a mí me acariciaba mucho cuando era pequeña y que era una mujer que todos la queríamos en el Soto. Esta mujer tenía un hijo que estaba casado con varios niños pequeños. Estaba muy necesitá la pobre familia. Y claro, como madre, sufría ver a sus hijos pasando necesidad.

Espera un poco y verás a lo que quiero llegar. Te darás cuanta como aparece la mano de Dios en todo aquel gran disgusto que estábamos viviendo, como tantas veces aparece en las cosas de nuestras vidas. El niño que había en el Soto, que mi hermano Angel le había salvado la vida en el río, vino ahora a salvar a mi familia. Un día jugando por detrás de la casa, vio en el tejado de la parte baja de la vivienda de mi tío Ramón, un tirajillo de trapo blanco. Los chiquillos, como todo lo trastean, le llamó la atención ver aquel trapico limpio en el tejado sucio. Le dio por tirar del cordón y se encontró con un envoltorio, lo deslió y vio que allí había dinero.

El chiquillo salió corriendo con el dinero en la mano y se lo llevó a su madre, que era mi prima Asunción Muñoz Manzanares. Mi prima, de momento acudió a su madre, que era mi tía Francisca Manzanares Donvidau. Ambas estaban necesitadas. Mi tía Francisca se ganaba la vida cosiendo de día y de noche con un candil. Quiero matizar esto para que veas que unas personas que estaban necesitadas, el mérito

que tiene que al tener en sus manos aquel dinero, en lugar de pensar en quedárselo, sólo pensaron en que mis hermanos y mi familia estaban sufriendo por aquel dinero. Se apresuraron y se lo entregaron a mi tío Ramón. Mi tía Francisca le dijo: “Ramón, este es el dinero que te faltaba. Mira José se lo ha encontrado en tal sitio, donde estaba escondido”.

Llamaron al chiquillo y este los llevó a donde había encontrado el dinero y ya mi tío Ramón se quedó satisfecho. “No te preocupes Felipe, ya ha aparecido el dinero. No pasa nada”. Le decía a mi padre. Pero mi madre contestaba: “¡No Ramón, no basta con que haya aparecido el dinero! Tú sí estás conforme porque has recuperado tu dinero pero mis hijos no han recuperado la honra. Aquí lo que importa es que aparezca el ladrón”. Y mi hermano el mayor decía: “Si no aparece el ladrón nosotros quedamos igual de deshonrados con dinero y sin dinero. Es el ladrón quien tiene que aparecer”. Y mi padre aclaraba: “Pero Ramón ¿cómo estás tú? ¿No te das cuenta de que el asunto está a medias? Para ti está terminado pero para nosotros no, porque quedamos como sospechosos de robo. Ahora es cuando yo exijo que venga aquí la Guardia Civil. Si no la llamas tú la llamo yo, porque hay que hacer un interrogatorio entre todas las personas del Soto para que se sepa quién ha puesto ese dinero debajo de la teja”.

Este dinero había sido la sirvienta quién lo había puesto allí

debajo del tejado de acuerdo con su hijo para ir luego a recogerlo. Pero no le dio tiempo a cogerlo y el niño lo encontró antes. Que esta pobre mujer no debía haber hecho lo que hizo, por supuesto pero a pesar de todo, ella pudo haber cogido mucha más cantidad de dinero. Mas se conformó con una pequeña cantidad para socorrer a su hijo y a sus nietos. Cuando ella descubrió que el dinero ya no lo podía coger su hijo porque lo había encontrando el niño y sí sabía que había suscitado un gran problema entre nuestra familia, declaró. Esta pobre señora llorando, hecha un mar de lágrimas confesó su culpa. Ella misma dijo: “He sido yo. No le echéis la culpa a los muchachos. Yo lo cogí porque vi donde lo Guardó Ramón. Lo cogí para que mi hijo pudiera calzar a sus hijos que están descalzos y vestirlos un poco. Pero me ha pesado mucho de hacerlo porque he visto el daño que le he causado a Felipe, a María Josefa y a sus hijos”.

Entonces, mi tío montó en cólera y despidió a aquella señora. Mi madre, mi padre y mis hermanos, no te puedo explicar la alegría que sintieron al ver que todo estaba claro. Allí ya no era el dinero lo que importaba, lo que tenía importancia era la reputación de dos personas inocentes. Esto te lo estoy contando a ti pero en aquellos días, nadie supo nada en toda la Vega de Hornos. Aquello se quedó enterrado en el Soto y después, bajo las aguas del Pantano del Tranco. Y si te lo comento ahora es para que se sepa los milagros que

puede hacer el amor en las familias.

Como te decía, mi tío despidió a la sirvienta. Aquella mujer era viuda. No tenía medios ninguno para enfrentar la vida, excepto su trabajo. Ahora las viudas tienen su pensión, más o menos grande que les permite, por lo menos comprar el pan cada día. Aquella mujer no tenía absolutamente nada y su trabajo lo había cumplido bien. Osea, que mi tío la echaba a la miseria. Y entonces mi madre, que por algo te he comentado tantas veces que tenía una alta formación cristiana, cuando aquella mujer se iba fue y la abrazó. Llorando, ella le dijo a mi madre: “María Josefa, me voy, me ha despedido Ramón. He sido débil, he cometido una falta y por ella tengo que pagar ahora. Me quedo sin trabajo, sin el cariño de los que aquí en el Soto vivís y sin un trozo de pan que llevarme a la boca”.

Mi madre fue como una flecha a casa de mi tío y de muy buenas maneras le dijo: “Ramón, si nosotros te hemos perdonado a ti ¿por qué no la perdonas tú a ella? Esta mujer te ha sustraído esa pequeña cantidad de dinero porque se veía necesitada pero lo que tú les ibas a quitar a mis hijos es mucho más grande, que es la honra. Nosotros te estamos perdonando a ti, no te hemos negado el saludo, mis hijos te siguen queriendo, te siguen respetando, aquí no ha pasado nada, nadie sabe lo más mínimo de este disgusto nuestro, desde que ha aparecido el dinero, todo se ha quedado tranquilo, si

nosotros te perdonamos a ti ¿por qué tú no la perdonas a ella? ¿Por qué no le das una oportunidad? ¿Tú no sabes que esta mujer cuando se vaya a su casa se va a pasar hambre? ¿Ha cumplido con su trabajo? ¿Se ha portado bien con vosotros? ¿Por qué no la perdonas tú?

Habla con ella, dile que no lo vuelva a hacer más y dale una oportunidad que no ha sido pequeña la que nosotros te hemos dado a ti. Que si hay amor para unos sí y para otros no y caridad para unos sí y para otros no, eso no es justo ni tampoco es amor. ¡Perdónala Ramón!" Y entonces, por aquella intervención de mi madre, mi tío Ramón le dijo: "Puedes quedarte pero que no pase otra". Aquella mujer siguió trabajando allí. No lo volvió a hacer más, cumplió muy bien su trabajo y murió, por vejez, en casa de mi tío y en el plano que la Confederación Hidrográfica del Guadalquivir levantó del cortijo del Soto para echarnos de aquella hermosa tierra mía, te puedo hasta indicar en el rincón exacto donde murió. En un escaño que había de madera, que aquí en esta tierra se le llama sofá, allí murió esta señora y la amortajó mi prima Virginia que ahora mismo se encuentra viviendo en Ibiza.

Pero mira, ¿no te das tú cuenta que es verdad lo que decía Santa Teresa 'que Dios anda hasta en los pucheros?" Mi hermano Angel salvó a José Toribio del río ¿quién le iba a decir a mi hermano que aquel niño, al que él salvaba de morir

ahogado, lo iba a salvar luego a él de vivir deshonrado? Porque este niño fue el que encontró el dinero. Fue una mano inocente en todo aquel suceso tan desagradable. ¿Y la honradez de mi tía Francisca, viuda, ganándose la vida quemándose los ojos cosiendo de día y de noche, mi prima Asunción que estaba su marido en la cárcel por aquello que te contaré del incendio del monte, la honradez de conciencia renunciar a un dinero que podía haber aliviado su problema para salvar a mi hermano Angel y con él a toda mi familia? Entregaron aquel dinero por amor a la familia. Por salvar a mis hermanos de una deshonra inocente.

Fíjate si había problemas humanos también en la Vega de Hornos. Pero ¿y los milagros del amor? Aquí los tienes. Esto pasaba en la Vega de aquel pueblo mío tan hermoso y que tan dentro llevo en mi corazón. ¿En qué otras partes del mundo se hace real un amor tan sincero como en aquella tierra mía? "Amor con amor se paga". Era lo que siempre me decía mi madre y allí, entre mi familia, lo comprobé yo, esta y otras muchas veces para nunca jamás olvidarlo.

¿COMO ARREGLAR EL MUNDO?

"Con sólo dos simples leyes dadas por la sabiduría suprema". Era lo que siempre mi madre decía. Por eso creo que ha llegado el momento de decirte que no quiero quedarme corta al hablar de mi madre. Mi madre se merece que se hable

de ella mucho más porque por mucho bueno que se diga, siempre me quedaré corta. Espero que nadie quiera censurarme por esto que voy a decir pero es que lo tengo muy claro: es un deber honrar al padre y a la madre y mucho más cuando se honra con la verdad como me sucede a mí con todos mis antepasados.

Cuando veo las cosas que ahora ocurren en el mundo: que si secuestros, que violaciones, que fraudes, robos, asesinatos y tanta gente siempre haciendo daño a los demás, me acuerdo de mi madre. Hoy día todos los gobernantes, todo el que manda, quiere arreglar el mundo. El que llega siempre dice que el otro lo ha hecho mal y que él lo hará bien en poco tiempo. Luego se descubre, que en más de una ocasión, pobremente es capaz de poner un remiendo en una tela vieja que se rompe por todos sitios. De política, no entiendo nada. La política para mí, a un lado.

Pero me viene a la mente muchas veces lo que le oía decir a mi madre y a mis mayores. Siempre me decía: "Muchas leyes sacan todo el mundo. En todos sitios, todos los gobernantes entran con la ilusión de arreglar el mundo. Muchos de ellos entran con buena voluntad creyendo y diciendo que lo van a arreglar. Si se guardara los mandamientos, con esas diez leyes habría bastante. Sobraría la Guardia Civil, sobraría la policía, no haría falta jueces, no haría falta ninguna norma, nadie

pasaría hambre porque habría más caridad y el mundo se arreglaría solamente con las diez leyes que hizo Dios que es quien más entiende de derechos y deberes. Y resumida en aquellas dos de Amarás a Dios sobre todas las cosas y al prójimo como a ti mismo”.

No quiero lanzar un sermón. No quiero hacer política como ya lo he dicho antes pero cuanto más veo televisión, cuanto más veo los desastres que ocurren en el mundo, de tantas cosas dolorosa y malas, en vez de olvidárseme el recuerdo de mi madre, se me aviva cada día más. Y por eso digo: las cosas son exactamente como lo decía ella. ¿De qué sirven tantas y tantas leyes si las diez principales no se cumplen? “Cada vez que se le vuelve la espalda a Dios se le da la cara al diablo”. Es lo que siempre me decía mi madre. Y yo veo que algo de esto está pasando. Sólo diez leyes sencillas bastarían para arreglar al mundo pero como no se guardan, el mundo está como está.

Porque es que resulta que Dios es más listo y en diez sencillas leyes encerró toda la sabiduría del mundo. Estas diez leyes las hizo un ser mucho más listo y sabio que todos los que gobiernan y mandan sobre la tierra entera. “Nadie es tan inteligente como Dios, nadie es tan bueno como El”. Es lo que siempre me decía mi madre.

EL BUEN AMOR

Amar es sonreír con la mirada
amar es no exigir,
es dar sin esperar
a cambio nada.
Compartir nuestra alegría
aprendiendo a renunciar,
un poco cada día.
Amar es pensar en los hermanos
y aprender a perdonar como Cristianos,
ayudando a quien te hiere
aunque sepas que te odia y no te quiere.
Por amor comprenderás
a quien nunca te comprende
y también disculparás
a quien te humilla y ofende,
olvidando sus errores.
¡Qué buen ejemplo nos dio
el Amor de los Mores!
Cuando en una cruz murió
por los pobres pecadores.
Que el amor al amor llama
amar no es dar el dinero que te sobre
porque es más justo compartir
lo que tengas, con el pobre.
Con humildad y elegancia
porque lo puedes herir
con tu soberbia y arrogancia.
Amar es consolar
al que pierde un ser querido
y levantar la moral
al que está solo y vencido.
Es hacer del corazón
limpia y tranquila posada
donde descansen ancianos
al final de su jornada,
recordando una canción
mientras le tiemblan las manos,
cuando ya no esperan nada.

Amar es hacer tus brazos cuna
dándole calor a un niño,
sin padre ni fortuna,
que necesite cariño.
Y con amor responder
al que yerra en sus caminos,
que todos podemos caer
porque somos peregrinos.
El amor no es envidioso,
es amable, agradecido
y perdona generoso
a quien le ha ofendido.
Nunca siembra la discordia
ni devuelve mal por mal,
y usa la misericordia
a la hora de juzgar
Mas si una negra conciencia
paga con la ingratitud,
ejercita tu paciencia
y sigue amándole tú.

El odio, es esclavitud.
Es una libre quimera, más amar,
amar es sufrir, luchar, sonreír,
renunciar, compartir y perdonar,
caminando cuesta arriba
aunque te cueste trabajo,
que odiando vives sin vida
y siempre irás cuesta abajo.

Ya te lo debes pensar
porque puede elegir
si por el rencor bajar
o por el amor subir
Así que aprende y nuca olvides
que correrás esta suerte:
por el amor, la vida.
por el rencor, la muerte.

HISTORIA DEL PRIMER INCENDIO

Te quiero contar la historia del primer incendio que hubo en mi tierra, desde la Vega de lo que hoy es la cola del Pantano del Tranco y la ladera por donde se encuentras el Camping de

Montillana, el Quijarón y las Cumbres de Beas. Llamó mucho la atención, porque era el único que por allí había ocurrido hasta entonces. Hoy eso de un incendio, da pena, da lástima pero no sorprende porque ahora hay muchos. Pero entonces causó mucha sensación porque fue el único incendio que por todos aquellos alrededores se había conocido. Ni por accidente ni acaso hecho. Allí nadie era capaz de quemar el monte. Porque es que amábamos nuestra tierra. Aquello era nuestro y nadie era capaz de destruir lo que necesitaba para vivir.

Ahora, por accidente, pueden pasar muchas cosas como pasó ésta del incendio. Verás que te cuento: a un hombre que había allí, le decían de apodo “Tres Perrillas”. Era natural de Hornos. Fíjate si te doy señales: su madre se llamaba Candelaria. Muy viejecita. Y tenía no sé que enfermedad, que iba moviendo la cabeza siempre diciendo que no, que no. Era una enfermedad. Los chiquillos, cuando veíamos a Candelaria moviendo la cabeza, yo misma le preguntaba a mi abuela: “Madre Asunción ¿por qué Candelaria mueve tanto la cabeza diciendo que no?” Y me decía mi abuela: “No lo hace porque quiera. Tú nunca te rías de ella. Eso es una enfermedad que ahora mismo no lo puedes entender”.

Tres Perrillas, era un hombre que hasta entonces había pasado inadvertido porque nunca había hecho ni nada bueno para destacar ni nada malo para señalarse. Una de esas

personas que pasan por el mundo desapercibida. Era un hombre corto de entendederas, que no tenía muchas luces. Pero estaba necesitaillo. Tenía una casa de familia que mantener y tenía pocos medios.

En Cañá Morales había un guarda forestal que se llamaba José. Era una gran persona. Su mujer se llamaba Teresa. Era una familia con muchos hijos. Entre los que yo conocía, estaba una hija que se llamaba Marina, otra Angeles y uno de sus hermanos se llamaba Antonio. José, era lo que ahora se llama, un gran profesional. Me parece que era de Beas. No estoy segura pero de Hornos no era. Todas las personas que recuerden aquello, sabrán que entonces los sueldos no eran muy grandes. Aquel hombre no tenía nada más que su trabajo. Recuerdo yo que allí los que necesitaban leña iban al guarda y le decían: “¿José, de dónde puedo coger leña sin hacer daño al monte?”. Entonces él mismo orientaba y decía: “En tal sitio, se ha secado un árbol y lo que está es dañando a los otros. De ese árbol, puedes cortar tú leña. Pero ¡ojo! No toques a los otros árboles”. El siempre cumpliendo honestamente con su deber. O sea, José el guarda siempre pedía a la gente que no dañara el monte, porque esa era su obligación.

Cuando llegaba la época de los castillos: “¿José, dónde vamos a por la leña para hacer los castillos?”. “Mira, en tal sitio, hubo un huracán y derribó un pino. En aquel otro lugar, se le

han secado las ramas a otro". El mismo indicaba a las personas a dónde tenían que ir a por la leña y de este modo, los que salían al bosque a por leña, se convertían en colaboradores del guarda y cuidaban el monte. Quitaban todo lo seco, que era peligroso y no tocaban las otras partes sanas del bosque. La limpieza que hacían, tanto beneficiaba el monte como a los que a él iban a por leña. Era lo que siempre les decía José el guarda.

Había allí algunas personas, que de vez en cuando iban al guarda a pedirle permiso para sembrar trocillos de tierra que encontraban por entre el bosque. "Ranchales", llamaban ellos a estos trozos de tierra. Eso lo cavaban ellos, lo labraban y si había alguna fuentecilla cerca, tenía su riego. Allí sembraban su cosechilla de lo que fuera y era un pequeño arrimo para la casa. Muchas de estas personas, eran agradecías y de vez en cuando le llevaban, a Teresa la mujer del guarda, una cestica de tomates, algún melón o un par de sandías. No quiero decir que esto fuera soborno. José jamás se dejó sobornar. Eran muestras de agradecimiento.

Y este Tres Perrillas, según contaba él después, le había pidió permiso a José. "¿Quieres que en este roalillo, entre Montillana y Los Parrales, en ese clarillo que hay ahí, haga yo un ranchal?" Fue lo que le dijo y parece ser que José el Guarda le dijo que sí. Supongo que le advertiría, como lo hacía con

todo el mundo: “¡Ojo con lo que se hace! Que no se dañe un árbol, que no se corte ni un pino. ¡Ojo con lo que se hace!” Pero la conversación que tuvieron ellos dos, fue sin testigos. Si le dijo que sí José o le dijo que no, eso sólo Dios lo sabe. La verdad, sólo Dios la sabe. Lo que comentaba Tres Perrillas es que él había pedido permiso a José el Guarda.

Tres Perrillas, como ya decía antes, era un hombre de pocas entendederas. Se puso a quemar los pincharrales secos que había en aquel trozo de tierra. Era en el verano. Como ya vengo diciendo que no era hombre precavido, pues no se le ocurrió cortar primero los pinchos, hacer un montón en el centro del ranchal y prenderle fuego después. El no tuvo más idea que llegar y prender fuego a la buena de Dios. Cuando quiso darse cuenta, se le corrió el fuego a donde no debía ni él quería. Tres Perrillas estaba allí. El intentó apagar el fuego, él no huyó. Desde lejos empezó a verse el humo. Empezaron a acudir para apagar el fuego.

En aquellas fechas, allí no había un teléfono para pedir ayuda, no había bomberos, no había nada más que los brazos de hombres y ramas que cortaban donde pillaban, apagando fuego. Fue importante, yo no sé cuánto se quemó allí pero fue una gran extensión y como era lo primero que por aquellos parajes se quemó, causó mucha sensación. Además, que fue una lástima, cosa que todo el mundo lo decía y lo lamentaba.

El hombre lloraba, gritaba y se arrodillaba: “¡Dios mío, que yo no quería que se quemara nada. Yo no quería nada más que mi ranchal”. Se hizo quemaduras y se lo llevaron a Hornos a curarlo. El médico que lo atendió se llamaba don Saturnino Galdón. Era un médico muy bien preparado y ejerció la medicina en el pueblo de Hornos con mucho acierto y resolvió muchos casos graves. Este médico fue el que le atendió en las quemaduras pero a Tres Perrillas, le dio eso que llaman en mi tierra “un torozón”. Daba saltos como un loco y ya no sabía ni lo que hacía ni decía. Loco perdido.

Pero José el Guarda, tenía que poner la denuncia. Era su obligación. ¿Qué iba a hacer el pobre hombre? A Tres Perrillas, lo dejaron en libertad hasta que salió el juicio. Cuando lo llamaron al juzgado, dicen que clamaba y se arrodillaba delante del juez. “¡Que yo no quería quemar el monte, yo no quería quemar el monte! ¡Lo único que quería era mi ranchal!” Cuando llegó el momento de las declaraciones, él decía: “Yo le pedí permiso al guarda”. Y claro, José el guarda decía que no. Que él no había dado permiso a nadie. Aquello fue, pues, la palabra de uno contra el otro. El sálvese quien pueda.

Yo no sé quién decía la verdad. Eso sólo Dios lo sabe. Lo que sí sé es que a Tres Perrillas lo condenaron a cinco años de cárcel. Ahora, parece ser que el Juez se percató de alguna manera de que aquel hombre decía la verdad. Porque la

justicia no es tonta, aunque alguna vez se equivoque. Vieron que aquel fuego no fue intencionado sino por negligencia. Y estaba claro: al guarda no lo podían condenar. Por mi parte, creo que hicieron bien no condenarlo, porque qué lástima que encima que lo hacía por una obra de caridad, hubiera ido él a la cárcel. Nadie nunca tuvo nada que decir en contra de aquel hombre. Hubiera sido una lástima si llegan a condenarlo.

Porque la justicia vio en Tres Perrillas a un buen hombre y a otro buen hombre en José el guarda, los cinco años que le echaron de cárcel, se lo rebajaron. Yo creo que la justicia dijo: "Te hemos echado cinco años de cárcel pero lo que tú te merecías, era menos. Tu fuego no fue intencionado, sino por negligencia y aunque has tendido que ir a la cárcel, no mereces que se te castigue tan duro". Fíjate tú cómo serían las entendederas de este hombre, que el día que lo pusieron en libertad, se vino andando desde Jaén a las tierras del Soto.

Llegó con los pies reventados y casi muerto de sed y hambre. Y no creas tú, que caro pagó el ranchal el pobre de Tres Perrillas. Después de salir de la cárcel, se colocó a trabajar en el Tranco. Como allí acudían obreros de todos sitios y los que eran paisanos de verdad, pues se condolían de él y no le decían nada pero los que eran de otro sitio, se pitorreaban de él. Se burlaban y le decían: "Que, Tres Perrillas, ¿has estado hoy en el ranchal?" "Oye, Tres Perrillas ¿cuántos

pinos quemaste?” Y Tres Perrillas se pegaba una panzá de llorar que el pobre se volvía loco.

Un día el capataz se percató de aquello y le preguntó: “Vamos a ver, Tres Perrillas ¿qué es lo pasa? ¿Qué esto que me tenéis aquí del ranchal y los pinos y por qué lloras?” Y entonces se lo contó. Al saberlo el capataz, como parece ser que era un hombre de conciencia, lo que no recuerdo es el nombre porque algunos capataces no eran del terreno nuestro, se fue hacia la cuadrilla de los obreros y les dijo: “Mirad, este hombre por un accidente, sin quererlo, quemó los pinos pero vosotros, a conciencia, estáis quemando a un hombre, que vale más que todos los pinos que él quemara. En cuanto volváis a reiros de él o a mencionarle algo del ranchal, os doy la cuenta y el informe y os mando a la oficina de Jesús Carreira. Que él os despida o haga lo que crea oportuno pero esto aquí no quiero que se repita”. En cuanto el capaz dio este aviso, nadie le volvió a decir una palabra a Tres Perrillas del incendio. Ya el pobre terminó su calvario en aquel sentido.

Ya ha pasado el tiempo y de aquel incendio no se acuerdan muchos. Casi todas las familias han muerto. Pero como ocurre siempre con las cosas, de la intención de aquel incendio se dieron muchas versiones. Yo quería hoy aquí dejar claro que los montes ardieron. Eso fue una realidad que nadie pudo negar porque toda la ladera, desde Montillana hasta las

Cumbres de Beas, quedó achicharrada pero ni Tres Perrillas pegó fuego intencionadamente ni José el guarda fue mala persona. Fue un trágico accidente que todos por aquellas tierras lamentamos, y más porque su origen había sido por querer hacer un bien. Así ocurren muchas cosas en la vida. Que Tres Perrillas y todos los demás, hoy descansen en paz pero yo necesitaba hacerle justicia.

LAS VACAS Y LA "MIJERA"

Ya ves tú qué manera tenían de favorecerse, hasta qué extremo llegaba la hermandad y la unión, que sorprendía el modo de ayudarse. Había una hierba que se llamaba "Mijera", yo me la conocía muy bien porque en mi huerto se criaba. Los que iban a regar y a trabajar las tierras, pues la que veían la iban arrancando. Porque es que le hacía daño a las vacas. Otros animales se la comían y no les pasaba nada. Pero las vacas, según tengo yo oído de lo que pasaba, rumiaban luego lo que se comían. Esa hierba no la podían rumiar. Era una hierba alta. La que estaba en sitios que la tierra no era buena, pues era bajica pero en otros rincones que eran tierras buenas y de riego, se criaba alta. Nacía más en los humedales.

La vaca que comía, porque parece ser que para ellas era una hierba apetitosa, si comía mucho, luego no podía rumiarla y se ponía mala. Estaba unos días mala y le daban brebajes que hacían ellos con otras hierbas que conocían para

ayudarles a ver si podían hacer la digestión. Algunas se mejoraban. Que era cuando ofrecían a San Antón las arrobas de vino y todo eso. Pero otras, las pobrecillas o no podían o habían comido más cantidad y se morían. Y entonces, cuando las veían así, como ese tema ya se lo conocían los hombres, cuando la vaca se veía que ya no tenía solución, la mataban. Sabían que el animal no había muerto de ninguna enfermedad ni la hierba era venenosa. Y qué manera tenían de ayudarse que en cuanto se enteraban por la Vega: "A fulano se le ha puesto una vaca mala de la "mijera", ha comido "mijera". Ya viendo que no tenía solución, antes que se pusiera más mala ni cogiera infección ni nada, la mataban. La colgaba en un árbol y la desollaban.

Entonces, en un tronco de un árbol, con un hacha, empezaban a partir carne. Todas las mujeres de los cortijos, de acuerdo con los maridos y que era costumbre de hacer eso, venían con sus cestas y se iban llevando. Allí tenían, el amo de la vaca y los compañeros que le ayudaban, una romana. Se pesaba por libras. Los kilos no se conocían. Eso fue después. Las romanas pesaban por libras, por onzas y por arrobas.

Empezaban a coger carne y a pagar cada uno lo que se llevaba. Así el amo de la vaca no tenía una pérdida tan grande. "La hermana fulana, toma, tantas libras". Llegaba otra: "A mí, fulano, échame tantas libras". En medio día había

desaparecido la carne de la vaca. Unas la salaban, otras la echaban en una orza. Luego aquella carne se la pagaban en dinero, a como estuviera el precio, y entonces, como se decía en el terreno: “Pues de las aguas perdía, la mitad recogías”. Aunque el importe de la carne no fuera lo que valía la vaca pero ya no se perdía todo. Hasta esto llegaba la ayuda que se prestaban unos a otros. Unidos para lo bueno y lo malo, como una gran familia, toda la Vega. Cuando se sufría la pérdida de un animal, se procuraban ayudar de aquella manera para que la ruina no fuera tanta. Luego, añadiendo un poco más, podía hacerse de otra vaca.

- ¿Me permites que te cuente una cosa?
- Lo que tú digas siempre está bien. Di lo que quieras.
- Es que al oírte lo de la “hierba mijera”, me he dicho para mí que tienes razón. En Cañada Morales, una vez me contaron, que antes del pantano, pasó por aquí un pastor con su rebaño de ovejas. Venía de vereda y los animales tenían hambre. Al ver el hombre una mancha de hierba fresca junto al río, dejó que el rebaño se fuera a él y se hartara. Allí mismo se le quedaron todas las ovejas muertas. Y hasta recuerdan que de Cañada Morales bajó mucha gente a por la carne de aquellos ovejas. El pobre pastor creo que lloraba desconsolado diciendo: “¡Esto ha sido mi ruina!”

- Yo creo que aquello fuera verdad, porque ya te he dicho

que la Mijera era muy mala para las vacas. Y fíjate otra cosa que te digo para que veas que concepto tenían unos de otros y cómo se compenetraban aquellas personas. Un día estaba mi padre sentado en este sitio que te voy a señalar aquí en el plano de mi cortijo. En la esquina de arriba del cortijo, la que daba al lado del Chorreón, había un granado. En la misma esquina de la puerta y por aquí pasaba la acequia de La Canalica. Estaba mi padre sentado en la sombra de ese granado tejiendo una soga de esparto. Que allí se hacían las sogas y se confeccionaban todas las cosas de los aperos y de la labor. Lo confeccionaban ellos mismo. Cuando vio bajar de la Fuente de la Higuera, un muchacho. Se llamaba y se llama Paulino que luego se casó con una nieta de mi tío Ramón, una prima mía que se llama Ramona Muñoz Lara.

Entonces era un zagalón. Yo estaba sentá al lado de mi padre tocando mi flauta. Y venía el muchacho: “Hermano Felipe, sujétame usted la >Cariñosa”. Era una vaca que se llamaba Cariñosa. Le había picado la mosca y el animal bajaba loca en busca de las aguas del río. “Hermano Felipe, sujéteme usted la Cariñosa”, decía mi padre: “Muchacho, no seas zoquete, no te pongas delante de la vaca que te pega una >gancházo=. Déjala correr. Déjala que baje que esa viene buscando el río”. Claro, mi padre era mayor y sabía lo que pudiera pasar con la vaca.

El animal enloquecido pasó por el lado, buuuun, al río. Y el

muchacho llorando: “hermano Felipe, mi Cariñosa, mi Cariñosa”. Y mi padre le dice: “Que no sujeto la vaca que al que voy a sujetar es a ti. Deja la vaca, muchacho, déjala que se bañe y cuando ella quiera verás como sola vuelve”. “¿Y si no vuelve?” “Pero hombre, cómo no va a volver si tiene la >chirra”. ¿La chirra tú sabes lo que era? Una vaquilla chica que estaba criando. “¿Y si se pierde?” Seguía preguntando el muchacho. “Eres un zoquete, puñetero ¿cuándo se ha perdido nada en la Vega?” ¡Cucha qué concepto tenían unos de otros! Fíjate mi padre, nacido y criado en la tierra, sabía que en la Vega nunca se perdía nada. ¡Fíjate!

- Pues María, al llegar este momento y ya que ha salido el nombre de tu prima Ramona, la que se casó luego con este Paulino, tengo que darte una noticia.

- ¿Qué noticia?

- El día 14 de marzo de 1998, al caer la tarde, estuve en Fuente de la Higuera. ¡Qué bonita es esta pequeña aldea colgada en la ladera cual rosa que el viento mece y el sol refleja en las aguas que ahora cubren el Valle! Al llegar sólo vi a un señor algo mayor que me saludó con afecto y al preguntarle por su nombre, me dijo que se llama Paulino y luego le pregunté por el nombre de los cortijos, por romper el hielo del encuentro y me dijo: “Esto se llama Fuente de la Higuera, donde hay mucha agua, higos y brevas”. Me hizo gracia y me acordé de aquellas cosas que tú me tienes contado

de esta preciosa aldea. Y estando allí charlando con él, con dificultad porque ya está un poco sordo, salió una señora y al verla le pegunté: “¿Usted ha oído hablar del Cortijo del Soto del Arriba?” Y la mujer, que es así alta como tú: “¡Válgame Dios, si ese es el cortijo donde yo me he criado!”

Me llené de curiosidad y entonces le pregunté por el nombre y al momento me dice: “Yo me llamo Ramona Muñoz Lara y soy prima de Mary Cruz, la que ha escrito ese librito tan bonito que habla tanto de esta Vega en aquellos tiempos. Nosotros vivimos en Jaén, lo que pasa es que como todavía tenemos casa aquí porque uno de mis hijos tiene por aquí sus tierrecillas, nos hemos venido con ellos para ayudarles a hacer la limpieza. Yo soy la prima Ramona, la hija de su primo Manuel y mi abuelo es Ramón Muñoz Ortega, hermano del padre del Mary Cruz”

Y como tanto el momento como el encuentro me parece tan importante, la dejo que hable y enseguida me dice: “Mary Cruz era muy cariñosa, muy buena. Y ahora que tengo la oportunidad quiero mandarle un saludo ¿puedo?” Le digo que sí y a continuación dice: “Mary Cruz, tengo muchas ganas de verte. Mira, yo vivo en Jaén y mi calle es Almería, número diez, tercero izquierda. Barrio de Peñamefeci en Jaén. Cuando vayas por allí, pues llega y nos vemos.

¡Ah! El libro tuyo es maravilloso. Tú no te puedes imaginar lo que nos hemos emocionado, porque es que recuerdas todas las cosas que vivimos en aquellos tiempos. ¡Pero qué cabeza tienes, Dios mío! Ahora cuando me he leído el libro, me he recordado de muchas cosas pero casi todo se me había olvidado. Te felicito por esa memoria que tienes y te doy las gracias".

- ¿Dónde vivías tú en aquellos tiempos?

Y ella me dice:

- Yo vivía en el Soto, enfrente de Mary Cruz. La casa de ella y la mía estaban así porque mi abuelo y su padre eran hermanos. Pues una distancia de Mary Cruz como desde aquí a esa cochera.

- ¿Y cómo era aquella niña?

- Mary Cruz era una maravilla. Era una niña bonita que siempre iba muy bien vestida. Entonces no se compraban las cosas como ahora pero su abuela tenía unas manos que eran divinas. ¡Le hacía unos calcetines, calados y de colores, que eran preciosos! La niña, desde luego, era bonita pero es que iba como una princesa.

- ¿Y tú jugaste con ella alguna vez?

- ¡Pues claro! Pero ella ha sido muy religiosa, siempre estaba con las estampas. Y es que la abuela era una persona muy especial y así salió aquella niña tan dulce que nunca se enfadaba, sin rabia ni pataleos. Vamos que era una niña maravillosa. Ya después no la he visto pero siempre la planta

desde chica crece.

La tarde es brillante y el sol cae sobre las azules aguas del Pantano. Desde estas casas de Fuente de la Higuera, balcón sobre el Valle perdido, se adivina aquel mundo sumergido para siempre en el gran lago de aguas color cielo. Mirándolo y mirándola a ella y con el recuerdo del Soto en mi mente, me digo que hay que ver cómo son las cosas y el tiempo resbalando por ellas. Y lo digo porque parece que después de tanto, lo único que al final queda, es aquello que pasado el sueño, permanece vivo.

- ¿Qué te parece, María?

- Que lo único maravilloso de aquella Vega mía y aquel tiempo de mi infancia, eran las personas que tanto cariño me dieron. Para ellos y mi tierra amada y jamás olvidada, todos los honores.

Pero si quieres saber de la realidad que me hierve en lo hondo del corazón, te diré que me has dado una gran alegría al traerme estas noticias de mi prima Ramona. No la he visto desde hace casi sesenta años. La última vez la tengo grabada en lo más fino de mi alma. Estaba ella sentaba a la sombra de los álamos que adornaban mi cortijo del Soto y crecían en la misma puerta de su casa y en silencio, bordaba una sábana. En aquel cuadro y con aquella belleza, se me quedó fundida en el tiempo y alejada en la distancia hasta que Dios nos reúna en

su reino.

Y ahora te voy a decir que esta prima mía, era una belleza más de mi Vega de Hornos. Te voy a pintar su retrato: era rubia, de piel muy blanca y delicada. Te puedo decir que era una de las muchachas que más destacaba en todos los sentidos: por guapa, por buena y adornada de las más delicadas virtudes. ¡Qué primavera era mi prima Ramona!

Era hija de mi primo Manuel y de su mujer, Carlota. Eran dos hermanas. Ella y su hermana menor que se llama Amalia. A las dos las recuerdo mucho. Y especialmente recuerdo ahora de cuando estaba ya mozalbeta, porque ella es unos años mayor que yo, que ya Paulino iba por allí rondándola. El muchacho que ya te dije corría un día detrás de la vaca porque decía que se le iba a perder. También me daba cuenta que por aquellos días Vicente, iba rondando a Virginia. Luego estas dos primas mías se casaron, Ramona con Paulino y Virginia con Vicente. Dos hombres buenos también donde los haya.

Carlota, la madre de Ramona, me enseñó una oración al Ángel de la Guarda que dice así:

Ángel bello que el camino
vas guiando de mi vida,
haz que el joven peregrino

siga tu sombra querida
hasta el fin de su destino.

Mira si me acuerdo de aquellas cosas bonitas que me enseñó Carlota. Ella fue la que me regaló esta poesía pequeñica al Ángel de la Guarda. De esta prima mía te puedo contar maravillas como de todas las personas de aquella Vega y mucho más de la familia con quienes conviví.

Mi prima Virginia tenía más o menos la misma edad, sólo que Virginia era una belleza morena y Ramona, era una belleza rubia. Te hablo de Virginia Franco Manzanares, hija de mi tía Francisca. Estas dos muchachas eran las mayores entre aquel grupo de niñas pequeñas donde me encontraba yo. Todas vivíamos en el Soto. Y claro, esto es lo que ya te he dicho tantas veces y quiero repetirte aquí de nuevo: que en la Vega de Hornos, lo mismo se criaba un lirio blanco que una rosa encarnada. Se puede decir que el lirio blanco era Ramona y la rosa encarnada lo era Virginia. De esta última prima mía, me contaba mi madre, siendo yo todavía pequeñica, que cuando mi madre estaba atareada en las cosas de la casa, ella era la que me cuidaba y me mecía la cuna. Que fue esta prima mía la que me libró de la paliza en la escuela del Carrascal. Ellas eran muy amigas entre sí, porque allí en el Soto, aunque no nos faltaba de nada, lo que más abundaba de todo, era el amor y el cariño que nos teníamos la familia.

Pues mira, Amalia, su hermana, estuvo en mi boda y vi que se había convertido en una mujer hermosísima. Pero cuando fui a visitarla a Villacarrillo, cumpliendo el deseo de mi madre, me encontré con una sorpresa muy agradable. Que es que Amalia, al hacerse un poquito mayor, es el mismo retrato que su abuela, la hermana Amalia Lara Linares. De aquella mujer guardo un recuerdo muy entrañable porque me acarició mucho. Y yo no entiendo ni entenderé nunca, por qué me quisieron tanto. ¡Si yo era un “mengajucho” de niña! Y no valía para nada.

Te lo digo porque incluso cuando salíamos a por espárragos, mis primas cogían su manojico largos y buenos y yo, ni verlos porque todo el tiempo y obsesión mía, era correr detrás de las mariposas. Cuando después de una mañana o una tarde buscando espárragos, volvíamos al Soto, ellas siempre venían con su puñaico de espárragos y yo con mis manos vacías y mi mente y mi fantasía revoloteando por el viento del Valle detrás de las mariposas. Hasta para esto era inútil. Mi mundo parece que pertenecía sólo al de las mariposas que atravesaban aquellas tierras de mi Vega posándose en las flores.

Que jugábamos, era cierto: en la era y a la comba, que era coger una soga y cada una de un extremo y dar comba así, así y mientras saltábamos, cantábamos la canción de la barca y el

barquero:

Al pasar la barca
me dijo el barquero,
las niñas bonitas
no pagan dinero.
Yo no soy bonita
ni lo quiero ser,
eche usted la barca
que yo saltaré.

Esto te lo cuenta mi prima Ramona y era exacto. Y también jugábamos al esconder y a todo pero tan repleto de amor y dulzura que aquello sí era de verdad felicidad. Por esto lo recuerdo tanto, porque estas cosas quedan grabada en la mente toda la vida.

¿Juegos del Soto? Muchos, todos muy importantes y muy bonicos. El de la chinica y el del esconder consistía en esto: nos juntábamos todas las primas y empezábamos diciendo: "Prime, según, terce... y así pero lo normal era coger una chinica chiquitica, del suelo, ponérsela en una mano, yo hoy no puedo hacer lo mismo que se hacía allí porque no puedo mover el brazo ya que me duele pero te lo explico:

Con el puño cerrado y la chinica dentro se daba vueltas muy rápido con el brazo y tan rápido que nadie se pudiera dar cuenta cuando se soltaba la china. Unas veces, otras, no. Y ahí estaba la trampilla que teníamos para dar comienzo al juego. Dándole vueltas al brazo, con el puño cerrado y se decía: “Chinica de Cristo ¿quién la habrá visto, quién la verá, dónde estará?” Y en ese momento se paraba pero el puño siempre cerrado. Y entonces llegaba una y la otra le preguntaba: “¿Dónde está, dentro o fuera? Y contestaba: “Dentro” y daba la palmá y abría las manos. Si estaba dentro, había acertado y eso significaba que no perdía y si no estaba dentro, perdía.

La que había perdido se quedaba así, en la pesebrera de mi tío Ramón. Con los brazos cruzados y la frente apoyada en ellos para no ver dónde nos escondíamos las demás. En ese momento salíamos corriendo y nos escondíamos detrás de los álamos, detrás de los juncos, detrás de los granados, por la acequia. Cada una donde podíamos. Y teníamos una cancioncilla que cantábamos que de eso no me acuerdo. Si algunas de mis primas se acuerda y llega a leer esto, que lo digan ellas y lo puedas poner para que tampoco se pierda.

Era una cancioncilla que relataba una relación para que el tiempo fuera el justo mientras nos escondíamos. Se terminaba y todas empezábamos a decir: “Ya vale”. Y la que había quedado empezaba a buscarnos. Las que nos habíamos

escondido empezábamos a salir y a correr cada una por su lado. Cuando cogíamos en un descuido a la que se había quedado, poníamos la mano en la pesebrera y decíamos: “Tufé” y ya nos habíamos librado. Y cuando cogía a una, el que se había quedado con los ojos tapados, decía: “Chicha magra”, y ya nadie corría más porque aquel era el que tenía que quedarse en la pesebrera y todos los otros quedábamos libres. Y así nos tirábamos las tardes enteras y las noches de verano ¿Me has entendido bien este juego para poder explicarlo? Yo sé que como lo digo, lo digo mal pero bueno...

Otro juego era el de la barca y el barquero que es como ya sabes. Pero había otro que era entre dos, con una soga cogida del extremo y una sola saltaba. El juego era cantando: “El cocherito lerén”, levantaban la soga hacia arriba y la que estaba saltando se agachaba. Y había que tener mucho cuidado para no despistarse la que estaba saltando para coger la soga otra vez cuando llegara al suelo. Decía así:

El cocherito, lerén
me dijo anoche, lerén
que si quería, lerén,
montar al coche, lerén.
Y yo le dije, lerén
al cocherito, lerén,
no quiero coche, lerén,
quiero ir andando, lerén.

Este era otro juego de la comba en el cual se tenía que estar muy atenta para no perder ni el ritmo ni hacer un movimiento descontrolado.

El de la gallinita ciega consistía en vendarnos los ojos con un pañolico. Una de las primas, la que fuera. Porque al final, todas íbamos quedando una vez. Todas las otras primas alrededor haciendo corro. Con los brazos extendidos hacia delante íbamos buscando. Cuando conseguíamos coger a una, lo mismo que al esconder, decíamos: “Chicha magra”, nos quitábamos el pañuelo y aquella tenía que vendarse los ojos. Y vuelta otra vez a buscar y mientras tanto se nos iban unos gritos y unas risas que aquello era de verdad felicidad. Pero siempre en la era porque allí no había piedra ni nada con qué tropezar. Y el de la comba también porque aquel terreno estaba muy llanico.

También jugábamos a la rayuela, que ya te lo he explicado un poco. Otro juego que nos gustaba mucho era el de los mecedores, que allí no llamábamos ni mecedores ni columpios, sino “mecigores”. Esto es como lo decíamos en la sierra. A decir mecedor, he aprendido después. Nos juntábamos y decíamos: “¿Vamos a echarnos un “mecigol?” Y las otras primas: “Pues venga”. Y en un árbol echábamos un mecigol y a mecernos allí todas las primas. Estos eran nuestros juegos en aquellas Vega de mi Soto.

También nos cogíamos de la mano y jugábamos a los corros al tiempo que cantábamos:

Al corro de las patatas,
Lo que comen los señores
naranjitas y limones.
Rompe pie, me caí
y “acachaica” me quedé.

Y nos agachábamos al tiempo que nos partíamos de risa y aquello ¡qué gozo, Dios mío! Otro era el baile de la carrasquilla. Nos juntábamos las primas y teníamos que estar nones. Tenía que haber una que no tuviera pareja. Nos cogíamos de la mano y comenzábamos a hacer el corro y mientras nos movíamos, íbamos cantando:

El baile de la carrasquilla
es un baile muy disimulado,
que doblando la rodilla en tierra,
todo el mundo se queda parado.

Si decimos doblar la rodilla, esto era lo que hacíamos todas y luego nos levantábamos y seguíamos con el corro y cantando:

Mariquilla menea los brazos
que a la vuelta se dan los abrazos.

Y entonces, nos tocábamos así la mano, nos poníamos de acuerdo las dos que nos íbamos abrazar. Nos cogíamos por parejas y una se quedaba, que era la del no y ésta se quedaba siempre en medio. Y a otra rueda, cuando se decía lo de los abrazos, tenía que tener cuidado y abrazarse a la primera para quedar salvada. Y la que se quedaba de no, volvía a ponerse en medio.

Y así nos pasábamos las horas. ¿Pero mira qué juegos? De esta manera nadie se aporreaba, nadie se enfadaba, nadie estaba aburrido. Cuando se hartaban nuestras madres de dejarnos jugar, salían a la puerta del cortijo y decía: “Venga pa dentro a la casa”. Nos entrábamos y se acabó el juego aquel día.

Las otras primas, todas éramos menores y te las voy a nombrar: su hermana Amalia, Paula, Francisca, Virtudes, Anita, Fuensanta, Magdalena y yo. Este grupo éramos las pequeñas. Y ahora ¿sabes lo que te digo? Pues que lamento muchísimo no tener retratos de estas primas mías. Porque Ramona y Virginia, ya te he dicho que te las puedo describir porque las vi mayores. Guapísimas y llenas de bondad, que es lo principal. Las otras primas mías, no las he vuelto a ver hasta ya muy mayores y no a todas.

Yo hubiera querido tener fotografías de todas ellas y ponerlas en este librito, lo mismo que hemos puesto el de mi Prima Ramona Manzanares, hubiera puesto el de ellas para que se viera que yo no miento al decir lo guapas que eran. Pero no tengo retratos. No puedo hacer nada más que describirlas como las guardo en mi corazón.

Todo esto a mí, me hace feliz ahora y después de tanto tiempo. Cuando tantos sufrimientos veo en la vida, doy muchas gracias a Dios por tener en mi corazón estos recuerdos tan bellos. Y ello, como tú sabes, indica que las cosas puras, no se las come el tiempo ni mueren nunca sino que permanecen con la fuerza y la frescura del momento en que nacieron y quedan para siempre en el universo que llamamos eternidad.

LA MARIPOSA ROTA

Esta prima mía Ramona, dice que me recuerda y que era una niña buena. ¡Qué lástima! Está equivocada. Estando en mi Soto, yo hice una travesura que me ha pesado luego toda la vida. Y esta travesura mía va y se enreda entre el vuelo de aquellas mariposas que surcaban el puro viento de la Vega. Porque tú ya sabes lo aficionada que de pequeña fui persiguiendo mariposas por entre aquellas praderas verdes y los ribazos de las acequias y los huertos. Pues un día me porte como una egoísta, aunque entonces no me daba cuenta. Te explico:

Estando en mis juegos por entre las plantas verdes de la puerta del mi cortijo, un día vi una mariposa tan preciosa y tan bonita, que enseguida me empeñé en cogerla y que fuera mi juguete ya para siempre. Era de colores maravillosos y recuerdo que lucía alas anchas por arriba y por la parte de abajo, estrechas y tenía algunas franjas negras y blancas, con los bordes dorados y algunos ribetes azules que parecían ojos. Una preciosidad de mariposa que sólo verla volando por aquellos juncos y matas verdes, me gustó tanto que de inmediato me dije: “Esta sí es para mí”.

Yo llevaba puesto un sombrerillo de aquellos que usábamos en el verano para protegernos del sol. Mi abuela me lo tenía adornado con cintas de colores. Y yo con mi sombrero detrás de la mariposa, llegué corriendo casi cerca de Los Baños, que como sabes están mucho más arriba del Soto y sobre un cerrillo. Si ella se brincaba por los juncos, por allí me brincaba yo, si se iba por las acequias, detrás saltaba sin reparar ni en peligros ni espesura ni barrancos. Yo detrás de ella obsesionada por cogerla.

Y como siempre que se paraba, al acercarme salía volando y me di cuenta que con las manos no la podía coger, me quité el sombrero y una de las veces que se paró, le eché el sombrero encima y así la atrapé. Pero lo que yo no sabía es lo que, bajo

aquel sombrerico mío, había ocurrido. Cuando metí la mano para cogerla, al verla, me di cuenta que le había roto las alas. La eché en el sombrero y me la bajé a mi casa y ya venía pesarosa de ver lo que había hecho. Porque la había destrozado.

La metí en un medio celemín, porque era allí donde yo veía que mi madre metía los pollos cuando los sacaba la llueca, creyendo que allí se le iban a curar las alas. Le puse tallos verdes de la hierba más tierna y fresca y como había visto que ella iba de flor en flor, pues le busque flores y se las puse, la acuné junto al rincón para que estuviera más calentica y a todo esto, yo sin dejar de llorar de ver lo que había hecho con la mariposa. Porque yo quería tenerla para mí y en aquel juego inocente mío, lo que hice fue destrozarla.

Y claro, las alas no se le curaron y aquella preciosidad de mariposa, murió. Lloraba sin consuelo porque empecé a sentir remordimiento. Ya muerta, la tiré pero como no dejaba de llorar, mi madre y mi abuela me preguntaban y al final se lo dije. Y entonces ellas me respondieron: “No llores porque tú no sabías que iba a pasar eso pero ya no cojas más”.

A partir de aquel día, yo seguí corriendo detrás de ellas pero nunca más hice por cogerlas. Solamente correr detrás de ellas porque me gustaba verlas por lo bonitas que eran. No era

consciente pero allí ya iba descubriendo yo que estaba la presencia de Dios en sus manifestaciones más limpias y amables para con nosotros los humanos.

Ahora que ha pasado el tiempo y ya soy tan mayor, cuando veo que por aquí y por allá destrozamos la naturaleza tan inconscientemente, me digo que cómo no sentimos remordimiento rompiendo maravilla tan grande. Y me digo también, que a tantos niños como ahora mueren de hambre en el mundo, les pasa como le ocurrió a mi mariposa: que por el egoísmo que cada uno llevamos dentro, son víctima de las personas que les rompemos las alas de la vida como yo rompí las alas de aquella mariposa mía. Y creo que Dios nos ha dado el mundo y a sus criaturas y todas sus maravillas, para que lo gocemos y se lo devolvamos más engrandecido y no para lo contrario ni para que nos lo apropiemos egoístamente. De aquella bonita mariposa de mi Vega, yo aprendí esto y desde entonces no lo he olvidado.

Y siguiendo con mis juegos te digo que también me gustaba mucho meterme al lado de la cuadra donde mis padres y mis hermanos encerraban a los animales. Allí había un cortaillo chico, un apartaillo que le decíamos la bodega. Las cosas que mi madre no quería que se les estropeara con el calor, las guardaba allí pero siempre dejaba la ventana abierta y por ella entraban las golondrinas y hacían nidos. Y yo me escondía en

la bodega y me gustaba ver a las golondrinas darles de comer a los hijos y como ya tenía experiencia con lo de la mariposa, nunca toqué un nido. Ya tenía yo cuidado de no hacer ningún daño ni a golondrinas ni a mariposas. Pero la aventura de la mariposa maravillosa, la tengo en mi mente para siempre.

En la Vega, lo que era muy vistoso también es cuando empezaban a llegar las golondrinas. Verlas a mí me gustaba mucho porque eran preciosas y casi siempre volvían a los nidos que habían hecho otros años. Ya sabían ellas sus escondites y los sitios donde tenían los nidos de las temporadas pasadas. De aquel revuelo de aves anunciando la primavera y de las noches templadas, yo me acuerdo mucho.

Y otra imagen bonita que tengo de mi vega por estas fechas de la primavera, era la búsqueda de caracoles en las noches de lluvias finas. Nos los pasábamos muy bien porque hasta era emocionante ver la Vega llena de luces de teas encendidas. Había que buscarlos la noche que había llovido pero no agua fuerte, sino esa lloviznilla que humedece la hierba y no la empapa del todo y cuando no hacía frío. Porque si hace frío, los caracoles no salen. Tiene que ser una noche de esas que cuando se sale a la calle se dice: “¡Qué noche más hermosa!”. Y con una humedad que moja la hierba sin que sea llover.

Con teas, entonces se hacían unas antorchas y todos los del

Soto, grandes, viejos, jóvenes, chiquillos y cada uno con nuestra tea y por aquellas junqueras, por la orilla del río, por la orilla de los arroyos, por todo el prado, por el Charco de los Patos, por todos sitios con las teas encendidas y buscando caracoles. Se miraba y sólo se vía una panda de luces ardiendo a lo ancho y largo de la Vega. Y había caracoles y muy grandes. Los que se veían chiquitillos, se sabían que eran las crías y estos nadie los cogía.

Mi madre llevaba una olla grande y allí iban echando los caracoles. Yo iba con ellos y con mi tea pero no cogía ninguno. Mi trabajo sólo consistía en coger los de la olla y ponerme a jugar con ellos y ver como al tocarles los cuernos, los escondían. Mi tarea era jugar con todo lo que me encontraba. Ellos cogían caracoles y los echaban a la olla y yo, nada más que jugar con ellos. Me gustaba ver los chiquitillos que estaban con los grandes pero ya te digo que los chiquillos no los cogían.

Y al volver, traíamos una olla de caracoles, mi madre y todos los vecinos, que no podíamos con ella. Y ya se pasaba otros cuantos días hasta que volvía a llover y hacía una noche templada para poder salir a buscar otra vez. Ellos ya se sabían bien las noches que eran apropiadas.

Ya en la casa, a los caracoles había que lavarlos muchas

veces hasta que dejaban de soltar esa baba que echan. Mi madre los lavaba con sal gorda, una vez y otra. Al darle la sal los caracoles iban soltando la baba hasta que ya soltaban el agua clara porque no tenían más que echar. Y cuando ya soltaban el agua clara del todo, los dejaba, los tenía dos o tres días sin comer para que soltaran también todos los excrementos y luego los volvía a lavar pero ya sin sal. Y mi madre tenía un truco que era ponerlos al sol para que saliera bien el “gajo” y tenía la lumbre preparada y cuando estaban ellos fuera de su concha, los echaba a la olla y se quedaban con el gajo fuera, porque antes que pudieran reaccionar, el calor los había matado.

Luego mi madre los preparaba con hierba buena, con ajos, con perejil y estaban riquísimos. Y también los guisaba ella mucho con arroz. Y con la punta de un tenedor y otras veces con la punta de una navaja, se pinchaba en gajo y se sacaban para fuera y a comerlos. Me acuerdo que a mi abuelo Cesáreo, les gustaban mucho. Y a todos nos gustaban pero a mí, desde que me pasó lo de la mariposa, me daba lástima como sacaban el gajo y luego los echaban al agua hirviendo. Desde aquel incidente, siempre que se mataba algún ser vivo, me daba lástima.

Hasta cuando mataban los cerdos en mi casa, yo salía corriendo y me perdía, porque no quería ver cómo los mataban.

Casi siempre me escondía en los fresnos del Canalizo. Y ya sabía mi madre que estaba allí. Cuando habían terminado toda la faena, me llamaban y entonces me traían al cortijo con ellos. Pero no creas que me traían de cualquier manera. Tenía que salir ella a buscarme y para que no viera los marranos colgados y abiertos, con el mandil suyo, delantal que se dice ahora y allí le decíamos mandil, me liaba la cabeza, me tapaba los ojos y me pasaba por delante de los marranos pero sin verlos y me entraba a la casa. Me metía en mi cuarto y no había quien me hiciera salir. Allí me tenían que entrar la comida y todo porque yo no podía ver los marranos colgados y abiertos. Creo que aquello era de la pena y de la lástima que me daba y, además, que me asustaban.

Lo del Charco de Los Patos, era un prado que había a la izquierda del río. Mirando desde el Soto hacia Hornos, a la izquierda quedaba el río, pues más a la izquierda y al otro lado, había un sitio que le decían el Charco de los Patos. Y no porque allí hubiera patos, sino sencillamente que aquel prado, tenía aquel nombre. Allí es donde estaba mi hermano trabajando el día de la tormenta y la riada cuando cayó José al río y lo salvó.

- Del cortijo Moreno que estaba por allí cerca ¿qué recuerdas?
- No tuve mucho contacto con las personas que vivían en el

cortijo Moreno, porque donde más estaba era en el Soto pero sí conocí a muchas personas de aquel cortijo. Verás: mi madre estimaba mucho a una mujer que se llamaba Angela y era hija de Estanislá, la dueña de los Baños. Pero mi madre, para hablar de ella, le decía Angelica, en tono cariñoso. Me acuerdo mucho de ella.

Y me acuerdo también de una señora que le decían Clara y recuerdo que mi madre estuvo allí consolándola y dándole el pésame porque el marido de esta señora murió en un accidente, en no sé que arroyo de por allí, ahogado. Todavía me acuerdo cómo lloraban aquella señora y las hijas por la muerte de su padre. Las hijas eran muy guapas. Clotilde, Carmen e Hipólita. Y esta última tenía una particularidad muy graciosa. Y era que tenía el pelo rubio, peli rojo. Y por esto el nombre casi nunca se le decía sino que le llamaban y se le conocía por la “Roja”, en sentido cariñoso. Pero esta muchacha era tan bondadosa y se le notaba tan inteligente que en lugar de enfadarse porque la llamaran de este modo, se lo tomaba con un humor excelente.

Porque era guapa y en lugar de acomplejarse, ella sabía que tener el pelo de este color, la realzaba porque la distinguía de todas las demás ya que en toda la Vega había otra muchacha con el pelo rojo. En estos tiempos modernos, veo yo que las mujeres se tiñen el pelo para tenerlo acaso hecho de este

color. O sea, que no era feo, sólo que no había nadie que tuviera una cabellera como la suya. Y ella aceptaba con mucho cariño que para nombrarla le dijeran Roja en lugar de su nombre.

Esta muchacha se casó con Juan José, hijo del hermano Joaquín que vivía en la “Loma Alcanta”. Y Clotilde, se casó con el otro hermano, con Santos. Las dos muchachas eran muy guapas y muy buenas personas y claro que las recuerdo. Y también recuerdo a una señora mayor que se llamaba María la Pastora. Muy cariñosa y muy buena. Y otra muchacha que se llamaba Isidra, era de la familia, no sé si su padre o un hermano suyo que se llamaba Loreto y su madre, creo que se llamaba Carlota. Era mayor que yo. Más o menos de la edad de mi prima Ramona Muñoz Lara y Virginia. De todo esto me acuerdo perfectamente, lo que pasa es que con el cortijo Moreno pasó lo mismo que en toda la Vega: cada cual se fue por su lado y después ya no he vuelto a saber nada más de estas personas.

- Desde el Soto ¿hacia dónde caía el Cortijo Moreno?

- Yendo hacia Hornos, después de pasar el cortijo de Marcelino que quedaba a la derecha del camino real, estaba el cortijo Moreno y sobre un cerrillo. Y más arriba, Los Baños pero a la derecha y algo más arriba, La Laguna y también a la derecha. Más adelante estaba el cortijo del Maestro Matías y el hermano

Juan Pipas y su mujer que se llamaba Francisca y un hijo suyo, se llamaba Manolo. A este muchacho, cuando se llevaron a mi hermano Cesáreo a la guerra, también se lo llevaron juntamente con mi hermano. Y volvió de la guerra sin pasarle nada.

En esta misma dirección pero a la derecha, estaba el cortijo de Los Parras. Allí vivía una familia que él se llamaba Federico Lara, hermano de Modesto Lara que vivía en el Soto de Abajo y me acuerdo de algunos de sus hijos. Uno se llamaba Eusebio, otro Juan Antonio, el más pequeño Benjamín y tenían una única hija, morena y guapísima, que se llamaba María. Todo esto era a la parte de arriba del camino conforme subimos a Hornos desde el Soto, a la derecha y muy apartado del camino real.

En Hornos el Viejo también estuve pero menos veces. Era un cortijo más distante y yo tan pequeña y niña, no me recorría aquellas tierras como los hombres. Pero también, si había algún enfermo o pasaba algo, mi madre iba y entonces yo iba con ella. Allí vivía una familia buenísima que él se llamaba José y ella la hermana Dolores. Era conocido como José “Potaje”. Me da disgusto tener que decir los apodos de las personas, porque no es bonico ni me gusta decirlo pero algunas veces, para que se entienda de quién hablo, pues no me queda otro remedio.

Un hijo de esta familia, es el esposo de María Antonia Lara Linares y una hija de esta familia, Manuela que se llamaba, fue la que se casó con Juan, hijo del hermano Modesto y de la hermana Amalia que se fueron a vivir al Soto de Abajo.

El hijo menor de Modesto y Amalia, se llamaba Julián y se casó con una muchacha buenísima de Hornos que se llamaba Francisca. Pues los dos hermanos, eran muy buenas personas, como toda la familia. Juan tenía un carácter más nervioso. Bueno pero muy nervioso. Y en cambio Julián era un pacienzudo, tranquilo, cachazudo y muy gracioso. Tenía muy buena sombra cuando hablaba. Aquella vez que estuviste hablando con María Antonia, por la tarde en Cañada Morales, este hermano era el que se le había muerto.

Pues un día estaban los dos aparejando las mulas para irse a los trabajos del campo y esa mañana Juan estaba nervioso. Estaba siempre nervioso porque él era así. Y estaba pegándole a la mula y tirándole del ronzal. Nervioso y fogaba los nervios con el animal. Y Julián que estaba allí, con su paciencia, se le acercó, le puso una mano en el hombro al hermano y le dice: “Juanico, Juanico hijo mío ¿qué te pasa?” Y él: “¡No me pasa nada! Que la mula no se está quieta”. Y Julián con toda su cachaza: “¡Hijo mío, Juanico! Mira, vas a hacer una cosa: otra vez que le pegues a la mula, acércate a la oreja y le dices por

lo que le pegas. Te lo digo porque ahora mismo el animal no sabe por qué motivo le estás pegando”. Ya el hermano se echó a reír, se le pasó el enfado y dejó de pegarle a la mula. Así era Julián, un cachazas pero un hombre lleno de bondad.

- De la Hoya de la Sorda ¿qué recuerdas?
- Allí sí que es verdad que no estuve nunca pero sé que existía ese cortijo en aquel lugar y remontado en la ladera hacia Las Cumbres de Beas. Mi madre era muy amiga de la mujer de Antonino. Este era un hombre que vivía en aquel cortijo de la Hoya de la Sorda. Esa mujer vino varias veces al Soto expresamente a visitar a mi madre. Por el cortijo de Montillana, acudía muchas veces también. En algunas ocasiones le ayudaba en la faena a doña Rosario, la mujer de don Justiniano Magañas.

Nosotros teníamos unas olivas arrendadas por las tierras aquellas de Montillana y por esta causa varias veces, mi madre y ella se encontraban y charlaban. Sé que era una excelente mujer y no recuerdo cómo se llamaba. Lo que sí te digo, con toda seguridad, es que vivía en la Hoya de la Sorda.

DESPUES DE LA GUERRA

- Pues entonces vamos con ese algo bonito que decías me ibas a contar.
- Mira, lo que te voy a decir es tan real como que ahora mismo

estoy viva. A mí me dejó un recuerdo muy grato. Cuando se terminó la guerra, ya te decía que en toda la Vega había una alegría muy grande y me imagino que también en toda la sierra. Todo el mundo en aquellos días estaba deseando tener alguna asistencia religiosa. La primera misa que se celebró en Hornos de Segura, después de la guerra, fue el día de Corpus Christi. Que nosotros no decíamos eso de Corpus Christi, allí se decía el Día del Señor.

Cuando avisaron en Hornos que iba a ver misa y procesión el Día del Señor, se cundió, como pasaba siempre. Sin teléfono ni todos estos aparatos nuevos que hay ahora, la noticia se extendió por toda la Vega y los cortijos del entorno. La costumbre era comunicárselo unos a otros. Todo el mundo se enteró que aquel día había misa en Hornos de Segura. Acudieron de todas las aldeas, de todos los cortijos, de todo el término de Hornos. Mi hermano Angel y yo también fuimos aquel día y mi madre, como una cosa muy especial, me puso un lazo de seda muy grande en el pelo. Y a Hornos nos fuimos mi hermano y yo, montaos en nuestro mulo, a misa y a la procesión del Día del Señor.

Pero me hizo mucha gracia y me quedó un recuerdo muy grande ver que se llenó la iglesia de niños. Bueno, con sus madres. Los niños que habían nacido durante la guerra y que no estaban bautizados, las madres, en cuanto se enteraron que

venía un cura, pues acudieron todas a bautizar a sus hijos. Aquello era una gloria y un infierno: niños chiquitillos todavía en mantillas, venga llorar. Los que andaban ya, corriendo, asustaos algunos, jugando otros y gritando casi todos. Y las madres de un lado a otro de la iglesia detrás de ellos. Aquello fue una cosa... vamos, digna de haber tenido algún aparato, de estos modernos de ahora, y haberlo grabado.

Aquel día los bautizó todos, el que dijo la misa, un sacerdote que en la actualidad es Capellán del Salvador de Ubeda. Se llama don José Sola Llavero. Y es natural de Beas de Segura. Todo el rato estuvo el pobre aquel día bautizando chiquillos y aquello no tenía fin. Y como le estaban esperando para decir misa en Orcera, salió de la sacristía y dice: “Ya no puedo bautizar más, que me tengo que ir a Orcera a decir misa también”. ¡Y las madres! Empezaron... lo rodearon, vamos las madres se lo comían. “Hay señor cura, que no se vaya usted sin bautizar a los niños, que llevamos tres años esperando que haya un cura que nos bautice los hijos. No se puede usted ir si bautizarlos”.

Y entonces don José, conmovido de ver la fe de aquellas madres y el deseo de bautizar a sus hijos, les dijo: “Bueno, pues ya está. Vamos a bautizarlos a todos. Tendré que arreglarlo, ahora después, dándole más deprisa a la bicicleta”. Por lo visto es que el pobre hombre había ido a Hornos, a decir

la misa, montado en bicicleta.

La segunda misa después de la guerra, fue en Cañá Morales. También se cundió la noticia por todos sitios de que había misa en Cañá Morales. A la aldea fuimos mi abuela “sunción y yo. Las muchachas de Cañá Morales, tan bondadosas y grandes personas como siempre, hicieron un altar en un sitio que le decían “Las Eras”. Un altar primoroso, lleno de flores naturales y todo lo mejor que pudieron poner. Aquel sacerdote yo no lo conocía. Era muy joven. Se dijo la misa y nosotras, después que terminó, nos pusimos en camino hacia nuestro cortijo del Soto. Mi abuela era inmensamente feliz porque habíamos oído misa y habíamos comulgado.

Y bajando por el camino, en una cuestecilla, se “escurrió” y cayó. Se dio con el tronco de un árbol y se hizo una herida en la mejilla y un desollón. Yo al ver a mi abuela sangrar, empecé a llorar y decía: “¡Ay madre Asunción, qué lástima, qué cara nos ha salido la misa!” Y mi abuela me miró muy sorprendía y me dijo: “Hija mía, nunca se te ocurra pensar que una misa es cara. Una misa es un regalo de Dios.

Que yo haya caído no tiene importancia. Nuestro Señor cayó tres veces y con la cruz acuestas”. Entonces, para que yo no llorara, empezó a cantar el “Sálvame Virgen María”. Esa cancioncilla empezó a cantarla y ya fuimos cantando, ella

echando sangre por su cara, y cantando por todas aquellas veredas de la Vega hasta que llegamos a mi Soto de Arriba. Cuando mi madre nos vio llegar: “¡Ay madre ¿qué le ha pasado?” “Na, hija mía, nada. Que yo haya caído no tiene importancia. Lo grande es que hemos oído misa y he comulgado y la nena también y todo lo demás, ya no tiene importancia. Lo de mi herida, es cosa pequeña”.

La tercera misa fue en el Tranco. Como siempre, se cundió por los cortijos la noticia. En esta ocasión fuimos mi madre y yo. Fue una misa en la carretera. Ya estaba la carretera del Tranco hecha. Se celebró enfrente de las oficinas. Donde pagaban a los obreros que trabajaban en el pantano. Allí se hizo un altar y en ese lugar se dijo la misa. Era un sacerdote joven también que no lo conocía. Allí tuvimos mi madre y yo y muchísimo personal que acudió de toda la Vega y todos los sitios. Esa fue la tercera misa después de la guerra. Poco a poco luego, el pueblo de Hornos, comenzó a tener una asistencia religiosa más regular. Era mucha la escasez de sacerdotes que en aquellos años había.

CONVERSACIONES EN LA VEGA DE HORNOS

Antes de la guerra, eran todas tranquilas y pacíficas. De vez en cuando se oía comentar lo del Pantano del Tranco. Siempre con la duda de si aquello llegaría a terminarse o lo dejarían olvidado para la eternidad. Pero por toda la vega, las personas

iban con el alma en un hilo diciendo “¿Qué pasará, qué pasará...?”

Por lo demás, las conversaciones eran vecinales. Si había alguien malo se lo comunicaban unos a otros. También se hablaba mucho de las simientes y las cosechas. Los encargados de las semillas y de todas las cosas que se sembraba en aquella Vega mía, trigo, cebada, centeno, garbanzos, maíz, escaña y habas, eran los hombres. Ellos hablaban entre sí y quien tenía buena simiente se la prestaba a los otros para que los productos fueran mejores. Pero ya los productos de hortalizas, eran las mujeres. Y entonces, ellas misma se intercambiaban semillas y se las regalaban. Te pongo un ejemplo: donde se sabía que se habían criado unos melones muy buenos, pues de aquellos melones se guardaban las simientes, se las repartían entre la vecindad y a otro año los melones de las otras familias también salían mejores. También los tomates, los pepinos. De los frutos que salían mejores, se conservaban las simientes.

Luego, las mujeres eran las encargadas de comunicarse unas a otras: “Yo tengo este año buenos tomates, yo tengo este año buenos pepinos”. Y se cambiaban las simientes. Y allí se criaban unos productos maravillosos. Tal como está la vida hoy, aquello hubiera sido digno de exportar al extranjero y hubieran tenido buena aceptación porque eran cosas

riquísimas. Lo que pasa es como esto no existía entonces, pues lo que se producía en la Vega, se consumía en los cortijos y por lo menos lo disfrutábamos nosotros. Pero venderse en otros lugares, no se podía.

Y si quieres que te hable de cerezos, te digo que en el Soto teníamos las cerezas mejores que se puedan encontrar en cualquier sitio. Son cosas que las vivo y cualquiera puede ponerlas en duda pero yo sé que estoy diciendo la verdad. Mi tío Ramón tenía un cerezo en la orilla del río que aquello era una maravilla de las cerezas que daba. Gordas y dulces como la miel. Mi padre tenía dos y crecían por detrás del Soto, mirando hacia el río. A la derecha de un huerto crecía otro que no tenía ningún parral engarbado, el cerezo sólo. Presentaba un hermoso tronco recto hacia arriba por donde mis hermanos y mi padre se subían a cogerle las cerezas. Yo quería subirme y no podía porque ya te digo que el tronco estaba muy recto y por mucho que arañaba, no podía. Cuando quería cerezas tenían que cogérmelas mis hermanos o mi padre. Yo me ponía debajo con la cesta y ellos iban cogiendo y me las iban echando.

Y más abajo, hacia la izquierda, teníamos otro cerezo, que aquella raza, era igual de dulce pero más gordas. Daba menos cerezas porque le engarbaron una parra y según decían allí, era esta parra la que impedía que aquel árbol diera más

cerezas. Pero se compensaba, porque el parral aquel daba unas uvas muy hermosas. Yo no quisiera nada más que poder coger ahora mismo un frutero y mostrarte las frutas tan ricas que teníamos allí. ¡Unos perales, unos membrilleros, unos ciruelos, unas higueras! De todas las frutas que buscaras las teníamos allí, menos naranjas y limones. De lo demás, teníamos de todo.

Y de los cerezos en flor, claro que me acuerdo. Echaban una flor preciosa. ¡Claro que me acuerdo! Y de los ciruelos, de los perales, de los almendros. Eso en la primavera veías como una sábana blanca, con matices rosaillos, por algunos sitios según los árboles que hubiera y aquello era una maravilla. Lo que no echaban flores eran las higueras. Son más tontas.

Y te voy a decir una cosa: verás, yo sola ayer lloré, porque como ahora es ya la primavera y por todos sitios se ven que van brotando los tallos de los árboles y las flores por los campos y los jardines, se me vino a la mente mi Vega. Y para mí me dije: "Si se pudiera hacer un milagro como el que sucedió en el Mar Rojo cuando pasaba Moisés y los Israelitas, si se pudieran apartar las aguas de este Pantano del Tranco que se comió nuestro mundo y nuestra vida y de pronto, por un milagro de Dios, apareciera toda la Vega florida, con todos sus árboles en flor como en aquellos tiempos yo la vi tantas veces, todas las orillas de los arroyos con lirios, rosas silvestre y de

algunos cortijos rosas bien cultivadas, por todos sitios aquellos pájaros y aquellos ruiseñores cantando, al despertar la primavera, si se pudiera hacer este milagro, Dios Santo qué gozo y qué belleza vería el mundo entero".

Al despertar la primavera en mi Vega amada de Hornos, parecía que era el paraíso lo que allí se trasladaba. Cuando se miraba desde La Canalica o desde la Fuente de la Higuera, se extendían los ojos hacia abajo y se veía, todo lo que alcanzaba la vista, lleno de árboles todos en flor y las praderas todas repletas de hierba verde y millones de flores multicolores... ¡Dios mío! Si yo creo que cosa más bella no habrá existido nunca en ningún otro rincón de este planeta tierra. Aunque luego volvieran las aguas a su sitio como fue en el Mar Rojo pero poder grabar esa Vega mía con sus cerezos en flor y que pudiera el mundo entero saber qué maravilla fue lo que sepultó las aguas de este Pantano del Tranco. Lo que pasa es que ya no lo puedo demostrar y menos yo. Sólo balbuceo pobres palabras intentando expresar lo que me rebosa desde el corazón y no me queda más consuelo que pensar que alguien puede creer lo que digo. Yo sé que es verdad y en mi alma lo tengo hirviéndome y todo en flor como mi gran Vega que conmigo me la traje y hasta la eternidad, permaneceré abrazada y fundida a ella.

Cuando cogíamos las cerezas, pues nos las comíamos y

luego las conservaba mi madre también. Pero lo hacía de otra manera. Mi madre las conservaba en aguardiente y azúcar. Las iba metiendo en las botellas y les echaba aguardiente y azúcar. Luego, pues cuando quería, destapaba una botella y sacaba cerezas. Otras veces también las pasaba y le decían cerezas pasas. Que conservaban el dulzor pero arrugaillas y un poquito secas.

Y volvemos a lo que se hablaba en aquella Vega mía. Antes de empezar la guerra, de lo que ya te he dicho. Cuando empezó la guerra, todo eran conversaciones de los sucesos de la guerra. Las malas noticias que llegaban como la baja de algún muchacho de por aquellos cortijos, los llantos, las cartas, pendientes todos del correo y lo del pantano, quedó como eclipsado, muy en segundo término. Se calló porque lo más urgente era la guerra y rezar para que las personas volvieran a sus cortijos pronto y sanos y salvos. También para que se terminara la guerra.

Entre todas aquellas personas que nos juntábamos a rezar, con mi madre y mi abuela, jamás oí nunca decir que gane un bando u otro. Nunca se rezó allí por los bandos, sino por la paz y porque se terminara la guerra. Y durante la guerra, las conversaciones de los pobres que por allí pasaban pidiendo, lo que ya te dije antes del Cura Raspa.

Terminada la guerra y empezadas otra vez las obras del Pantano del Tranco, volvieron a reanudarse las conversaciones sobre las expropiaciones, del pantano, ya empezó el miedo, ya se reavivó el temor de que nos echaban de nuestras tierras. Esta era la conversación que se oía de continuo por allí. “¡Que no hay más remedio, y que tenemos que obedecer, irse aunque no queramos!”

Y ya que te hablo de La Fuente de la Higuera, quiero decirte, una vez más, que allí vivían unas personas buenísimas y a todas las recuerdo perfectamente. Te puedo contar muchas vivencias y muy agradables como de todas las cosas y personas que conocí en mi Vega. Y aquello lo tengo muy andando porque unas veces subíamos por gusto y otras por aquello de las cartas de los soldados. De La Fuente de la Higuera, también había muchachos en la guerra. Concretamente al hermano Jacinto y a la hermana Paula, le mataron un hijo en la guerra que se llamaba Isidro.

Además de otras hijas que tenía, yo al que más recuerdo era a Domingo porque era muy amigo de mi hermano Angel. Quiero decirte que hasta esta pequeña aldea de mi tierra amada, llegó la tragedia de la guerra.

Recuerdo perfectamente al hermano Blas y a la hermana Ramona que es la que te conté que bailaba con tanta gracia

aquel día tres de mayo. Esta señora y su marido, Blas, son los padres de Paulino el que se casó con mi prima Ramona como ya sabes. Recuerdo al hermano Eustaquio, a la hermana Piedad, el hermano Toribio, la hermana Ramona, el hermano Angel Hernández y su mujer Dionisia. Este matrimonio tenía varios hijos pero hijas sólo una que se llamaba Lorenza y creo que todavía vive y se casó con Domingo, el hijo del hermano Jacinto y la hermana Paula. Todas estas personas eran bondadosísimas. Un hijo del hermano Angel Hernández, se casó con mi prima Francisca que era hija de mi prima Asunción Muñoz Manzanares. Yo le decía mi prima AQuica". Ella fue mi compañera inseparable en los juegos.

De esta prima mía me acuerdo que cuando bajábamos al huerto a por frutas, siendo las dos todavía pequeñicas, como no alcanzábamos a las peras que colgaban de los árboles, nos inventamos un método eficaz y divertido. Cogíamos piedras y donde veíamos las frutas maduras, las tirábamos. Caían al suelo y así de este modo y sin molestarnos en subir por aquellos troncos, las cogíamos y nos las comíamos.

A ella y a todos los recuerdo. Seguro que nadie se acordará de mí pero yo sí me acuerdo de ellos. Me dejaron mucha huella por lo buenos que eran todos conmigo. La huella que dejan las personas buenas que conoces, es para toda la eternidad.

ABUELO Y NIETA

El abuelo baja por el cerrillo y va recogiendo los trozos de madera que sobraron de los pinos cortados. Los va dejando amontonados en los sitios visibles y cuando cree que tiene suficiente se vuelve para atrás y poco a poco se los va llevando al cortijo. Enciende la lumbre en la chimenea y enseguida se pone a calentar las migas de harina de maíz. Mientras las dora en el calor de la lumbre, charla con los que han venido de tierras lejanas y la niña.

-Cuando terminemos de comernos las migas de panizo os voy a llevar por donde van los caminos ahí donde el Guadalquivir se junta con el río de Hornos. Sobre esas laderas de rocas aún siguen brotando los manantiales de aquellos tiempos ¿te acuerdas?

- Tanto me acuerdo yo de esos manantiales de aguas limpias que hasta los he soñado mil veces y te lo digo en serio: no hay sueño más gozoso en el mundo que el de esos manantiales limpios brotando por entre las rocas rojas de esta Vega nuestra.

¿Te cuento también lo de mi abuelo?

- Tú cuenta que a los recuerdos no hay que ponerle límites.

- ¡Eso es! Lo que tú veas que no es oportuno, no lo pongas. Muchas veces acordándome de mi abuelo materno, he llorado. Pa mí, su convivencia con él, fue muy entrañable. Le gustaba mucho la pesca. Se iba al río a pescar y yo, como era el

“tanganillo”, que iba siempre de la mano de todos, pues me iba con él. Mientras él pescaba yo corriendo detrás de las mariposas por la llanura, por la orilla del río. Me acuerdo que cuando mi abuelo cogía algún pez chiquitillo, me llamaba, con mucho cuidado, entre los dos, le quitábamos el anzuelo y lo devolvíamos al río. “Mira, abuelo, ya nada otra vez”, le decía yo contenta. De vez en cuando, se ponía y me contaba historias. Y me contaba muchas cosas de su tierra de Lorca. Con mucha frecuencia me hablaba de su Virgen de las Huertas, que es la patrona de Lorca.

Como ya te he dicho, mis abuelos eran de Lorca y el motivo de venir por esta tierra fue que en Orcera había una familia muy poderosa, muy rica porque tenían muchas fincas y muchos cortijos y ellos querían hacer una fábrica de aceite en cada uno de los cortijos de su propiedad. Te estoy hablando de Los Parras. Una gran familia muy rica y poderosa, tanto que se puede decir que Los Parras y Los Olivares eran los dueños de casi media sierra. Doña Rosario Olivares era la propietaria del pequeño cortijo que te he dicho que mi padre arrendó en Orcera cuando ya se sabía que nos íbamos de las tierras de Hornos. Cuando yo la conocí era viuda. Su marido se llamaba don Eduardo y era magistrado y murió durante la guerra de muerte natural quedando viuda sin hijos. Entonces su fortuna la heredó los hijos de un hermano único que estaba casado con doña Carmen Zamora procedente de Siles.

El padre de esta señora se llamaba don Ramón Olivares que provenía de Segura y su madre, doña Carolina Parras que era de Orcera. Don Ramón Olivares eran los dueños del cortijo de Los Parrales y como mis abuelos eran los arrendatarios, por eso nació allí mi padre. Hermana de doña Carolina Parra, era doña Aurora, una señora muy importante de Orcera que murió muy anciana. Y me acuerdo de una hija que tenía ciega que se llamaba Loly y cuando yo iba a misa a Orcera, esta señora acudía en compañía de su madre, de su hermana doña Carmen y doña María Miñarro que era esposa de don Genaro que murió en la guerra. Doña Carmen estaba casada con otro señor que era don Antonio Alfaro. Y doña Aurora tenía otra hija que se llamaba la señorita Isabel que estaba con la mente un poco perturbada. El marido se llamaba don Gonzalo y ella estaba en una casa que ahora dicen casa de salud y reposo y to eso.

Toda esta familia eran excelentes personas que tenían muchas propiedades por Orcera, por Los Parrales, por Bujaraiza y eran los dueños del cortijo Nogueras, de un cortijo que le decían La Dehesilla y había otro cortijo que le llamaban La Dehesa pero este era de doña Sacramento, que fue esposa de don José Parras que tenía dos hijos que se llamaban Loly y Ramoncito. Don Ramón Olivares pasaba mucho por la puerta de mi cortijo montado a caballo y como era un gran amigo de

mi abuelo Cesáreo, porque como había estado trabajando con ellos, lo conocían muy bien. Y siempre que pasaba por el camino real, por la puerta del Soto, paraba el caballo y decía: "¿Dónde está Cesáreo?". Y mi abuelo salía diciendo: "¿Por qué me llama usted, es que me trae un puro?". Y a don Ramón Olivares le hacía mucha gracia y por eso casi siempre le traía un buen puro de los que le gustaban a mi abuelo.

Pues mi abuelo Cesáreo, trabajaba en el arsenal de Cartagena. Era un mecánico excelente y entonces estos señores fueron por aquel terreno, no sé si es que alguien los encaminó hacia allí o por su cuenta, buscando a un buen mecánico que les pusiera en marcha las fábricas de aceite que ellos querían montar en sus fincas. Y como mi abuelo era un gran artista en el oficio que tenía y quizá porque alguien se lo recomendó, el caso es que lo buscaron a él y se vino, contratao por Los Parras, con su mujer, que era mi abuela y los hijos y entre ellos, mi madre que vino pequeña a estas tierras.

Primero vino a Orcera, pusieron en marcha las fábricas de aceite que yo no sé si todavía estarán en funcionamiento, porque todo esto, con las cooperativas modernas, seguro no funcionará. Pero ellos montaron fábricas de aceite en un cortijo que se llamaba Los Ahorcaos, otro que se llamaba La Vicaría, otro cortijo que se llamaba el Borbotón y sé que había más pero ya no me acuerdo de tantos nombres. Esto mis padres sí

te lo hubieran podido explicar bien.

Cuando ya pusieron en marcha todas estas fábricas, que entonces se le decían molinos, todos los depósitos grandes de aceite fueron confeccionados en el taller de mi abuelo y por eso de siempre a mi abuelo le llamaron maestro pero no era maestro nacional sino maestro del que practica un oficio. También cuando vino a Hornos, mi abuelo, artesanalmente confeccionaba los calderos para las matanzas, las farolas de petróleo que se usaban antes para el alumbrado en los pueblos, las de Hornos, Orcera y otros pueblos las hizo él y de aquí viene que en mi familia, a mis tíos y demás, se les quedara el apodo de hojalatero. Del trabajo y el oficio que tenía mi abuelo.

Cuando él murió, que fue la primera muerte que yo presencié en mi familia, expiró besando el crucifijo que yo todavía conservo. Era en los tiempos de la guerra, por el año treinta y ocho. Murió llamando a su Virgen de las Huertas. Y de tal manera me describió el santuario de la virgen que ya mayor, una vez le supliqué a mi marido que me llevara a conocer aquellas tierras. Cuando yo llegué al Santuario de la Virgen de las Huertas, no pude contener el llanto porque todo lo que iba viendo, era igual a lo que mi abuelo me había contado.

A mí me daba la impresión que lo había visto en otras

ocasiones. Todo era la descripción tan exacta y bella que me abuelo me había hecho de su tierra. Allí estuve hablando con un padre Franciscano de la comunidad religiosa que es la que custodiaba el santuario y le dejé un funeral encargado a mis difuntos. Se lo merecían, porque en la enfermedad de mi padre, mis abuelos maternos, ayudaron pagando médicos, medicinas y hasta alimentación.

Y ahora me acuerdo yo y digo "mis abuelos, cuando me llevaban de la mano, aquella larguirucha, flacucha que no valía para nada, ¿hubieran pensado entonces, que al cabo de sesenta años después de muertos, aquella chiquilla los iba a recordar así?" Pues así es. Que todavía los recuerdo. Unas personas muy entrañables. Y que convivieron mucho en el Soto. Sólo que eso: que no eran ni propietarios ni fundadores. Eran los padres de mi madre pero que en el Soto tuvieron mucho que ver.

LA CASICA DE PAPA

- ¿Y lo que me decías antes de tus hermanas?

- La mayor murió de algo de bronquios o de garganta y aunque la llevaron al médico pero entonces es que no había tantas medicinas como ahora. Se llamaba Asunción. Después murió otra hermana mía con veintiocho meses. Le salió una pupica en la rodilla, se le infectó, se le engangrenó la pierna y murió. Y otro hermano mío murió con quince días. Le dio la "estiricia"

esa que le da a los recién nacidos y tanto le apretó que murió a los quince días.

Cuando nací yo, que ya mis padres eran mayores, la ventana del cuarto daba a la acequia que traía el agua para el riego a toda la Vega. Había un roble muy grande con un parral de unas uvas riquísimas. Muchos álamos, muchos árboles y como el río estaba cerca y por entre ellos muchos ruiseñores. Dicen que nací el diecisiete de agosto, de madrugá. Tenían la ventana abierta y cuando yo nací, contaban que les dio una alegría muy grande porque había nacido una niña. Mi padre se asomó a la ventana y como estaban cantando los ruiseñores, exclamó diciendo: “Ay, Dios mío, qué alegría. Hasta los ruiseñores cantan hoy mejor porque nace mi nena”.

Al lado de aquel roble que era el más antiguo de todos los robles de la Vega, había unos granados y luego árboles para todas las direcciones. Las uvas que tenía mi padre engarbadas en el roble eran de color oscuro. Y recuerdo que aquel roble tenía el tronco partido por la mitad, ennegrecido y quemado. Mis padres me dijeron que aquello fue de una tormenta muy grande que hubo una vez por la Vega y sobre aquel árbol descargó un rayo. Por allí se oía, ya lo creo, que sobre las cumbres de la sierra caían muchos rayos. Un hijo del hermano Isidro, el del Soto de Abajo, el mayor que se llamaba Prudencio, murió de un rayo que descargó una tormenta.

- De la casica de tu papá ¿Qué me dices?
- Mi padre se sentaba en la chimenea frente a la lumbre y abría las piernas. Yo tenía una sillica pequeña, la cogía y entre sus piernas me sentaba para que él me contara cuentos. Y una gata que tenía que era muy mansa, la cogía en brazo. El animal empezaba a roncar y yo a dar cabezazos hasta que me dormía con la cabeza puesta en las rodillas de mi padre, entre sus piernas frente a la lumbre. De allí me llevaban y me acostaban. ¡Me contaba unos cuentos mi padre! Ahora quiero yo contarles cuentos a mis nietos y no puedo. Les gustan más los dibujos animados. Y no me dejan contárselos. Pero mi padre...

Se acordaba de cuando él era chiquillo e iba guardando los cerdos. Decía que había una colmena por la parte de los baños. Un día estaban cortándole la miel. A él le gustaba mucho lo dulce, era muy goloso. Estaba por el puntalillo con los cerdos y los que cortaban la miel en la colmena, lo conocían. En la Vega se conocía todo el mundo. "Felipe, ven, ven que te vamos a dar un panal de miel". Mi padre se acercó corriendo a que le dieran la miel. Le dieron el panal y dice que iba chorreandole la miel por la muñeca y él chupando. Las abejas, alrededor. Ellos se la dieron creyendo que le iban a picar y así se podrían reír. Una broma que le gastaron pero no le picó ni una. Y decía mi padre: "Anda, que os ibais a reír de mí pero yo

me he comido la miel y tan pancho estoy".

Pero ahora que se me presenta la ocasión quiero contarte algo más de mi padre. Por muchas cosas buenas que diga, no creas que es pasión de hija, es que es la verdad. Mi padre no hizo el servicio militar porque entonces hacían sorteos y él sacó el número diez. Fue excedente de cupo y por eso pasó toda su vida en la Vega.

Como ya antes he comentado, mi padre nació en Los Parrales. No fue nunca a la escuela y por eso no tenía la cultura de la persona que sabe leer y escribir. Pero Dios se hace cargo de las cosas: Mi padre tenía la cultura que da la vida en contacto con la naturaleza. Desarrolló un sexto sentido que es mitad intuición y la otra mitad amor producto del tiempo, el aire, la lluvia, el sol y el campo abierto. Algo que no se estudia en ninguna universidad del mundo. Mi padre no sabía ni leer ni escribir pero era inteligente como el primero. Su analfabetismo no le disminuyó en nada su bondad y amor hacia los demás. Un gran hombre de bien para con todo el mundo.

Por eso ahora te digo que también me siento muy orgullosa de haber tenido un padre como el mío. Podría contarte infinidad de cosas de su vida. Sin embargo, una de ellas, fue para mí la más importante: todas las cosas que hacía mi madre, que ya te he contado, siempre contaba con la aprobación y respaldo de

mi padre. Si mi padre se lo hubiera impedido tal vez ella no lo hubiera podido hacer o habría tenido mucha más dificultad.

Cuando del trabajo, mi padre llegaba a mi casa, si veía que había algún mendigo hospedado allí, si era mujer le daba las buenas tardes y callaba. Mi madre era la que se entendía con ella. Pero si era un hombre lo primero que hacía era sacar su petaca de tabaco verde, el tabaco que él criaba, su papel de fumar y chisques de mecha y le decía: “Hermano ¿fuma usted?” Era la manera de emprender el diálogo con esta persona. Se ponía a hablar con él, aquel hombre perdía la timidez y cuando era la hora de cenar comía con nosotros en la misma mesa como si hubiera sido uno más de la familia. Mi padre y todos los de mi casa lo tratábamos no como mendigo al cual se le estaba haciendo un favor, sino como un amigo de verdad.

Siempre sucedía que aquel hombre, al sentirse tan agusto, comenzaba a hablar y a contar historias tanto de su vida como de su tierra. Resultaba que muchos de aquellos mendigos sabían leer y escribir. A través de estas personas sabíamos muchas cosas de otros pueblos. Cuando nos decían de donde eran resultaban que muchos eran de Torafe, de Villanueva y otros pueblos cercanos. Pero otros venían de pueblos tanto de Córdoba como de más sitios que habían sido evacuados por la guerra. Se habían escapado de las bombas y de las balas y se

habían tirado a los caminos sin dejar por eso de ser personas llenas de dignidad y repletas de sabidurías. Bibliotecas ambulantes eran muchas de aquellas personas.

Una viejecita de las muchas que pasaban por allí, un día, me enseñó una poesía que ahora después si quiere te la digo, porque ahora vamos a lo de mi padre. No creas que el cariño por mi tierra ha sido sólo mío. Mi familia siempre ha sentido y pensado como yo. Ellos también han llorado por la tierra perdida a igual que muchas de las personas de aquella Vega de Hornos, cuando con ellos me he encontrado. Desde que salimos de allí mi padre vivió el resto de sus días siempre con la añoranza de su tierra.

Mi padre era piadoso, los domingos que podía asistía a misa y veía con agrado que mi madre rezara juntamente con mi abuela y si él no sabía leer, porque no pudo, sí se preocupó mucho de que sus hijos aprendieran. En todos los sitios donde conocían a Felipe Muñoz Ortega, era tenido y respetado como hombre de bien y honrado. ¿No crees tú que es grande, como ninguna cosa en el mundo, las miles de veces que yo de pequeña me he quedado dormida en sus rodillas? Ojalá y todos los niños del mundo tuvieran la suerte que yo de pequeña tuve con aquel padre tan bueno. Ojalá todos los niños del mundo, al caer la noche, pudieran dormirse abrazados a su gata mansa, sentados en su silla chica, frente al calor de la

chimenea entre las piernas de su padre.

Mi padre murió, ya aquí en Ubeda, fuera de su tierra y con la añoranza de su Vega de Hornos, un viernes catorce de enero, a las siete de la tarde del mil novecientos sesenta y seis. Mi padre murió abrazando con sus manos y besando con su boca el crucifijo con el que ha muerto toda mi familia. Le dijo a mi madre: “Josefa, te dejo”. Y mi madre le contestó: “Felipe, guárdame un laico en el cielo”. Y cuando llegamos nosotros nos dijo: “Hijos míos, os dejo”. Poco tiempo después expiró. Hoy, en este recuerdo tierno y lejano, digo aquí que me siento orgullosa de haber sido hija de tan buen padre.

Entre los días felices que yo recuerdo en mi vida, que fueron muchos, está el de mi primera comunión. En aquella tierra mía no se celebraban los banquetes que hoy día se han puesto de moda. ¡Esos banquetes tan costosos, no! Y no es que yo critique que lo hagan, no me meto pero que allí, al menos en mi casa, no fue así. Sólo matamos un gallo y nos lo comíamos juntos. Para nosotros, el día de la primera comunión era de gran devoción. Todo el día mi familia rodeándome, comiendo juntos y mi abuelica me decía: “Hoy los ángeles son tus acompañantes y te rodean porque te ha visitado Jesús”. Y a mí me daba una sensación de felicidad que me parecía que era verdad que estaba viendo a los ángeles que me rodeaban porque había comulgado.

Recuerdo que el velo que llevé, me lo tejió mi abuela Asunción. La diadema, que por cierto era la más bonita de todas las que llevaron las niñas, me la confeccionó la madre Magdalena Blanco Marín, monja Carmelita descalza, priora del convento en Beas de Segura. Gran amiga de mi madre. La niña que me dio la mano para que fuéramos juntas hasta el altar se llamaba Laura. Fue un día pa mí, de inmensa felicidad. Hice mi primera comunión en la iglesia de Hornos el día 11 de junio de 1936, justo cuando estallaba la guerra. Y celebró la misa un cura que se llamaba don José María Régil Mora.

Este hombre llevó allí a un retratista, que no sé de dónde era, para que nos hiciera las fotos de ese día. Eso fue en junio y como se llevó los retratos para luego mandarlos o traerlos o lo que fuera y estalló la guerra pocos días después, nadie supo más de aquel retratista. Los retratos ya no llegaron a Hornos. El caso es que las fotos de mi primera comunión sí se hicieron, el mío y el de todas mis compañeras, y luego nunca pudimos ver aquellas fotos. Nos retratamos individualmente y en grupo, con algunas niñas que vistieron de ángeles.

Mi catequista, Francisca Hoyo, fue para mí una buenísima persona. Le decíamos Quica, porque en mi pueblo de Hornos, el diminutivo cariñoso de Francisca, es Quica. Ella era otra joya más de mi pueblo. Joya en bondad y en hermosura. Después

fue esposa de don Saturnino Galdón, el médico. Aunque yo me sabía el catecismo porque ya lo había aprendido de mi madre y de mi abuela pero para que me integrara en el grupo de niñas, mi abuela me llevó al grupo de la hermana Quica.

¡Con qué cariño nos trataba y nos enseñaba! Hoy sé que ya murió pero como soy creyente y creo en la inmortalidad del alma, yo sé que ella está en el cielo. Como no se lo puedo mandar aquí en la tierra se lo mando hacia el cielo: un recuerdo para mi catequista. Dónde estés, hermana Quica, pide por nosotros. Por el grupo que aleccionaste tú para la primera comunión en nuestro pueblo de Hornos. Mando un abrazo a todas mis compañeras de primera comunión y especialmente a la que me dio su mano para ir juntas a comulgar: a Laura.

Desde este momento, arrinconada bajo el peso de los años, os digo a todas: aquel día cogidas de la mano fuimos por primera vez a Jesús. No os soltéis de la mano de El. No descolgaros de El aunque el agua os llegue al cuello. Yo me he visto muchas veces con el agua al cuello y El siempre tira para arriba. ¿Os acordáis de aquel día tan feliz? Pues esperadme un poco que pronto estaremos otra vez todas unidas y ahora para siempre.

Recuerdo también el día de mi confirmación. Me confirmó el obispo de Jaén, don Manuel Basulto Jiménez. El día que llegó

a Hornos, me acuerdo que en la Puerta Nueva, se hicieron arcos con flores silvestres, con ramas de árboles, colgaduras en las ventanas, con todo lo más bonito que entonces se podía disponer. Supongo que iría en coche pero él entró al pueblo andando. Nosotros, junto con todo el pueblo, lo estábamos esperando desde la puerta de la iglesia hasta donde alcanzó el personal ocupando la calle por la Puerta Nueva y él llegó, a pie. Cuando entró, lo hacía dando su bendición a todo el mundo lleno de dulzura. Después nos fuimos detrás de él a la iglesia.

Mi abuela me había dicho que me daría como si fuera una bofetá pero sin hacer daño en la cara. Pero como tantas bromas y tantas cosas se cuenta entre los chiquillos, a mí me gastaron una broma diciendo que me iba a dar una bofetá muy fuerte. Cuando me llegó el turno para que me confirmara, me hizo aquella caricia en la cara y yo no me levanté. Como soy tan “abanto” y entonces que era tan chiquitilla, más todavía, yo no me levantaba de los pies del obispo esperando que me diera aquel bofetón que a mí me hicieron creer que me iba a dar. Y yo no me levantaba y me quedé mirando hacia arriba a la cara del obispo y él me miraba con una dulzura como diciendo: “¿Qué le pasa a esta niña? Si ya la he confirmado ¿por qué no se va?”

Y ya viendo que no me iba, un sacerdote que había allí al lado, me cogió con mucho mimo del brazo y tiró de mí y me

retiró para que se acercara otra persona a confirmarse. Pero a mí nunca se me olvidará con la sonrisa que me miró el obispo mientras yo estaba allí arrodillada a sus pies esperando la bofetá fuerte que nunca llegó. Pero su sonrisa sí me llegó y todavía me acuerdo de aquella cara y expresión dulce que me miró el día de mi confirmación.

Luego supe con pena que este buen obispo, murió mártir, en la guerra. Lo mataron en un tren que le decían “el tren de la muerte”. En él murió el obispo que confirmó a mi hermano Angel y a mí en mi pueblo de Hornos. Y en este pueblo mío de Hornos, si no han sido destruidos, tienen que estar los documentos donde se recoja la fecha de esta confirmación mía y el obispo que me la dio. Digo esto, porque mi primera comunión y mi confirmación fueron casi juntas. La fecha de esta última no la recuerdo pero sé que fue poco antes de estallar la guerra. Y es que entonces el sacramento de la confirmación se recibía a una edad más temprana que en estos tiempos de ahora.[1]

---

[1]**1- Nota del autor**: En el periódico Jaén del día 1 de marzo de 1998, casi un año después de haber escrito la página de este libro, apareció la siguiente información: “Seis hombres están en proceso de ser beatificados. Todos ellos tienen algo en común y es que murieron por Cristo. El proceso para la beatificación de estos ejemplares siervos de Dios, se inició en el mes de octubre del año 1994...” “**Manuel Basulto Jiménez** nació en Avila a las cinco de la tarde del día 17 de mayo de 1869. Tardó 51 años en llegar a Jaén. En agosto del 36 fue apresado en el templo catedralicio. La saturación de presos obliga a que días más tarde 200 presos sean trasladados a Villaverde donde fueron ejecutados por los milicianos. Así murió Manuel Basulto Jiménez el día 12 de agosto de 1936....

LA GUARINA DE LA CASA

- Explícame lo del juguete.

- Pues que era la guarina de la casa, la más chica, el juguete de mis dos hermanos mayores. Mi hermano el mayor, tenía una gorra de visera y para hacerme rabiar, cogía la visera y se la ponía para= tras. Yo cuando lo veía así tan feo: “Ay chache mío quítate la gorra, que así estás muy feo”. Otras veces se descalzaba el pie y ponía los dedos así y quería que le dijera si me quería o no me quería. Con los dedos de los pies me contestaba sí o no. Cuando decía que sí, hacía con los dedos así. Y yo me ponía muy contenta: “Me quiere”. Otras veces hacía así: “Ay que no me quiere mi chache”.

Tenía mi hermano una guitarra. Mi abuela que era muy primorosa, le hizo una funda y le puso unos lazos con madroños de colores. Mi madre compró más tela de la cuenta y entonces mi abuela me hizo a mi un pijama. Un compañero de trabajo de mi hermano, que se llamaba Guillermo, en cuanto me veía, salía corriendo detrás de mí: “Ese pijama te lo quito yo. Eso es para mí”. Corría yo que no sabía dónde me iba a meter y esconderme para que no me quitaran el pijama. Ellos se morían de risa. ¡Madre mía, cuánto me podían hacer rabiar y ahora me doy yo cuenta, cuánto me querían! De pequeña, no me gustaban los nabos. Cuando mi madre ponía cocido, mi hermano me los daba diciendo que eran patatas. Cuando yo

me echaba el nabo a la boca: “Ay que me ha engañado, que es un nabo”. Y ellos, crujir de risa. ¡Dios mío, eso era felicidad!

Por aquellos días que yo todavía era chiquitusa, en una mecedorilla que teníamos en mi casa, yo me sentaba y mientras mi hermano Angel me mecía, me decía así: “Ea, mi mena, ea más ea, mi mena pequeña”. Y era yo chiquitilla pero no tanto, lo que pasaba es que me estuvieron mimando hasta última hora todos los de mi familia. Y estas cosas ¿cómo quieres que se me olviden nunca?.

EL RELOJ DEL SOL

- Por lo que me cuentas, todo para ti, de niña, puro juego por toda tu Vega.
- También se trabajaba entonces, ya lo creo.
- ¿Y en qué trabajabas?
- Entre otras cosas, sembraba garbanzos con mis hermanos. Ellos llevaban los mulos y yo detrás echando al surco los garbanzos, el maíz y las habas. Todo eso lo hacía yo con mis hermanos y desde pequeñica a la aceituna y en la casa, ayudándole a mi madre. Pa recoger el maíz, eso ya mi padre y mis hermanos lo hacían. En la casa lo que hacíamos era abrir las panochas, quitarle las farfollas, desgranarlo para los cerdos, eso sí lo hacíamos en la casa.

- ¿Y lo de tus manos heladas?

- Era un sitio que le dicen la Piedra del Aguila. El mayor ya estaba en la guerra. El menor, con trece años, tuvo que hacerse cargo del par de mulos y todo lo que había hecho el mayor, paso al pequeño. Mi padre que no se estaba parao. Yo iba a sembrar a ese sitio que le dicen la Piedra del Aguila. De pequeña, siempre fui muy friolera. En aquel sitio, tardaba mucho en dar el sol por las mañanas. Yo me quedaba helada. Me cogía mi hermano las manos. Se las metía así debajo de sus brazos, me las calentaba y así con el vaho soplando.

Otras veces, teníamos nosotros un mulo que era muy manso. Un mulo rojo que se llamaba “Comisario”. Metía las manos debajo de las ancas del mulo y así me calentaba. Y yo, apenas uncía los mulos, ya estaba diciendo: “Angel, ¿cuándo nos paramos a comer?”. Decía: “Mas tarde, más tarde”. “Angel, ¿qué hora es?”. Se quedaba mi hermano mirando al sol: “Son las once de la mañana, por ahí, por ahí”. “Angel, ¿y cómo sabes tú la hora que es?”. “Porque el sol tiene un reloj”. “Angel, ¿y quién te han enseñado a ti a entender el reloj del sol?”. “El Tío Toribio”. Era un hombre que vivía en la Fuente de la Higuera.

Y había muchos nidos de águilas por allí. “Angel, ¿Por qué cantan tanto las águilas?”. “Son las madres hablando con los hijos. Los enseñan a volar y a comer. Ellas enseñan a sus hijos lo mismo que madre te enseña a ti”. Y venga: “Y Angel,

¿Cuándo vamos a parar a comer?". Se quedaba otra vez parao, porque tenía una paciencia... ay qué paciencia tenía mi hermano conmigo. Paraba los mulos, se quedaba mirando al sol: "Ya queda poco, nena, date prisa, date prisa".

Nos parábamos a comer. Había entonces mucha escasez, mucha mendicidad. Pasaba mucho personal de Iznatoraf y de todos esos sitios, pidiendo limosna. Iban por el camino y cuando veían a alguien que estaba trabajando, como sabían que llevábamos merienda, pues nos pedían. Mi hermano, jamás le dijo que no a nadie. Echaba mano a las alforjas, que por la Vega no había barja como aquí. Echaba mano, cogía el pan, partía un pedazo, le añadía lo que fuera, de lo que llevábamos de comida y se lo daba. Luego, cuando íbamos a comer, ya quedaba poco pan para nosotros.

Mi hermano calculaba, la mitad del trozo de pan que nos había puesto mi madre, para mí y la otra mitad para él pero a su trozo siempre le faltaba el pedazo que le había dado a la persona que pasó pidiendo. El trozo más chico para él, porque lo que le faltaba ya lo había repartido. Yo le decía: "Angel, eso es poco para ti". Decía: "¡Calla y come!". Cuando llegábamos por la noche a mi casa: "Madre, que Angel ha comido muy poquillo". "¿Pero y por qué ha comido poquillo?" Preguntaba mi madre. "Es que se lo ha dado a los pobres". Y él que me oía, saltaba: "Ya está la chivata ésta".

Una vez de las que me engañó con los nabos diciéndome que eran patatas, yo me enfadé tanto que queriendo hacerle rabiar, le dije: “Me engañas con los nabos pero cuando me toca leer a la Virgen, lo hago mejor que Tú”. Y él soltó una carcajada y me dijo: “¿Bueno y qué? ¡Si a la Virgen le gusta más como leo yo!” y entonces me enfadé más.

Este hermano mío, según decía mi padre, era el nieto que más se parecía a mi abuelo Andrés por lo forzudo que era en el trabajo del campo, que fue en lo que trabajó siempre. Cuando se fue mi hermano Cesáreo a la guerra, él se convirtió en los pies y manos de mi padre. Siendo un chiquillo como era, yo lo veía llorar muchas veces acordándose de su hermano, preocupado de sus cartas y cuando llegó la noticia de que estaba herido, lloraba amargamente y decía que quería irse donde estaba él. Y mi padre le decía: “Angel, tú no sabes lo que dices. Tu hermano está en una guerra”. Y él contestaba: “Pues a la guerra me voy yo por estar a su lado. Si a él lo han herido que me hieran a mí también. Porque si le ocurre algo ¿qué haré yo sin mi hermano?”

Cuando mi hermano Cesáreo tuvo su accidente en el pantano de Sevilla, toda la familia lo sentimos muchos pero Angel lloraba por él igual que cuando lo hacía en aquellos días que estaba en la guerra. Siempre respetó mucho a su hermano

mayor.

Angel tenía un don especial para los chiquillos y siempre llevaba una reata de muchachos detrás. Cuando se ponía a trillar nos íbamos a su lado haciendo cola para montarnos en el trillo. Y cuando iba a por agua a la Fuente del Tobazo, llevaba en el mulo los cántaros y los chiquillos.

Y ahora que te hablo de mi hermano Angel, te quiero contar una anécdota que le ocurrió siendo pequeño y que me la contó muchas veces mi madre a mí. Cuando era zagalete, antes de tener edad de hacer otros trabajos mayores, pues estuvo guardando los cerdos, los nuestros, los de mi casa. Y una vez, tuvo una marrana que estaba recién parida, y aquello para guardarlo en el campo era muy difícil porque la marrana en cuanto se acordaba de la cría, que estaba en la cuadra del cortijo, pues arrancaba a correr y que se le venía y no había quién la sujetara. Se le venía antes de hora.

Una de las veces que se le escapó, el pobre, tanto lo sintió que cuando llegó la hora de venirse con todos los marranos, los animales sí llegaron al cortijo pero él, creyendo que mi padre o mi madre le iban a regañar porque se le había escapado la marrana, no sabiendo lo qué hacer, se subió al cerezo. Y mi padre y mi madre: “Que han venido los marranos y Angel no está por aquí. ¿Dónde estará?” Y empezaron a

llamarlo. Y ya viendo que lo estaban buscando y que se preocupaban por él, se asomó por entre las ramas del cerezo y decía: “Que estoy aquí”.

Y mi madre: “Pero hijo mío ¿qué haces ahí?” y él todo asustado: “Madre, se me se ha escapado la marrana. Y es que no podía sujetarla porque se acordaba de los marranillos. No la podía sujetar”. Y mi madre le dijo: “Bueno, hijo mío, pues bájate de ese árbol y déjalo. Si no te vamos a regañar porque haya ocurrido eso. Nosotros estábamos preocupados pensando que te había sucedido algo, porque no venías pero déjalo que se te haya escapado la marrana. Bájate y vente al cortijo”.

Y ya se bajó el pobretico tan consolado pero fíjate que ocurrencia de subirse al cerezo y esconderse entre las ramas porque se le había escapado la marrana. Qué inocencia de criaturica pensado que con aquello había cometido un delito y no tuvo culpa ninguna.

También vivió con el recuerdo de nuestra tierra. A los hijos les contaba cosas e historias de nuestro Soto. El vino muy joven a esta tierra y por eso su esposa Isabel, es natural de esta tierra ubetense. Mi hermano Angel murió muy joven, de una larga y penosa enfermedad pero con la valentía y resignación con que siempre soportan los sufrimientos las grandes personas. Cuando sus hijos, Josefa y Felipe, le

preguntaban: “¿Qué te duele, papá?” él siempre contestaba: “Si no me pasa nada”. Y eso que conocía su gravedad.

El día cinco de mayo del mil novecientos ochenta y cinco era primer domingo de mes, que como todos sabemos, está consagrado a la Virgen. Y ese día también se celebra el día de la madre. Pues justo en esta fecha, con su medallica de la Virgen, que llevaba siempre consigo y con su familia al lado, se fue a gozar del banquete que el Padre Bueno, en el cielo le tenía preparado. Algo así como si Dios le hubiera dicho: “Ven, hermano Angel al premio que te tengo reservado porque cuando repartías la comida de tus alforjas con los pobres que pasaban por los caminos de tu Vega, era conmigo con quien la compartías. Cuando salvaste aquel niño del río, a mí me salvaste. Cuando cuidabas a tu hermana pequeña, a mí me cuidabas y cuando pasabas frío en aquellas mañanas de escarcha y jugabas y cuidabas a los niños, a tu lado estaba yo y conmigo jugabas y cuando llorabas por tu hermano herido en la guerra, por mí lo hacías y cuando ayudabas a los ancianos de tu Vega, a mí me consolabas”.

LA ABUELA

- Lo mismo que con la tarde cae el día, nosotros también ya vamos llegando al final. De muchas cosas de tu tierra y tu pueblo has hablado hermosamente y llena de amor. Sé que todavía guardas todo un mundo inmenso dentro de tu alma que

por más que quieras nunca podrás expresarlo con palabras. Pero lo has intentado para que la historia lo recoja y para siempre, tu pueblo, tu Vega y las personas que sois de estas tierras, quedéis eternos hasta el fin de los siglos. Antes de irnos, antes de terminar, dime María ¿dos pinceladas más de algo bello que tú quieras destacar, aunque sólo sea un poquito, de entre todo lo demás?

- No tengo ni qué pensar cuales son esas dos pinceladas. Una es mi abuela y la otra mi madre.

- ¿Pues qué me dices de tu abuela que no me hayas dicho ya?

- Te estoy contando algunas de las muchas cosas que de mi pueblo tengo dentro de mí y poniendo en ello una amor tan grande que ya me parece no vivir en lo que vivo sino en aquello que añoro y en forma de recuerdo creo estar soñando. Cuando te cuento algo de personas que no son de mi familia, me siento libre, porque como estoy diciendo la verdad nunca nadie podrá decirme que me paso o me quedo corta. Me siento imparcial y por eso tengo la libertad de expresar las cosas tal como son. No soy parte interesada y lo digo simplemente porque es verdad.

Pero no me pasa lo mismo cuando se trata de hablar de alguno de mi familia. Me siento cohibida, porque creo que aunque diga la verdad, pueden pensar: “Claro, ¿qué va a decir de su familia? Sin embargo, lo mismo que te digo la verdad de

personas que no me tocan nada, lo que te cuento de mi familia, también es verdad. Pero siempre con esa sensación de que haya alguien que lo interprete de otra manera. En dos ideas sencillas quiero resumirte lo esencial de mi abuela Asunción:

El retrato que hay de ella en este libro, se hizo cuando era muy viejecica y el niño que tiene a su lado es mi hermano Cesáreo de pequeño. Aun recuerdo que cuando yo era chiquitica, oía a las personas moyores decir que mi abuela Asunción había sido una mujer muy bella, muy distinguida y culta. Que tenía talento pero nunca alardeó de nada. Y se comportó siempre con una humildad y un recato ejemplar.

Yo daría ahora cualquier cosa a cambio de haber conservado un trocito de algo escrito por mi abuela. Con sólo unos renglones me conformaría para que vieras la calidad y belleza de caligrafía que tenía. Escrito con pluma y tinta como se escribía antiguamente. Cuando veo esos escritos que hay que dicen “letra inglesa”, que al subir la pluma hace la raya fina y al bajarla la hacen un poquito más gruesa, me digo que así era la letra de mi abuela. Un poquito inclinada hacia la derecha y adelante, sin ser muy inclinada, sino suavemente un poquito a la derecha, redonda sin serlo totalmente y alargada sin serlo del todo. Era una letra especial por lo bonita y de continuo me digo que por qué yo escribo con la letra que tengo habiendo tenido la maestra que tuve. Yo no he visto por ningún lado una

letra tan bonita como la de mi abuela.

Cuanto más tiempo pasa, más me acuerdo el tesoro de talento, de bondad y de sabiduría que había en aquella mujer. Siento mucho remordimiento porque pude haber aprendido muchas más cosas buenas de aquella abuela mía pero aunque me quedé con algunas, a muchas de sus cosas, ni le daba importancia. Nunca diré bastante el tesoro de bondad y valor humano que fue mi abuela.

Fue una de las personas más respetadas que había en mi pueblo de Hornos. Por su conducta intachable y por persona de bien. Creo que también influyó la cantidad de niños y niñas que ella tuvo en la escuela, en la etapa en que fue maestra. Cuando esas personas se hicieron mayores le guardaron siempre un cariño y un respeto que rayaba en la delicadeza más fina.

Y se notaba, por ejemplo, cuando ella iba a misa. Al entrar a la iglesia, las personas que estuvieran en la puerta, siempre se apartaban respetuosamente y le cedían el paso. “¡Pase usted, hermana Asunción, pase usted”. Era lo que siempre le decían y aquello era sincero. Se notaba que salía de lo más profundo del corazón. Lo mismo cuando se juntaban en algún entierro, en algún funeral o visitando algún enfermo. Cuando llegaba mi abuela, siempre se levantaba alguna persona y le decía:

“Siéntese hermana Asunción, siéntese usted”.

Mi abuela, algunas veces se sentía abrumada porque era muy humilde y muy sencilla. A las personas que tenían estas atenciones con ella, siempre les respondía diciendo: “No molestaros por mí. Vosotros los primeros”. Pero nada: Se deshacían todos en atenciones con ella y eso es algo que tengo que agradecer a las buenísimas personas de mi pueblo. ¿Por qué esas personas, siendo tan sencillas y nobles como el que más, tenían tanto amor y atenciones hacia mi abuela? Es lo que ya te he dicho: de mi pueblo siempre he recibido mucho cariño, muchos ejemplos buenos y mucho respeto de unos para con los otros. Será que la Virgen de la Asunción ha derramado su gracia y su bendición, de una forma especial, sobre este pueblo mío y las personas que en él viven.

Pero mis abuelos maternos también tuvieron un gran dolor en su vida. Perdieron a un hijo que murió en la guerra de Africa. Se llamaba Angel Manzanares Donvidau y según yo oía, las personas que lo conocieron decían que era un ángel no sólo de nombre sino también de bondad. Era alto y muy guapo. Todavía conservo un retrato de él. Mi abuela no quiso nunca creer que su hijo había muerto y vivió con la esperanza de que estaría perdido en Africa o preso de los moros y que algún día volvería. Pero ese día no llegó jamás. Un compañero suyo que era de Orcera y le decían de apodo “Tuto”, lo vio caer en la

guerra y así se lo dijo a la familia pero a mi abuela nunca se lo contaron. Por eso mantuvo su ilusión hasta el fin de sus días.

Mi abuela murió en Ubeda el día 6 de marzo de 1946 y fue asistida espiritualmente por don Marcos Hidalgo Sierra, párroco de Santa María. Este hombre no pudo contener las lágrimas emocionado por las exclamaciones de amor a Dios que de los labios de mi abuela salían. Así murió mi santa abuela y hoy, a pesar de los años, yo todavía mantengo vivo su recuerdo. También ahora entiendo muchas de aquellas cosas que ella me enseñó cuando me hablaba recreándome en su regazo. ¿Y sabes qué te digo? Que aquella muerte santa de mi abuela, fue el símbolo o mejor, el reflejo de todas las personas que han nacido, vivido y muerto en mi querido pueblo de Hornos. Santos todos y llenos de la belleza más grande, en sus corazones y en sus almas aunque, como tantas veces pasa, casi siempre mueran en silencio y la historia los deje ignorados para siempre pero yo sé que en el cielo todo está escrito y con letras de oro. Un día lo veremos.

Y ahora pega aquí un pequeño hecho, hermosamente bonito de mi abuela con los niños de su colegio cuando estuvo de maestra en el pueblo de Hornos. Entonces había un reloj en la torre de la iglesia, no sé yo si todavía existirá, que daba sus campanadas puntualmente. Pues cada vez que el reloj daba la hora, les enseñó una cancioncilla, a los niños, que cantaban

todos a coro y decía así:

Cada vez que da el reloj,
el corazón se me abrasa,
de ver que el tiempo se pasa,
sin servir y amar a Dios.
por tu madre dolorida
por tu sangre derramada,
por tu corona de espinas,
por tus clavos, por tu cruz,
Sálveme mi buen Jesús.

Esto lo cantaba mi abuela con los chiquillos, cada vez que daba las campanadas el reloj. ¡Tú fíjate, en aquellos tiempos, en un rincón tan pequeño de la tierra y donde las personas eran tan pobres y humildes que ni se les notaba que vivían!

Y como quieres saber lo del apellido de mi abuela “Donvidau”, te voy a decir que es francés. Parece ser, no estoy segura porque ya sabes que soy una persona entendida en nada, que se pronuncia “donvidó” pero yo no lo sé. Mi abuela lo escribía y yo, siempre Donvidau. Este apellido le venía a ella de su padre que se llamaba Manuel Donvidau Cabrera y a mi bisabuelo le llegó tal apellido porque un antepasado suyo se había casado con una familia francesa de origen noble. Y de esta familia venía el apellido de mi abuela que llegó hasta mi

madre. Yo este apellido no lo llevo sino el de mi padre y el de Donvidau ya se ha perdido en la rama de mi familia. Puede que todavía en Lorca quede algún descendiente de mi bisabuelo que lo lleve.

Y de tantos recuerdos grandiosos y bellos que guardo de mi abuela, tengo el de aquellos dulces cuentos que ella me contaba mientras yo me dormía en su regazo frente al calor de la lumbre ardiendo en la chimenea. Mi abuela me contaba unos cuentos deliciosos. De entre ellos voy a escoger uno que es muy parecido a ese famoso que dicen de la Cenicienta pero que ella le decía “La Estrellica de Oro”.

LA ESTRELLICA DE ORO

cuento de la abuela

Era un matrimonio que tenía una hija y la madre murió. Se quedaron el padre y la niña, solos. Y cerca de allí vivía otra señora que se había quedado viuda con dos niñas. Y la mujer quería casarse con este hombre y este hombre no quería casarse con nadie porque tenía miedo de que la mujer con

quien se casara no tratara bien a su hija.

Esto que te cuento yo no te lo cuento con la gracia que tenía mi abuela. Lo contaba de una manera que cuando ella estaba narrando la historia se identificaba con los personajes y algunas veces hasta se me saltaban las lágrimas sintiéndome yo la niña del relato. Hasta los cuentos los amoldaba mi abuela a las costumbres de la tierra.

Al final el hombre se casó porque no tenía quien le asistiera y la mujer tanto le insistía que cedió. Al principio se portó bien con la niña pero cuando pasó el tiempo, sus hijas eran sus hijas, las preferidas y la mujer empezó a no tratar bien a la niña.

En la matanza la mandó con la canasta de las tripas de los cerdos para que las lavara en el río. Antes así se lavaban las tripas para hacer los chorizos y las morcillas de las matanzas. La niña era pequeña y no podía ella sola hacer aquel trabajo y no hacía nada más que llorar y llegó a la orilla del río, helaica del frío porque la matanza ya se sabe que es en el invierno y se acurrucó temblando de frío y sin dejar de llorar y estando allí empezó a rezar a la Virgen: “¡Ay Virgen mía! Si mi madre estuviera aquí yo no tendría tanto frío porque ella me calentaría y lavaría las tripas”.

Y entonces, pasó por allí una señora muy hermosa, joven y le preguntó: “¿Por qué lloras niña?” Dice: “Porque tengo mucho frío y porque me han mandado a lavar las tripas y tengo las manos heladas y no puedo”. Y entonces aquella señora cogió la canasta, la metió en el río y al sacarla salieron las tripas limpias y le dice a la niña: “Escucha la campana del reloj. Cuando suenen las doce campanadas, mete la cabeza en el agua”. Y dice la niña: “Es que tengo mucho frío y el agua está muy helada”. Le responde la señora: “No importa, tú mete la cabeza en el agua que no sentirás frío ninguno y cuando vayas a tu casa y te pregunten lo que ha pasado, cuenta siempre la verdad. No mientas nunca. Di siempre la verdad”:

Pues se fue aquella señora que mi abuela decía que era la Virgen y la niña al escuchar las campanadas ton, ton, ton, porque en Hornos, en la torre había un reloj que daba la hora. Yo no sé si existirá todavía pero cuando yo era chiquilla, existía. Metió la cabeza en el agua del río y ella salió con la cabeza mojada y no sabía lo que le había pasado. Pero es que se le había marcado una estrellica en la frente, dorada, que brillaba como el oro porque era de oro.

Cuando llegó a su casa y la madrastra la vio con la cabeza mojada y la estrellica de oro y las tripas limpias: “¿Qué has hecho, quién te ha hecho eso en la frente?” y ella algo asustada: “Nadie” pero la niña se acordó y contó la verdad de

lo que había pasado.

Y la mujer, envidiosa, empezó a frotarle en la frente tratando de quitarle aquella estrellica de oro y cuanto más le restregaba más la estrella brillaba y la niña no sabía lo que tenía. Y la madrastra: “Mírate al espejo, cochina ¿qué te has hecho en la frente?” Y la niña: “Que yo no me he hecho naica”.

Y más envidiosa la madrastra mataron otro cerdo y mandó a su hija mayor y le dijo: “Haz tu lo mismo que ha hecho tu hermanastra. Di que tienes frío y que tu madrastra te manda a lavar las tripas a ver si te sale a ti otra estrellica de oro”. Y llegó la muchacha y empezó a llorisquear y pasó la señora: “¿Qué te pasa niña?” y ella: “¡Ay! Que tengo mucho frío, que me manda mi madrastra a lavar las tripas y no puedo porque tengo mucho frío”. Pero aquella muchacha ya no era tan niña sino una mozuela. Y le dice la señora: “¿Por qué mientes? no mientas, di la verdad, nunca mientas”. Y le dijo lo mismo que a la estrellica de oro que dijera siempre la verdad.

Pero la muchacha dice: “¿Y por qué no puedo yo hacer lo que ha hecho mi hermanastra y que me salga en la frente una estrellica de oro?” Y la señora le dijo: “Si tú quieres, haz lo que te guste pero la estrellica de oro yo no sé si te saldrá. Puede que te salga lo que te merezcas”. Entonces ella a oír las doce campanadas metió la cabeza en el agua y le salió una cosa

como el rabo de un burro. Cuando llegó a su casa con el rabo del asno en la frente la madre por más que se lo quería ocultar no podía. Y entonces dijo: “A ver si a la otra le sale”. Mandó al río a la otra hija y como llegó mintiendo, le pasó lo mismo. Y desde este momento la madrastra le tomó un odio muy grande a la niña de la estrellica de oro. Con el pelo trataba de taparle la estrellica de oro para que nadie se la viera.

Pero fueron invitadas al palacio real, que en esto es en lo que coincide con el cuanto de la Cenicienta. El padre se fue de viaje y le preguntó a las hijas: “¿Qué queréis que os traiga del viaje?” Y las hijastras le pidieron vestidos y telas de seda lujosas y a la niña, hija suya, le dice: “¿Y tú qué quieres, hija mía?” y le dijo: “Yo quiero que me traigas una varica de virtud”. Y el padre: “Pero hija mía ¿dónde voy a encontrar yo eso?” y la hija: “Pues si usted no la encuentra no me la traiga, padre pero si la encuentra, me la trae”.

Fue el padre al viaje y compró los vestidos y todo lo que le habían encargado pero lo que le había pedido su hija, no lo encontraba por ningún lado. Y que ya se iba aburrido diciendo: “Y que no la encuentro. Pa una cosica de nada que me ha pedido mi hija y no se la puedo llevar”. Y oyó que iba un hombre por la calle diciendo: “¿Quién compra varicas de virtud?”. Y dice el padre: “¡Vaya que ya he encontrado lo que buscaba para mi hija!”. Y llegó donde estaba el hombre:

“¿Vende usted varicas de virtud?” . Dice: “Sí”. Dice: “Tome usted una”. Dice: “¿Cuánto vale?”. y contesta el hombre: “Nada, no se la cobro, no vale nada”. Y era un pedacico de madera, un pedacico de palo. Y decía el padre: “¡Dios mío lo que me ha pedido mi hija! Un pedacico de palo. Lástima de mi hija con los vestidos que le llevo a las hermanas y a mi mujer y lo que le llevo a ella”. Y le llevó a cada una lo que le pidió.

Pues cuando les mandaron las invitaciones para que fueran al palacio real porque se celebraba una fiesta y había baile, ellas se hicieron aquellos vestidos que les había llevado el padre y la muchacha, como no tenía vestido ninguno, le decía la madrastra: “Tú, ahí, a hacer las cosas de la casa. Como no le encargaste a tu padre vestidos, hoy te quedas sin ir a la fiesta. Tú te quedas ahí quietecica”.

Las otras fueron muy engalanadas con el rabo del burro tapado con los peinados que les hizo la madre y ella se quedó en la casa y para sí se decía: “Yo quiero ir al baile pero qué voy a hacer si no tengo vestido”. Y entonces digo: “Con la varita de virtud que me trajo mi padre voy a ver si me concede lo que necesito”. Cogió la varica y dijo: “Varica de virtud, por la gracia que Dios te haya dado, que tenga algún vestidico para ir yo al baile”.

Y como en un abrir y cerrar de ojos se vio con un vestido

muy bonico, la peinaron y la varica de virtud le dijo: “Antes de las doce, te vienes a casa”. Y se presentó en el baile y el hijo del rey todo el rato estuvo bailando con ella pero ella en cuanto se iba acercando la hora, se volvió a su casa. Como iría de bien arreglada que ni las hermanastras ni la madrastra, la conocieron y cuando volvieron le decían: “Si hubieras estado en el baile hubieras visto una princesa que llegó allí vestida con un traje blanco y estrellas de plata. Ya no eres tú sola la que tiene la estrellica de oro porque ha llegado una princesa que tiene una estrella igual que la tuya”. Y ella decía: “¿Y si hubiera sido yo?”.

Pues que así tres noches seguida y la noche última se descuidó un poquito y se le perdió un zapato y entonces el príncipe se fue detrás de ella y no la pudo encontrar pero si encontró el zapato. Y dio orden para que fueran buscando a todas las doncellas y vieran haber a quién le estaba bien. Cuando llegara a la casa de esta señora la madre no tenía más empeño que a las hijas les estuviera bien el zapato y no les estaba bien a ninguna.

Y tenían una perrilla chica y como la muchacha estaba escondida detrás de la artesa del pan, la perrilla no hacía nada más que: “Guau, guau, la del rabo del burro en el coche va y estrellica de oro detrás de la artesa está”. Y le mordía en los pantalones a los pajes y seguía con la misma canción. Porque

la madrastra se empeñó en que a una de sus hijas le estaba bien el zapato y decía: “A mi hija sí”. Y los pajes decían: “Vamos a llevarla al rey para que la vea”.

La montaron en el coche tirada por unos caballos y la perra nada más que morderles en los pantalones: “Guau, guau, la del rabo del burro en el coche va y estrellica de oro detrás de la artesa está”. Y como había un paje que entendía el lenguaje de los animales dijo: “Señora, ¿qué es esto de que estrellica de oro detrás de la artesa está?”. Y ella: “Nada, señor, esta perra que es tonta y está loca y no sabe lo que dice”. Y ellos: “Vamos a comprobar lo que dice esta perra y a ver quién hay detrás de la artesa”.

Y al mirar, se encontraron que estaba allí estrellica de oro con el mismo vestido que había llevado a la fiesta y le pusieron el zapato y le venía bien. La llevaron al rey, se casó con el hijo del rey y este le dijo: “¿Qué castigo quieres que le echemos a tus hermanastras por el mal trato que te han dado?”. y ella: “Yo no deseo que las castiguen porque las quiero. Las perdono. Sólo quiero que entiendan que yo sí las he querido a ellas y que si ellas no me han querido a mí, pues que aprendan a quererme un poquito ahora”.

Se las llevaron a la corte y fueron con ellas como damas de honor y el pago que les dio por el daño que le había hecho, fue

quererlas. Esto me lo contaba mi abuela y a este relato le decía ella LA ESTRELLICA DE ORO.

Otros muchos cuentos me decía mi abuela todos ellos muy bonicos y que a mí me gustaban mucho. De entre tantos recuerdo los nombres de algunos que son: La Bella Durmiente, La Reina Ogra, Aladino y la Lámpara Maravillosa, La Serpiente y la nieve, el del Príncipe don Dionisio, Juanico y la Mariquita, que era un lobo y una zorra, La Jaquiica, que esto sí que podría decirse que es un cuento de verdad porque tiene mucha miga.

Muy resumido, el cuento de la Jaquica dice que: “Al punto de nacer la niña murió la madre y en aquel momento, una potrilla pequeñica apareció en su cuna y la defendió durante toda la vida y hasta del demonio que no dejó de perseguirla y al lado de la niña estuvo hasta la misma hora en que murió ésta, que fue cuando se descubrió que era su madre”.

LA MADRE

Y ahora te quisiera hablar de mi madre. Desde que salimos de las tierras que hoy cubren el pantano, ella vivió con la nostalgia de su tierra y con el disgusto de la familia esturreada. Una de las cosas que más le dolía era no saber dónde habían ido a parar algunas de las personas de la familia y constantemente preguntaba. Ya muy viejecica siempre me

decía: “¿Dónde estará la hermana tal?”. Se acordaba de todos y me dio un encargo muy especial diciéndome: “En la medida que puedas procura indagar dónde para cada uno de los miembros de nuestra familia que por causa del pantano nos separamos y si está en tus manos, visítales en nombre mío y diles que yo te dejé este encargo”. Y desde aquellos días poco a poco he ido cumpliendo su encargo de la mejor manera que he podido. A los que he podido localizar a todos los he visitado y les he dado el encargo que me dio mi madre.

En pinceladas sueltas, así como de pasadilla, te he ido contando algunas de las buenas cosas que esta gran mujer poseía pero siempre con la timidez de lo que ya te he dicho antes: que alguien crea que si digo esto así es por el hecho de ser mi madre. Pero yo te aseguro que lo que te digo es verdad. Mi madre era algo especial. Era un catecismo viviente. Sin ofender a ningún teólogo que haya escrito grandes catecismo, yo creo que el mejor de todos los catecismos que tuve en mi vida, han sido los ejemplos y las obras de mi madre. Pero siempre todo dentro de la sencillez más grande.

Una vez, siendo yo chiquilla en Hornos, me dijo la mujer de Lorenzo el Rizao: “Niña, tú le pareces mucho a María Josefa Manzanares ¿le tocas algo?” Y entonces yo le dije: “Soy su hija”. Esto me sucedió siendo yo muy pequeñica jugando por la calle de Las Parras, que era donde vivía mi tío. Y al decirle yo

que era su hija, me dijo aquella mujer: “¡Claro, así le pareces tanto!” Yo entonces no le di importancia pero ahora me doy cuenta que fue el mayor elogio que he podido recibir en mi vida. Decirme que me parezco a mi madre. Y ahora también me doy cuenta que tampoco le parezco tanto como aquella señora pensó. ¡Ojalá y fuese verdad! Hoy siento remordimiento porque puede haber aprendido muchas más cosas buenas de mi madre.

El Soto de Arriba, fue posada, cuando mis abuelos vivían. Cuando ya se hicieron mayores, quitaron aquello de la posada. Pero el Soto de Arriba siguió siendo posada gratis y no ya de arrieros, sino de mendigos. Para toda la mendicidad que había entonces, Iznatoraf y de otros muchos sitios que subían pidiendo limosna, cuando se hacía de noche, el Soto era su hogar. La posada para todos. La casa, la de mi madre. Si bajaban para su pueblo y se les hacía de noche, su posada era el Soto de Arriba, la casa, la de mi madre. Jamás recuerdo que un pobre llegara a pedir limosna a mi puerta y se fuera con las manos vacías.

Esto no significa que ahora quiera decir que mi madre diera grandes cosas. Nosotros vivíamos agustico en mi casa pero tampoco tenía mi madre para dar limosnas muy cuantiosas. Pero de lo que hubiera en mi casa, aunque sólo fuera un buen trozo de pan y un tomate, una persona que pidiera limosna en

el Soto, lo tenía en sus manos.

Y cuando ella daba limosna, siempre decía que socorrer a los necesitados de esta manera no empobrecía nunca a nadie. “La limosna enriquece más al que la da que al que la recibe”. Era lo que siempre me decía ella. Esta fue siempre una de las metas de mi madre: no negar nunca un trozo de pan a quien se lo pidió.

Su devoción al Santísimo Sacramento, a la Santísima Virgen, a sus santos predilectos, San José y San Francisco Javier. Su oración era constante y su vida muy sacrificada. En la enfermedad de mi padre, se puede decir que se comportó como una heroína, asistiendo a su marido enfermo, a mi hermano mayor que era pequeño y al trabajo del campo porque mi padre estaba enfermo y no podía trabajar. Si alguien recuerda a María Josefa Manzanares de la Vega ¿quien puede decir de alguno enfermo que ella no visitara? ¿Alguna persona triste que ella no hiciera por consolarla? Así fueron todos los días de su vida. Una mujer sencilla que jamás pensó en ella. Siempre pendiente de los demás y en cada momento, la última, era ella. Tanto en el ámbito social como en el ámbito familiar. Siempre pensando en los demás y nunca en ella misma.

Esto que te estoy diciendo me cuesta trabajo expresarlo y al mismo tiempo me siento obligada. Mi obligación es decir la

verdad aunque la verdad sea contar las bondades de mi madre. Que nadie crea que porque hablo de mi madre, exagero, que no es cierto.

Luego su vida, su vejez, fue igual. Tranquila y devota. El sacerdote que la asistió en sus últimos momentos y que mucho tiempo la dirigió espiritualmente, don Manuel García Hidalgo, le puso un sobre nombre cariñoso: “La lamparica del Santísimo Sacramento”. Nunca podía oír que se murmurara de nadie. Que se calumniara o se hiciera daño a alguien. Siempre decía que a las personas ausentes había que guardarles las espaldas. Todas esas cosas las decía mi madre. Ya te comenté como cuando en su vejez, en la televisión salía algún político hablando de esto o aquello, siempre decía: “Muchas leyes, ciento de leyes pero mientras no se guarden las diez principales, el mundo no se arregla”.

Y tantas veces comentaba aquello que ya en una ocasión le pregunté: “¿Pero qué diez leyes son esas, madre?” Me miró muy sorprendida y me dijo: “¿Tú tampoco sabes qué es lo más importante en el mundo?”. Esto, ya lo expliqué un poquito antes y recogido queda para que se sepa lo que aquella persona buena, sentía y opinaba de las cosas de este mundo que nos contiene. Aquí en este mismo rincón de mi casa, acurrucadita en su nido de recuerdos y rodeada del cariño de esta hija que siempre la veneró, ella fue consumiendo sus últimos días hasta

que llegó el momento de entregar el alma al Señor.

La muerte de mi madre fue la muerte de los santos. Yo leo algunas veces la vida de los santos en el Santoral del Año Cristiano. Cuando me entero de la muerte que tienen los santos y recuerdo la de mi madre, compruebo que la muerte de ella fue semejante a la de los santos. Siento cierto remordimiento y quiero descargar mi conciencia porque ella siempre tenía un crucifijo, y lo quería mantener a todas horas debajo de la almohada. Es un crucifijo que viene de tradición en la familia. Ahora después te lo enseño. Siempre lo quería tener con ella en la cama pero como algunas veces se le metía entre la ropa, yo por cabezona, se lo puse en la mesita de noche y le decía: “Madre, es que así lo tiene usted más a mano”. Ella me decía que no, “que aquí lo puedo coger yo y en la mesita no”.

Una vez y otra le contestaba: “Pero mama, si aquí lo puede alcanzar usted y sino cuando lo quiera me lo pide”. Y ella, por no contrariarme, se sometió a lo que le decía. Conservó su lucidez mental y todo su conocimiento hasta última hora. Cuando le llegó el momento de la agonía, no tuvo fuerza para hablar y pedir el crucifijo. Entonces ella con su mano derecha se hacía la señal de la cruz y miraba a mis hermanos. De alguna manera estaba dando a entender que le dieran el crucifijo. Pero mi hermano no captaba esta señal.

Dio la casualidad que aquel día yo tuve que asistir a mi hijo que se casaba. El médico me dijo que otras veces la había visto peor y se había salvado. Mi madre tenía una petición hecha a la Santísima Virgen. Y era que le concediera morir en un día que estuviera consagrado a la Virgen. Y yo, cuando llegaban algunas de las fiestas de la Virgen y la veía a ella delicada, siempre me asustaba diciendo: “Hoy se muere mi madre”. Cuando llegaba el día de la fiesta de la Asunción o la Virgen del Carmen o la Inmaculada o la Natividad de la Virgen, siempre que era una fiesta de la Virgen algo significativa, yo creía que mi madre se moría.

Y no fue así. Le concedió lo que ella había pedido pero de puntillas, como fue su vida entera. Todo lo hizo como una florecilla chica que exhala un gran perfume, donde apenas se ve la flor pero el perfume trasciende. Murió el día dos de diciembre que era sábado y todos sabemos que los primeros sábados están consagrado a la Santísima Virgen y los primero domingos de mes. Y a otro día, tres de diciembre, San Francisco Javier. Murió en la media noche, digamos con un pie en el sábado, día consagrado a la Virgen y el otro pie en el día tres, San Francisco Javier el santo al que ella más devoción le tenía. Siempre lo tenía en la boca. Se la llevaron la Virgen y San Francisco Javier.

Cuando yo llegué, porque fue mi hijo a por mí a la boda de mi otro hijo, mi madre ya estaba agonizando. Y hasta última hora haciéndose la señal de la cruz con la mano. En cuanto estuve a su lado cogí el crucifijo de la mesita de noche, se lo puse en la mano derecha, se la cerré, le acerqué el crucifijo a la boca y fue besarlo y expirar. Como si todavía la Virgen le hubiera concedido unos minutos más de vida para que antes de irse de este suelo ella besara el crucifijo que de siempre había tenido a su lado. Aquello fue milagroso porque el Señor le concedió todos sus deseos. Morir en un día consagrado a la virgen, de la mano de su santo, Francisco Javier, ella le decía mi Javier, y con su crucifijo, que al final llegué a tiempo para ponérselo en la boca.

Mientras ella vivió, ayudó a todo el que pudo en todos los sentidos y en la medida que estuvo a su alcance. Cuando mi madre se presentara ante Dios estoy segura que El le diría: "Ven bendita de mi padre porque tuve hambre y me diste de comer, porque tuve sed y me diste de beber, porque fui peregrino y me hospedaste, porque estuve enfermo y viniste a visitarme". Creo que el Señor sí le diría esto cuando se presentara ente El. Por eso ahora cuando me acuerdo de ella, sólo me queda por decir: "¡Madre mía, bendita seas! ¡Qué orgullosa me siento de ser tu hija! Aunque no tenga otra cosa en la vida de qué presumir, sólo de ser hija tuya, me enorgullece. ¡Madre! Guárdame un laico allí en el cielo donde

tú estés para que, lo mismo que cuando era niña en mi Vega de Hornos, pueda seguir jugando con mis mariposas, siempre bajo la mirada de tus dulces ojos y al consuelo que da tu corazón de reina. Madre santa, ¡te quiero!”.

Doy mi palabra de hornos de que cuanto acabo de decir de mi madre es cierto. Y si lo digo con alguna timidez, es por eso, porque es mi madre y no quiero que alguien piense que exagero. Me he limitado a contar lo que es verdadero. Murió de noventa años y dos meses y bendito sea Dios que me dejó disfrutar de ella todo ese tiempo y que ahora, lo sé con certeza, la tiene abrazada en su seno para siembre, por la gran belleza que llevaba en su corazón junto con todos aquellos que tanto amó y mi gran tierra, porque ahora también lo sé cierto: en la eternidad no cabe ni una sola chispa de algo que no sea limpio y bello.

PARROCOS DE HORNOS

A mis hermanos y a mí, mis padres nos contaban muchas cosas que pasaban en el pueblo. Ya sabes que en mi casa se hablaba mucho en familia, sentados siempre junto al fuego de la chimenea mientras la noche avanzaba y fuera caía la lluvia, cantaban los ruiseñores, balaban los corderos o simplemente se oía el rumor del río cruzando la Vega. Mi madre algunas

veces leía historias sagradas porque a mi padre les gustaba mucho. Otras veces nos contaban cosas del pasado. También sabes tú como los recuerdos de las personas se quedan grabados en sus vidas y lo mucho que, pasado el tiempo, gusta hablar de estos recuerdos.

De entre todos aquellos relatos recuerdo cuando nos hablaban de un cura que hubo en el pueblo que se llamaba Idelfonso. En la época en que este cura estuvo allí, mis padres eran jovencillos. Según le oía a ellos este hombre era un cura estupendo, bueno como el mejor y alegre como el aire y las mariposas que revoloteaban por las llanuras de mi Vega. Tocaba la guitarra primorosamente y entre nota y nota siempre estaba diciendo que era bueno vivir el Evangelio con alegría, que era bueno alegrarse con el Señor para así darle gracias por tantas maravillas presentes en aquella tierra nuestra y en las personas que allí vivían.

Aprendió el juego de los bolos y jugando tanto con los mayores como con los muchachos se hizo amigo de todos ellos. En aquel pueblo mío este cura fundó lo que ahora llamamos un coro o coral. Entonces allí aquello se llamaba hermandad. Como los tiempos eran otros los instrumentos que tenían y tocaban eran todos hechos por ellos mismos: flautas de caña, sonajeros, panderetas, almireces que sonaban muy bien, un cántaro vacío que golpeaban con una alpargate y con

dos tapaderas de cocina, que eran de hojalata, hacían las veces de platillos. Los guitarrillos eran especie de guitarras pequeñas que construían con tablas y cuatro cosas más. También tenían un trozo de teja rota que se la ponían entre el dedo pulgar y el índice y otro entre el índice y el dedo del corazón y con un arte primoroso lo hacían sonar a modo de castañuelas.

En Navidad, a todos estos instrumentos, se le añadía el sonido de las zambombas y siempre el cura con su guitarro dirigiendo aquel original coro que resultaba ser una delicia para todo el que podía oírlo. Aquel cura era muy listo porque todas estas reuniones musicales él las aprovechaba para hablar siempre del Evangelio, señal clara que el hombre nunca descuidaba su labor pastoral. Al caer la noche y después del trabajo reunía a la gente para ensayar. Primero hacían un poquito de oración, después se dedicaban a sus ensayos y cantos y al final del todo de nuevo daban gracias a Dios. Al despedirlos siempre les hacía caer en la cuenta que era hermoso aquello de haber dedicado el día al trabajo, la tarde a rezar y a cantar y el final de la jornada, a dar gracias.

Los muchachos y muchachas de aquel coro no se daban cuenta entonces pero pasado el tiempo descubrieron que aquellas reuniones les unía a todos ellos en sana amistad y gozo. El cura, con mucha habilidad, se enteraba de los

problemas de unos y otros y así entró profundamente en sus vidas y en las cosas de las vidas de aquellos muchachos. Se ganó el cariño y respeto de todos ellos y también del pueblo entero. Unos y otros decían que fue padre y maestro de aquellos jóvenes. Les enseño muchas canciones y sobre todo, villancicos. Mientras aquel cura estuvo en mi pueblo de Hornos, las misas del Gallo fueron famosas en todos aquellos contornos.

También aquel hombre sabía estar con los que sufrían y cuando moría alguien del pueblo, el coro se reunía y después de asistir al entierro, iban con don Idelfonso durante muchos días a rezar y estar un ratico con la familia del difunto. Les ayudaban en lo que necesitaran y así fue como se quedó en Hornos la costumbre de reunirse los vecinos cuando alguien fallecía para rezar nueve días seguidos el rosario. No sé si todavía en mi pueblo se seguirá practicando estas costumbres.

Aquellas buena acciones dieron origen a que la hermandad formada por aquel coro fuera conocida en muchos sitios como la “Hermandad de Animas”. A lo largo de mucho tiempo fue la delicia del pueblo cantando por las calles. Cuando llegaban a una casa siempre preguntaban: “¿Se canta o se reza?” Si la familia estaba triste decía: “Se reza”. Y rezaban. Si estaba alegre decían: “Se canta”. Y a cantar se ha dicho dirigidos por el cura. Cuando pasado el tiempo lo trasladaron a otro pueblo

se despidió de todos encargándoles que no se olvidaran nunca de aquellas buenas cosas que habían aprendido. Todo el pueblo entero salió hasta la Puerta Nueva a despedirlo al tiempo que cantaban mientras otros lloraban. Unos y otros decían: “Has sido una buena persona entre nosotros porque has repartido mucha felicidad por entre las casas de este pueblo”.

Otro párroco de Hornos fue don Isaac Tenedor natural de Siles. Este hombre fue el sacerdote que bendijo la unión en matrimonio de mis padres. Me parece recordar que mis padres decían que él fue también el que nos bautizó a mis hermanos y a mí. Hizo muchos favores en el pueblo pero todos con mucha discreción como quien tal cosa no hace. Visitaba a los enfermos y si eran pobres los socorría procurando siempre no humillarlos. Y entre otras muchas cosas se tomó gran interés en restaurar los archivos del registro parroquial que por aquellos fechas estaban muy estropeados.

Por aquellos días había en mi pueblo de Hornos un monaguillo que valía un Potosí. Se llamaba Cesáreo Muñoz Manzanares. Con su preciosa caligrafía y una extraordinaria habilidad puso en orden todos los datos de los documentos que se habían estropeado. Todo ello fue dirigido y supervisado por don Isaac Tenedor. El sacristán que había entonces se llamaba Eduardo y fue el padre del sacristán que yo llegué a conocer

que también se llamaba Eduardo. Ya te he dicho antes que entonces yo era chiquitilla pero recuerdo que aquel hombre era muy buena persona.

Tuvo por esposa a otra también excelente persona: una gran mujer que se llamaba Blanca, Blanco Marín. Eduardo pertenecía a una familia excelente pero yo a quien más recuerdo es a su hermana Catalina, muy amiga de mi madre. Era una mujer extraordinaria y por eso puedo decir que fue una flor de Hornos que se trasladó a la Vega. Era esposa de Restituto, hombre honrado y cabal que vivía en La Laguna con sus hijos e hijas y que también fueron "despropiados", lo que les causó gran dolor como a todos.

Don Pedro Morales, que fue el cura que asistió durante muchos años las iglesias de Segura de la Sierra y Hornos de Segura, tenía un hermano gemelo que era idéntico a él. Se llamaba don Miguel. Dos gemelos exactamente iguales y daba la coincidencia de que don Miguel también era cura. Don Pedro dicen que tenía mucho sentido del humor. Tal vez a don Miguel le sucediera igual.

Y en una barbería del pueblo de Úbeda, don Miguel es que estuvo de párroco, no sé en qué parroquia pero aquí en Úbeda, le gastaron una bonita broma al barbero. Entró primero don Pedro, lo afeitó, le cortó el pelo y se salió. Y puestos de

acuerdo los dos hermanos, al rato entró don Miguel y diciéndole al barbero: “¡Pero hombre de Dios! ¿qué me ha echado usted en la cara que hace dos minutos que me he afeitado y mire la barba que traigo y el pelo, mire cómo me ha crecido? ¿Pero qué me ha echado usted?”

Y el pobre barbero con las manos en la cabeza: “¡Ay don Pedro, que yo no le he echado nada en la cara! No me explico cómo le ha crecido tanto la barba y en tan poco tiempo”. Y don Pedro estaba en la puerta de la calle oyéndolo. Y don Miguel como se ponía tan serio para decirle: “Pues vamos a ver qué es lo que ha pasado aquí ¿Por qué tengo yo tanta barba si hace un rato que me he afeitado? Mire usted qué pelo y mire qué barba”.

Y cuando don Pedro se harto de oír al barbero discutir con el hermano, entró y entonces le dieron la explicación: “Mire usted, es que hemos querido gastarle una broma para convencernos de verdad si somos tan idénticos como nos dicen que somos. Yo soy don Pedro, que es el que usted a afeitado hace un rato y este es mi hermano don Miguel. Que somos gemelos y da la casualidad que él también es cura y le hemos gastado esta broma”. Y entonces ya se echaron a reír los tres pero allí comprobaron los dos hermanos hasta qué punto eran tan parecidos. Hasta el mismo barbero los confundió.

De este cura, don Pedro Morales, hay muchas más cosas que decir. Te voy a contar algunas de las poquitas que yo sé. Era de una estatura no muy alta, más bien pequeño pero era un cura grande. Además del sentido del humor, tenía una gran responsabilidad como sacerdote. Parecía que era un cura bonachón, como un poco niño grande pero en realidad este hombre tenía mucha inteligencia y sabía vivir muy bien el evangelio. Como hay que vivirlo y a su manera, que no es cosa fácil. Sabía identificarse con las personas que trataba.

Este señor pedía prestado, y de esto doy testimonio porque lo vi. Fue después de la guerra. La guerra terminó en abril y nosotros nos fuimos del Soto hacia Orcera en el mes de enero. Todo este tiempo estuvimos todavía en el Soto y después que íbamos y veníamos. Y como te decía, este señor pedía prestado lo que lee dieran: un mulo, un burro, un caballo. Lo que le dieran. Se montaba en su burro o lo que le dieran y se recorría todo el término de Hornos. Por los cortijos, por las aldeas, por los campos y ofreciendo siempre sus servicios. Visitando enfermos, consolando a personas y hablando con unos y otros.

Y yo lo vi pasar por la puerta de mi cortijo del Soto, por el camino real, a Bujaraiza. Se paraba en el Soto y como sabía que mi madre estaba enterada de si había enfermos o pasaba algo en la Vega, preguntaba: “María Josefa, ¿pasa algo? ¿Hay

algún enfermo por aquí?" si mi madre le decía: "Hoy, don Pedro, gracias a Dios, los cortijos de la Vega y su gente, se encuentran bien". Y él: "Bueno, voy a Bujaraiza. Cuando vuelva, ya llegaré".

Pero hasta que llegaba a Bujaraiza todos los cortijos, a derecha e izquierda, los iba recorriendo. Otro día cambiaba de ruta y se iba a Cañá Morales o a la Platera o para el barranco de la Garganta por los cortijos aquellos y las aldeas de Capellanía y la Garganta. A todos sitios fue don Pedro Morales siempre buscando enfermos, buscando por si quedaban niños sin bautizar, buscando desavenencias entre las personas para ayudarles. Siempre ejerciendo su ministerio, poniendo paz por todos sitios y por esto te decía que fue un gran cura.

En mi pueblo de Hornos se quedó la anécdota de que un día pasó por una calle y había un burro atao en la ventana comiendo allí paja en una espuerta. Al verlo le dijo al dueño: "¿Cuándo me vas a prestar tu burro?" y el hombre contestó: "Ay don Pedro, ya lo he pesando yo muchas veces pero es que mi burro es tan chico que me da vergüenza". Y don Pedro: "¿Pero por qué te da vergüenza si estos son los que me gustan a mí? Y lo digo porque de burro chico no hay porrazo grande". Y ya se quedó aquello de decir: "Anda que tú dices como don Pedro, que de un burro chico no hay porrazo grande".

Un día pasó por el Soto y dio la casualidad que estábamos de matanza. Nos habían matado los cerdos el hermano Isidro, del Soto de Abajo, el que le decían de apodo Viborica. Cuando él pasaba ya estaban los marranos pelaos y todo. Y como tenía ese sentido del humor, se paró, se quedó mirándonos y con una voz fuerte dijo: "¿Quién ha matado los cerdos?" Con una terrible voz que asustaba. Salió el hermano Isidro todo consternado creyendo que le iba a regañar y dice: "Un servidor". Y entonces don Pedro echó mano al bolsillo y dicen: "Pues toma, un caramelo para que endulces la vida". Aquello fue de risa de verdad.

Y en cuanto le decía mi madre: "Mire usted, don Pedro, en tal sitio pasa esto, está fulano malo, tiene... " allí que iba don Pedro con su burro, mulo o lo que llevase a consolar a las personas y ayudarles en lo que fuera necesario.

Un día se le cayeron las alforjas y llevabas muchos caramelos dentro. Porque él siempre iba repartiendo caramelos a los chiquillos. A mí me dio también. Cuando se le cayó la alforja al suelo vimos que de comida sólo llevaba un trozo de pan y una granada liado en una servilleta. Y entonces mi madre, le dijo: "Don Pedro, una sobrina mía tiene un nene con un bulto en el cuello. Échele usted un vistazo a ver qué le parece eso". Mientras él fue allí, a ver el chiquillo, mi madre cogió dos tajadas de lomo, otro trozo grande de pan y se lo

metió en la servilleta suya sin que él se diera cuenta. Se le colgaron otra vez las alforjas y al poco se fue.

Cuando don Pedro echara mano nunca supo quién le había metido aquella comida en su servilleta. Fue mi madre porque tanto ella como los que estábamos allí nos quedamos sorprendidos viendo lo poco que aquel hombre llevaba para comer. Pues esta prima mía que tenía el niño con un bulto en el cuello era Adolfina. El niño se llamaba Hilario. Don Pedro lo estuvo viendo y le dijo: “Mira hija mía, tienes que llevarlo a Hornos para que lo vea el médico”.

El siempre estaba en contacto con el médico para avisarle de los enfermos que iban y si alguno estaba grave. Así era don Pedro Morales por aquella Vega mía de Hornos y luego cuando se iba a Segura, también practicaba esta bondad y cariño con las personas pobres de la tierra que tanto quería. Por eso te decía que fue un gran cura.

De otros curas de mi pueblo de Hornos y ya más recientes y que conocí hace pocos días, tengo que decir dos palabras y darle gracias a Dios. Estuvo, hace unos días, en mi casa y por casualidad me enteré que era de Hornos. Se llama Antonio Castillo y es Jesuita, cosa que me alegra en el alma porque, aunque no lo quería decir, ya lo digo: yo a los Jesuitas le debo mucho. Con ellos se han educado mis hijos y con ellos se están

educando ahora algunos de mis nietos.

Por esto quería decirte que es para mí una gran satisfacción que también de Hornos de Segura, haya un Jesuita. El rato que estuvo en mi casa fue delicioso por la cantidad de personas, nombre y lugares como la Alcoba Vieja, las Celaillas y costumbres de nuestra tierra, que recordamos. Todos ellos para mí son inolvidables y por eso me dejó un recuerdo tan grato que doy gracias a Dios de que si faltaba algo en mi pueblo de Hornos, hay también un Jesuita y bendito sea Dios por ello.

- Pero del cura Raspa ¿qué era lo que antes querías decirme?
- Del Cura Raspa, Hermano José, varias veces he querido hablarte pero siempre me he dicho que no.
- ¿Qué es lo que pasa?
- No me siento capacitada para hablar de un hecho tan importante.
- Pero tú, María la pequeña gran niña de Hornos de Segura, perseguidora de mariposas azules por la Vega del Soto y coleccionadora de cantos de ruiseñores junto a las corrientes limpias de aquellos arroyos, conoces bien el Evangelio.
- Lo conozco y por eso también otras muchas veces me he dicho que nuestro Señor casi siempre escogió a hombres ignorantes y humildes para que fueran los primeros en dar

testimonio de las más grandes verdades. Más de una vez este pensamiento me ha dado ánimo y a continuación me acobardaba.

- Hasta que, según me dices, llegó el día de la Inmaculada. ¿Qué pasó ese día?

- Estaba yo muy atenta escuchando la misa de la Televisión y seguía con interés la homilía del sacerdote que la oficiaba. De pronto oigo que dice: “Los planes del Señor son imprevisibles y se manifiestan por caminos que nunca esperamos”. Y al retumbarme estas palabras en lo más hondo de mi ser tuve la sensación de que estaban dirigidas a mí. Que tal vez su voluntad era que una campesina humilde, hija del gran pueblo de Hornos, fuera quien sacara a la luz esta historia de un cura santo que no nació en Hornos pero sí me consta que estuvo allí desarrollando su ministerio sacerdotal. ¿Seguimos adelante?

- Seguimos porque yo creo, como tú, que se deben conocer los hechos de este otro trocito de la historia de tu tierra. ¿Quién fue y qué pasó con el Cura Raspa?

- Don Francisco López Navarrete nació en Villanueva del Arzobispo, de una familia de clase media y muy buenas personas. Honrada y piadosamente vivían ellos trabajando en una tienda de comestibles que era de su propiedad y también eran labradores. Desde muy pequeño dio muestra de una gran bondad, preocupándose siempre por los pobres a los que

socorría como podía, dándoles comida con mucho amor. Siempre andaba diciendo que quería ser cura y tan pronto como tuvo la edad, conscientemente entró en el seminario de Jaén y fue en todo momento un seminarista ejemplar. Tenía ya sus estudios casi terminados aunque le faltaban todavía algunas cosas que yo, como no entiendo, no sé decirte qué era. El caso es que como no había terminado, aún no podía ordenarse sacerdote. Y por aquellos días cayó enfermo.

Entonces, puesto de acuerdo el obispo con la familia, el que más tarde sería el Cura Raspa, se vino a su casa para reponerse de esta enfermedad. Pasado unos meses el obispo vino a Villanueva del Arzobispo, a la casa del joven para visitarlo e interesarse por él personalmente. Al verlo, el muchacho le dijo: “Tengo el presentimiento que moriré joven y por eso quiero celebrar pronto mi primera misa. Presiento que no podré celebrar muchas”. El obispo le contestó: “Paco, ponte bueno. Tan pronto como te recuperes podrás celebrar tu primera misa”.

Y así se cumplió. Don Francisco López celebró su primera misa muy joven, antes de lo previsto y las personas que estuvieron presentes comentaron que su cara manifestaba una alegría grande. Quiero aclarar que muy pocas personas conocían su apellido, pues era conocido como don Francisco Raspa y más aún cuando alguien hacía mención de él que era

sólo diciendo: “El Cura Raspa”. Esto de raspa era un apodo antiguo de la familia y se lo adjudicaron a él.

Cuando aquel muchacho comenzó, después de su primera misa, su ministerio sacerdotal, no sé dónde estuvo destinado. Lo que sí te puedo asegurar es que en mi querido pueblo de Hornos estuvo un tiempo. Puede que todavía allá allí alguna familia o algún documento en el archivo donde se pueda comprobar que lo que estoy diciendo es verdad. Mi hermano Angel decía muchas veces lleno de orgullo que él hizo su primera comunión con el Cura Raspa. Después de Hornos estuvo en Orcera y allí, como en los otros sitios, fue un sacerdote bueno. Buscaba a los pobres para socorrerlos, mediaba entre las personas que se peleaban antes que tuviera que intervenir la Guardia Civil, vivía en la más sencilla pobreza porque todo lo repartía: su comida, sus ropas, y cuantas cosas caía en sus manos, eran para los pobres.

Y te digo que esto que ahora mismo estoy narrando no tiene nada que ver con las otras cosas buenas, que de las personas de Orcera, de este hombre yo he oído contar. Cuando apareció en España la tragedia del 1.936, la gente de Orcera aconsejaron a este cura que no se fuera del pueblo. “Nosotros no te haremos daño pero ya sabes lo que en estos días está ocurriendo en todos los rincones de este país nuestro”.

El comprendió aquellas palabras y entonces les contestó: “Si no puedo ejercer mi ministerio como cura en este pueblo al que tanto quiero, me iré al pueblo donde vive mi familia. Tal vez ellos me necesiten y también algunas personas de aquella Villanueva mía querida”. Y así fue como otra vez volvió a su pueblo y con su familia.

Esto fue lo que hizo aquel cura llamado, por la gente sencilla de la tierra, Raspa. Se vino a Villanueva del Arzobispo y por lo que a mí me contaron creo que no estuvo muchos días con su familia. Pero estando allí en la casa de su familia, una noche, llamaron a la puerta. Fue el cura el que se asomó y al ver aquel grupo de hombres y mujeres les preguntó: “¿Qué queréis, a quién buscáis?” Ellos dijeron: “Buscamos a un cura que se llama Raspa”. El les contestó: “Yo soy”. Ellos dijeron: “Salga usted aquí con nosotros”. Y el cura salió. “Aquí me tenéis ¿en qué puedo serviros?” “Tiene usted que venirse con nosotros”. Y él preguntó: “¿Adónde vamos a ir?” Ellos le contestaron: “No tenemos por qué dar explicaciones y menos a un cura. Véngase con nosotros por la buenas o le llevamos arrastrando”.

Fue en este momento cuando el Cura Raspa comprendió a lo que habían ido allí aquellas personas. Les habló de nuevo y les dijo: “Ahora mismo me iré con vosotros pero si puede ser os

pido un favor”. “De qué favor se trata”. “Que dejéis en paz a mi familia y que me dejéis entrar a despedirme de ellos”. Se miraron entre ellos y desconfiando dijeron: “¿Y si lo que vas es a buscar algún arma para defenderte?” El los tranquilizó diciendo: “Os prometo que no voy a hacer nada de eso. Jesús no se defendió y yo, que estoy intentando seguirle, tampoco lo haré”. Antes estas palabras lo dejaron entrar para que se despidiera de su familia.

Entró, los abrazó, se fue a su cuarto y delante de la imagen del Señor se arrodilló para rezar. Esto sé que fue así porque su familia fue la que después lo dijo. Cuando salió enseguida ellos le registraron para asegurarse de que no traía ningún arma. Lo cogieron, le ataron las manos y mientras esto hacía él les volvió preguntar: “¿Por qué me hacéis esto?” Ellos les respondieron: “Porque eres cura”. Y sin más se lo llevaron y al lado de la carretera que va de Villanueva hacia Beas, se pusieron a tirarle piedras. El hombre levantó los brazos y a Dios le pedía ayuda mientras sin rechistar se dejaba romper el cuerpo con los golpes de aquellas piedras.

Cuando ya se cansaron de tirarle tantas piedras y de insultarlo, le dijeron: “Si reniegas de tu fe no te mataremos”. El les contestó: “Mi Dios me ha dado la vida y ha llenado el mundo de cosas bellas mientras que vosotros me la estáis quitando al tiempo que llenáis el mundo de obras malas. ¿Por qué voy a

renegar de Él para complaceros a vosotros?” Al oír ellos estas palabras comenzaron a dispararle. Nadie supo nunca cuántos disparos le dieron pero sí dijeron que los disparos los hacían en aquellas partes del cuerpo no vitales para así no matarlo pronto y que sufriera más. Hicieron una cruz con dos palitroques y se la dieron diciendo: “Si escupes esta cruz, te dejamos en paz y no te quitamos la vida” pero él lo que hizo fue besarla y abrazarse a ella amorosamente.

Y lo que voy a decir a continuación puede que muchas personas no me lo crean pero yo estoy tranquila porque sé que estoy diciendo la verdad. Este hombre, un buen cura que podría ser santo según dijeron muchas de las personas que lo conocían, estando todavía consciente, fue rociado con gasolina y prendido fuego para que ardiera vivo. La gasolina ardió pero él se quedó intacto e incluso ni siquiera la sotana se quemó. Al verlos ellos se llenaron de miedo y ya enloquecidos y no sabiendo qué hacer para acabar con la vida de aquel hombre e infringirle más sufrimiento, cogieron herramientas y se pusieron a machacarlo. A fuerza de porrazos y corte de hacha lo terminaron de matar. Ellos lo único que oían salir de la boca de aquel hombre bueno eran palabras de súplicas a Dios y perdón para los que tan mal lo trataban.

Así murió el Cura Raspa, por Cristo el viernes 28 de agosto de 1936, a las tres de la tarde. La gente decía luego que su

cadáver quedó allí abandonado en aquella tierra áspera y al día siguiente los mismos que lo habían matado, por el pueblo fueron contando los detalles de cómo había pasado todo aquello. Más de uno decía: “Ese cura estaba loco”. Y a estas palabras otros respondían: “Ese cura era un hombre bueno y hasta el último momento fue valiente”. El tiempo que el cadáver estuvo tendido y solo en aquella tierra, no lo sé pero sí me dijeron a mí que cuando ya pasaron los días fueron a recogerlo para darle sepultura y siendo como era en verano, esperaban encontrar aquel cuerpo ya descompuesto y despidiendo olores. Pero las cosas no fueron así: aquel cuerpo todavía estaba incorrupto y chorreando sangre fresca como si las heridas se las hubieran hecho en aquel mismo instante. Ni siquiera los insectos le había tocado.

Doy fe de que cuanto acabo de contar es tan verdad como que ahora mismo estoy viva. Lo que no sé es su fecha de nacimiento. Sin embargo, quiero dejar aquí también claro que tengo una amiga en Úbeda, que es familia del Cura Raspa y que se llama Rosario López Fernández y la madre de Rosario se llama Fuensanta Fernández Angulo, prima segunda del Cura Raspa, con la cual estuve hablando el otro día y aunque ya me ha dado mucha información, me ha prometido averiguar más datos de este hombre así como también la fecha de nacimiento. Me dijo que si puede, me buscará alguna fotografía para que se pueda saber y conocer un poco más de este cura

santo. Y digo lo de santo porque esto mismo fue lo que dijeron los hombres y mujeres de aquel pueblo, cuando al día siguiente supieron la muerte del Cura Raspa. “¿Pero cómo han podido hacer ese crimen al Cura Raspa si era todo un santo?”

Lo mismo pasó en el pueblo de Orcera cuando a los pocos días llegó la noticia. Unos y otros por todos sitios lo lamentaban y no dejaban de exclamar: “¡Si el Cura Raspa era un santo!” Y ya para concluir, como me supongo que aquellas personas que un día puedan leer esta historia, pueden preguntarse que cómo yo estoy enterada de todas estas cosas, lo voy a decir ahora: en mi casa dormían los pobres que pasaban por los caminos que hoy cubren las aguas del Pantano del Tranco. Cuando por allí iban ellos y eran muchos y de todos los pueblos de la loma, al llegar la noche, siempre acudían a mi casa donde también siempre encontraban un trozo de pan y un rincón donde acurrucarse. Muchos, la mayoría de estas personas eran de Torafe y de Villanueva. A ellos y luego a mis padres, yo les oía contar tanto esta historia como otras parecidas.

Y recuerdo que a mi Soto llegó una vez un hombre que trabajaba en lo que allí decíamos “albardonero”. Por aquí por Úbeda le dicen “talabartero” pero nosotros y por la tierra de la Vega, le decíamos albardonero. En aquella tierra mía aunque todas las cosas de los aperos de labor las hacían los hombres, mi padre y mis hermanos, siempre había trabajos más

delicados que requerían las manos de un buen profesional. Porque también los utensilios de los animales y de la labranza, tenían que estar bien hechos.

Aquel hombre iba por los cortijos, por lo menos en aquella época, que fue por la guerra, y donde tenían las albardas deterioradas se paraba y cuando había trabajo, se lo daban y trabajan. Y mi padre le dio trabajo unos días para que arreglara las albardas e hiciera jalmas nuevas. Las jalmas son algo así como un aparejo pero más pequeño y ligero que servía para trabajos menos pesados y para ir montados en los mulos cómodamente pero no para echarle grandes pesos ni nada de eso. Y había albardas y jalmas y luego estaban los atarres, los cabezales de los mulos... a todo esto quiso mi padre darle un buen repaso y aquel hombre tuvo allí trabajo unos días.

Este hombre sabía leer y cuando me veía a mí coger mis librillos y ponerme a leer, le hacía mucha gracia de verme tan chipirusa leyendo y me decía que él también sabía leer. Y por esto de vez en cuando me contaba algunos cuentecillos. Pero allí la historia que contó, más importante de todas, fue la historia del Cura Raspa. Y venía bien con todas las versiones que yo había oído antes de otras personas. Y, además, dio un dato que a nosotros nos emocionó mucho. Decía que los pobres lo “olían”.

Cuando llegaba a Villanueva o por donde iba ¿qué tenía aquel hombre que los pobres lo olfateaban desde lejos? Estas fueron expresiones suyas de él. “Que lo olían cuando llegaba”. Y cuando llegaba a Villanueva, la mayoría de las veces él nunca llevaba nada para dar porque ya lo había dado todo pero en cuanto caía algo a sus manos, pasaba a las de los pobres que le seguían. Y dijo que cuando llegaba a Villanueva y se enteraban las personas necesitadas, enseguida se acercaban los pobres en busca de él. Y su padre que tenía la tienda llena de comestibles, pues de allí empezaba a darles todo lo que pillaba.

Y una vez el padre consternado de verdad de ver que su hijo le dejaba sin cosas en la tienda, se le acercó y con cariño le dijo: “Hijo mío, que me dejas la tienda vacía”. Y entonces él se volvió hacia su padre y le dijo: “¡Padre! No se apure usted pensando que la tienda se quedará vacía, porque el corazón se le va a quedar muy lleno”. Y todos los que estaban allí se quedaron sorprendidos de ver cómo aquel hombre le daba más importancia a que el corazón estuviera lleno y no la tienda o los bolsillos.

En el cortijo que se llamaba la “Dehesilla”, que ya te he comentado fue donde nos trasladamos cuando, las aguas del pantano, nos echaron de la Vega y que lo tuvo mi padre arrendado y era propiedad de Doña Rosario Olivares, yo viví

directamente muchos testimonios de personas que daban fe de la bondad del Cura Raspa. Por aquella época existían las cartillas de racionamiento y había que ir diariamente a por las raciones de pan al pueblo de Orcera. Luego te contaré lo de las cartillas de racionamiento. Cuando había que hacer algún encarguillo de más importancia, iba mi madre pero cuando era solamente a por las raciones del pan, iba yo. Había que ponerse en la panadería haciendo cola.

Allí nos juntábamos un montón de gente. Mayores y personas menores como yo. Y como tanto se habla en los sitios en que se reúne mucho personal, pues allí pasaba igual. Pero allí las conversaciones que yo oía a diario eran siempre del Cura Raspa. Todo el mundo lamentándose de que lo hubieran matado y contando y oyendo lo que decía uno y otros y sobre todo, lo que cada uno había presenciado en su vida real. Se contaban maravillas de este hombre.

Y recuerdo que una vez me contaron que en la carretera que va desde Orcera a Benatae, que por allí tenía yo que pasar para ir al cortijillo donde vivíamos nosotros, paseando un día por la carretera, se encontró con un hombre que traía un hacecico de leña a cuestas. Era en invierno y traía puesta una ropa vieja y rota. Al verlo don Francisco y como era así: que cuanto más humilde veía a una persona más la quería y le ayudaba en lo que podía, se acercó y le dijo: “Espérese usted,

hermano, quítese la leña de encima y espérese un momento que lo necesito". Y el hombre al oír que el cura lo necesitaba, se paró.

Don francisco se metió detrás de unos matorrales que había cerca y cuando salió, lo hacía vestido con su sotana pero los pantalones y la camisa, se los había quitado y los traía en la mano y le dijo al hombre: "Métase usted ahí, póngase esta ropa y me da la suya". El hombre vio el cielo abierto porque iba con la ropa hecha polvo. Se ocultó entre las matas, se puso la ropa del Cura Raspa y le dio la suya al cura. Este la cogió, la envolvió y se la llevó a su casa pero aquella ropa pobre, por lo que tanto ocurrió en aquellos tiempos, llevaba piojos. El viejecito se lo advirtió al cura diciendo: "Don Francisco, que esta ropa mía no va sola, que va acompañá". Y entonces el Cura Raspa respondió: "No te preocupes, hijo mío, que si te han picado a ti, yo no soy más que tú. Bueno está que ahora me piquen a mí". Esto lo oía yo contar en las colas del pan racionado que nos daban en Orcera. Que daba la comida, que lo daba todo.

En lo fundamental todas aquellas personas coincidían en lo mismo: "El Cura Raspa era un santo que algún día subirá a los altares". Y ya dije en otra ocasión que también a los baños que hoy han desmoronado por completo las aguas del Pantano del Tranco, acudían personas de Villanueva.

Cuando hablaban de este caso coincidían en los mismos detalles: “Llegará un día en que lo del Cura Raspa se sepa en muchos rincones de España y también luego lo venerarán en los altares como al santo de Villanueva que fue apedreado y muerto a hachazos”. ¿No crees tú que esto es algo que se merece tanto mi pueblo de Hornos como mis hermanos de Villanueva y de Orcera?

- Lo único que yo te digo, María, es que los caminos de Dios son inescrutables. Lo que Él lleve entre sus planes se cumplirá aunque los hombres tengan entre sus manos otros proyectos. Nuestras vidas y nuestra suerte, como dijo el profeta hace muchos siglos, está en sus manos.

- Mi amiga Rosario me dijo que está sepultado en Villanueva y cuando van a visitar su tumba, bastantes veces encuentran allí un ramo de flores que alguna persona le lleva pero la familia no saben quién es.[2]

---

2 2- **Nota del autor**: En el periódico Jaén del día 1 de marzo de 1998, casi un año después de haber escrito la página de este libro, apareció la siguiente información: ASeis hombres están en proceso de ser beatificados. Todos ellos tienen algo en común y es que murieron por Cristo. El proceso para la beatificación de estos ejemplares siervos de Dios, se inició en el mes de octubre del año 1994...”**Francisco López Navarrete**, seminarista modelo, devoto de la Santísima Virgen María, ejerció la caridad con los pobres de modo extraordinario, tanto que la gente de los pueblos donde vivió lo aclamaban como el ACura Santo”. Sus virtudes y su buena fama rebasaron límites y pronto llegó a oído del obispo Basulto que lo nombró arcipreste y párroco de Orcera en 1932. En este pueblo le sorprendió la muerte cuatro años después cuando los milicianos entraron en su domicilio pidiéndole imágenes y objetos religiosos para destruirlos. El párroco de Orcera se negó y se dice que valientemente contestó: AEso nunca, haced en mí lo que hicierais con esas imágenes”. Y de este modo fue detenido y fusilado en un lugar llamado AVenta de Porras”, entre los términos de Beas y Villanueva. Recibió la descarga de rodillas, con los brazos en cruz y gritando: AViva

LAS CARTILLAS DE RACIONAMIENTO

Estas cosas de las cartillas de racionamiento, empezaron en la guerra civil. Pero después de terminada la guerra, las cartillas siguieron. Existía una organización o no sé cómo se dice eso, que se llamaba la Fiscalía de Tasas. Se incautaban del aceite y luego lo pagaban a precio de tasa. Y entonces, los mismos que lo cosechábamos, pasábamos falta de aceite, siendo nuestro. Y nos lo ponían por racionamiento y teníamos que ir a recogerlo a las tiendas de comestibles que cada comercio de comestibles, tenía sus cartillas asignadas. Y allí teníamos que ir a por el aceite de racionamiento después de haberlo recogido y cosechado nosotros mismo.

También estaba racionada el azúcar y todas las cosas de comestibles. El trigo había que ocultarlo e ir a los molinos por la noche o cuando podíamos a moler nuestra propia harina. Porque también los fiscales de Tasas, registraban las casas, la mía, por suerte, no llegaron a registrarla nunca. Pero en muchas casas pasaba que cuando menos se lo esperaban, llegaba la Fiscalía de Tasas y donde había trigo que no se había declarado, se lo llevaban. Como ahora se dice la declaración de la renta, entonces se hacía declaración de los productos que se recogían. Pero había que hacer ocultación de trigo si no queríamos pasar hambre. Luego nos daban raciones

Cristo Rey".

de pan, por cartillas y había que aceptar el racionamiento porque sino era tanto como decirles que teníamos trigo en la casa. Y de verdad que en otras casas no había más trigo ni más pan que el que daban en las cartillas.

Yo me acuerdo que mis padres ocultaban costales de trigo en los pajares pero no para estraperlarlo, porque entonces eran los tiempos del estraperlo, sino para comer nosotros. Mi padre no quería correr el riesgo y por eso sólo lo hacía para darnos de comer a la familia. Y ya te digo: ocultaba los costales llenos de trigo, entre la paja del pajar y luego se las apañaba como podía, yendo a escondidas a los molinos a molerlo y así amasábamos nuestro pan.

Pasado el tiempo, aquello se suavizó un poquito y entonces nos concedieron, estaba yo ya en Úbeda, una cosa que se le decía “Maquilera”. Que era declararse cosecheros y en vez de darnos el pan por racionamiento todos los días, nos dejaban una cierta cantidad de trigo que no sabemos la que era pero no era trigo, sino harina que se retiraba de la fábrica y nos llevábamos las sacas de harina a nuestras casas y ya podíamos amasar sin tener que ocultarnos. El trigo sí teníamos que entregarlo a un sitio que había aquí, que no me acuerdo cómo se llamaba. Era un depósito de trigo del Estado. Ellos le ponían precio y lo pagaban por kilos. No me acuerdo del precio.

Te daban un documento que se llamaba el “C 1" y con aquel documento era uno acreedor para llevarse la harina a la casa para el gasto diario. Aquello se le llamaba maquilera. Si se ocultaba algún trigo, que en algunos sitios lo hacían, era el que se vendía de estraperlo que era lo perseguido por la ley. Esto, ya te lo he dicho, no sucedió en mi casa pero entonces muchas personas sí se reservaban trigo, lo estraperlaban y algunos hicieron hasta capital y pudieron comprar fincas, del estraperlo. De vender luego el trigo a precios muy altos y con aquello ganaban mucho dinero.

Mi padre lo que siempre procuró, fue que en la casa no faltara qué comer pero nunca quiso arriesgarse ni tener malas cuentas con la ley.

LA ÚLTIMA VEZ

- Volvemos al pantano, porque ya tenemos que irnos y sabemos que bajo sus aguas se quedaron para siempre tus raíces y tu identidad y el amor de los tuyos y los amigos y los recuerdos que ahora ya son trozos de cielo en el reino de lo inmortal pero dime, ¿Cuándo apareció el primer ingeniero por tu Soto?

- Voy a hacer la cuenta. Creo que por el 23 ó 24 nacería mi hermano Angel y decía mi madre que lo tenía sentado en la puerta del cortijo al fresco, que todavía no andaba. Uno de los

ingenieros al pasar, le dijo: “¡Qué niño más guapo tiene usted, señora! ¡Qué hermoso!”. Le llamó la atención lo sano y bello que se criaba mi hermano. Mi madre les preguntó, porque ya se oían rumores y les dijeron que iban midiendo las tierras para hacer un pantano pero mi madre ni se imaginó lo que después iba a pasar. Pero fíjate, hacer la valoración por aquellas fechas y pagar las tierras y los cortijos en el cuarenta y algo, tiene guasa.

A partir de aquellos días, cuando las personas se encontraban por la Vega o pasaban por la puerta de mi cortijo a todos se les oía decir: “¡Y que tenemos que irnos! María Josefa, y que tenemos que irnos”. Cuando regando las huertas se encontraban unos y otros su exclamación siempre era la misma: “¿Válgame Dios, y que tenga que perderse todo esto? ¿Y dónde iremos a parar? ¿Y qué vamos a hacer? ¡Y que tenemos que irnos! ¿No se podría arreglar esto de alguna manera?”

Cuando ya empezaron los trabajos en el muro, te lo he dicho, uno de mis hermanos se puso a trabajar en esa obra. Como era pequeña, algunos días me iba allí con ellos. También ya te he dicho que mi cuñada siempre estaba mala y por eso me iba allí a ayudarle en lo que pudiera. Cuando me movía por aquellas tierras y hasta mis oídos llegaban los ruidos de la grúa ¡ay! Esto es muy difícil de explicar. Cuando oía la grúa que

había allí trabajando en las obras aquellas, algunas veces me ponía las manos en los oídos porque me dolía su ruido. Lloraba sin que me viera nadie. Para mí siempre me decía:

“Los chirridos de esta grúa apagarán un día el canto de mis ruiseñores, el trino de mis pájaros, la música del aire cuando acariciaba las hojas de mis perales y cerezos y hasta el rumor de las fuentes limpias. En cuanto cierren este muro se quedarán sin vida mis mariposas, los nidos de las golondrinas que revolotean por el tejado de mi cortijo y hasta los sueños tiernos que ahora llevo en mi corazón”. Y entonces me ponía las manos en los oídos para no oír el ruido frío de aquella grúa. Esto es muy difícil de explicar, hay que sentirlo para saberlo. Cuando los niños y las niñas hacíamos nuestras luminarias en los días que ya te tengo explicado, ya desde chiquitillos nos fuimos concienciando que no nos íbamos a hacer viejos en aquella Vega. Cuando jugábamos a la rueda, de vez en cuando nos parábamos y decíamos: “Cuando nos vayamos de aquí ¿Iremos a algún sitio donde se hagan luminarias también? ¿Habrá romero para coger y encender nuestras luminarias?”

Y cuando nuestros mayores hacían los castillos de fuego en el día de San Antón, como ya te he explicado, al brindar con sus botas de vino, siempre se les oía decir: “¿Cuánto tiempo más podremos seguir brindando juntos? ¿Iremos nosotros a un sitio donde también se celebre la fiesta de Santa Antón y

podamos empinar nuestra bota como lo hacemos aquí? ¿Dónde iremos a parar cada uno de los que por aquí andamos ahora? ¡Qué lástima de nuestra tierra!" Esto se oía por allí a todas horas desde que supimos que ya no había solución y que teníamos que irnos.

Pero aquello cuando lo cubrió el agua fue como la colmena cuando la abren: cada abeja tira por su lado. Allí no había quien vendiera tierras. Si lo mejor ya lo había pillado el pantano. Y si alguien quería vender, se aprovechaban de las circunstancias de que tantas personas perdían la casa y las tierras y entonces ya era imposible quedarse. Primero mi padre arrendó un cortijo en el término de Orcera. Estuvimos en él cinco años. Mientras tanto, pues un amigo suyo que también lo habían "dexpropiao", le dijo: "Mira, yo me he ido por ahí abajo. Me voy por las Lomas de Ubeda y por ahí donde pille". El había comprado unas tierras por el término de Ubeda y mi padre se calentó y vino e hizo lo mismo. Otros están en Villacarrillo. Tengo primas y primos en Ibiza, Palma de Mallorca, en Játiva, en Madrid. Algunos ya han muerto; varios no sé dónde paran.

El pantano nos dividió, nos echó de nuestras tierras. Aquello fue el desmadre para nosotros y otras muchas personas. Aunque en la dimensión de lo eterno, yo sé que todos estamos unidos para siempre. Por eso, donde quiera que estén, a unos y otros, les mando mi cariño. Mi recuerdo está

vivo y aunque nuestro cortijo duerma bajo las aguas y ya por aquellas llanuras no podemos jugar nuestros juegos, mi alma sigue viva y con cada uno de los que allí estuvimos, aunque no estemos.

- ¿Con qué edad te viniste del Soto?
- Cuando salimos de la Vega para irnos, porque ya se sabía que no había solución. Cuando arrendó mi padre el cortijo en Orcera, tenía nueve años. Pero no perdimos el contacto con el Soto porque mi hermano el mayor se casó y se fue a vivir a él. El estaba trabajando en la construcción del muro. Entró de pinche a los catorce años y llegó a capataz y fue el último que se quedó en el Tranco. El que terminó las obras del muro. Por eso nosotros no perdíamos el contacto con el Soto. Ibamos y veníamos.

Y es que el cortijo de mi Soto no fue derruido por manos humanas. Porque cuando dieron la orden de hundir todos los cortijos de la Vega, mi hermano Cesáreo, fue y le suplicó al ingeniero un favor especial. Este ingeniero se llamaba don Emiliano Ruiz Castejón y fue el último que hubo en el Tranco con Agromán. Pues mi hermano le digo: “Don Emiliano, que no hundan mi casa”. Y el ingeniero le dijo: “Cesáreo, es que es preciso porque allí pueden cobijarse personas y puede, incluso, pasar una desgracia y ya somos nosotros responsables, porque por nuestra parte tenemos que certificar que la Vega

está ya deshabitada". Y entonces mi hermano le volvió a decir: "Échele usted la llave y me la entrega para que la guarde yo toda la vida pero mi cortijo que no se hunda".

Y don Emiliano, por lo que apreciaba a mi hermano, le dijo: "Bueno Cesáreo, basta que tú lo pidas para que te lo conceda". Y mi hermano fue y echó la llave en el cortijo y así fue como mi cortijo se quedó cerrado pero no lo hundieron. Pasado el tiempo se hundió, esto es verdad pero bajo las aguas y porque éstas se lo comieron. Y la llave de este cortijo mío, la ha conservado mi hermano hasta su muerte. Creo que todavía se conserva en su casa.

La última vez que vi el Soto fue con quince años, que fuimos al entierro de mi tío Ramón y al bajarnos para bajo le dije a mi padre: "Vámonos por el Soto". Y es que como yo sabía que mi cortijo estaba todavía en pie aunque ya toda la Vega estaba hundida, llevaba mi intención. Y es que aunque yo era ya mociqueta, no se me iba de la mente un puñado de recuerdos muy especiales que me había dejado allí con la ilusión de recogerlos un tiempo después.

Cuando nos fuimos al cortijo de Orcera, que luego te contaré largamente, como toda la ilusión nuestra era volver otra vez a la Vega, al cortijo de la Dehesa, sólo nos llevamos lo más necesario. Lo imprescindible. Y mis jugueticos, me los dejé en

mi cortijo del Soto metidos en una cajeta en la cámara de mi casa. Allí estaba mi muñeca de cartón, que fue la única que tuve en mi vida, mi tabaquillo que así se llamaba un canastillo que teníamos allí las mujeres para la costura. Yo tenía mi tabaquillo chico, con mi faltriquera y dentro de mi faltriquera, mi dedalillo, mi alfiletero que era un tubico de madera que se abría y se cerraba a tuerca y dentro se metían las agujas y los alfileres, mi almohadilla de costura, mis bordaicos que me enseñó a hacer mi abuela, mis panderetas, mis sonajas, las que me hacía mi abuelo para las fiestas de Navidad, una armónica pequñica que me compraron mis hermanos en la feria de la Puerta de Segura, mis cacerolicas que también me las fabricaba mi abuelo para que yo tuviera mi cocinica de mi casica de muñeca... Todavía guardo un almirecillo chiquitillo que ahora te lo voy a enseñar. Este es el único recuerdo que conservo de mis jugueticos. Lo demás, todo se quedó allí. Que materialmente no tenía ningún valor pero todo esto para mí era un tesoro de precio incalculable.

Y por eso te decía que mi intención era llegar al cortijo de mi Soto y recoger aquellas cosas tan queridas y que no podía olvidar. Que no valían nada en dinero pero para mí eran un tesoro. Nos las puede recuperar porque cuando yo llegué vi que ya estaba aquello deshabitado. Había allí una familia viviendo que tal vez no tuviera otra vivienda y se había cobijado en lo que quedaba de cortijo. Cuando yo vi mi casa... primero

me dio miedo entrar. Luego sentí pena y, además, yo pensé que aquello, como no valía nada materialmente, todo me lo habrían tirado y ya me volví para atrás pero llorando. Mi Soto perdido y mis recuerdos allí para siempre.

Mi Soto era precioso. No era una obra lujosa, de esos chalés lujosos que hacen ahora pero era precioso. Pa mí, lo más bonito. Cuando yo lo vi... las puertas desgajar, negro todo, desconchado, medio derribado... me dio una pena... me fui llorando. Y mi padre: "Pero hija mía no llores. Si esto sabíamos que tenía que pasar. No llores". Los árboles ya los habían cortado todos. Ya no se veía un árbol por ningún sitio. Todo lo cortaron para hacer carbón. Aquello era un desierto. Se me quedó la imagen triste ya para todo la vida.

ARRANCANDO DEL SOTO

¡Ay! Arrancando, ahora mismo me parece que estoy viviendo en aquel tristísimo día. Tú ya lo sabes: las obras del Tranco durante la guerra se pararon. Y como esto se quedó detenido, pues a todos nos entró esa miajilla de consuelo y esperanza, tristeza por la guerra pero esperanza creyendo que lo del pantano ya no iba a continuar. Abrigamos las esperanzas de que tal vez aquello quedara en el olvido y el muro no se terminara de construir. Aunque estaba ya todo apreciado, todo valorado, pues nosotros, mientras no nos pagaron el cortijo, todavía nos sentíamos un poco felices porque teníamos la

seguridad, que al no pagarlo, aquello seguía siendo nuestro. Nos quedaba la esperanza de que aquellos proyectos quedaran olvidados.

Pero por si acaso, mi hermano mayor le dijo a mi padre: “Padre, con las órdenes del Estado, no hay quién pueda. Hay que obedecer lo que disponga y no hay quién se escape. El día que menos lo pensemos, dan órdenes de pago y tenemos que irnos inmediatamente de aquí y no tenemos ni a dónde refugiarnos”. Nosotros no disponíamos de dinero para comprar una finca e irnos a otra propiedad nuestra. En el Soto, vivíamos en lo nuestro pero no teníamos dinero disponible para comprar tierras en propiedad. Y por si acaso nos echaban de la Vega y no teníamos a dónde ir, mi padre junto con mis hermanos, decidieron buscar un cortijico arrendado. Encontraron y arrendaron el cortijo que tantas veces ya te he dicho era de doña Rosario Olivares, en el término de Orcera y que se llamaba “La Dehesilla”.

Cuando se empezaron a cargar cosas en las bestias para irnos a este nuevo cortijo, cada vez que sobre los mulos se ponía algún utensilio del cortijo de mi Soto, era un llanto en la familia entera. Y mi padre para consolarnos, decía: “Pero si esto ahora es una cosa incierta. Quien sabe si volveremos otra vez. Si esto ahora mismo no se sabe lo que va a pasar. Lo que pasa que por si acaso vamos a prevenirnos. Esto es prevenir

nada más”. Y decía mi padre: “Hombre prevenío vale por ciento. Vámonos ahora a arrendar eso y tiempo habrá de volver al Soto”.

El primer viaje que se dio desde el Soto a la Dehesilla, lo dieron mis dos hermanos con los mulos cargados y mi madre con ellos para ir poniendo en orden cada cosa que descargaban. Y ya a punto de salir, había un cuadro del Sagrado Corazón, que es lo que te he contado algunas veces, estaba en la puerta de mi cuarto y mi madre decía: “Yo quiero llevar allí algo de la presencia de Dios también pero no quiero quitar de aquí mi Sagrado Corazón de Jesús”. Y entonces me acuerdo que se llevó otro cuadro de la Sta. Trinidad y en el primer viaje, se llevó cogido en sus manos para que no se estropeara, este cuadro. Este cuadro fue lo primero que entró en el cortijo de la Dehesilla en el primer viaje que dio mi madre. Era en el invierno y recuerdo que mi madre, lo primero que hizo fue colocar el cuadro en la pared y después encender una lumbre porque aquel día hacía mucho frío. Tanto como en nuestros corazones y almas. Pero no recuerdo qué día del año fue aquel primer viaje.

Se dieron varios viajes con cosas pero no me acuerdo cuántos fueron. De estos detalles ya no me acuerdo yo. De lo que sí me acuerdo es que cuando ya se trasladaron todas las cosas más precisas hacia la Dehesilla y decidimos irnos todos,

porque el trabajo que había que hacer en las tierras del Soto, ya estaba hecho y había que empezar el trabajo en las tierras de la Dehesilla, que era un cortijo que durante todo el tiempo de la guerra había estado abandonado y nadie lo había cuidado. El día que salimos todos de la Vega de Hornos, allí lloraba mi padre, mi madre, mis hermanos, mi abuela y yo más que nadie.

La chipirusa, que ninguno sabía cómo la iban a consolar. Me decían mis hermanos: “Tonta, no llores porque volveremos otra vez. Tonta, ¿Por qué lloras? No ves que llevamos nosotros la llave del cortijo y aquí no va a entrar nadie. No llores más”. Cuando me despedí de mis primas Franciscas, Virginia, mi tía Francisca, todas me decían: “Criatura de Dios, no llores tanto, si nosotros iremos allí a verte. Y lo cumplieron, porque sí fueron a verme.

Pero una vez más te lo digo: yo creo que desde aquel día, en el Soto se quedaron mis raíces. Porque aunque después íbamos y volvíamos y me decían que no era la salida definitiva, para los efectos, lo fue. Cuando luego se casó mi hermano y se fue a vivir al Soto, como mi cuñada siempre estaba malilla, me decían: “Tienes que irte al Soto”. Y esto era para mí ver el cielo abierto. Porque al tiempo que le ayudaba a mi cuñada y podía sentirme útil en algo, sentía la felicidad de estar otra vez en mi Soto. Para mí llevarme desde la Dehesa al Soto, era lo más

grande que me podían ofrecer. Desde lejos, cuando divisaba las paredes de mi cortijo, ya estaba yo que se me iban los ojos detrás y todavía no me encontraba dentro.

Un día, mi prima Adolfina, le preguntó a mi madre: “Hermana Josefa ¿qué le pasa a la niña que cuando llega viene contenta y cuando se va siempre lo hace llorando?” Y mi madre le contestó: “Que ella no se quiere ir del Soto”.

Y si ahora me preguntas el por qué lloro cuando hablo o recuerdo a mi Soto y por la Dehesa no, porque donde nací, donde pasé mis primeros años, donde tenía la familia con quien me había criado, donde tenía mis mariposas, mis ruiseñores, mis praderas con sus flores para correr, mi río, mis fuentes, mis eras para mis luminarias, todo esto fue en el Soto. En la Dehesa, no estuve mal pero mis recuerdos, esas vivencias que se clavan en el alma y ya no te dejan mientras vivas, estos recuerdos pertenecen al Soto. Y esto no quiere decir que yo me sintiera mal en la Dehesa pero el recuerdo del Soto estaba latente en mí cuando viví en aquel cortijo de Orcera y sigue estando aquí en Ubeda y donde quiere que esté.

El día que salí del Soto, como era la más chiquitusa y tan flacucha estaba, pues mis hermanos y mis padres, fueron andando porque las bestias iban cargadas con cosas. Pero

para mi abuela, como era viejecica y para mí, por chiquitusa, las cargas que pusieron en las bestias, las hicieron de tal modo que hubiera espacio y comodidad para montarnos a nosotras. A mi abuela la montaron en una bestia y a mí, en otra. Ellos fueron andando y nosotras montadas.

Al salir del Soto, era el mismo camino que se tomaba en dirección a Hornos pero luego se llegaba a un sitio que se le decía El Llano de la Dehesa y desde allí, ya se apartaba el camino que iba hacia Cortijos Nuevos. Desde este pueblo ya se cogía la carretera que había entonces hacia Orcera. Se quedaba a la derecha el Ojuelo y ya carretera adelante hasta que se llegaba a la Dehesilla. No era necesario llegar a Orcera. Sólo había que desviarse por la izquierda por un camino ancho hasta mi nuevo cortijo.

Cuando yo iba por aquel camino, aquella distancia que hoy se puede decir corta, a mí se me figuró una eternidad, porque me daba cuenta que cuanto más caminaba hacia delante, más atrás se quedaba mi Soto. Un llanto como te he explicado. Al llegar a la desviación hacia Cortijos Nuevos por los llanos de la Dehesa, pues a la derecha se queda mi pueblo. Desde abajo, desde el camino que ya cogíamos para las tierras desconocidas, veíamos que antes nos habíamos dejado el Soto y en aquel momento también nos dejábamos Hornos. Sentadas, mi abuela y yo, en lo alto de los mulos, al pasar

frente al pueblo, mirando a la roca y a las bellas casas de mi pueblo remontadas en ella, se nos quedaba el alma hecha sangre.

Aquel fue otro rato malo que pasamos todos. Mirando hacia la derecha, hacia arriba, hacia la roca, hacia las torres de mi gran pueblo querido, mirando siempre para arriba y los mulos andando hacia Cortijos Nuevos y nosotros con los ojos puestos en Hornos y diciendo: “También nos dejamos atrás el pueblo. Antes el cortijo y la Vega y ahora también nos dejamos a Hornos. ¿Cuándo volveremos a pasar por aquí?” Y mi padre decía: “Pronto, pronto. Cualquier día damos la vuelta porque todavía el Soto es nuestro”.

Y claro, el Soto no lo dejamos nosotros. Nos llevamos nada más que lo preciso. Las camas, la máquina de coser, la de la matanza, las ropas y las cosas de más necesidad. Los aperos de la labor en los mulos iban y venían. Los traían para labrar las tierras del Soto y luego se los llevaban para seguir labrando las tierras del cortijo del Orcera.

Pero ya te digo: cada vez que se cargaba algo en los mulos era un llanto en la familia. Cuando llegamos a aquel cortijillo, pues nos sentimos verdaderamente solos. Y nos mantuvimos porque teníamos dentro la esperanza de que aquello sería poco tiempo y que algún día volveríamos al Soto, porque

todavía creíamos que lo del pantano iba a quedar en agua de borrajas y que no iba a llegar de verdad la expropiación.

Nos separamos ya de los familiares con los que nos habíamos criado siempre. Pero tuvimos el consuelo de que Dios no nos abandonó del todo en aquellas tierras lejanas de mi Vega. Un hermano de mi madre, Manuel Manzanares Donvidau, vivía en Torres de Albanchez. Él y su mujer, mi tía Lucrecia, pues al enterarse de que estábamos allí, fueron a consolarnos. Y mi tío Manuel nos decía: “Estáis llorando de adelantado. No sabemos lo que va a pasar. La guerra ha trastornado muchas cosas y ese muro que no está terminado, tal vez no se termine nunca. Vosotros habéis cogido este cortijo arrendado, pues muy bien pero tal vez el Soto no desaparezca nunca de aquella Vega. No sufráis de adelantado”.

Allí me consolaban muchos mis primos, Rogelio, Enrique, Aurelia, Ramón, Florentino y Jacinta. Este fue el consuelo familiar que nosotros tuvimos allí. Pero tampoco nos olvidó mi familia del Soto. Mi tía Francisca y sus hijas, iban a visitarnos. Y de Beas, donde vivía un hermano de mi madre, Ramón Manzanares Donvidau. Él estaba muy enfermo y no podía visitarnos pero nos visitaban su mujer, mi tía Teresa y sus hijos. Sobre todo mi primo Angel Manzanares que Ahora vive en Orcera. Un hijo suyo, Ramón Manzanares y su esposa María Angeles, viven aquí en Úbeda. Son excelentes personas y los

dos profesores. También nos visitó mi tío Daniel Muñoz Ortega. Y todos eran conscientes de que estábamos viviendo un calvario. Estábamos separado de nuestra tierra y con la desesperación e incertidumbre de qué iba a pasar con nuestra casa.

Recuerdo que estando en la Dehesa, ver asomar a alguien de la familia, para nosotros era un regalo del cielo. Muchos días yo también visité a mis primos de torres que eran los que entonces me cogían más cerquita. Y me acuerdo que un año se vino mi prima Aurelia que ahora vive en Ciudad Real, a pasar unos días con nosotros. Eran las fiestas del Santo Cristo de la Veraz Cruz. Y desde el cortijo de la Dehesa, ibamos nosotras, las dos primas, tan campantes al pueblo de Orcera a la fiesta.

El camino se empalmaba con la carretera que va de Orcera a Benatae. Entrando hacia Orcera, antes de llegar al convento, por la derecha. Después si quieres te describo el camino cómo era. Pues al llegar al convento, nos encontramos allí con unos carromatos de esos titiriteros que van con circo pequeños y ambulantes y tenían allí monos y otros animales. Y al verlo, a nosotras nos llamó la atención aquello y nos paramos. Estábamos mirando y de pronto salieron unas mujeres hablando en un idioma y unos disparates que nos decían que no entendíamos ni patata. Y como nos amenazaban, pillamos

un susto las dos que no sabíamos si salir corriendo para Orcera o volvernos para el cortijo. Y como estábamos tan asustadas, ninguna de las dos nos poníamos de acuerdo si volvernos o seguir.

Y como en Orcera estaba ya mi hermano que era mayor, yo decía: “Para el pueblo que está mi hermano y nos puede defender”. Y mi prima decía: “Vámonos al cortijo que allí está tu padre y tu madre y entre ellos nos refugiamos y nos escondemos. Siendo mayores ya, hablando de esta aventura ella y yo, lo que más recordábamos era el susto que aquel día nos llevamos con los titiriteros. ¡Pero qué felices éramos entonces! Después ella ha recordado mucho aquella aventura y yo también.

De estos familiares míos, igual que de toda mi familia, puedo decir que son grandes personas. Aurelia y Jacinta, son muy guapas y esta última está sufriendo una dolorosa enfermedad con una admirable resignación Cristiana. ¡Animo, Jacinta, que te estás ganando un puesto de mucho valor en el cielo!

Y ahora voy a describirte donde se encuentra el cortijillo de la Dehesa, que como ya te he dicho, le decían también el cortijo Olivares porque era propiedad de doña Rosario Olivares. Saliendo de Orcera por la carretera que va a Benatae, se pasa

por un sitio que le dicen el convento. Porque allí antes y yo creo que existe todavía si lo han conservado, una pared antigua que eran resto, según decían, de un convento que allí hubo dedicado a Nuestra Señora de la Peña. En aquel rincón existían una fuente muy caudalosa y había un lavadero.

Pues pasando este lavadero y este sitio del convento, a la izquierda, había una cuestecilla y allí mismo existía un camino. Pero el camino era ancho y yo, por deducción, creo que aquello debió de ser un camino real que existía allí y que al hacer la carretera, quedó cortado. Pero aquel camino seguía anchuroso y atravesaba por campos y se iba directamente a Torres de Albanchez. Por este camino que partía hacia la izquierda, bajábamos nosotros porque era cuesta abajo y luego, a muy corta distancia y a la izquierda también, partía de este camino que te digo creo era camino real, una vereilla que atravesaba por entre las olivas y por aquí llegábamos al cortijo. Desde el camino real se veía ya el cortijo y esta sendilla la necesitábamos nosotros para llegar hasta esta vivienda.

Pero esta senda, que rozaba la misma puerta del cortijo, era muy pasajera porque por ella iba y venía mucha gente hacia un lugar que le decían “La Cañá de los Ballesteros”. Era una hondoná que había llena de muchísimas huertas que estaban repartidas entre pequeños propietarios. Al ir o venir, siempre pasaban por esta vereilla y por la puerta de aquel cortijo mío

que no era mi Soto. Pasaban por nuestro cortijo, se descolgaban cuesta abajo e iban a parar a La Cañá Ballesteros donde tenían sus huertecillas.

Y esto es muy importante: estas personas que pasaban por allí, en verano y cuando estaba mi padre que era tan sociable, se paraban a liar un cigarro con él. Bebían agua fresca, empezaban a hablar de sus cosas y la primera historia que salía era también la del Cura Raspa. O sea, que no solamente en Orcera, sino todas las personas que pasaban hacia la Cañá Ballesteros, se paraban en mi casa y sin pretenderlo, muchísimas veces, sacaban ellos la conversación del Cura Raspa.

Y cuando llovía y pasaban por allí, si apretaba el agua, también se metían en mi casa a refugiarse. O sea, que era también y de alguna manera, la parailla de todo el personal que iba y venía del pueblo a sus tierras y al revés. Pero multitud de veces, aquellas personas ya muchas mayores, sacaban la historia del Cura Raspa y todo el mundo decía: “Lástima que se fuera de Orcera, porque en este pueblo nadie quería hacerle daño”.

Este cortijo lo heredaron los hijos de doña Carmen Zamora y don Ramón Olivares, hermano de doña Rosario Olivares, hijo de don Ramón Olivares y de doña Carolina Parras. Pero

parece ser que los propietarios lo han vendido o no sé lo que ha pasado, el caso es que aquello tiene otros dueños y aunque el cortijillo está allí, según tengo noticias, se encuentra deshabitado.

Pero en aquellos años que nosotros lo ocupamos el cortijo tenía una cocina grande, una habitación de dormitorio abajo, una cuadra muy grande que cogía toda la nave del cortijo. Tenía una ventana que se comunicaba desde la cocina a la cuadra para no tener que dar la vuelta por la calle y entrar por la puerta de la cuadra a echarle de comer a los animales. La cuadra era muy grande. Aparte tenía una cuadrilla chica donde teníamos los cerdos. Y bajando hacia la Cañada Ballesteros, a la derecha y en la esquina donde te he dicho, en un rincón del cortijo, estaba el tejadillo del horno.

La construcción del horno era cuadrada y la boca, daba a la cocina, a la derecha de donde en la chimenea ardía la lumbre. Entre la cuadrilla chica donde guardábamos los cerdos y la nave grande donde estaba el cocinón, el dormitorio y la cuadra grande de los mulos, como ya te he dicho, era donde estaba el horno donde mi madre cocía el pan igual que cuando en el Soto.

Por encima estaba el pajar que cogía toda la nave grande y la cuadra. Y había una pajera, como un cajón grande hecho de

madera que le decían la pajera con un agujero por donde caía la paja hacia abajo y en la otra nave había otras dos habitaciones que eran dos dormitorios. Otros dos cuartos donde abajo dormían mis padres y arriba, dormíamos mi abuela y yo que se vino con nosotros al cortijo de la Dehesa. Esta era la vivienda que había entonces en aquel cortijo.

El agua que teníamos era una alberca que había muy cerca del cortijo, al principio de una cañá que le decíamos La Rambla. Una alberca redonda con una fuentecilla encima. Bajando desde Orcera hacia el cortijo, a la izquierda del camino. Pero para ir a por el agua de beber de verdad, teníamos que ir, desde el cortijo salía otra vereilla por las espaldas que empalmaba con el camino real. Este camino pasaba por un arroyo que no me acuerdo cómo se llamaba pero era pequeño y desde este primer cauce se llegaba a otro que de este sí me acuerdo que se llamaba el Arroyo Abelino.

Por aquel regato corría un agua muy buena y de allí era de donde cogíamos el agua para beber, fresca y limpia que era de la que gastábamos para beber. Para las otras cosas de la casa, para lavar y para los platos y limpieza en general, la llevábamos de la alberca que había en el cortijo. Este arroyo bajaba en la dirección de donde estaba el cortijo de la Fuente del Roble. Que se encontraba por la carretera de Benatae, más arriba del Arroyo Abelino. Se veía frente el cortijo de la Fuente

del Roble.

No recuerdo el número exacto pero me parece que eran aproximadamente dos mil olivas las que tenía aquel cortijo. Un sitio que le decíamos la Loma del Pino, otro que era La Cañá y otro rodal que le decíamos las del enfrente del cortijo. Y otras poquillas que había y que valían poca cosa, le decíamos el llanete. Y la tierra para sembrar el trigo y garbanzos y todo esto, la teníamos en un sitio que se llamaba El Llano del Romero. Al lado de la carretera que baja de Orcera a La Puerta, que estaba enfrente del cortijo de Juan Morilla que era donde vivía la familia de Lorenzo y Gregoria. De las tres hijas que tenía esta familia, Isabel, Dolores y Nieves, Isabel murió, Dolores que es de la que guardo la fotografía, no sé de ella y de Nieves tampoco he vuelto a saber pero yo sigo acordándome de ellas.

Y la tierra de regadío para sembrar la hortaliza, la teníamos más abajo, yendo hacia la Puerta. Aquel rincón se encontraba cerca de un lugar que se llamaban Los Ahorcaos, al lado de la carretera que sigue desde Orcera hasta La Puerta, a la izquierda, teníamos nosotros allí el terreno también arrendado de doña Rosario Olivares, donde sembrábamos las cosas de regadío.

Después de estar nosotros ya instalados en el cortijo de la

Dehesa, de arrendamiento mi padre también cogió unas olivas que pertenecían a un señor de Orcera que tenía un comercio de tejidos y que le decían Manolito Vallejos. A la finca también se le conocía por el nombre del Cortijo Vallejos. Y aquellas olivas las cogió mi padre arrendadas también pero nosotros donde vivíamos era en el cortijo de la Dehesilla. Al cortijo Vallejos nunca fuimos a vivir.

Este cortijo se encuentra hacia Torres de Albanchez, al lado de arriba del camino real. A la izquierda estaba la casa de Viñán y a la derecha, el Cortijo Vallejos. Ninguno de los dos estaban cerca del camino sino algo distantes. A la izquierda del camino partía otra senda que iba a otro cortijo que se llamaba La Dehesa, que esta era de Sacramento. La madre de Lolita y de Ramón Parras.

Aunque nos encontrábamos tan lejos de mi Vega y solos, la familia no nos olvidaba. Poquito a poco fuimos conociendo personal. Tuvimos suerte que había dos cortijillos cerca, donde vivían unas familias muy buenas. Uno era el cortijo de Morilla. Allí había una familia que no eran los propietarios, sino los cortijeros. El se llamaba Lorenzo y ella Gregoria. Dos grandes personas. Tenían tres hijas que fueron muy amigas mías y cuyos nombres son: Isabel, Dolores y Nieves. De Dolores todavía conservo una fotografía.

En otro cortijillo cercano que le decían el cortijo de Modesto, vivía una familia que a él le decían de apodo “El Pintao”, porque era pintado de viruelas pero su verdadero nombre era Pedro Alba y su mujer Josefa Endrino. Tenían cuatro hijos, dos varones y dos hijas: Rafael, Jesús y las hijas se llamaban Juana y Rosenda. Bueno, aclaro que tenían más hijas, otra Emilia y Antonia pero mis amigas, porque eran más o menos de mi edad, fueron Juana y Rosenda. Las otras ya eran mayores y estaban casadas. Estas fueron mis amigas de aquellos años y me ayudaron mucho en el sentido de que yo me encontraba muy solilla, sin mis primos del Soto y los de Hornos.

Tuvimos el consuelo también, para no sentirnos tan solos en aquella tierra lejana, de la compañía del hermano Isidro del Soto de Abajo y su mujer María Josefa. Ellos, pensando lo mismo que pensaban mis padres de que si en un momento dado, como con las cosas del Estado nunca se puede hacer cuentas porque la autoridad es la que manda, pues como estaban las valoraciones hechas y no nos pagaban, esta familia hizo igual que nosotros. Como prevención a lo que pudiera pasar arrendaron, que no sé si era término de la Puerta de Segura o de Torres de Albanchez, un cortijo que se llamaba La Venta del Tuerto.

Aunque los cortijos no estaban muy cerca, estando en

aquellas tierras tan lejos de nuestra Vega, nos visitábamos para darnos ánimo y no sentirnos tan solos. De este modo, quiso Dios que la amistad y convivencia que habíamos tenido en los cortijos del Soto, no se perdiera tan pronto. Pero cuando llegó la expropiación de verdad, nos dispersamos y no he vuelto a saber más de ellos. Esta familia eran los padres de Isabel, la que te conté su boda.

El primer tres de mayo que pasé en aquel cortijo de la Dehesa, ya te he dicho que llegamos en invierno, pues aquel tres de mayo, yo empecé a llorar. Y nadie, de aquellas personas tan buenas y queridas que en todo momento me rodeaban, sabían por qué lloraba. Sólo yo lo sabía y Dios que estaba conmigo. Y mi abuela me preguntaba: “Pero hija mía ¿es que estás mala?” Y yo le contestaba diciendo que mala no lo estaba y venga seguir llorando. Y mi abuela, como me quería tanto, empezó a acariciarme y a sonsacarme: “¿Pero que te pasa, hija mía? Dime a mí lo que te pasa a ti” Y entonces le dije: “Es que hoy es el día de la Cruz, madre Asunción. Me estoy acordando de lo bien que se lo estarán pasando en nuestra Vega de Hornos con las cruces que visten allí y los bailes que hacen y yo hoy aquí tan solica y lejos de mi tierra. Aquí no tenemos ni cruces ni nada, madre Asunción”.

Y mi abuelica, no sabiendo cómo quitarme la pena, me dijo: “Hija mía no te apures que ya verás que pronto lo

solucionamos". Como era el mes de mayo, en las dehesas de los cortijos, aunque no como en las de mi Soto, también había alguna florecica aquí y allá. Cogió retamas y florecicas y en una oliva que había enfrentico del cortijo, en el tronco, con mucho amor y como pudo, me hizo ella una cruz y me dijo: "¿Ves? Aquí tenemos nosotros ya nuestra cruz. Vamos a cantarle y a rezarle y verás como todo vuelve a ser lo mismo de bello que en aquella tierra nuestra".

Y así fue como yo pasé mi primer tres de mayo en aquellas tierras de Orcera. Primero llorando porque me acordaba de mi Soto y de las cruces de mi Vega y después cantando con mi abuela a la cruz de aquel tronco de olivo y así me consolé. A partir de aquel día hasta que ya nos vinimos hacia las tierras de Úbeda, que luego te iré contando, todos los años, el día tres de mayo, en la misma oliva, al despertarme por la mañana, ya me tenía mi abuela hecha la cruz con las flores que recogía por aquellas tierras.

Pero mira: un día, comentando Juana Alba Andrino y Rosenda y yo lo de la cruz en el tronco de la oliva, pues cogimos y nos fuimos a las olivas de la Loma del Pino y ellas que habían visto la cruz que mi abuela me había hecho en el cortijo, dijeron: "Pues vamos nosotras a tener la nuestra también". Y nos liamos las tres a coger flores de todos aquellos ribazos y en aquella Loma del Pino hicimos nuestra cruz de

mayo y luego nos pusimos a cantar. Casi todas las flores que cogimos eran de “Jamargos” porque es la planta que más abunda por entre aquellos olivares.

Rosenda era de mi misma edad y yo tendría pues unos diez u once años y Juana era un poquito mayor pero se adaptaba a nosotras. Andando el tiempo, supe que en Orcera se le tiene gran devoción a la Santa Cruz y también allí, entonces, se hacían cruces muy bonitas. Las personas lo celebraban mucho y hasta en las casas particulares ponían sus pequeños altares con flores de los jardines y los campos. Tengo que decirte que este pueblo de Orcera, es muy hermoso tanto por fuera, derramado en aquellas laderas del monte, como por dentro y en el corazón de su gente.

Un buen recuerdo de estos años lo guardo de una familia que se llamaba, él Carlos Cano y ella Magdalena Rodríguez que vivían en la calle de la Asunción número seis. En aquella casa era donde recibíamos toda la correspondencia de la familia que nunca nos olvidó. Esto fue en el pueblo de Orcera.

Estando en este cortijillo y pueblo, como las imágenes habían sido destruidas igual que en tantos sitios, presencié yo unas escenas muy hermosas. Cuando trajeron la imagen del Santo Cristo que en Orcera es muy venerado y creo que le dicen de la Vera Cruz, la Patrona es Nuestra Señora de la

Asunción, se celebró algo que me gustó mucho. En Orcera se celebraban dos fiestas: Una en agosto, la Patrona y la otra, no me acuerdo bien si era el catorce o quince de septiembre, que era en honor del Santo Cristo de la Vera Cruz.

Cuando llevaron la nueva imagen de este Cristo, con todo el pueblo, se formó una procesión muy grande. De esto doy fe que es verdad porque yo estuve allí y lo presencié todo. Con la imagen a hombros, bajamos a un sitio que se llama “La Peña Hincá”. Se encuentra este lugar bajando del pueblo de Orcera en dirección a la Puerta de Segura, antes de llegar a un lugar que se llama La Revuelta el Zigzag, bastante antes de llegar. Se llama La Peña Hincá o se llamaba.

En aquel sitio quemaron las imágenes que se destruyeron durante la guerra en el pueblo de Orcera. Y como este pueblo era muy devoto, quisieron ellos reparar aquel desastre y se bajó con el Cristo, rezándole y cantándole hasta la Peña Hincá. Que recuerdo que todavía se veía un rodal negro donde decían que allí había sido donde el fuego destruyó las imágenes. En aquellos días yo lo vi con mis propios ojos y vi que no había nacido la hierba. Yo no sé después lo que habrá pasado.

Como te decía, hasta este lugar se trajo la imagen del Cristo, la pusieron en el suelo, se le cantó y como el párroco bajó con nosotros, don José Sola Llavero, bendijo la imagen

nueva y, como eso que dicen que el Ave Fénix resurge de las cenizas, al Santo Cristo de la Vera Cruz, lo levantaron en hombros, entre vítores de alegría y gozo como diciendo: “ Aquí quemaron tu imagen y desde este mismo lugar vuelves otra vez a tu pueblo triunfante que te quiere y venera”.

Desde este lugar ya subió, entró en la iglesia bendecido y se celebró una gran fiesta aquel año, en honor del Cristo recuperado. Esto lo presencié yo y puedo dar testimonio que fue tal como lo he contado.

Y volviendo otra vez a la casa de Juana y Rosenda, quiero decirte que en estos días me ha llegado la noticia, por medio de mi primo Angel Manzanares Gago y su mujer que se llama Compasión y viven en Orcera, de que Rosenda Alba Endrino, se encuentran muy mal de salud. Desde este rincón mío en Úbeda, muy lejos de mi tierra y distanciada en el tiempo y con la carga de los años y tantísimos golpes a cuestas, le digo a Dios que me conceda mandarles un mensaje a estas buenas amigas mías y que les llegué, si Él lo quiere. A las dos os mando un abrazo muy grande. De todos vosotros tengo muy buenos recuerdos.

A tu hermana Juana que una vez que estuve en Orcera con motivo de la boda de un primo mío en Torres, me llevé una sorpresa que me llegó al corazón. Y es que todavía conservaba

ella la fotografía mía igual que yo conservo la suya. Una foto que nos hicimos las dos juntas en casa de Benedicto, que era el único retratista que por aquellos días, había en el pueblo. Pues a Juana, le mando un beso muy grande. Y a ti, Rosenda, te quiero mandar un mensaje especial.

¿Te acuerdas cuando las dos juntas buscábamos violetas en aquellas acequias que había alrededor de tu cortijillo y por las acequias y la huerta de la Fuente del Prao? ¿Te acuerdas qué violetas más bonicas y qué bien olían? Pues yo creo que las que tú estás cogiendo ahora, en tu vejez como la mía, huelen mucho mejor. Y te lo digo porque con tu enfermedad, estás juntando violetas de valor eterno. Desde aquí te mando un abrazo muy grande y te digo que tengas resignación y estate segura que el paraíso celestial, está lleno de violetas como aquellas de tu cortijillo y el mío. Tal vez allí volvamos otra vez a cogerlas juntas. Un beso muy grande, Rosenda, amiga mía de la infancia y que no te olvido. Soy aquella chiquilla que no valía para nada pero que se pasaba las tardes buscando violetas contigo por las acequias de la Fuente del Prao.

Y estando en Orcera, pues yo era la que iba casi todos los días a por las raciones que repartían de pan y las de azúcar y todas esas cosas, cuando pertenecían. Y como ya te he contado, en las colas que hacíamos, es donde yo oía muchas cosas del Cura Raspa. Si quieres puedo continuar y ni siquiera

sé cuando terminaría. Porque allí era un clamor de todo el mundo diciendo que el Cura Raspa era un santo. “Santo cura, qué lástima que hicieran con él lo que hicieron”. Era la expresión que no se caía de la boca de las personas.

Estando nosotros en el cortijo de la Dehesa, seguíamos trabajado las tierras del Soto, como ya te he dicho y siempre con la esperanza de volver otra vez a la Vega definitivamente porque el muro se quedara sin construir para siempre. Por aquellas fechas se casó mi hermano con su novia formal de siempre, Encarnación y que es de Cañá Morales. Él se fue a vivir al Soto y nunca terminó el ir y venir del Soto a la Dehesa. Pero antes de irse al Soto, allí nació su hijo mayor, Felipe. Su Hija Josefa nació en tierras de Úbeda porque ya estábamos aquí. En el cortijo de la Dehesa nos sentimos bien. Nos llevábamos bien con todos los vecinos y todo el mundo se portó muy bien con nosotros pero aquello fue como un puente que sabíamos que teníamos que atravesar sin quedarnos. Aquel rincón me dejó muy buenos recuerdos pero donde yo me dejé mi corazón de verdad, fue en el Soto. Y con mi Vega de Hornos soñaba de continuo.

Estando en aquel cortijo, una de las grandes alegrías que tuvimos fue que varias veces nos visitó doña Luz Blanco Marín, que por ese tiempo estaba ella de maestra en Orcera. Al llegar la primavera y en los días de sol hermosos y en los otoños,

luego con el frío, no, era en la primavera cuando más bajaba, en los domingos que no tenía escuela y después de haber leído en la misa, se bajaba a mi cortijo. Algunas veces nos bajábamos juntas porque yo asistía a misa también, junto con mi abuela. Otras veces con mi madre. Nos bajábamos y allí se quedaba ella todo el día con nosotros.

Se traía la hoja parroquial que se repartía en la iglesia los domingos y allí la leía doña Luz o mi abuela y la comentaban. Y así se pasaba el día. Recuerdo que tenía a una muchacha que le ayudaba en las cosas de la casa y para que le diera compañía porque ella estaba entonces, soltera. Se llamaba María y creo que era de La Platera. Y me acuerdo que uno de los días que bajó, María estaba mala, con paperas. Y me acuerdo como todo el día estuvo ella pendiente de María porque estaba mala. Tocándole el pulso, la frente a ver si le subía la fiebre. Luz iba preparada con pastillas de aspirinas y estaba constantemente con ella: “María no te pongas al sol que luego te duele la cabeza, que te pones peor”. Y hay que ver cómo se preocupaba de la muchacha que le acompañaba y le ayudaba en la casa. Cómo se preocupada de ella y cómo la cuidaba.

Algunas veces, Luz se quedaba a comer con nosotros. También otras veces comí yo en su casa. Era muy cariñosa. Me acuerdo que un día mi madre hizo de comer una cosa que

era comida clásica de nuestra tierra: calabaza frita. Nos la comimos en la puerta del cortijo, puesta la sartén en las trébedes y a estilo de nuestra tierra: con las navajas y la sopa. Para el postre partió mi madre un melón y salió muy bueno pero mi madre sacó dos melones. Partió uno, "¡qué bueno está" y nos lo comimos.

Y ya pasamos toda la tarde allí pero antes de que se hiciera de noche, se empezó a preparar doña Luz para irse. Y al marcharse, le dijo mi madre: "Luz, toma, este melón pa ti. Lo partís mañana o esta noche pa postre". Y dice doña Luz: "¿Es que me lo regalas?" y mi madre: "¡Pues claro, pa ti, Luz!" y ella: "¡Hay María Josefa! Te voy a decir una cosa: cuando vi que sacaste dos melones y hemos partido uno y estaba tan bueno, me ha pasado por la imaginación pedirte que me regalaras el otro, para llevármelo a mi casa". Y dice mi madre: "¿Por qué no me lo has dicho? Si yo este lo he sacado y era con esa intención. Uno para partirlo aquí y el otro para dártelo".

Y doña Luz contestó: "Pues no te lo he pedido por esto que te voy a decir: porque yo me acuerdo que mi padre nos decía *"ni ahora que sois niños ni cuando seáis mayores, pidáis nada en ninguna casa. Al no ser un favor que haya que pedir normalmente como se favorecen unas personas a otras. Pero nunca sed deseosos y pidáis cosas en las casas. Ahora, si os lo dan, aceptadlo a la primera. Porque sin haberlo pedido, os lo*

dan, es porque quieren de verdad dároslo. Entonces acéptalo a la primera y dar las gracias. Cuando os ofrezcan una cosa no empecéis a decir: no, no... si os los dan, a la primera, tomarlo". Esto nos lo decía mi padre cuando éramos chicos y lo que pasa es que nos hemos acostumbrado a ello y ahora que somos mayores, seguimos practicándolo".

Y hablando del melón que le daba mi madre, ella nos contó la anécdota, que ya te he contado a ti de cuando su madre partió el melón y no estaba bueno y como no quería mentir, dijo que estaba fresquito. Allí fue donde doña Luz nos contó aquella anécdota de su madre. Porque siempre, en todas las conversaciones, salía su madre. Pasar un día en nuestro cortijo y no recordar a su madre, eso no podía ser.

Y mira qué cosa más curiosa: cuando mis hijos eran chicos y ya estábamos en Úbeda, esto se lo comentaba también a ellos. Mi hijo Felipe, era parvulillos en una escuela que había pasando el Real a la derecha, donde está la iglesia de San Pedro, en ese edificio había unas monjas que le decíamos Las Carmelitas y eso era un colegio. Hay un jardín y en ese jardín había una estatua de la Inmaculada de mármol. Y esa iglesia la tenían las monjas que ahora está haciendo el servicio de parroquia porque Santa María se encuentra en obras.

Pues siendo mi hijo Felipe, el que tengo viviendo en

Granada, parvulillo de esa escuela, la monja que le daba lección, que se llamaba la hermana María Luisa, tenía caramelillos en la mesa. Los tenía allí para darle un caramelillo a los chiquillos cuando le presentaban el cuaderno o que habían hecho bien las letricas o que se había portado bien. Eran angelicos chicos pero algunos llegaban y le pedían un caramelo y ella se lo daba.

Pero un día se dio cuenta que me hijo Felipe nunca le pidió un caramelo. Y una vez de los que se acercó a la mesa, le preguntó: “¿Niño, a ti es que no te gustan los caramelos?” y mi hijo le contestó diciendo que sí le gustaban. Entonces ella le siguió preguntando: “¿Cómo es que no me pides?” Me dijo la monja que mi hijo contestó: “Porque mi madre me tiene dicho que no pida nunca nada pero si me dan, lo tomo. Si me da usted un caramelo, yo si lo tomo pero pedirlo no porque me tiene dicho mi madre que nunca pida cosas”.

A la monja le hizo tanta gracia que cuando fui a hablar con ella, me contó el caso y dice: “¿qué es eso de que le tiene usted prohibido que pida caramelos? Es que me ha pasado esto con él”. El caso te lo cuanto porque vino aprendido de aquella mujer tan buena que había en Orcera y que se llamaba doña Luz. De que lo contó ella aquel día comiendo en la casa de mi cortijo de la Dehesa.

Y siguiendo con lo de la Vega de Hornos y Orcera, todo fue rodando entre preocupación y penas hasta que un día reanudaron las obras del muro y fue cuando se nos cayó el alma a los pies. Porque ya si fue verdad que dijimos: “Si termina el muro, ya no hay remedio. Y lo terminaron efectivamente. Cuando dieron la orden de pago, cada uno acudió a cobrar lo que le dieron por las tierras a Villanueva del Arzobispo que es donde pagaban. Entonces fue cuando cada cual empezó a tomar la dirección que pudo. Y nosotros, por un amigo de mi padre, que se llamaba Serafín, una gran familia, conozco a sus hijas que son amigas mías y que viven en Úbeda, dijo que a él le gustaba esta tierra y quería venirse por aquí. Mi padre se calentó con él también y echó un viaje por esta tierra. Mi hermano Cesáreo que conocía esta tierra de cuando se lo llevaron de quinto a la guerra, conoció el pueblo y le gustó y animó a mi padre y por eso arrancó y escogió a este pueblo de Úbeda para venirnos.

Cuando llegó el día y nos vinimos directamente desde la Dehesa hasta Úbeda, el traslado se hizo en un camión propiedad de un hijo de don Francisco Blanco. Que nos trajo en el camión Antonio y Asdruba. Dos hermanos hijos de don Francisco Blanco pero esto te lo contaré luego más adelante. Sólo que ahora hacemos una pequeña escapadilla desde la Dehesa, que es donde estamos, y nos venimos a Ubeda por un instante porque quiero contarte algo que le sucedió a mi

hermano y sirve como para ir enlazando las distintas etapas de mi vida desde el Soto, la Dehesilla y Ubeda.

Fue lo siguiente: en el Soto tuvimos nosotros un muchacho que se llamaba Miguel que estaba empleado cuidando los cerdos. Aquel muchacho se portó admirablemente, no lesionó ningún animal, cumplía su trabajo de tal manera que le buscaba los sitios mejores a los cerdos para que comieran en abundancia y tuvieran agua y sombras. Era natural de un sitio que yo no sé si existirá todavía pero era una cortijada que se llamaba La Garganta[3]. Yo conocía a su padre y a su madre porque bajaban a traerle la ropa limpia para que se cambiara. Yo me acuerdo de ellos pero no recuerdo cómo se llamaban. Sólo retengo en mi memoria el nombre de una hermana que, mayor que él, muy guapa, que se llamaba Alicia y estaba trabajando en Villanueva del Arzobispo.

Este muchacho se portó admirablemente en mi cortijo del Soto pero cuando nos fuimos a Orcera, ya no se pudo venir con nosotros porque allí no teníamos anchura para criar tantos cerdos. Aunque teníamos algunos pero no eran tantos y además este muchacho se hizo mayor y podía ser más útil en otros trabajos. Nosotros buscamos a otro muchacho de Orcera

3 3 -Nota del autor: La Garganta es el arroyo que baja desde el Puerto de la Cumbre, pasa por la aldea de Capellanía y desemboca en el Pantanto del Tranco justo por debajo del pueblo de Hornos. Este arroyo antes se llamaba del Aceite. Y arriba, casi en la cumbre pero a la derecha subiendo por la carretera actual, todavía existe una cortijada, abandonada y bastante derruida que se llama La Garganta.

que se llamaba Toribio. Y el caso que le pasó a mi hermano Angel fue el siguiente:

Aquí en Úbeda hay un sitio que se llama La Venta de Juanillo. Eso está ya muy edificado y rodeado de edificios pero antes cuando nosotros vinimos aquí, la Venta de Juanillo, que verdaderamente era una venta, estaba a las afueras del pueblo, era el último edificio que había a las afueras y era pues eso: una venta. Y ahí solían venir los que llamaban entonces los quintos, que eran los reclutas que se incorporaban el ejército.

Mi hermano Angel, yo no sé que cosa tuvo que ventilar aquel día con alguna persona y quedaron en verse en la Venta de Juanillo, que era muy conocida de todo el mundo. Y estando mi hermano allí llegó un pelotón de muchachos jóvenes que eran los quintos que venían de la sierra. Entonces había aquí un edificio que esta en la Plaza Vázquez de Molina, que es donde está ahora la Policía Nacional y ese edifico era, en aquellos tiempos, la zona de Ubeda, que es donde venían a presentarse todos los quintos de la sierra.

Pues aquel día venían todos los muchachos de nuestro terreno y estando mi hermano hablando con aquella otra persona, que es que esto no te lo puedo explicar porque no lo sé, y los muchachos también hablaban y contando cada uno de

dónde eran y a esto que uno dice: “Yo soy de La Garganta”. Al oír mi hermano decir: “Yo soy de la Garganta”, volvió la cabeza y le preguntó: “¿Tú eres de la Garganta?” Y el muchacho respondió: “Sí, yo soy de la Garganta”.

Mi hermano, en aquel momento, no conoció a aquel muchacho porque las referencias que de él tenía eran de cuando muchachillo y por aquel día, ya era un hombre pero resultó que era Miguel, el muchacho que de siempre había estado con nosotros cuidando a los cerdos. Él había cambiado mucho pero mi hermano no tanto, porque era mayor que él y su cuerpo no se había transformado demasiado. Y por esto fue Miguel el que conoció a mi hermano y enseguida se fue derecho a él para darle un abrazo al tiempo que decía: “¡Angel, Angel!” Con una exclamación de alegría muy grande. Y le preguntó mi hermano: “¿Pero es que me conoces?” y Miguel: “¡Claro que te conozco, tú eres Angel del Soto del Arriba!” Dice: “Sí” y él: “Pues yo soy Migue” y mi hermano: “¿Pero qué Miguel?” y el muchacho: “¿No te acuerdas que estuve en tu casa del Soto cuidando a los cerdos?”

Y al caer en la cuenta, mi hermano me dijo que le dio una inmensa alegría verlo ya convertido en todo un hombre que se iba al servicio militar. Y le dijo: “Miguel, vente a mi casa para que te vean mis padres”. Y él le contestó: “Hoy tenemos que presentarnos en la zona, si nos llevan ya mismo, no me da

tiempo pero si no nos vamos, mañana voy a tu casa a ver a tus padres que para mí, también son como los míos”.

A otro día volvió mi hermano a buscarlo y le dijo, Juan el dueño de la venta, “Esos muchachos se presentaron en la zona y le dieron órdenes de que al otro día salieran y por eso, esta mañana mismo cada uno ha salido para su destino”. Así fue como cuando mi hermano Angel fue a buscarlo, ya Miguel se había ido. No le dio tiempo verlo. Y esta historia te la he contado para decirte que Miguel fue para nosotros como otro familiar más de tantos hermanos querido como tuvimos en aquella sierra mía que pareciera como si terminara y comenzara en la Vega de mi Hornos querido y en mi cortijo del Soto de Arriba. ¡Dios mío, lo que para mí fue mi Soto!

De los recuerdos bonitos que me traje de Orcera, entre los que ya también te he contado, tengo el que: sabiendo que mi familia y yo éramos de otro pueblo, de Hornos de Segura, jamás nunca nadie allí me dijo “Forastera”. Esto es un detalle bonito que guardo con cariño en lo mejor de mi corazón del precioso pueblo de Orcera. Allí nunca nadie ni me trató ni pronunció contra mí la palabra forastera.

Y también recuerdo que la familia de Juana y Rosenda, de los dos hermanos que tenían: Rafael y Jesús, este último se fue al servicio militar estando nosotros allí. Y parece que

llevaba yo en mi destino que tenía que ser escribidora de cartas a los soldados, porque aquella familia tampoco sabía leer ni escribir y la correspondencia de Jesús, cuando estaba haciendo el servicio militar, también se la llevé yo. A él le escribían sus compañeros allí donde estaba haciendo el servicio, que no me acuerdo la dirección que tenía y las cartas que su familia le enviaban desde el cortijo, se las escribía yo. A Jesús Alba Endrino. Que luego se casó con Isabel, la hija de Lorenzo y Gragoria, los que vivían en el cortijo Morilla.

Y estando en aquel cortijo de la Dehesa, me acuerdo que una vez mi padre y mis hermanos, bajaron a la Puerta de Segura a vender los cerdos, porque también teníamos allí cerdos. No tanto como en el Soto, porque no teníamos tanto terreno para tenerlos pastando pero vendíamos algunos y hacíamos lo mismo que en el Soto: quedarnos con los de la matanza y con los de cría.

Y a mí me llevaron con ellos pero sólo por gusto, para que viera la feria de la Puerta. De aquello me quedó un bonito recuerdo. Después yo no he visto más ferias más que la de la Puerta y luego las que he visto aquí en Úbeda pero la feria de aquel pueblo era grande. Allí se juntaba, por lo menos aquel año que la vi yo y por lo que he ido decir después, era así todos los años, una gran cantidad de mulos, vacas, cerdos, burros, en toda la orilla de aquel río, a un lado y a otro. Aquello

era ya el disloque la cantidad de ganado de todas clases que había allí para vender.

Las casa, bueno las fondas, las posadas y todo eso, estaban abarrotadas de huéspedes. Y también en las casas particulares acogían a las personas que por aquellos días llegaban al pueblo. Aquel día de la feria de la Puerta, nosotros estuvimos en una casa particular. Me acuerdo que una muchacha que había allí que se llamaba Salvadora, era más o menos de mi edad, y juntas estuvimos paseando por aquella feria, que fue las primeras casetas que yo vi de muchos juguetes. Esta de la Puerta y la de Orcera, que también a la de este pueblo me llevaron mis hermanos. En la Puerta fue la primera vez que yo vi un circo y un hombre montado en esos zancos tan altos que salen en los circos. A esta muchacha que te he dicho y a mí, nos llevó mi hermano Angel.

Del bonito pueblo de la Puerta de Segura recuerdo a un médico muy famoso por todos aquellos contornos al cual acudía mucho el personal y que se llamaba don Ramón Martínez Ruiz y era hermano de un gran escritor muy importante que es conocido como Azorín. Médico muy competente que ejercía en la Puerta de Segura. Por aquellos tiempos cuando el médico te recetaba alguna medicina, había que ir a por ellas, cuando estábamos en el Soto, a Villanueva del Arzobispo, a Beas, Orcera o la Puerta de Segura y cuando

estábamos en el cortijo de la Dehesa, a Orcera. En Hornos no había farmacia.

Con las amigas que ya te he nombrado, en una ocasión estuvimos un año en las fiestas de San Blas, en la Puerta, que es el día tres de febrero. Allí estuve con unos cohetes que lanzaban que aquello era un crujir de petardos que temblaba la tierra. Porque es que en la Puerta, el patrón, me parece que es San Blas. Y también un año estuve en la procesión de San Blas y vi la iglesia que es hermosísima.

A las fiestas de Segura de la Sierra, estas amigas mías que ya te he comentado antes y yo, desde aquel cortijo de Orcera, fuimos alguna vez. Conocí como era aquella fiesta y vi la procesión de la Virgen del Rosario. Aquel día me recomendó mi madre que fuera a visitar una familia y te voy a decir quién es: era una señora viuda que se llamaba María de la Asunción. Tenía dos hijos, uno se llamaba Casimiro y la hija se llamaba María. Le decían, cariñosamente, “Mariquita”. Esta señora era hermana de doña Rosario, la dueña de Montillana. Que las verdaderas dueñas del cortijo de Montillana, eran estas dos hermanas. Doña Rosario era la esposa de Justiniano Magañas, que llevaba la administración o como se diga eso, del cortijo pero la verdadera dueña, era su mujer: Rosario y juntamente con su hermana María de la Asunción que estaba viuda y vivía en Segura con sus dos hijos.

Como mis abuelos anteriormente habían estado viviendo en Montillana, de allí venía la amistad y mis padres me recomendaron que fuera a visitar a estas amigas. Eran mayores y me acuerdo muy bien que de parte de mis padres, las visité y les dejé mi cariño.

A las fiestas de Segura de la sierra, me acuerdo que iba gente de todos los cortijos de aquel valle y sobre todo del pueblo de Orcera. Una tarde estuve viendo una vaquilla que toreaban en un sitio que le decían la plaza pero era una cosa descubierta donde no había que pagar dinero ni nada de eso, sólo que había una explanada en una pequeña hondonada y al lado, una fuente muy caudalosa que no sé eso cómo estará ahora y cerca se veían los lavaderos.

Pues allí nos poníamos y veíamos cómo toreaban a las vaquillas. Cuando yo estuve allí, al menos no recuerdo que la plaza fuera redonda. Era un sitio cercado con unas paredes al lado donde corrían las vaquillas, lo mismo que hacían en Hornos, sólo que era en la Rueda y la calle donde vivía don Francisco Blanco, la cortaban con palos así atravesados y la otra entrada a la Rueda, que era por donde estaba la posada, también la cortaban así y allí hacían como un chisquero para los torillos y aquello era la plaza.

Pues en Segura era fuera del pueblo en ese sitio que yo te digo que ahora no sé cómo estará aquello. Al pueblo de Segura lo recuerdo como un pueblo antiguo, de calles estrechas y empinadas, que ya no será igual, por supuesto, muy parecido a Hornos y aunque también tiene un castillo, a él yo no llegué a subir. En la iglesia sí estuve, en la procesión de la Virgen del Rosario. Recuerdo que aquel día subió mi madre también. Y recuerdo que desde allí había una vista que se divisaba medio mundo. Yo no puedo explicarte ahora mismo. Si tú has estado en este pueblo, sabrás lo que te digo, que asomándose desde los balcones de Segura, es indescriptible lo que se ve. Aquello es una maravilla que me gustaría mucho volver a ver pero con los años que tengo encima y lo achacosa que estoy, ¿qué me dices?

Y según tengo entendido, en Segura nació el escritor Jorge Manrique, que es un poeta que me gusta mucho, porque aunque yo no soy poeta, me gusta la poesía. Para subir al pueblo me acuerdo que desde Orcera había un camino con una cuesta pedregosa. Yo no sé si habría carretera entonces, porque nosotros subíamos por un caminillo muy pendiente, como Segura está en todo lo alto y Orcera en la hondonada, pues era un camino muy inclinado con muchas piedras. Cuando íbamos andando echábamos chinas sin querer para abajo y rodaban las piedras hasta lo más hondo.

Ya te digo que el pueblo de Segura era muy pintoresco. Allí se celebraba la fiesta de la Virgen del Rosario y la de San Francisco de Asís. Que yo creo son los dos patrones de Segura de la Sierra. Empezaba a primero de octubre con San Francisco de Asís y terminaba con la festividad de la Virgen del Rosario el día siete y ya se cerraban las fiestas.

Y ahora que te hablo de San Francisco, se me viene a la mente un recuerdo que me vuelve otra vez a mi tierra del Soto. Allí se hablaba mucho, sobre todo por las noches y entre los pastores que eran los que de verdad les tenían gran miedo, de los lobos por las cumbres de Beas y las zonas esas de la sierra profunda que desde mi Vega quedaban hacia Pontones y el río Borosa y Aguasmulas. Se les oía decir que por todas aquellas cumbres y barrancos, había muchos lobos y que cuando atacaban a los animales, hacían un gran daño. Los pastores les tenían verdadero miedo y esto se les oía a las personas cuando decían: “Al pastor fulano le han hecho una lobá esta noche que pa qué, al pobre”. La lobá era una matanza de cabras o de ovejas. La matanza de las vacas era más difícil porque estos animales se saben defender formando una piña entre sí y encerrando en el centro a los terneros. Si el lobo las atacas, la manada entera se defienden plantando cara y dando cornadas.

Y también se oía contar que si tenían hambre, podían

atacar a una persona y devorarla. En mi familia y en mi caso, nunca llegué a vivir ninguna de aquellas situaciones pero yo, de oírlo, le tenía mucho respeto a estos animales sin ni siquiera haberlos visto nunca por aquella tierra mía. Pero por aquella Vega, todo el mundo le temíamos a los lobos. Y venía yo pensando en concluir diciéndote que en mi casa había un cuadrico, era un poco más grande que un folio, que no era grande, que representaba a San Francisco de Asís. Alrededor de la imagen del santo tenía así como medallones narrando pasajes de la vida de este hombre. Desde el nacimiento, las cosas más importantes, hasta su muerte.

Y en un cuadrico aparte, estaba una imagen de este mismo santo donde se veía un lobo que le daba la pata. Como representando la facilidad que tenía aquel santo y el contacto con la naturaleza y los animales que viven en ella. Yo que me criaba entre la naturaleza y le tenía miedo a los lobos, pues me llamaba la atención como aquel santo dominó a lo que él llamaba “El hermano Lobo”. Una cosa curiosa que me llamaba mucho la atención y en mi mente pequeña se me quedó grabada en el fondo del miedo que me surgía de los relatos que oía entre la gente de mi tierra de los lobos y los pastores por entre los montes y los barrancos.

EL SUEÑO

Y ahora te voy a contar un sueño que una noche, estando

en mi cortijo de la Dehesa, tuve yo. No sé si esto, a lo largo de mi vida, se cumplió o fue eso: un sueño como tantos tenemos las personas mientras estamos vivos. Ocurrió una noche poco antes de venirnos para las tierras de esta Loma de Ubeda. Mi hermano Cesáreo ya estaba en el Tranco ocupando su cargo de capataz general. Nosotros ya estábamos casi en vísperas de venirnos. En el cortijo estábamos mi padre, mi madre, mi abuela, mi hermano Angel y yo. Recuerdo bien que entonces dormía con mi abuela arriba, en dos habitaciones que había pero dormíamos las dos en la misma cama.

Y el sueño que tuve aquella noche es que me vi en una tierra extraña, que no conocía de nada porque nunca había pisado. Me veía como era: niña y cerca de mí vi un grupo de niñas, más o menos de mi edad, que jugaban a la rueda lo mismo que nosotras, mis primas y yo, en el Soto. Yo estaba sola. Aquellas niñas no las conocía de nada pero como me sentía tan sola y lejos de la tierra mía, me acerqué a ellas y les pregunté:

- ¿Queréis que juegue con vosotras?

Al instante ellas se apartaron de mí y me respondieron diciendo:

- No queremos que tú juegues con nosotras.

Se fueron un poco más lejos, siguieron en sus juegos y yo me quedé sola.

En ese momento me desperté llorando. Y al verme y oírme mi abuela: “¿Qué te pasa?” y yo, toda asustada y llena de miedo: “¡Ay, madre Asunción! Que no quieren jugar conmigo”. Y ella: “¿Pero quién va a jugar contigo si estamos aquí en la cama? Estás conmigo y es de noche”. Entonces me desperté y caí en la cuenta que lo había soñado y me tranquilicé. Me acurruqué con mi abuela, me dormí y entonces tuve otro sueño más malo.

Me sentí otra vez en tierra que yo no conocía, lo mismo que había sido el sueño anterior. Me veía niña pero más mayor. Las otras niñas que había visto antes jugar, habían crecido. Ya eran mayores. Veía también señoras andando de acá para allá pero todo en un sitio que no conocía. Y otra vez yo quería acercarme a aquellas muchachas y ellas, se apartaban de mí y para que me aceptaran les decía:
- Pero si yo os quiero.
Y ellas me respondían:
- Pero no te conocemos.
Y entonces yo me volví y me encontré, en mi sueño, en el jardín de mi abuela, que tenía muchas flores. Hasta recuerdo que las que más abundaban eran blancas.

Me puse y en un momento corté un gran manojo de flores blancas, hice un precioso ramo y me fui hacia ellas y les dije:
- ¡Mirad qué flores tan bonitas os traigo! ¿Os gustan? Son para

vosotras porque yo os quiero ¿Por qué vosotras no me queréis a mí? Jugad conmigo, quiero pasear con vosotras, quiero estar con vosotras, no deseo estar sola.
Y ellas empezaron a decir, así con la mano y apartándose de mí:
- No, tú no.
Pero se oía la voz así como muy remota, como un eco.
- No, tú no.
Y yo les preguntaba:
- ¿Por qué yo no?
Y ellas me contestaron diciendo:
- Es que tú eres forastera. No te queremos porque eres forastera.

Dos de ellas, cuando vieron que las otras se iban, se pararon un poco, me miraron como diciendo: “No es bueno ni nos parece bien lo que estamos haciendo pero tenemos que irnos con ellas”. Y aquellas dos se fueron también y me dejaron sola. Las flores sí se las llevaron pero a mí no me quisieron. Y en aquel momento me retumbaba en la mente aquel eco de “¡Forastera, forastera!” y se seguía oyendo como un eco lejano, como cuando se dice una cosa y se repite desde lejos: “¡Forastera, forastera, eres forastera!”.

Aquello se me clavó a mí tanto que me desperté llorando, salí corriendo de la cama de mi abuela y durmiendo como iba y

con el susto que me dio aquella pesadilla, caí por las escaleras, rodando hasta donde estaba mi hermano acostado. Me reventé el labio y en la espinilla de la pierna izquierda, me hice una herida. Mi hermano, al oírme caer, pues se levantó aturrullado y empezó: “Nena, nena ¿qué te pasa?” y a sus palabras yo sólo repetía: “Yo no soy forastera, yo no soy forastera”.

Por aquel entonces y menos aún en mi sueño, ni siquiera sabía yo lo que significaba esa palabra. Entre los míos y por aquellas tierras de mi Soto y la sierra entera, yo nunca a nadie le había oído pronunciar esta palabra. Pero mi hermano encendió el candil, porque estábamos en el cortijo, allí no había luz eléctrica, y se levantó. Enseguida se levantaron mis padres y mi abuela que bajó detrás de mí, me cogieron, me dieron agua y no hacía nada más que preguntarme: “¿Qué te pasa, hija mía, qué te pasa?” Y entonces me abracé a mi abuela llorando y le pregunté asustada:
- Madre Asunción ¿qué quiere decir forastera?

Mi abuela me cogió otra vez entre sus brazos, me llevó a la cama y calmándome me dijo: “Forastera se le dice a una persona que es de otro pueblo, de otra tierra distinta en la que ha nacido. Yo, y esto que te voy a decir tú lo sabes, vengo de Lorca, de la provincia de Murcia y aquí en esta tierra soy forastera. Lo que pasa es que las personas que en esta tierra he conocido, han sido buenas y nunca me han dicho forastera

pero yo soy forastera aquí. Nadie nunca me lo ha dicho porque las personas de esta tierra quizá sepan que ser forastera no es nada malo. Sólo significa que uno es de otro sitio, que está en una tierra que no es pueblo donde ha nacido pero no tiene importancia".

Con las palabras de mi abuela, yo me calmé y otra vez me volví a acurrucar con ella sin que ahora, se me fuera el susto del corazón. Yo no paraba de llorar hasta que mi hermano me acurrucó con él y me dormí a su lado sintiéndome protegida. Rayó el alba del día siguiente y al ver a mi abuela, enseguida me fui a su lado y de momento le pregunté: "Madre Asunción ¿ser forasteras es malo?" Y ella: "no hija mía, no es malo ser forastera". Y ya mi madre y mi padre dijeron: "¡hay qué chiquilla esta! Qué tarea ha cogido hoy con lo de forastera".

Y entonces mi abuela le dijo: "Dejad a la niña, no le digáis nada. Acordaros de los sueños de José hijo de Jacob. Sepa Dios lo que le ha querido dar a entender a esta niña. Acordaros de los sueños de José".

Y la noche que veníamos montados en el camión con mi hermano Angel ya camino de estas tierras de la Loma de Ubeda, él y yo veníamos arriba y en la cabina, mi abuela y mi madre. Mi padre se fue por el otro lado, por el Tranco, en los otros camiones con la marrana que traíamos engordada para

matarla. Y yo empecé a decirle a mi hermano: “Tengo frío, Angel, tengo frío”.

Mi hermano cogió una manta y me la echó por encima y me tapó diciendo: “Duérmete nena”. Como yo no había viajado nunca, cuando vi el camión correr y correr le preguntaba a mi hermano: “Pero Angel ¿tan lejos está eso donde vamos? Angel, ¿Cuándo vamos a llegar? Tengo frío”. Y mi hermano venga taparme con la manta. Y viendo que aquel casi sueño que estábamos viviendo mientras el camión corría y nos traía para estas lejanas tierras, se hacía tan eterno, le dije a mi hermano: “Angel, yo quisiera estar ahora mismo en la Piedra del Aguila, allí en la Vega de Hornos, sembrando garbanzos contigo. Yo no quisiera estar subida en este camión que por momentos, nos lleva más y más lejos de nuestra tierra”.

Y en estos momentos me empecé acordar del sueño que había tenido unas noches antes y otra vez le pregunté a mi hermano: “Entonces, dónde vayamos nosotros ahora ¿somos forasteros?” Y mi hermano me dijo: “Así es nena pero no te preocupes porque eso no es nada malo. No pasa nada. Tranquilízate. Yo he estado en Ubeda y ahí tengo ya muchas personas conocidas que me quieren mucho. No te preocupes tú, nena mía y duérmete que no va a pasar nada malo. Tú no tengas miedo que no nosotros vamos a vivir a nuestra casa, que en vez de ser en el Soto, la tenemos ahora por estas

tierras".

Y animándome con estas palabras, me quedé dormida encima de aquel camión que nos traía hacia tierras que para mí eran desconocidas y en las rodillas de mi hermano.

Desde que tuve este sueño, se me quedó la palabra forastera como una espina clavada en el corazón. Por eso aquella vez que fui a Hornos y me preguntaron si yo era forastera, me dolió tanto. Si vuelvo a mi pueblo, que tan metido llevo dentro de mi corazón y me dicen forastera y en el sitio a donde vinimos a vivir, porque no era de aquí, me decían forastera, yo me digo ahora Dios mío ¿de dónde soy yo? ¿Dónde está mi tierra, dónde tengo mis raíces? Y la única respuesta que siempre encontré es que por perder nuestra casa, nuestras tierras y nuestras raíces en contra de nuestra voluntad, soy y somos forasteros en todos los sitios a donde vaya.

Pero como Dios nos va quitando y al mismo tiempo nos va dando otra mano, en el pueblo de Ubeda, donde ahora me encuentro, tengo ya muy buenas amistades. A muchas personas que me han ayudado mucho a superar mis sentimientos de forastera. Doy gracias a Dios por encontrarme en este hermoso pueblo de Ubeda. Desde el primer día me acogieron con tanto amor que hoy puedo decir, como Pepe

Pinto: "que tengo entre dos amores, mi corazón repartido".

Y como aquí tengo ya a mis padres enterrados, a mis hermanos, mi abuela, mi
tío Daniel y mi marido, aquí me casé en Santa María y aquí han nacido mis hijos, pues lo que hoy pido al cielo y al pueblo de Ubeda es que me den aquí también un poquito de tierra, como decía Santa Teresa en Alba de Tormes: "¿No me darán aquí un poco de tierra?" Pues esto le digo yo al pueblo de Ubeda: ¿Me daréis aquí un poco de tierra para que descansen mis huesos?

LOS CUENTOS DE LA ABUELA

La princesa despreciada -1

La vez aquella que la noche anterior tuve yo esos sueños tan malos, me lo pasé muy triste todo el día. Muy preocupada. Aunque estaba algo tranquila porque al despertarme ya comprendí que es que lo había soñado. Que no me había sucedido sino que era un sueño. Sin embargo, yo aquel día todo él me lo pasé triste. Y mi abuela, empezó a consolarme como hacía siempre, diciéndome: "Hijica mía, porque ella

muchas veces me llamaba así, **hijica**, ya has visto que es un sueño. Que no tiene mayor importancia. ¿Quieres que te cuente un cuento y así te olvidas de esos sueños que tanto te han hecho sufrir esta noche?" Y yo respondí: "¡Sí, sí madre Asunción!" Porque a mí me gustaban mucho los cuentos que me contaba mi abuela.

Pero enseguida le dije: "Madre Asunción, si es que los cuentos ya me los ha contado usted todos y tantas veces que me los sé de memoria". Y entonces me contestó ella: "No hijica, tengo uno que nunca te lo quise contar porque es triste. A mí siempre me gusta contarte cosas que te pongan contentica. Y este cuento no te lo he dicho nunca por esto: porque es triste aunque muy bello. Pero ahora pienso que un cuento triste puede servir para quitarte la tristeza que tú hoy tienes en tu alma. ¿Quieres que te lo cuente?" Y yo: "Sí, sí madre, cuénteme usted ese cuento triste".

Y entonces mi abuela empezó a decirme así: "Había una vez unos reyes extremadamente bondadosos que reinaban en un país pequeñico en tierras muy lejanas. El país, aunque era pequeño, poseía todo lo que se puede ambicionar y tener en un reino para ser feliz. Lo primero que procuraba, aquel bondadoso rey junto con su esposa la reina, era que en su país hubiera paz. Y él sabía muy bien que el principio de la paz era el amor y la justicia. Y esto es lo que aquel rey siempre

procuraba. Que empezando por su familia, para que así transcendiera a sus vasallos, hubiera amor y del amor ya emanaba la justicia y la paz.

Ellos sabían que la guerra era mala para todo el mundo. Que la guerra era un juego malo en el que todos perdían incluso aquel que creía que ganaba. Y por este motivo este rey tenía mucho cuidado de estar en paz con todos los países vecinos. Mantenía relaciones pacíficas con todo el mundo y hasta muchas veces hacía de arbitro entre aquellos países que no se ponían de acuerdo. Siempre procurando el bien para todos los países fronterizos pero si alguna diferencia existía que él ya no podía solucionar, se mantenía neutral y no intervenía. Respetaba a todos los otros países y a todos los otros reyes y así conseguía que su país fuera respetado también. “Respeta y ama y así serás respetado y amado”, era otro de sus lemas.

Se preocupaba de educar a su príncipe heredero y a los demás miembros de su familia siempre diciéndoles que un rey debía procurar ser querido en lugar de ser temido. Que un reino que se basaba en el amor era mucho más feliz y próspero que el que se basaba en el temor. Por esto en aquel país no se conocían las cárceles, porque no hacía falta, no había delincuentes.

Y era un país, como te he dicho, pequeñico. No había ricos grandes, con desmesuradas fortunas pero tampoco pobre indigentes. Porque todo se repartía equitativamente y con justicia. Ya tenía buen cuidado el rey de que así sucediera. Y siempre con la colaboración de su esposa la reina, mujer de exquisita virtud. Así los hijos iban tomando el ejemplo del padre y todo indicaba que el sucesor podría ser tan buen rey como el padre.

En aquella familia también vivía la madre de la reina. Honrada señora, de gran virtud, descendiente de una noble familia real que con el tiempo fue oscurecida y venida a menos. Pero en su sangre lo llevaba. Esta señora viuda terminó de vivir su ancianidad en la compañía de los suyos. Se preocupaba de esas cosas menudas que parecen que no tienen importancia en una casa y, sin embargo, necesitan atención. De los niños y todos esos detalles pequeñicos que la reina, por sus grandes quehaceres, no podía atender. La abuela Brunilda, era la que se preocupaba de aquellos menesteres.

Y con especial atención cuidaba a una pequeña princesa, que era la que parecía que en la casa tenía menos importancia porque nunca iba a ser reina. Era una princesica poco importante y por esto mismo, la abuela Brunilda, le tenía especial cariño. Cuando nació esta niña la bautizaron con el nombre de Linda Flor. Y hasta parecía que el nombre le venía

a su medida, porque eso parecía ella: una florecilla que correteaba, en sus juegos, por entre las bellas flores que crecían en aquel país.

A esta niña, princesa sencilla, le atraía en especial, las flores blancas y entre todas, las que más le gustaban, eran las margaritas. Se mezclaba a jugar con las niñas de los pastores y entonces, estas niñas, se sentían engrandecidas, como si ellas fueran princesas y la princesilla, se sentía igual a las niñas de los pastores. Era querida por todo el mundo. Valía tan poquita cosa, que en todos sitios cabía y a nadie oscurecía. A todo el mundo le alegraba tenerla a su lado. "Una pastorcilla no es menos, en nada, a la hija de un rey", le decía el padre a Linda Flor.

Las niñas y los pastores, le llevaban manojos de flores silvestres que cogían por el campo porque sabían que precisamente esto era unas de las cosas que más le gustaba a la princesa sencilla y por esto, cariñosamente, le pusieron un sobrenombre: Margarita. Ya desde aquel momento todo el mundo empezó a conocerla con el nombre de la princesa Margarita.

Tan felices como eran, los habitantes de aquel país, con sus tierras donde no faltaba de nada: ríos claros, arroyos, fuentes, árboles, frutos naturales de su tierra. Todo sencillo,

todo humilde pero limpio y lleno de amor y sin que hiciera falta nada más. Y sobre todas aquellas cosas, el amor y la preocupación del rey para que la paz no fuera perturbada por ninguna actitud o elemento extraño o egoísta. Y como todos eran creyentes, confiaban en su rey y en que su Dios estaba siempre con ellos.

Pero la envidia, la ambición de los poderosos, les acechaba. Un día, un bárbaro despiadado, poderoso, con un ejercito bruto y cruel, entró a sangre y fuego, arrollando las tierras y paisajes de este pequeño país. Lo destruyó, lo arrasó, lo incendió y a sus reyes y familia, junto con la abuela y la princesa, los sacó de su palacio, los embarcó en una balsa vieja y de poca seguridad, les dio sólo unos cuantos alimentos para que pudieran vivir unos días y los soltó en el mar para que la barca los llevara a otras tierras lejanas.

Aquellos reyes en su barca vieja, no tuvieron más recurso que acudir a la oración y confiarse a la voluntad de Dios. Las olas los iban arrastrando y pasaron días, pasaron noches, mañanas y tardes hasta que un amanecer avistaron tierra y ni siquiera sabían de qué país se trataba. Era una tierra extraña para ellos de la cual nunca habían tenido noticias ni sabían que existía. Encalló la barca en aquellas playas de arena que parecían anunciar un mundo hermoso, se bajaron como pudieron, ya extenuados y lo primero que hicieron fue dar

gracias a Dios de que por lo menos habían salvado la vida y estaban pisando tierras, al parecer, grandiosas y bellas.

Cuando descansaron un poco empezaron a entrarse en la tierra y enseguida vieron que era un país habitado. Que no era una isla desierta. Los habitantes de aquella tierra, al verlos, empezaron a salir a su encuentro mientras los miraban con mucha curiosidad pero viéndolos como estaban extenuados y hambriento, ninguno les prestó socorro. Los miraron, primero con sorpresa, después con hostilidad y luego con indiferencia. "¿A qué vendrán estos aquí?" Murmuraban por lo bajo, como sospechando o no deseando su presencia.

Unos parientes lejanos de esta familia de reyes, en otro país también lejano, supieron la suerte que había corrido su familia y entonces, como pudieron, les enviaron un modesto socorro con la intención de ayudarles un poco, de alguna manera. Con aquello, la familia real logró instalarse modestamente en una sencilla vivienda y pegados a unos rodales de tierras que también parecían buenas y a partir de aquel mismo momento, el rey, la reina, los príncipes herederos y la abuela, se pusieron a trabajar en el campo y a colaborar en las tareas para conseguir el alimento y así salir adelante.

Y mientras aquella nueva realidad iba desarrollándose, el rey reflexionaba y decía: "Si siempre procuré estar en paz con

todo el mundo ¿por qué me han hecho esto? Yo no entiendo por qué". Y la reina decía: "También yo lo procuré". Y la abuelita añadía: "Ninguno lo comprendemos. No se puede comprender. Sólo Dios lo comprenderá. Nosotros no podemos pero así ha sucedido y así tenemos que aceptarlo. Puede que algún día, otros que vivan después, lo comprendan pero nosotros ahora mismo, no podemos".

Así fue creciendo aquella niña que intentaba jugar con las otras niñas de aquel nuevo país y extraño, como jugaba con las pastorcillas de su reino y con las niñas de su edad. Pero aquellas niñas no quería jugar con ella. No la conocían. Ni siquiera sabían que era una princesa. Huían, unas se escondían, otras se mofaban de ella, otras le hacían gestos burlescos y nadie quería jugar con la princesita. Y la niña lloraba. Se refugiaba con su familia pero su familia todos estaban muy afanados ganándose el sustento que necesitaban ellos y la misma niña. La abuela sí se daba cuenta del dolor de aquella pequeña. Ella era la que la consolaba con sus caricias y diciendo: "No te preocupes mi pequeña Margarita, no te preocupes. Todo esto pasará".

La niña fue creciendo. El ambiente hostil, continuó. Era un país aquel donde nunca había llegado nadie de otros países. Por esto no admitían que una persona extranjera pudiera vivir allí, en igualdad de condiciones que ellos. Querían ser solos.

No querían a nadie extraño en su país. La princesa siguió creciendo y lo que en su país de origen le hubiera servido para ser feliz, en esta tierra lejana, le hizo más desgraciada. Y es que cuanto más crecía, más se convertía en una muchacha bella. Y entonces esto le sirvió para más sufrimiento. Porque al principio era indiferencia lo que sentían por ella, ahora lo que manifestaban aquellas niñas por ella, era envidia. Y esto fue otro nuevo tormento, porque la envidia trae muchos males.

Y a la muchacha no le quedó más consuelo que refugiarse en ella misma. Retraerse, ser un carácter huraño, tímida, introvertida. Y antes la apartaban ellas a ella y luego la niña se encerró en sí misma y fue ella la que se apartó de todo el mundo. Se quedó sólo con su fe, su abuela, su familia, sus labores, sus libros que la abuela bien se preocupaba para que no le faltaran.

Hasta que cierto día, la niña le manifestó a su abuela: "¡Qué injusto es esto que nos está sucediendo! Estoy pensando que tal vez algún día, si yo pudiera, tomaría venganza". La abuelita, al oír a su nieta hablar de este modo, se asustó. Entendió que si la niña seguía pensando así, aunque fuera bella por fuera, podía volverse muy fea por dentro. Y a partir de aquel momento la abuelita se empezó a preocupar por ella con más dedicación que nunca, porque se dio cuenta lo mal que lo estaba pasando aquella niña.

Y un día le dijo: “¡Hijica mía! No pienses en eso. Yo también fui extraña en el país donde vivíamos antes con tus padres. Porque yo nací en otras tierras. Sin embargo, nunca sentí deseos de venganza. Cuando me viene la tristeza al corazón y añoro mi tierra, pienso en la familia de Nazaret que también tuvieron que salir huyendo a Egipto para que no les mataran a su hijo. Y la Virgen, nunca tuvo deseos de venganza. Cuando pudo, volvió a su tierra, siguió cumpliendo la voluntad de Dios pero nunca se vengó de nadie. Cuando te sientas mal, nunca pienses en la venganza”.

Y de este modo la abuelita la iba consolándola. Pero llegó un día que la abuela dejó esta tierra. La llamó Dios a su paraíso que bien ganado se lo tenía. Rodeada del amor de los suyos, la abuela fue enterrada en una tierra desconocida para ella. A partir de este día, la niña quedó más sola. Aunque seguía teniendo a sus padres y a sus hermanos pero nadie había entrando en el mundo de dolor de aquella princesa tanto como su abuela.

En aquella tierra se criaba mucho aquella flor que tan preferida había sido para ella y que le sirvió de apodo a su nombre: las margaritas. Desde el día de la muerte de su abuela, cada vez abrigaba más en su corazón, los deseos de venganza. Nunca era capaz de realizar ninguna acción pero

siempre decía: “¡Si yo pudiera un día! Si yo un día pudiera devolveros lo que estáis haciendo conmigo. Porque si vosotros os vierais como yo, si os echaran de esta tierra, donde habéis nacido, si os deportaran a un país extranjero y pagarais el delito que estáis cometiendo conmigo, me alegraría para que supierais lo que es sentirse despreciada”.

Cuando se acordaba de su abuela, procuraba desechar aquellas ideas malas que poco a poco le iban minando el corazón. Ya una noche tuvo un sueño que fue el siguiente: Soñó que todas las margaritas de los campos y los jardines, se habían secado. Al otro día se levantó y empezó a mirar por todos sitios y descubrió que las flores seguían frescas y lozanas. Y entonces le pasó lo que a ti: que no entendía ella por qué había tenido aquel sueño malo y triste, en el fondo.

Unos días después, en la ventana de su habitación, se posó una paloma blanca que era muy hermosa. Batía las alas con mucha fuerza, como llamando la atención para que la niña dejara de pensar en aquellas ideas tristes que se la comían. Ella salía corriendo en busca de la paloma pero ésta se elevó rauda.

A la noche siguiente volvió a soñar otra vez que las margaritas y todas las demás flores, se secaban. Y que su abuela intentaba reanimarlas regándolas pero al final todas se

secaron. Al día siguiente la niña empezó a pensar por qué soñaba aquello y por qué le ocurría que se secaban todas las flores. Otro día, entre los muchos que iba a la tumba de su a abuela, estando allí rezando y pensando despacio sobre aquellos sueños, vio que la paloma blanca revoloteaba por los aires.

Y aquel día, cual no fue su sorpresa que al llegar a la tumba de su abuela, vio que la tierra estaba cuajada de flores blancas que olían a un perfume que es distinto a todos los aromas que nunca se han olido sobre este suelo. Todas aquellas flores blancas eran margaritas que nadie ni había plantado ni regado pero allí estaban aquellas bellas margaritas.

Contemplando aquel prodigio que más parecía un puro sueño amable y dulce, se arrodilló y hundió la cara entre las flores regándolas con sus lágrimas. En estos momentos la paloma bajó, dio unos cuantos revuelos por encima y en el último de los revoloteos, cortó una margarita y se la llevó en el pico. La niña miró a la paloma y vio como se perdía por entre las grandes nubes blancas y el fondo del azul del cielo.

Fue en aquel momento cuando ella cayó en la cuenta que la abuela quería decirle que no eran las margaritas lo que se secaban en el mundo de sus sueños, sino las virtudes de su corazón: la bondad, la piedad, la caridad, el amor. Todo esto

era lo que se iba secando en su corazón a medida que ganando terreno el deseo de venganzas contras las personas que la despreciaban y la trataban mal.

Y de pronto, le pareció oír la voz de su abuela que le decía: “Hijica, si tú quieres conservar las margaritas sin marchitar como yo todavía las conservo después de muerta y para la eternidad, tienes que desechar de tu alma la idea de venganza contra las personas que te tratan mal. Tienes que perdonar, no guardar rencor a nadie, ser bondadosa con todo el mundo aunque no lo sean contigo y amar, amar y amar. A partir de esta realidad, tu corazón se llenará de luz y alegría y las margaritas que tanto quieres y en tu sueño ves que se secan, volverán a ser lozanas como las que ves adornando mi tumba. Estas flores blancas que ahora vez en la tierra que me cubre, son los frutos del amor que siempre llevé en mi corazón”:

A partir de aquel día, la princesa siguió en su recogimiento alejada de todo el mundo, porque se sentía extraña entre las personas que le rodeaban pero siempre procuró que las flores que tanto había amado su abuela y cultivó hasta en el más mínimo detalle, que también siguieran floreciendo en su corazón. Porque de no ser así, lo que se secaba sobre la tierra era su propia alma y no las flores que veía en sus sueños.

El rey y la reina murieron también en este país extraño y los

herederos, junto con la princesa Margarita, siguieron viviendo resignados con su destino y con el propósito hecho de no vengarse nunca de nadie y dejar en manos de Dios que tomara la justicia y obrara según su voluntad".

Cuando terminó mi abuela de contarme este cuento, ella estaba llorando y yo también porque me dio mucha compasión aquella princesica que tanto sufrió. Y mi abuela me dijo: "¡Hijica mía! Nunca te había contado este cuento porque ya te dije que es muy triste pero si algún día tú te vieras como se vio la princesa Margarita, acuérdate de ella. No dejes que por nada en el mundo, el deseo de venganza ni ningún mal sentimiento, entre en tu corazón. Para que no se sequen las flores de tu alma como se estaban secando las que la princesa veía en sus sueños".

Y entonces yo le dije a mi abuela: "¡Ay! Madre Asunción. Pero es mucha lástima que le pasara esto a esos reyes y a esa princesa". Y mi abuela dijo: "Si un día a ti te llegara a suceder algo parecido a lo de la princesa Margarita, acuérdate de este cuento y nunca abrigues deseos de venganza contra nadie. Acepta siempre la voluntad de Dios que sólo El sabe como obrar con justicia" Y yo le seguí preguntando: "Madre Asunción ¿por qué pasan estas cosas en la vida y entre las personas?" A lo que ella dijo: "¡Si yo te lo pudiera responder! Pero mira: Cuando Jesús estaba en la cruz, en medio de la amargura de

su agonía, sabiendo que moría inocente, le hizo una pregunta al Padre que dice así: Padre ¿por qué me has abandonado? Y no hubo respuesta.

La respuesta se la dio al tercer día cuando Cristo resucitó victorioso. Entonces tuvo Él la respuesta. ¿Cómo sabremos nosotros la respuesta a las angustias que a veces sufrimos en la vida? Sólo Dios lo sabe.

El secreto de la princesa -2

Unos días después que mi abuela me contara el cuento de la princesita despreciada, estaba con ella sentada en la casa y entonces le pregunté: “Madre Asunción ¿se vengó alguna vez aquella muchacha de las personas que le hicieron tanto daño?” Y mi abuela me dijo: “¡Hijica mía! Estando en aquel país extraño, un día, a esta princesa le pasó lo que a continuación te voy a contar con otro cuento ¿quieres oírlo?” Y le respondí: “¡Sí, abuela, quiero oír ese otro cuento de la princesa Margarita”.

Y entonces mi abuela empezó diciendo: “Una de las muchas historias que le ocurrió a la princesa Margarita en aquel país extraño, fue la siguiente: ya había crecido y era una mozalbeta. Por el ambiente tan hostil que le rodeaba, siempre estaba recogidita en su casa. Un día, la hija de unas vecinas suyas de la casa donde vivían, se casó. A los pocos días, los

recién casados, pues tuvieron el gusto de invitar a todas las muchachas mozas de aquel pueblo a un baile. Hicieron una lista larga y en ella pusieron a todas las muchachas que allí había. Fueron teniendo cuidado para que no se quedara ninguna sin invitar y de la princesa Margarita, nadie se acordó.

Un hermano de la princesa, al enterarse que había un baile, fue y entró un momento y se vio acongojado porque vio que todas las muchachas de aquel pueblo estaban en aquella casa bailando aquella noche y a su hermana, nadie la había invitando ni se habían acordado de ella. Y como al muchacho esto no le agradó, fue y se salió. Pero ocurrió un hecho muy curioso.

Fue que al otro día, una hermana de la que se había casado, se presentó en casa de la princesa con una botellica preguntando por la madre reina. Salió la señora y dijo: “Aquí estoy ¿quieres algo, hija mía”. Y la muchacha le explicó: “Que de parte de mi madre, que si tiene usted una gotica de pringue, de morcilla o algo así, que ha puesto potaje y no tiene con qué arreglarlo”. Y entonces aquella señora, pobre porque había venido a menos, lejos de su tierra pero seguía conservando sus sentimientos bondadosos y caritativos que de siempre había practicado, dijo: “¡Claro, hija mía, lo que yo tenga es vuestro en cuanto lo necesitéis. Para eso estamos las personas. Un día por ti y otro por mí y todo en el amor al Dios

que nos ha dado la vida”.

Cogió la botellica, se la llenó de aceite, sacó una morcilla de las que guardaba en la orza, la puso en un plato limpico y se la dio diciendo: “Toma, el aceite que necesitáis y una morcilla por si queréis tomar un bocado más. Lo mismo de pobre voy a seguir yo y vosotros hoy podréis comer un poquito mejor”.

En estos momentos entró a la casa, el hermano de la princesa y al verlo la muchacha le preguntó: “¿Por qué te saliste anoche tan pronto del baile?” El muchacho contestó: “Porque estaba cansado y tenía sueño”. Ella siguió insistiendo: “¡No sería porque no había muchachas para bailar!” Y él: “Sí, ya vi que había muchas muchachas guapas y todas muy alegres”. Y ella: “¡Vaya que si había muchas! Estaban todas las muchachas del pueblo. Fuimos anotando para que no se nos olvidara ninguna y todas fueron. Era ese el gusto de mi hermana y mi cuñado que se habían casado y eran tan felices que quisieron invitar a un baile especial a todas las muchachas del pueblo”.

Y entonces el hermano de la princesa la miró y tras contenerse un poco dijo: “Pues una muchacha sí se os escapó”. Y ella dijo: “De eso ni hablar. No se nos escapó ni una sola muchacha de este pueblo”. Y el muchacho con toda educación: “Una si se quedó fuera y esa fue mi hermana. Os

olvidasteis de mi hermana”. Y entonces ella contestó: ¡Ha! No, no. Nadie se olvidó de tu hermana. Es que nosotras sólo invitamos a las muchachas del pueblo. Es que tu hermana es de un país extraño y por eso no pertenece a esta tierra”.

Fue justo en este momento cuando la princesa se enteró que en una casa de aquel pueblo, se había celebrado un baile donde estuvieron todas las muchachas de su edad menos ella. No le dolió que no la invitara al baile pero si le dolió mucho oír que no la habían invitado porque era de otras tierras. Pero cuando salía aquella muchacha, que era más o menos de la edad de la princesa, de la sencilla casa de la reina, con la morcilla en el plato y la botellica de aceite, dolido el hermano, la llamó por su nombre y le dijo: “Que el aceite y la morcilla, también son de otro país lejano”.

La muchacha se calló y se fue. Al rato volvió la madre a devolver el plato a la señora reina y diciéndole: “¡Ay! Señora, perdone usted. Es que los jóvenes cometen errores. Eso fueron mis hijas las que lo hicieron y yo no caí en la cuenta de que su hija debió asistir también. Reconozco que ha estado muy mal. Perdónenos usted”. Y la reina destronada contestó: “No se preocupe usted porque mi hija no haya ido al baile. Ni siquiera ella sabía que se daba un baile. Se le pasó el tiempo aquí tranquila en su casa y entre los suyos que la queremos mucho. Las cosas ocurren así y muchas veces ni siquiera tenemos

culpa las personas. No se preocupe usted". Y aquello ya se quedó así.

Pasaron los años. Aquella muchacha tuvo novio y un día se fue a hacer el servicio militar a su país. Comenzó a tener correspondencia con su madre, con sus familiares y con ella, que era su novia. Pasó el tiempo y de pronto, la familia dejó de recibir cartas. No había noticias del soldado. La madre no recibía noticias y la novia, tampoco. Pasó más tiempo y al final llegaron dos cartas: una para la madre del soldado y otra para la novia. Que ya hemos dicho que la novia de este soldado era la que le dijo a la princesa que no la había invitado porque era de otro país.

Esta muchacha se puso a leer la carta de su novio y como traía una letra que era un poquito difícil de entender, no la comprendió muy bien. No acertaba a entender una noticia que le daba en la carta. Sí la leyó y la entendió pero era una cosa tan rara que a ella le costaba trabajo admitir. Hubiera querido que aquello no lo dijera aquella carta y por eso pensó que es que ella no lo sabía leer bien.

Entonces cogió la carta y recurrió a la princesa Margarita diciéndole: "No entiendo bien lo que dice esta carta. Yo leo una cosa rara y eso creo que no está escrito así. Leémela tú, por favor". La princesa la cogió, la leyó y sí que la carta decía

aquello que ella no quería admitir. Decía exactamente: “Cometí tal falta, y le decía la falta que era y por eso me metieron en el calabozo. No has recibido carta mía porque durante este tiempo no he podido escribirte. Pero sí te pido que mi madre esto no lo sepa. Que no se entere nadie en el pueblo porque si esto se llega a saber, en cuanto vuelva te corto la cabeza”.

Al saber esta noticia y comprobar que era lo mismo que ella había leído, la muchacha se sintió como cogida en un cepo y para sí se dijo: “Esto no tenía que saberlo nadie y yo misma le he traído la carta a la princesa para que me la lea. Ya lo sabe ella y debe ser un secreto que sólo yo sé”. Enseguida empezó a suplicar a la princesa: “Por Dios, esto no lo digas nunca porque si lo dices y las personas del pueblo se enteran será un disgusto grandísimo”.

La princesa le contestó: “No lo voy a decir”. Y en este momento la princesa pensó y dijo: “Ahora podría yo vengarme del daño que me hicisteis aquel día del baile pero no. Las flores blancas que cultivo en mi alma, nunca llegarán a secarse por la miseria humana de la venganza. No es digno de mí, yo no puedo hacer esto”. Venció la tentación y le dijo: “Yo no lo diré nunca pero tú tienes que deshacerte de esta carta, porque alguien te la puede coger, la pueden leer y entonces ya no somos nosotras dos las únicas que sabemos el secreto. Quema la carta ahora mismo y el secreto, por mi parte,

quedará guardado para siempre".

Allí mismo y delante de la princesa aquella muchacha quemó la carta y con ella el secreto que había entre las dos. Pasó el tiempo, volvió el novio del servicio, se casaron y también la princesa. Aquella muchacha siempre le tuvo una gran estimación a la princesa porque se dio cuenta que pudo haberse vengado de ella y no lo hizo.

Siguió pasando el tiempo. Un día estaba la princesa lavando la ropa de sus hijos en el lavadero público y necesitó coger un cubo de agua del pilar donde bebían las bestias que labraban los campos. Y es que por aquellos años vinieron unas grandes sequías y había mucha escasez de agua por todo el país. Por eso en el pueblo se acordó que nadie cogiera agua del pilar para que así siempre estuviera lleno para que al volver del trabajo, las bestias pudieran beber.

Aquella tarde la princesa tenía prisa porque sus hijos la necesitaban y como vio que el pilar estaba rebosando y el agua se perdía sin provecho, por darse más prisa cogió un cubo de agua del pilar. Y justo llegó aquel hombre, que ya era marido de la muchacha que recibió la carta con el secreto, con ella que ya era su mujer y las bestias porque venían de trabajar en el campo. Y al ver que la princesa cogía el cubo del agua del pilar se encaró con ella diciéndole: "Suelte usted ese cubo de agua

ahora mismo. Vacíelo en el pilar porque no tiene derecho ninguno. Este agua está reservado para que beban las bestias". Y la princesa le contestó: "Se está saliendo, si estuviera vacío pero como se está saliendo y mis niños me esperan en la casa, por esto la he cogido. Tengo mucha prisa y como por el caño cae tan poquita, tardaré mucho tiempo en llenar el cubo".

Y el marido de la muchacha le contestó: "Le he dicho que suelte usted ese cubo de agua en la pila o la denuncio a las autoridades ahora mismo. La voy a llevar a juicio por coger un cubo de agua cosa que está prohibida". Y entonces aquella mujer vacío el cubo de agua en el pilar y se fue a ponerlo en el caño que caía muy pobremente, sabiendo a conciencia que se estaba saliendo el agua del pilar y se estaba perdiendo y ella tenía que esperar allí un rato grande y sus niños la esperaban.

Pero la esposa de aquel hombre, al darse cuenta de la situación, palideció porque llegó a pensar que como aquella situación era tan fuerte, la princesa, ante la injusticia, podría haber hablado diciendo: "¿Me va a usted a llevar a la cárcel? ¿Por qué, por un cubo de agua? ¿Me va usted a llevar a la cárcel lo mismo que usted fue por esto y esto, que era lo que decía en la carta a su novia y yo lo sé?"

La mujer creyó que lo iba a decir y pasó un mal rato pero la

humilde princesa, guardó silencio, llenó su cubo de agua en el pobre chorrillo y se fue a su casa sin decir una palabra. Pasaron los años y cada vez que la princesa se acordaba que había tenido aquella ocasión de venganza y no la aprovechó, se sentía inmensamente feliz".

La fanega de trigo -3

Yo escucho con atención las cosas que me cuenta mi abuela y como mi tristeza se va animando, al terminar el segundo relato, le digo:

- Si tú me contaras un cuento más, me pondría contentica, porque hay que ver, abuela, qué cosas le ocurrían a la princesa aquella.

Y mi abuela:

- Te voy a narrar un último cuento aunque lo del rey y la reina, en aquel país extraño, casi no tiene fin pero esto es lo último porque ya hay bastante para hacerse una idea de lo que le pasó a esta familia y cómo eran aquellas personas que encontraron.

Y yo:

- Pues te escucho, abuela.

Y ella empezó diciendo que: "Estando en este país extraño, un día, al padre rey, le ocurrió lo siguiente: vino un año de mucha escasez por la sequía que hubo pero el rey tuvo suerte de que las poquitas tierras que pudo comprar fue en un terreno

fresco y por esto las sementeras aguantaban mejor tan dura sequía. Además, el rey con sus hijos y su mujer, sabiendo que aquello era el único patrimonio que tenían y lo único que podía producirles un poco de pan para su casa, lo cuidaban con tanto esmero y lo trabajaban tanto, que las tierras daban su fruto. Aquellas tierras nunca dieron mala cosecha. Como suele decirse: “Dios les quitó con una mano y les dio con la otra”.

En aquel año de gran hambre, cierto día por la noche, se presentó en la casa de la familia real destronada en país extranjero, un hombre natural del pueblo. Aquel hombre era padre de una familia muy numerosa y estaban pasando muchas necesidades. Sólo se alimentaban de hierbas del campo cocidas. Se morían de hambre y por eso aquella noche el hombre se presentó angustiado y desesperado en la casa del rey sin trono y le dijo que estaba sin esperanza porque había acudido a la casa de muchas personas conocidas a pedirle un poco de trigo para ir al molino, molerlo y poder hacer unos panecillos y cocerlos en el rescoldo de la lumbre y así darle un poco de alimento a sus hijos y mujer que se morían de hambre y nadie le daba trigo. Transcurrían tiempos difíciles y había personas que recogían mucho grano pero eran avaros y lo vendían a precios altísimos para enriquecerse.

Fue a un sitio donde sabía que habían recigido una buena cosecha y les pidió una fanega de grano prestada hasta que se

recogiera la cosecha del verano, porque este hombre también tenía su trigico sembrado. Y entonces aquel hombre le dijo que sí, que le daba la fanega de trigo pero en la cosecha tenía que devolverle el doble. Que por una fanega de trigo que él le prestara luego tenía que devolverle dos fanegas. Esto era usura. Claramente era una usura, porque abusaba del humilde aprovechando la situación tan necesitada que estaba pasando aquella familia.

Y entonces, aquel hombre le digo al rey:
- ¿Por qué no me da usted ese trigo que necesito para que los míos no se mueran y yo luego le doy fanega y media?
Y el rey contestó:
- Vete a por el costal y tráete tu burro que yo te echaré el trigo que me pides.
Y el hombre:
- Pero bueno ¿me va usted a cobrar fanega y media o dos fanegas?
Y el rey dijo:
- Yo no te cobraré dos fanegas. Cuando recojas tu cosecha, ya te diré lo que te voy a cobrar.

El hombre se fue a su casa, cogió el costal y llegó con el burro a casa del rey. Midieron la fanega de trigo, el hombre la cargó el burro y de noche se fue derecho al molino para molerlo. Aquella familia se salvó de morir de hambre, sobre

todo las criaturicas, gracias a la fanega de trigo que le prestó el rey.

Ya llegó la recolección de la cosecha y este hombre fue y buscó al rey y le dijo:
- Ya he trillado yo mi palvica de trigo, ya lo tengo aventado y está el trigo esperando en el montón. Como no me dijo usted lo que me iba a cobrar, pues por eso no se lo he traído. Véngase conmigo y en la era medimos lo que usted diga. Lo que me pida porque me salvó a mis hijos.
El rey subió a la era con su costal, abrió la boca del costal, el hombre se agachó, llenó su media fanega, la vacío en el costal, se agachó otra vez, llenó otra media fanega, la volvió a echar en el costal y volvió a agacharse otra vez y del montón de trigo llenó otra media fanega, con la intención de haberle devuelto fanega y media. Pero cuando se levantó el hombre con la medida de la media fanega de trigo para volverla a vaciar en el costal, se encontró con que el rey había atado la boca del costal y le dijo:
- Ya hay bastante porque tengo lo mío.
Y el hombre le preguntó:
- Pero ¿cómo va a tener bastante si yo dije que le iba a devolver fanega y media?
Y el rey:
- Eso lo dijiste tú y no yo. Lo que te dije es que aquí en la era te diría lo que me tendrías que devolver. De mi boca no salió que

yo te fuera a cobrar fanega y media. Eso fue lo que tú dijiste.

Entonces aquel hombre, soltó la fanega de trigo en el montón de la era, se abrazó al rey dándole las gracias y empezó a dar voces, porque todo aquello estaba lleno de eras donde las otras personas del pueblo limpiaban su trigo, y decía:
- ¡Escuchad y oid lo que ha hecho este hombre! Fui buscándolo porque se me morían los chiquillos de hambre y me echó una fanega de trigo y ahora viene, se lleva su fanega de trigo y no me cobra ningún rédito. Escuchad lo que digo: lo que ha hecho este hombre no hay quién lo haga en este pueblo. Esta buena obra no la hace nadie.

Y todas las personas, desde las otras eras, miraban y escuchaban absortos las palabras que aquel hombre pronunciaba y tampoco ellos daban crédito a lo que estaban viendo y oyendo.

AÑOS DESPUÉS

Hace unos quince años le dije a mi marido, una vez que se quedó el pantano seco, “Me llevas al Soto, me llevas a mi tierra, o me escapo un día y me voy”. Y él se creyó que lo iba a hacer y me llevó. Entramos por la Canalica. Paró el coche y bajamos, mi hijo el menor y yo. Ya estaba todo hundido pero se conocía mi Soto.

Los primero que me llamó la atención fue el tronco de mi cerezo de arriba que todavía estaba allí, negro pero a ras de tierra. Cortado pero se veía el madero podrido con sus raíces clavadas en la tierra. Y por curiosidad miré hacia el Soto de Abajo, porque bajando hacia el Tranco y a la parte de abajo del camino, había una morera grande. Era propiedad de la hermana Amalia. Un árbol que sólo Dios sabía los años que tenía y por eso alcanzó un tamaño desproporcionado. Era una morera grandísima. Echaba unas moras dulces y blancas que eran deliciosas.

Y miré por curiosidad y allí la vi. Creo que cuando cortaron todos los árboles porque las tierras iban a ser inundadas por las aguas, a aquella morera les dio lástima de cortarla y la dejaron intacta. Y estaba el árbol en pie todavía, con algunas ramas pero ya todo negro, sin hojas, seco y hasta podrido pero en pie. Y mirando al árbol, donde muchas veces, con permiso de la hermana Amalia me había ido a comer moras, me decía yo: "¡Qué lástima! Como nosotros a salir de aquí, este se niega a caerse".

Otras moras de por allí, eran el fruto de las zarzas silvestres por las orillas de los arroyos. A mis primas y a mí nos gustaban mucho pero las cogíamos cuando ya estaban negras y bien maduricas. Estaban muy buenas y ¡vaya que si cogíamos moras! Unas veces nos las comíamos allí mismo y otras veces

nos las llevábamos a la casa pero estaban buenas y eran, pues silvestres de las zarzas que había en la orilla de los arroyos.

En las tierras y cortijo del Soto de Arriba, murió mi abuelo Andrés, mi abuela Juana Antonia, mi tío José, dos hermanas mías y un hermano mío, una tía mía, mujer de Ramón, el marido segundo de mi tía Francisca, Santos, un hijo de mi tío José, Joaquín. Al llegar al rincón y acordarme de aquellas escenas, de vivos y de difuntos, cogí dos raíces secas que encontré por el suelo, dos palos que habían arrastrado las aguas del pantano, e hice una cruz. La até con una brizna de hierba y la clave en la tierra diciendo: “Es la última vez que veo a mi Soto”. Me agaché luego y cogí tres trocicos de tejas. Le di una a cada hermano mío y con otra me quedé yo.

Pasado el tiempo me decía mi hijo: “Cada vez que ves estos tejoletes es para llorar. Tíralos ahora mismo”. Y me hicieron tirarlo. Ya fue la última vez que vi aquello hasta que el Señor me lo devuelva en el cielo junto con mis padres y todos mis seres queridos.

- Ya que hablas de seres queridos que perdiste: en aquellos tiempos, cuando las personas morían ¿a dónde las llevaban?

- A Hornos. Y para que veas hasta donde fue duro aquello, una vez que fui a Hornos me pasó una cosa que me dolió mucho.

Entonces el cementerio estaba conforme se entra al pueblo

por la Puerta Nueva, a la derecha. Allí tenía yo toda mi familia enterrada. Las poquitas veces que podía, iba al cementerio a rezar por mis difuntos. Y qué sorpresa me llevé cuando llegué al pueblo y ya habían hecho un cementerio nuevo, por un sitio que le dicen Camarillas. Miré a donde tenía mis difuntos y veo que aquello lo habían convertido en establos de animales.

Y en un bar que han hecho enfrente, en un sitio que le decían el Calvario, entré y dije yo: “¿Cómo es posible que hayan hecho ahí una tiná de animales donde están los restos de todos los difuntos de los familiares nuestros?”. Y dice la mujer: “Ea, pues eso lo han dispuesto así”. “¿Pero por qué no han dedicado eso a otra cosa? Eso es una lástima. Con los restos humanos que hay ahí”. “¿Y usted por qué le interesa eso?” “Porque ahí tengo yo todos mis antepasados enterraos”. “¿Y cómo enterraba a su familia aquí?”. Me dijo la mujer. “Usted es forastera”. ¡Y aquello me dio a mí una pena!

Me dio una congoja de ver que en mi tierra me llamaban forastera. Saqué el carné de identidad y le dije: “Mire usted señora, yo no soy forastera. Soy nacía aquí”. Y lo primero que hacía cuando llegaba al pueblo era pedir la llave de la iglesia. Abría la puerta, entraba, besaba el suelo, besaba la pila del agua bendita. Porque los recuerdo y mi vida entera la tengo toda en aquel trozo de Vega, y si algo queda, en el pueblo que me acogió de niña. En esa iglesia de Hornos se casaron mis

padres. En ella estamos nosotros, todos mis hermanos y yo, bautizaos. Entre sus paredes hicimos la primera comunión. Allí se han ido enterrando poco a poco a toda mi familia. Y muchas más verdades que ahora no me salen porque se me atasca el alma.

Muchas cosas e iglesias bonitas habrá en el mundo pero para mí como aquella, ninguna. Recuerdo donde me sentaba con mi abuela, a rezar el rosario, cuando iba a misa. La capilla de las Animas. Yo tengo la buena o la mala suerte de ser una sentimental. Las cosas de mi tierra no se me olvidan sino que cuanto más tiempo pasa, más vivas las tengo. ¡Encerrar los animales, ovejas y cabras, en las tierras donde están enterrados mis seres querido! ¡Dios mío qué lástima!

Y mis palabras finales, son como el último latido de mi corazón: sabemos que el pantano del Tranco ha solucionados los problemas de otros pueblos y esto nos consuela porque nuestro sacrificio y nuestro dolor ha servido para algo bueno. ¡Qué pena que sólo se sepa el dinero que costó construirlo! Y nuestras lágrimas ¿quién las ha contado? ¿Cuál sería su precio si se pudieran valorar con dinero? Cuando pasen por allí las personas que no conocieran la Vega de Hornos seguro que dirán: “¡Qué hermoso es el charco del pantano!” y de verdad que lo es. Pero ¿quién sabe que debajo de esas aguas azules y limpias están perdidas las mejores tierras del pueblo de

Hornos? ¿Y quien puede medir el dolor que nos causó a los que tuvimos que irnos de allí en contra de nuestra voluntad? Nos echaron a otros pueblos que no eran nuestros y bajo las aguas para siempre quedaron nuestras raíces.

¡Nuestras raíces! ¿Sabes tú lo que te estoy diciendo? Porque la raíz es la vena que une a la tierra de donde sale el alimento que da la vida. Si un árbol no tiene raíces, se muere, se queda sin hojas, no tiene sabia, no tiene identidad, no es ni árbol ni planta ni ser vivo. Y nosotros, los seres humanos, sin nuestras raíces ¿qué somos? Quizá lo que yo ahora: un trozo de sueño que está separado de su realidad y vaga o espera que Dios venga y le dé su beso para que lo vuelva o lo devuelva a la región de la que es y pertenece. ¿Entiendes lo que te digo? Nos quedamos sin raíces, sin tierra y desde entonces somos peregrinos anhelando, como en la Biblia el pueblo de Israel, los valles prometidos.

También tengo otra pena y espero que me comprendan. No quiero herir a nadie pero creo que a mi pueblo no se le ha hecho justicia y a los que tuvimos que irnos de allí, tampoco. Ahora, en el ocaso de mi vida, pido a Dios que algún día, una persona con autoridad, haga constar en la historia de ese bonito pueblo que es el mío, todas estas verdades. Hornos de Segura no necesitaba el pantano pero entendió que para otros pueblos hermanos era muy importante y por eso calla su dolor

y perdió en silencio y resignado, esa paradisiaca Vega que las aguas se tragaron para siempre. Por eso pienso ahora que sería muy bonito, y que en justicia debería hacerse, que una de sus calles, al ser posible el callejoncico donde yo vivía con mis abuelos, se le pusiera el nombre de “Calle de la Santa Cruz”, en memoria de la devoción que teníamos en la Vega a este símbolo y las fiestas que allí se hacían el día tres de mayo, para que de alguna manera se conserven estos recuerdos. Y También digo, cuando ya voy a marcharme y puede que para siempre, que en el Aguilón, donde los visitantes se asoman a contemplar el hermoso paisaje, en un sitio visible y con letras muy grandes, se debería escribir algo semejante a esto: DETÉN TU MIRADA HERMANO Y PONTE DESPACIO A LEER, LAS AGUAS DE ESTE PANTANO, SEPULTARON UN VERGEL.

Y ya para despedirme voy a decir lo que tanto trabajo me cuesta porque siempre tengo el miedo que las personas crean que lo hago en alabanza propia pero no es así. Y lo que digo es que yo creo que lo mismo que nosotros, los que de aquella tierra salimos por aquellos días, nos sentimos orgullosos de ser hijos de Hornos de Segura, este pueblo amado que tan profundo llevo en mi corazón, tampoco debería avergonzarse nunca de que seamos hijos suyos. ¿Crees tú que expreso con claridad lo que pretendo?

Ya se pone el sol. Por lo alto de las cumbres que coronan las otras aldeas de Las Lagunillas, la Cabañuela y el Aguadero, ya se pone el sol. Las aguas azuladas y verdosas del pantano se mecen serenas ajenas a cuanto fue y es ahora por estos alrededores y el Valle que duerme en su fondo. Desde aquellos tiempos, todo guarda silencio a pesar de estos tiempos y los que vuelven surcando las carreteras. Los caminos, los cortijos, los rincones, los valles, la Vega, además del silencio, duermen olvidados, muertos bajo las aguas y otros por las laderas y collados.

"En mi sierra apenas hay vida. Todo está muerto. Sumido en un sueño apagado entre nubes y tardes oscuras atravesadas de lluvia. No hay juventud. Todos se han marchado a la ciudad. Muchos a Barcelona, algunos al extranjero. No es por vocación auténtica sino con la esperanza de ser algo y tener pan cada día.

¡Qué hermosa es mi sierra y qué triste y solitaria la veo a pesar de la mucha gente que ahora vive por aquí! ¿Y qué puedo hacer yo? Las sendas se van borrando por el monte que crece. La llanura es la misma. Verde, hermosa como en aquellos tardes. Los árboles son más grandes. Alrededor de sus troncos crece la hierba. Se ve que no los han podado desde hace mucho. El arroyo sigue corriendo. También las zarzas son más espesas a su alrededor. El

charco azul de las encinas grandes, ya no está. La corriente y las aguas del pantano, lo han cegado. Sin embargo, el pueblo de la roca, el misterioso pueblo de piedra, permanece en su lugar, coronado por su castillo eterno. No ha muerto en mí ni las praderas de la Vega ni la misteriosa criatura que por ella corrió ni las horas compartidas ni los padres aunque ya no estén".

Yo, desde este mirador de la espera, a la entrada del pueblo de la roca, sigo soñando. Me acuerdo de ella, de él. ¿Dónde estarán ahora? ¿Cuánto habrá crecido? ¿Qué habrán sido y cuánto todavía la vida les tienes reservado? Sigo soñando en hacer algo para perpetuar el recuerdo de cuanto he conocido. Me gustaría levantar una estatua en mi corazón, en las calles de este pueblo, escribir un libro que sea hermoso para dejar mi vida y la suya entre sus páginas. Los quiero a todos.

Por eso ahora, al caer la tarde, cuando ya se oculta el sol, entiendo que una persona nunca es ella sola. Es ella con todas aquellos seres y cosas que ama. De aquí que siga esperando.

¡Hornos... mi pueblo querido!
Lejos de ti suspirando,
he vivido recordando,

mi paraíso perdido.
Yo no quería perderte
y te perdí sin querer,
remedio no puede haber,
sólo me queda quererte.
En silencio te perdimos,
Dios sabe que con pesar,
¿cómo podré expresar
la nostalgia que sentimos?

Ya no volveré a correr,
detrás de las mariposas,
de mil colores... preciosas
que yo quería coger.
Nunca volveré a escuchar,
la flauta de tus pastores,
ni cantar tus ruiseñores
ni tus corderos balar.
Ya nunca podré coger,
las flores de tus praderas,
luminarias en mis eras,
ya no las podré encender.
Saltando como una ardilla,
por tus sendas y riberas,
abrazando sementeras,
yo me sentía chiquilla.

Tu perfume me embriagaba,
de juncos, tomillo y romero,
blanco rocío mañanero
que mi Dios me regalaba.
Vega fértil y florida
por mil fuentes bien regada,
de algunos más olvidada
y de tus hijos, querida.
Los años van transcurriendo
y no te puedo olvidar,
despierta me haces soñar recuérdala con orgullo,
porque te sigo queriendo. porque ese vergel fue tuyo
Defiéndela del olvido, ¡Hornos... mi pueblo querido! ¡María C. M"

NOTAS FINALES

Mientras se escribían las páginas de esta pequeña historia, mi amigo Pío y marido de María, voló al cielo. Una sencilla mañana del mes de enero, su vida se quebró y mientras la miraba y le decía que no llorara más ni por él ni por los recuerdos de la Vega de su Hornos, salió volando y se fue al reino de la eternidad. Y digo que Pío era ya amigo porque ahora recuerdo cuando aquellas tardes todavía respiraba junto a María y mientras ella sacaba de su corazón los trocitos de

perlas que hemos ido engarzando en esta historia, cada vez que a ella se les desbordaban los recuerdos y el corazón se le iba por sus entrañables tierras de la Vega y se le convertían en lágrimas, la miraba y le decía:

- ¡Qué barbaridad! ¿Ya estás otra vez llorando? Pues para eso más vale que no cuentes nada.

- Si llorando no estoy, Pío, lo que pasa es que me emociono.

Le respondía ella.

María hoy se ha quedado más sola y con algunos recuerdos más. La vida le ha dado otro palo y ella ha entendido que ha subido un trozo más del camino que, como el de su Soto a Hornos, lleva al reino de la Gran Verdad, casa del Padre Bueno. Sus familiares hacen cuanto pueden por consolarla y en especial sus hijos Pío, Felipe, José María y Miguel Angel, con sus esposas, la atienden con ese especial cariño que ella se merece y tanto se lo tiene ganado. De los suyos ausentes en otros pueblos como Madrid, Ciudad Real, Torres de Albanchez, Orcera, ella ahora y por siempre así será, recibe el cariño que merece y le escriben intentando darle consuelo. Muchas cartas le han llegado de ellos y todas llenas de amor y bondad sincera para la que ya, estoy seguro, tiene reservadas las praderas más bellas y junto a los suyos, en el reino del Dios amoroso pero entre tantas cartas cariñosas y cuajadas de amor sincero, me llamó la atención una, porque no sólo demostraba sinceridad a María sino que sangraba recuerdos de la tierra y el

blanco pueblo que les dio calor en su niñez.

Cuando la otra tarde estuve a su lado al enseñármelas, le pregunté:
- ¿De quién es ésta?
- ¿Te acuerdas de mi prima Ramona?
- ¿No me voy a acordar?
- Pues ella es la que la ha escrito. ¿Te leo su carta?
- Léeme su carta, María.

Abre el sobre blanco, despliega el papel y lee lo que a continuación sigue: "Leganés, 17 de febrero de 1997. Mi querida prima María de la Cruz: recibí tu cariñosa carta, como siempre. Espero que estés más sosegada y tranquila. Dios nos manda las cosas pero también la resignación y cuando se ha cumplido bien, pues queda esa paz que tiene todo el que bien se ha portado con los demás. Esto es verdad que nos pasa a ti y a mí. Ya sabes que lo que te digo, sale de lo más sincero de mi corazón. Te he pedido que te vengas unos días aquí conmigo y eso es porque lo estoy deseando con toda el alma. Así que vente unos días y los repartes entre los familiares que tienes por esta otra tierra.

Mi hermana ha estado en nuestro querido pueblo de Hornos y me ha traído un librito de esos que escribiste. ¡No sabes las lágrimas que eché leyéndolo! Y claro, la alegría de nuestra

niñez en la tierra que nos vio nacer para mí no fue tan buena pero dentro de lo malo, también tengo bellos recuerdos de entonces y como bien dices, los mejores, compartidos contigo. Así que a pesar de todo, yo sigo queriendo a nuestra bendita tierra que a igual que tú, la llevo dentro.

Me dices que encuentras mucho consuelo en tus hijos y nueras y eso no me extraña: tú eres tan buena que nadie podría portarse mal contigo. Además de ser su madre has sido su mejor amiga y como tienes ese don de la dulzura para estar siempre en lo justo, los demás te quieren. Ya quisiera yo ser así pero sé que ese don sólo lo da Dios y a mí no me lo dio. Bueno, ya no sé qué ponerte. Sólo que es mucho lo que siento por ti. Mis hijos y nietos están bien y yo con la artrosis, pues ya te puedes imaginar. Prima, te darás cuenta lo mal que escribo y eso es porque los años no perdonan. Muchos besos a tus hijos, nueras y nietos y para ti, recibe todo el cariño de ésta prima tuya que te quiere: Ramona".

BREVE CUADRO GENEOLÓGICO
DE MARÍA MUÑOZ MANZANARES

HERMANOS: 1
María de la Cruz Muñoz Manzanares
Cesáreo Muñoz Manzanares
Angel Muñoz Manzanares

PADRES: 2
María Josefa Manzanares Donvidau
Felipe Muñoz Ortega

ABUELOS MATERNOS 3 ABUELOS PATERNOS 4
Asunción Donvidau Patrón Juana Antonia Ortega Moreno
Cesáreo Manzanares García Andrés Muñoz García
1 Naturales de Hornos de Segura.
2 Naturales de Lorca y Hornos de Segura.
3 Naturales de Lorca. Naturales de Hornos de Segura.

Páginas poéticas finales

En Córdoba la encontré,
cuidando a un anciano enfermo
que se llamaba José.
Si Julio se despertara
y los pinceles cogiera,
seguro que la pintaba
igual que a la Piconera.
Tiene a la noche en el pelo
su tez, es morena clara,
sus ojos de terciopelo
cautivan con la mirada.

Tiene porte de sultana
señorío de princesa,
es fervorosa cristiana
buena, guapa y cordobesa.

Y en Córdoba la encontré
cuidando a un anciano enfermo
que se llamaba José.
A María Dolores Cuadrado
en el Hospital provincial de Córdoba..

Con profundo sentimiento
de tristeza y alegría,
va veloz mi pensamiento,
siempre hacia la tierra mía.
Y en la nostalgia me pierdo
en cualquier hora del día.
Te dedica este recuerdo,
con gran cariño, tu tía.
A mi sobrina Josefa
hija de mi hermano Cesáreo.

Vámonos de paseo abuelo
quiero ver mis mariposas,

y cuénteme muchas cosas
antes de marcharse al cielo.
- Yo también quiero pescar,
pues vámonos lucerillo,
y si cae un pez chiquillo
lo tenemos que soltar.
Abuelo y nieta pescando en la Vega

¡Canta, canta ruiseñor!
que tu canto a mi me encanta,
con tu preciosa garganta
dadle gracias al Señor.
Por ese singular don
que te dio con tanto acierto
lanza tus trinos al viento,
cántale a la creación.
Dad gloria a tu Creador
que te dio tanta belleza
en el que todo bien empieza.
¡Canta, canta ruiseñor!
A los ruiseñores de la Vega de su Hornos.

Madre mía oye mi acento,
estoy pensando en ti.
¿Te acuerdas tú de mí?
¿Sentirás lo que yo siento?
Tengo aquí, en el pensamiento,
algo que el alma me parte,
tengo el ansia de llamarte
y en mi delirio profundo
no siento más en el mundo
que no poder abrazarte.

Esta poesía, la recibió en una carta la abuela Asunción del hijo que le mataron en la guerra de Africa y nunca más vio. Era exactamente la última carta que tuvo de él.

Mi abuelo tenía mucha gracia y contaba cosas que te

partías de risa. Estando en Hornos de Segura, una vez iba él por la calle dando su paseíllo. Había unas vecinas que estaban sentadas en la puerta de sus casas, tomando el sol y cosiendo. Por lo menos en los pueblos chicos, esto era muy normal en aquellos tiempos.

Mi abuelo pasó:
- Buenas tardes tengan ustedes.
Y ellas:
- Buenas tardes hermano Cesáreo.
Y a continuación lo llamaron diciéndole:
- ¡Maestro, maestro!
Porque de este modo era como por allí todo el mundo llamaba a mi abuelo. Se volvió y les preguntó:
- ¿Qué se les ocurre?
- Pues que ahora que le hemos visto nos gustaría que nos contara usted un chascarrillo o alguna otra historia para que nos riamos un poco.
Esto se lo decían por lo ocurrente que mi abuelo era. Y, además, siempre respetuoso con las personas y las cosas que decía. Jamás hablaba mal de nadie ni lo dejaba en mal lugar. Y él les preguntó:
- ¿De verdad queréis que os cuente algo?
Y ellas:
- ¡Sí, sí maestro!

Y como él al pasar había oído que ellas estaban desplumando a alguien y tanto le insistieron que, mi abuelo fue y les dijo así:
- Veréis mujeres habladoras
sentadas en la puerta ajena,
murmuran de gentes buenas:
de doncellas, de casá,
de sacerdotes y seglar.
De todo se trata allí,
pero no reparan en sí
que tienen por qué callar.

Y las mujeres:

- ¡Ay maestro lo que nos dice usted!
Y mi abuelo:
- ¿No queríais que os dijera algo para reiros? Pues ya os lo he dicho.
Y así de ocurrente y gracioso era mi abuelo.

De entre las muchas cosas bonicas que aprendí de mi abuelo, recuerdo que él siempre estaba diciendo que: "Si quieres tener las puertas abiertas por donde vayas, nunca cierres las tuyas a quien lo necesite". Se complacía mucho cuando veía que alguien se cobijaba en el Soto, casas de mis padres.

Y ahora que hablo de jotas, entre otras muchas que por aquella tierra mía se conocían, estaban las jotas que se cantaban de picailla cuando en la casa de la muchacha no querían al novio porque no les parecía bien. Esto puede pasar todavía. Entonces se cantaban estas jotas de picailla.

Jota: Ni tu padre ni tu madre
ni San Antonio bendito,
me pueden quitar a mí
que yo te quiera un poquito.

Estribillo: A los títeres tocan
yo te pago la entrá,
si tu madre se entera
¿qué dirá, qué dirá,
qué tendrá que decir?
A los títeres tocan
y tenemos que ir.

Jota: Hornos y Cañá Morales,
Carrascal y la Platera,
Montillana y los Parrales,
Cortijos Nuevos y Orcera.

Estribillo: ¡Ay, que sí que sí
ay que no que no,
que esta serranilla
me la llevo yo!

Me la llevo yo
me la he de llevar,
sino por la noche
por la madrugá.

Jota: ¿De qué le sirve a tu madre
machacar en hierro frío?
Si ha de tener en su casa
lo que tiene aborrecío.

Estribillo: A la jota viene
a la jota va,
Serranilla mía
vamos a bailar.

Jota: Puse el pie sobre una piedra
para apretarme una liga,
quien bien ata bien desata,
quien bien quiere tarde olvida.

Estribillo: Si te encuentro en la calle
me lo tienes que dar,
el tacón de la bota,
para taconear.

Jota: ¿Qué cuidado me da a mí
que tu madre no me quiera?
Estando el vino barato,
siempre voy a media leña.

Estribillo: ¡Ay, que sí que sí
ay que no que no,
que esta serranilla
me la llevo yo!
Me la llevo yo
me la he de llevar,
si no por la noche
por la madrugá.

Malagueña: Malagueña, malagueña,
siempre malagueñeando,
que por una malagueña,
vivo en el mundo penando.

Si me tuviera muriendo
Y sintiera una guitarra,
me levantaba corriendo
y malagueñas cantaba.

Seguidilla: Todos los hortelanos
son patiabiertos,
para pisar las matas
de los pimientos.